EL AMOR TE ESPERA
EN NUEVA YORK

PASSION PROJECT

LONDON SPERRY



FANDOM BOOKS

LONDON SPERRY

PASSION PROJECT

FANDOM BOOKS

Mamá, los cerdos vuelan.

CAPÍTULO 1

La pasta carbonara me ha traicionado.

Me siento en cuclillas e intento no caerme y darme de bruces con la pared del baño o, peor aún, con el borde del inodoro de cerámica verde que tengo delante. La voz de Dean Martin resuena por los altavoces, y me recuerda, de forma un tanto incómoda, dónde estoy: en el baño de un restaurante italiano de comida rápida en el Lower East Side. Acabo de vomitar hasta el alma, como un chaval universitario de fiesta. Me limpio la barbilla y tiro de la cisterna, hago una mueca de dolor ante la sensación de mareo que me provoca el balanceo de la sala.

Antes he mentido. En realidad, no es culpa de la pasta. Es culpa del vino. De las dos botellas y media de *chianti* que me he pimplado como si fuera una de las mujeres que salen en *Real Housewives.* ¿Quién diantres me dijo que podía permitírmelo? Estoy segura de que, con solo echar un vistazo a la cuenta del banco, me pondría a vomitar de nuevo.

Cierro los ojos con fuerza y me sostengo la cabeza entre las manos. Es como si mi estómago supiera que tenía que expulsar del cuerpo cualquier rastro del desastre que ha sido esta noche.

Supongo que mi cita se habrá marchado hace horas. La verdad es que no lo sé. He bloqueado su número. Se suponía que íbamos a quedar en Rosencrantz & Guildenstern, la coctelería que hay al otro lado de la calle donde los clientes aprenden a preparar cócteles de autor personalizados y los van probando a lo largo de la noche. En su página de Instagram anuncian manhattans de sirope de arce con cerezas maceradas en *bourbon,* paloma con mezcal y gajos de pomelo asado, así como martinis de matcha con miel de mango. Es

decir, si te pasa como a mí, que tienes la ansiedad equivalente a toda una sala de espera, es el lugar idóneo para tener una primera cita. Puedes evitar el contacto visual y centrarte en el barman-instructor para luego emborracharte y olvidarte de todo aquello a la mañana siguiente.

Se suponía que esta noche iba a estar organizada al cien por cien por mi compañera de piso y amiga de toda la vida, Sonya, y la verdad es que sí que tendría que asumir parte de la culpa por este auténtico desastre. Sonya lo planeó todo: el chico, el sitio, el día, la hora, hasta el minuto… incluso a mí. Recopiló fotos de mis redes sociales y armó algo parecido a un perfil en una *app* de citas. Debo admitir que, cuando vi el producto final, me quedé impresionada. En la pantalla parezco una joven radiante de veinticinco años dispuesta a comerse el mundo.

«Ay, qué engaño».

Henry le dio me gusta a mi cuarta imagen, en la que salía sentada en una mesa frente a Sonya, que me había tomado la foto una de las noches en las que no estaba tan deprimida como para dejar que me sacara a rastras a cenar. Salgo sonriendo. Es una gran sonrisa en la que enseño los dientes. Tengo un plato de guacamole de un tamaño ridículamente descomunal frente a mí. Parezco feliz.

«Mentirosa».

Sonya insistió en que esto era justo lo que necesitaba para salir del bache. Este era justo el chico. No tuve el valor de decirle que no había ningún chico sobre la faz de la tierra que pudiera hacer que me enamorase. Ni aunque fuera el novio sueco de *Mamma Mia! 2,* o el novio británico de *Mamma Mia! 2,* o el otro novio británico de *Mamma Mia! 2*. Ni siquiera ellos.

De todas formas, en realidad Henry no es mi tipo. Su perfil era bastante corriente: había una foto suya en una boda con unos amigos, otra haciendo escalada y una más espontánea en la cima de una montaña con una cámara colgada del cuello.

Cuando vi aquella foto, puse los ojos en blanco. No soy muy de actividades al aire libre.

Por las fotos pude ver que llevaba el cabello castaño oscuro despeinado y que tenía una sonrisa amable, aunque un poco de caradura. Lo de «caradura», en el sentido de «granuja». Nada que ver con que tuviese la cara dura. Tenía la cara normal. Unas gafas de montura metálica le enmarcaban los ojos verde bosque. Lo sabía porque Sonya había ampliado sus ojos y había dicho: «¿Tienes idea de lo inusuales que son los ojos verdes de verdad, Bennet?».

Acepté quedar con Henry porque se me antojó una opción segura. No parecía que tuviéramos mucho en común, más allá de estar en la misma ciudad a la vez, pero las respuestas tan detalladas a las preguntas de su perfil me hicieron pensar que sería capaz de mantener una conversación aunque yo no lo fuera. El hecho de poder sonreír y asentir sin la presión de tener que hablar de mí misma significa mucho para mí. En fin, que parecía majo. Ni más ni menos. Por su perfil no parecía muy probable que me fuera a asesinar, y tampoco que yo me fuera a enamorar de él.

Sonya me animó todo lo que pudo. Me vistió, me pintó los ojos y me roció el cuello con un perfume elegante mientras en su móvil sonaba ABBA a todo volumen. Cuando llegó la hora, me sacó por la puerta como si me empujara de un avión sin paracaídas.

Lo hace con buena intención, lo sé, pero ¿es mucho pedir que me deje en paz? No soy su proyecto. Soy su compañera de piso.

Y, al final, mi instinto tenía razón. No podía hacerlo. Cuando arrastré mi desdichado trasero hasta el bar para la cita, me quedé paralizada. Ahí estaba yo, plantada delante de la puerta, presa del pánico a medida que la calle se me venía encima. «¿Y si no soy interesante? ¿Y si él no es interesante? ¿Y si no se me ocurre nada que decir? ¿Y si no le gusto nada de nada? O peor… ¿y si sí le gusto?». Pegué la nariz al cristal, en un intento por vislumbrarlo. Si pudiera verlo, si pudiera observar sus gestos, quizá el puñetero miedo no me paralizaría tanto. Pero solo veía a parejas. Parejas hasta debajo de las piedras. Dándose besos en la mejilla, cogiéndose de la mano sobre la mesa, bebiendo el cóctel del mismo vaso.

Intenté imaginarme siendo parte de una de esas parejas, intenté convencerme de que no sería tan malo.

Debería haber sabido que acabaría la noche con la cabeza metida en el retrete, porque ya en ese mismo momento pude sentir cómo la bilis me empezaba a subir por la garganta.

Me desplomé sobre la acera, sobre chicles mascados y colillas. Me resultaba imposible respirar hondo o hilar un pensamiento coherente mientras el mundo se estremecía y tambaleaba. Lo único que pude hacer fue llevarme las rodillas al pecho y esperar a que los dedos dejaran de hormiguearme para poder levantarme sin caerme. Nueva York ni se detuvo, ni siquiera se molestó en prestar atención a la chica que estaba en la acera con la cabeza entre las rodillas. Debía de ser lo menos interesante que cualquiera de las personas que discurrieron por delante de mí había visto ese día. Casi podía oír sus monólogos internos al pasar: «¡Anda, mira! ¿Una persona a la que le está dando una crisis nerviosa en plena calle? El pan de cada día, a seguir adelante».

Ni de coña iba a quedar con Henry. Era incapaz. Así que me escabullí al otro lado de la calle, al restaurante L'italiano, y me senté en la barra para ahogar el ataque de pánico en alcohol.

Seguro que piensa que soy una estúpida. Probablemente tenga razón.

«¿Por qué siempre me pasa igual? ¿Por qué no puedo ser normal?».

Las citas de la gente normal terminan con un beso de buenas noches, no con una fiesta de vómitos en la parte trasera de un buen restaurante.

Tengo que recomponerme antes de que llamen a un médico. Cuando me levanto del suelo de baldosas y me coloco delante del lavabo de mármol, me zumba la cabeza. Me sorprende que, en vez de mi reflejo, lo que vea sea una pared blanca de ladrillo en la que han escrito en negro BELLISSIMA! El trasfondo del mensaje es: «¡No te preocupes del aspecto que tengas! ¡Sal ahí fuera! ¡Disfruta de la vida! ¡No seas vanidosa!». Es como esas cafeterías espantosas que

no tienen wifi porque quieren que te pongas a hablar con otras personas en lugar de que estés con el teléfono. Qué tortura. Sin espejo a la vista, pongo los ojos en blanco y abro la cámara del móvil. «¿Cómo que *bellissima?* ¡Y una leche!».

El delineado se ha mantenido intacto como por arte de magia, aunque de la sombra de ojos solo ha aguantado una fina línea difuminada por el sudor, que se ha quedado en el pliegue del párpado. No hay casi ni rastro de la capa de base de maquillaje con la que solía intentar taparme las pecas y parece como si me hubiera peinado el pelo castaño oscuro con un soplador de hojas. Llevo un corte bob a la altura de la barbilla para no tener que preocuparme por él. La mayoría de las veces no me da problemas, pero hoy me gustaría poder recogérmelo en un moño para que se me seque la nuca, que la tengo empapada. Tengo una manchita de algo beis en la solapa de la camisa; no sé si se trata de pasta carbonara o de vómito, y puede que no lo sepa nunca.

Abro el grifo y empiezo a lavarme las manos para limpiarme la porquería del suelo del baño. No queda jabón en el dispensador. Qué sorpresa.

Se me dispara la tensión al oír un fuerte golpe en la puerta.

—Ocupado —digo con voz ronca.

Es como si me hubieran colocado un instrumento de tortura medieval en el cráneo. Me echo agua en la cara para no tener pinta de psicópata borracha. Me arrepiento casi al instante, porque no queda papel, solo hay un secador de manos eléctrico. Una gruesa gota de agua me cuelga de las pestañas. Me la seco con la manga y el rímel que me quedaba se me corre.

Otro porrazo en la puerta sacude el diminuto baño. ¿Se creerá que me he esfumado aquí dentro por arte de magia?

—¡Un segundo! —resoplo.

Me meto un chicle en la boca, me seco los ojos y me cuelgo el bolso del brazo.

Inspiro profundo tres veces. «Actúa con normalidad. Tú puedes».

Llaman de nuevo. Más fuerte y con más agresividad.

«¿Quién se cree que es este imbécil?».

—He dicho que un segundo. —Pierdo los estribos al girar el pomo de la puerta—. ¿Qué no has entendido?

Abro la puerta y veo a un hombre alto que obstaculiza el camino. Me mira como si tuviera tres cabezas.

Tiene el pelo castaño y lleva gafas de montura metálica, igual que en su perfil de la *app* de citas. Sus ojos verdes reflejan una expresión de sorpresa y espanto, a diferencia de su perfil de la *app* de citas, definitivamente.

—Mierda. —Dejo caer la mirada al suelo. Puede que, si ocurre un milagro, no me reconozca—. Con permiso.

—Así que es aquí donde te habías metido. —Henry se apoya en el marco de la puerta y me bloquea la salida. Su expresión pasa de estupor a algo completamente diferente. Algo que roza lo engreído. Bajo la camiseta rosa que lleva puesta le asoma un tatuaje en el bíceps.

—No sé a qué te refieres. —Dejo que el pelo me cubra la cara para que no pueda verme bien.

Esboza una sonrisita de suficiencia. Encima.

—Eres Bennet, ¿verdad?

Mi nombre suena ridículo cuando lo dice él. Nunca me ha gustado. Hace que me sienta como un adolescente o como uno de esos capullos del mundo de las finanzas que viven de un fondo fiduciario, aunque sé que esa no era la intención de mi madre cuando me puso este nombre.

—Va a ser que no. —Por mi voz, parecería que me han pasado la laringe por una batidora—. Me llamo Andy. Adiós.

Intento trazar una vía de escape, pero su postura apoyada en el marco de la puerta y el inoportuno tamaño de su cuerpo me cierran el paso. ¿Qué hace aquí tanto tiempo después de la hora a la que habíamos quedado? ¿Por qué cruzó la calle y fue a parar al mismo restaurante que yo?

—Mira, *Andy.* —Se burla, entrecomillando con gestos mi nombre falso—. Si no querías salir conmigo, me lo podrías haber dicho y ya

está.

—Llego tarde a… Eh… —«Venga ya, Bennet. Piensa en algo. Lo que sea»—. Llego tarde a un bautizo. —«¿Un bautizo? ¿Pero qué coño dices?».

—¿En serio? ¿Un miérco…?

—Me tengo que ir.

Me cuelo por el hueco entre su brazo y la puerta, y salgo al comedor.

La sala está casi a oscuras en comparación con la luz fluorescente del baño y mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse. Por todo el comedor hay repartidas lámparas de estilo antiguo con forma de farolillo que brillan en tonos rojos y anaranjados, como cerillas minúsculas. Las mesas están tan cerca las unas de las otras que una persona sobria tendría problemas para desplazarse por el lugar, no digamos ya una borrachuza como yo.

Me abro paso entre la penumbra y me estrello contra la camarera que me sirvió más alcohol de la cuenta. Le está poniendo una copa de vino tinto a un caballero incauto en una mesa del bar cuando me choco con ella. No tengo tiempo de detenerme y disculparme, aunque me giro lo suficiente como para contemplar la espantosa imagen del vino derramado sobre el pecho del hombre, como si fuera sangre. La camarera me dedica un improperio a la vez que echa mano del trapo que lleva en el cinturón y le da una serie de toques en el pecho para absorber el desastre que he dejado a mi paso. Pues claro que llevaba una camisa blanca impecable, ¿cómo iba a ser de otra forma?

Cuando por fin alcanzo la puerta e intento abrirla a la desesperada, no se abre. No se mueve ni un milímetro. «Por Dios, ¿por qué a mí? ¿Por qué tengo que sufrir este castigo? ¿Qué he hecho para merecer esto?». El corazón me late con fuerza, tengo la frente bañada en sudor. Siento a alguien detrás de mí, noto el calor que emana a mi espalda. Un brazo se extiende sobre mi hombro derecho, un tatuaje asoma por debajo de una camiseta rosa. Empuja la puerta con suavidad, que se abre sin oponer resistencia.

Al girarme, me encuentro una vez más acorralada entre un tipo llamado Henry y una puerta.

—Hay que empujar.

CAPÍTULO 2

Nunca me he considerado una persona especialmente ágil, pero casi me siento orgullosa de lo rápido que conseguí salir pitando de L'italiano y volar hasta el metro. Lo único bueno de toda la noche es que no tuve que esperar mucho para coger un tren hacia el centro. Ahora voy sentada en la línea B, frente a una mujer que lleva en su regazo a un niño pequeño dormido. Me masajeo las sienes a medida que el tren sale de la estación y sacudo las rodillas como para intentar quitarme la humillación de encima. Levanto la mirada hacia la mujer que tengo enfrente, que enseguida aparta la vista. Se acerca más al pecho al niño que duerme en su regazo y le da un beso en la frente. Me apunto en la lista mental no tomármelo muy a la tremenda cuando inevitablemente se cambie de asiento en la siguiente parada; estoy segura de que huelo a cloaca y tengo unas pintas un poco de desquiciada.

Jamás quiero ser yo, pero hoy especialmente me gustaría fundirme con el asiento del metro y despertarme en un cuerpo nuevo con una vida completamente distinta. Pero, por desgracia, como siempre, cuando me despierta la voz distorsionada que sale por altavoz del metro y anuncia una parada que definitivamente no es la mía y abro los ojos, sigo siendo Bennet Marie Taylor.

Me he debido de quedar dormida entre Columbus Circle y la calle 125. Tengo los ojos pesados y llorosos, y parpadeo para secarme las lágrimas. Dicen que no eres un verdadero neoyorquino hasta que no has llorado en el metro, aunque nunca me ha importado mucho que se me considere una verdadera neoyorquina.

Salgo a trompicones por las puertas correderas para adentrarme en la estación en penumbra y procuro orientarme. Huele como

cualquier estación del Bronx: a sudor rancio. Mis ojos se topan con la raja del trasero de un hombre que está orinando en las vías. Se me revuelve el estómago. Esta ciudad no conoce ningún límite.

Recorro la estación con la mirada para averiguar dónde me encuentro exactamente, hasta que veo un cartel: ESTADIO DE LOS YANKEES. Estoy en el estadio de los Yankees. Es un alivio comprobar que no queda muy lejos de mi piso en Harlem y que lo único que tengo que hacer es subirme a la línea D en dirección contraria para llegar a casa en un par de paradas.

Aparto la mirada de la cucaracha que revolotea por el cartel de la estación y compruebo la aplicación del metro de Nueva York. El próximo tren en dirección al centro no pasa hasta dentro de veintinueve minutos.

Pues nada. Parece un buen momento para comprobar de una vez por todas a qué viene tanto alboroto por un estadio de béisbol. El estadio de béisbol preferido de Sam.

Subo los escalones de la estación de metro, con cuidado de no tambalearme y torcerme un tobillo, y salgo al aire fresco de la noche. El estadio se encuentra justo enfrente de la boca de metro que he elegido, así que espero a que el semáforo se ponga en verde para peatones y luego cruzo la calle. Contengo la respiración y mantengo la vista clavada en los pies a medida que me desplazo por la acera y avanzo hacia el gigante dormido; me da un poco de miedo que mirarlo antes de estar justo debajo pueda estropear la experiencia. Cuando siento su presencia estoica sobre mí, me detengo, respiro hondo y miro hacia arriba.

Y hacia arriba.

Y hacia arriba.

Ya ha anochecido, pero el cartel es tan luminoso que tengo que entrecerrar los ojos. Es enorme, más de lo que me había imaginado. Como un coliseo del siglo XX al que van los hombres a luchar. Aunque, cuando jugaba Sam, el partido parecía más bien un baile: delicado, elegante, refinado.

Los Yankees eran su equipo favorito. Solía coger el tren desde Jersey con su padre todos los veranos para verlos jugar. Me lo imagino a los siete años aquí plantado, admirando este enorme monumento. Iría de la mano de su padre mientras comía las bolitas de helado Dippin' Dots de un recipiente con forma de casco de béisbol invertido. Tendría las mejillas sonrosadas manchadas de azúcar y tierra; el pelo dorado como la arena, alborotado por el viento. He visto fotos de cuando tenía esa edad, rebosante de alegría, haciéndose mayor y convirtiéndose en quien luego sería. Permanezco de pie, quieta como una estatua, mientras observo el imponente estadio, sintiéndolo todo y nada a la vez. Pasan unos minutos, aunque me parecen horas.

Hace más frío de lo que me esperaba para finales de mayo. Me estremezco cuando un soplo de brisa me alborota el pelo y me cubre la cara. Me lo coloco por detrás de la oreja, el frío me devuelve a la realidad. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí, puede que haya perdido el tren. Me apresuro de nuevo a los túneles subterráneos de la ciudad. No pierdo el tren por cuestión de segundos y llego a Harlem.

Vivo en un quinto sin ascensor y, cuando llego arriba, estoy sin aliento. Rezo por que Sonya esté dormida para evitarle el sonido de mi respiración entrecortada y el olor de mi visita al baño de L'italiano. En realidad, me ha visto en peores condiciones (nos conocemos desde la incómoda época que fue el paso por el instituto), pero vivir en Nueva York me ha abierto en canal como nunca hubiera imaginado. Me cuesta horrores evitar derramar todo mi interior, sentimental y enmarañado, en nuestro pequeño apartamento y ahogarla poco a poco. Así que hago todo lo posible por mantener nuestra relación a raya, a una distancia prudencial. A Sonya le encanta vivir aquí. Ha encontrado su hogar y a su gente. Y yo soy el espectro de la amiga que solía conocer, que le ronda el piso y lanza alaridos como una arpía cuando alguien se acerca demasiado… incluso si ese alguien resulta ser su amiga de toda la vida.

Meto la mano en el pozo oscuro que es mi bolso y rebusco entre envoltorios de chicle, polvillo de gominolas ácidas, tiritas, calderilla y unas gafas hasta que consigo dar con el llavero.

Abro la puerta y rezo una breve oración: «Por favor, si hay un dios ahí arriba, que Sonya esté dormida».

Cuando entro en el salón, se levanta de un brinco del sofá, como un pájaro en un reloj de cuco.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta acercándose a la puerta. Me sobresalto. «Que alguien me mate».

—Al final no fui. —Me quito los zapatos y paso por su lado—. No estaba lista.

Inclina la cabeza y frunce las cejas con una mirada llena de preocupación.

—Oh, no —dice—. Lo siento.

—No pasa nada. —Me rasco la frente y entro en la cocina para llenarme un vaso de agua.

Me sigue a pocos pasos.

—¿Quieres hablar del tema?

«¿Hablar del tema? No. Lo que quiero es olvidarme del tema para siempre». Hago un gesto de negación.

—Solo necesito dormir un poco, ya está.

Me vuelvo hacia ella, sus ojos son grandes y marrones y me clava la mirada. Me observa como alguien miraría a un gatito que han dejado abandonado dentro de una caja en una escalera cualquiera. Está preocupada por mí. Siempre lo está.

Cuando teníamos dieciséis años, éramos muy parecidas. Todos los miércoles por la tarde nos saltábamos la clase de Ciencias para ir al Starbucks, hasta que sus padres nos pillaron y nos obligaron a volver a la escuela. Me tejía un gorro cada invierno y yo le devolvía el favor haciéndole una recopilación de canciones antiguas que sabía que le iban a gustar, incluso cuando los CD se fueron quedando obsoletos. En aquel entonces nos divertíamos haciendo tonterías. Ya no sé cómo hacerlo.

—No quería alterarte ni nada —dice avergonzada.

—Está todo bien —le aseguro, a pesar de que no lo está—. Estoy bien —le aseguro, a pesar de que no lo estoy.

—¿Has pensado en lo que estuvimos hablando? —me pregunta, evitando mirarme a los ojos—. Me refiero a lo de…

—Sí —digo cruzando los brazos. Estos últimos meses he estado dándole vueltas a la idea de volverme a Pensilvania. Me mudé a Nueva York por una razón muy concreta, una en la que estoy fracasando estrepitosamente. Si no soy capaz de hacerlo, ¿qué sentido tiene seguir aquí? Estoy segura de que Sonya se preocupa de corazón. Pero si me fuera de esta casa, su novia podría venirse a vivir aquí sin problemas y compartirían el alquiler. Se las apañaría bien sin mí—. Todavía no lo sé —le digo—, sigo dándole vueltas.

—Vale —responde cambiando el peso de un pie a otro. Al cabo de unos instantes, se vuelve para dirigirse a su habitación. Cuando llega, se para y se toma un momento para mirarme de arriba abajo—. Estoy aquí si me necesitas, Bennet. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Asiento y le doy unos tragos al vaso de agua—. Buenas noches, Sonya. —Me giro hacia el fregadero para llenarme el vaso y para no tener que ver cómo me mira con una mezcla de lástima, exasperación y preocupación.

Dejo que el agua del grifo rebose y me moje los dedos. Alguien me dijo una vez que en el agua de la ciudad había gambas microscópicas, aunque no creo que me importe. Imaginarme que en el agua del vaso hay gambitas me hace sonreír, la verdad.

Cuando levanto la vista, Sonya ha desaparecido.

Ojalá pudiera seguir siendo la chica a la que recuerda, a la que le encantaba hornear *brownies* con ella y con su madre. La chica a la que le encantaban las películas cursis y jugar a *laser tag* e irse de aventura. Pero eso era antes de que cada átomo de mi cuerpo se reordenara para convertirme en quien soy ahora.

Me bebo de un trago el resto del vaso con la esperanza de prevenir la resaca de mañana.

¿Por qué no pude haber ido a Rosencrantz & Guildenstern, preparado unos cócteles complicados y entablado una conversación

vacía con un chico que se llama Henry? ¿Por qué me he pasado en cambio toda la noche castigándome y aplacando cómo me siento con vino y pasta que no puedo permitirme? No lo entiendo y, si pudiera hacerlo, creo que descubriría el secreto de la vida. Sería la gurú de autoayuda más poderosa de la tierra y me haría de oro con un libro titulado *No tienes ansiedad, es solo un invento de tu cabeza que te obliga a hacer locuras,* y me pasaría los días en una villa en Grecia sin tener que preocuparme nunca más por nada. Viviría mi vida y no me haría preguntas.

Me paso la mayoría de los días haciéndome preguntas.

«¿Por qué me escondo cuando Sonya entra en la cocina a prepararse un café?».

«¿Por qué no puedo portarme mejor con ella?».

«¿Por qué me paso días dándole vueltas a un simple mensaje?».

«¿Por qué me silbó ese tío?».

«¿Por qué no puedo tener una cita casual?».

«¿Por qué no puedo levantarme de la cama?».

Cuando me resguardo tras la puerta de mi habitación, me quito la camiseta y me estremezco ante el reflejo del espejo. Dejé que Sonya me convenciera de llevar un sujetador adhesivo para evitar la marca de las tiras, pero se me ha bajado unos centímetros hasta quedar por debajo de los pezones. Me lo despego y toco la parte adherente. Gotas de sudor me resbalan por el pulgar. Qué asco.

Me pongo un chándal y recorro mi cuarto oscuro y desordenado con la vista. El suelo está cubierto de ropa. Todos los rincones están atestados de libros que no abriré jamás. La cama está deshecha y encima hay bálsamo labial, desmaquillante, ropa interior y calcetines. Este lugar es mi santuario, mi refugio, y lo he convertido en un vertedero.

Antes de meterme en la cama, añado a una lista mental a todas las personas a las que he decepcionado hoy.

A Sonya.

A la camarera rubia.

Al hombre con la camisa manchada de vino.

A Sam.

A mí.

A Henry.

Cuando me meto debajo del edredón, ya no corro el riesgo de interactuar con otro ser humano al menos durante las siguientes ocho horas, y ese pensamiento por sí solo es suficiente como para que me suma en un sueño plácido y profundo.

CAPÍTULO 3

Me quedaría corta si dijera que soltera, sin amigos y sin rumbo no era cómo me imaginaba que viviría cuando me mudara a Nueva York. Cuando estábamos en la universidad, Sam ya tenía una idea de cómo sería nuestro futuro. Alquilaríamos un pisito en el Upper West Side y nos haríamos mayores haciendo la compra en la tienda de *delicatessen* Zabar's, dando paseos por Central Park y yendo a los partidos de los Yankees los sábados. Él decía siempre que nos veía un futuro aquí, donde hay museos y teatros, donde la cultura impregna hasta el último ladrillo. Decía que yo era demasiado grande para un pueblecito, que juntos nos comeríamos el mundo. Me encantaba imaginar nuestro futuro, cómo llamaríamos a nuestros hijos, si tendrían su nariz o mis ojos. Pero nunca nos imaginé viviendo en Nueva York. Este sueño le pertenecía a él en exclusiva.

A pesar de todo, decidí darle una oportunidad. Pero ahora estoy aquí y mi vida no se parece en nada a como él se la había imaginado. No visito museos. No voy al teatro. Es una vida triste, patética y solitaria, y no creo que yo esté hecha para ella. Y si no estoy hecha para ella, ¿qué pinto aquí?

El piso que comparto con Sonya es minúsculo. No hay muchos recovecos, pero todos están a rebosar de utensilios de cocina. Mi cafetera de émbolo vive encima de la nevera, junto a la tostadora y la batidora eléctrica. Tengo que ponerme de puntillas para alcanzarla.

En la puerta de la nevera solo tenemos algunas cosillas: una foto de Shakespeare, un juego de imanes para hacer poemas, una

invitación para la fiesta de graduación de la prima de Sonya y una preinvitación para una boda. *La boda.*

Los padres de los novios
tienen el placer de invitarle, junto a un acompañante,
a la unión de Alexandra Chase y Theodore Brightwood.
Les rogamos reservar la fecha de la celebración: 15 de septiembre.

Trazo con el dedo los bordes de la postal con relieve. En esta foto, Alexandra se parece a Sam. Un poquito, en la sonrisa.

Caigo en la cuenta de que anoche usé su apodo cuando le di a Henry un nombre inventado. En esta invitación pone Alexandra, pero para mí es Andy. La hermana pequeña de Sam y mi mejor amiga.

La pareja que aparece en la foto está en un campo de tulipanes. La melena de Andy es roja, como una nectarina, y el cabello de Theo es oscuro como el regaliz. Sé que Andy será una novia preciosa y llevo sabiendo desde que vi por primera vez a Theo que la amaba. Supongo que, si hay una ocasión indicada para emplear la expresión «pareja poderosa», sería para referirse a Andy y Theo.

Pongo la tarjeta del revés para que la foto quede de cara a la nevera. Así no tengo que mirarla y aceptar que mi vieja amiga ahora es prácticamente una extraña, que nuestras vidas se han ido distanciado y ahora apenas hablamos.

No puedo pensar en lo que ocurrió la última vez que vi a Andy, el último comentario desagradable que le dije.

Lleno de agua el hervidor oxidado que compartimos, lo coloco en el fuego y lleno la cafetera de émbolo con café molido de la cafetería de la novia de Sonya. El aroma a nuez insufla vida a mis pulmones.

Sonya trabaja de nueve a cinco en una joyería del SoHo, por lo que sé que estoy a solas. No me molesto en cambiarme la camiseta conmemorativa del día en que los estudiantes de último curso del instituto faltan a clase, ni en ponerme el sujetador, ni tan siquiera en ponerme unos pantalones. Mi pelo corto apunta en todas las

direcciones posibles y tengo una manchita blanca de baba en la comisura del labio. ¿Cómo pudo Sam verme atractiva por las mañanas? Cuando me llevaba a casa, yo parecía Cenicienta, y a la mañana siguiente me levantaba como la hermanastra malvada. Aun con todo, se giraba, me besaba y me decía que era preciosa.

Llevo años sin sentirme preciosa.

Sam solía traerme el café del súper Quik Mart las mañanas que tenía entrenamiento de béisbol. Me despertaba con el olor a café americano y a *bagels* correosos, y sabía, antes siquiera de abrir los ojos, que me quería. Cuando pienso en Sam, recuerdo aquellas mañanas. Olía como cualquier universitario: un poco a humedad y a sudor, aunque con un toque de algo más dulce, quizá vainilla, y siempre a café del súper Quik Mart.

Mi madre decía que era afortunada por tener a alguien que lidiara conmigo, alguien tan paciente como él. Siempre he sido propensa a tener ansiedad, y a veces incluso depresión, aunque lo peor llegó mucho más tarde, después de lo de Sam. Cuando iba a la universidad, era capaz de arreglármelas sola. No es que fuera fácil, pero no era nada comparado con lo de ahora. Sam era como un bálsamo. Con él estaba más centrada, más equilibrada. Era una persona muy tranquila, mientras que yo tenía un huracán dándome vueltas por dentro a todas horas. Durante un tiempo, funcionó.

El silbido del hervidor me taladra los tímpanos y vierto el agua en la cafetera. No me puedo creer que tenga que esperarme otros diez minutos hasta que pueda beberme el café, pero cuando me mudé a Nueva York dije que sería el tipo de persona que utiliza cafetera de émbolo. Me encanta el café, pero si fuera sincera conmigo misma, reconocería que prefiero el café del súper.

Siento como si tuviera la cabeza metida en cemento. No puedo esperar más. Presiono los posos contra el fondo del recipiente de vidrio y me sirvo una taza. Casi no está cargado, no hay duda, pero no me podría importar menos.

Me llevo la taza al salón, que está tan abarrotado como la cocina. Nuestro sofá cama plegable gris se hunde bajo mi peso cuando me

siento. Frente a mí hay una mesita de centro cutre con una capa de pintura negra desconchada (que encontramos en la esquina con la calle 149) y las paredes están casi todas vacías, salvo por unos lienzos abstractos que compramos en HomeGoods y un tapiz de macramé beis con el que Sonya se topó en una tienda de segunda mano. Tenemos un mueblecito para la tele (que también encontramos en la calle), una alfombra azul y un par de bandejas desparejadas que utilizamos para comer. Nada pesa mucho: los muebles pesados son demasiado permanentes, demasiado formales, por lo que todo lo que hay aquí es barato, ligero y no dejará ningún rastro de que estuvimos aquí cuando inevitablemente nos acabemos mudando.

Miro el móvil. Tengo un mensaje de Andy Chase.

> Hola, Bennet. ¡Muchas gracias por la batidora! Siento mucho que no pudieras venir a la despedida de solteros, pero todos esperamos que puedas asistir a la boda. Avísame lo antes posible.

Cierro el mensaje. Al comprarle la batidora me quedé prácticamente sin un céntimo en la cuenta del banco, pero tenía que regalársela, sobre todo porque solo de pensar en ir a la boda me pongo mala y la culpa me está comiendo viva. La boda de Andy y Theo será perfecta, como supongo que lo fue su fiesta prenupcial de temática primaveral celebrada antes de lo habitual. En Los Ángeles, Theo es un abogado de éxito especializado en el sector del entretenimiento, y su sueldo, sumado al dinero de los Chase, cubrirá sin duda todos los gastos de la extravagante boda que seguro que está planificando Andy. Cada detalle se cuidará con un gusto exquisito y a la vanguardia, desde las tartas preparadas por chefs famosos, hasta los arreglos florales encargados a *boutiques* de renombre, pasando por el esmalte de uñas color punta de *ballet* de las damas de honor. Será un sueño con aroma a cítricos en Los

Ángeles, con un atardecer anaranjado y púrpura en el horizonte y unos invitados tan guapos que deberían salir todos en las revistas. Andy no dejará nada al azar y el resultado valdrá todo su arduo esfuerzo. Será un fin de semana precioso. Y yo seré desdichada.

Luego le contesto.

Abro el portátil para comprobar mi horario. Empiezo el turno a las dos. Seguramente pueda hacer un hueco para una paradita en el supermercado antes de entrar.

Por curiosidad, tecleo «Estadio de los Yankees» en Google. Resulta que el estadio bajo el que me encontraba anoche ni siquiera existía cuando Sam tenía siete años. Me he estado imaginando ese momento de forma completamente equivocada.

Fenomenal.



Si crees que sabes cuál es el peor sitio de Nueva York, piénsatelo de nuevo. Sin duda alguna, es el Trader Joe's de la calle 72. Es como si toda la mitad superior de Manhattan se reuniera a cualquier hora en este supermercado de dos plantas, y hoy no es la excepción. Por lo general, llevar zapatos abiertos en Nueva York no es muy seguro, y menos aún en los supermercados abarrotados. El verano pasado, una mujer me pasó el carrito de la compra por encima del pie y se me partió una uña por la mitad. Cuando me atreví a gritar de dolor, lo único que hizo fue poner los ojos en blanco y seguir su camino hacia los ñoquis, dejando que mi pobre dedo del pie y yo nos desangráramos al lado de los vinos baratos.

Cojo una cesta y bajo la escalera hasta la tienda.

Lleno la cesta principalmente con comida basura y precongelados, ya que es lo único que sé preparar. Cuando llego a la línea de caja, añado una bolsita de chuches y unos bombones de chocolate negro y mantequilla de cacahuete que están colocados en un expositor.

El cajero no tendrá más de diecinueve años, tiene el pelo rubio rojizo y acné juvenil. Y las pestañas más largas que he visto nunca. Los tíos lo tienen fácil: nacen con toda la belleza y sin tener que cumplir con ninguno de los cánones.

—Buenas —saluda alegremente—. ¿Todo bien?

Dejo la pesada cesta sobre el mostrador y asiento. Esta es la parte que detesto, cuando claramente se supone que tiene que haber interacción social, pero la conversación muere entre ambos como si fuera un ladrillo. Ruego que deje que el ladrillo se caiga, que se haga añicos contra el suelo y que no intente retomar la conversación con un comentario o, Dios me libre, con una pregunta. Contengo la respiración mientras va sacando uno a uno los productos de la cesta y los mete en bolsas de papel marrón.

—Son 189,45 dólares. Puedes pasar la tarjeta cuando quieras.

Siento un escalofrío. No puedo pagar la compra. Anoche me gasté casi todo el dinero que tenía reservado para comida. Pero ahora sería demasiado humillante darme a la fuga, así que meto la mano en el bolso para buscar la cartera. Me detengo cuando compruebo que no está en el bolsillo de siempre. Qué raro. Rebusco entre toda la porquería que hay en el fondo del bolso, pero no la encuentro. «Mierda».

—Disculpa, un segundo —murmuro.

Recuerdo que el forro del bolso tiene un desgarro considerable. A veces se pierden las cosas ahí. Ahí debe de haber ido a parar mi cartera.

El cajero inclina la cabeza con una sonrisa.

—¿Tienes Apple Pay?

Claro que no tengo Apple Pay. Sonya me rogó que la dejara configurármelo hace unos meses, pero no me molesté.

—Tiene que estar por aquí en algún sitio —resoplo.

Su sonrisa empieza a desvanecerse cuando meto la mano por el agujero entre el forro y el exterior del bolso y empiezo a tantear. Encuentro dos pendientes desparejados y un caramelo mentolado, pero ni rastro de la cartera.

—Lo siento, de-debo de haberme dejado la cartera en casa.

Aferra las bolsas como si me fuera a dar a la fuga con ellas.

—Entonces no te puedes llevar la compra, lo siento.

Ay, madre. Ay, madre. Ay, madre. Me está mirando con una sonrisita de condescendencia que hace que me sienta tan pequeña como un grano de arroz jazmín del Trader Joe's.

—No pasa nada. Me, eh… Me voy.

Me largo de allí, avergonzada. Cuando salgo a la calle, me doy cuenta de que sé exactamente dónde está mi cartera.

Está en el suelo del baño del restaurante L'italiano en el East Village.

CAPÍTULO 4

Dios, ¿me pueden dar un respiro? Es como si todos los acontecimientos ocurridos en las últimas doce horas fueran las olas formadas por la desastrosa zambullida de la noche anterior y estuviesen intentando ahogarme. No me puedo creer que tenga que volver a pisar ese restaurante espantoso. He llegado incluso a llamarlos, para comprobar si la estúpida cartera seguía allí, pero, cómo no, la línea estaba ocupada y no tienen buzón de voz. ¿Qué clase de restaurante no tiene buzón de voz?

L'italiano abre hasta medianoche, así que espero poder ir a recoger la cartera cuando termine de trabajar en el *catering*. Si tengo suerte, alguna forma de vida extraterrestre habrá borrado la memoria de todos los que trabajan allí y nadie me reconocerá.

Como mujer sin habilidades ni rumbo en una gran ciudad, lógicamente acabo haciendo trabajos temporales. A veces trabajo en un *catering*, otras veces reparto panfletos por la calle, y otras me disfrazo de perrito caliente y reparto vasitos de encurtido a jóvenes empresarios ricachones en la cadena de supermercados Whole Foods. Todos estos trabajos tienen los mismos requisitos: debes despojarte de tu identidad y hacer lo que se te dice.

Me dirijo a la zona de carga del club multideportivo New York Athletic Club, el NYAC, ya que al personal de servicio no le está permitido usar la entrada principal, y cuelgo la chaqueta en un perchero junto a la puerta de la cocina. El NYAC es un club para personas de familias adineradas de toda la vida. Todo tiene una historia, desde las vitrinas antiguas donde se guardan los trofeos hasta los bustos de atletas famosos. Este lugar incluso huele a lujo. Tiene un montón de muebles pesados.

He trabajado aquí unas cuantas veces. Puede llegar a ser extenuante, pero el sueldo está muy por encima del salario mínimo y la mayor parte del personal no está mal. Una vez, un cocinero me guardó un plato entero de *filet mignon* con puré de patatas, zanahorias asadas y salsa *gravy* para que me lo llevara a casa al acabar el turno, y me dio para cenar las siguientes dos noches. Mientras la dirección no se entere, suelo poder comer gratis, lo que me viene bien, dado que mi vida es una broma vergonzosa de las grandes y hoy no pude hacer la compra.

Esta tarde he optado por unos zuecos negros de la marca Dansko supersexis. Solía intentar venir más o menos presentable a trabajar, pero a las articulaciones no les sientan especialmente bien los zapatos bonitos cuando tienes que pasarte ocho horas de pie. Además, el NYAC tiene un código de vestimenta estricto que incluye zapatos negros, camisa blanca, pantalones de vestir negros, una chaqueta marrón proporcionada por el establecimiento y una pajarita dorada. Hoy la chaqueta que me han dado me queda bastante bien. En la placa del nombre pone ANYA. Por qué no, puedo ser Anya.

—Llegas tarde —me susurra una voz al oído. Es el señor Kirk, el jefe de sala y un capullo de primera. Sí, se nos pide que nos refiramos a él únicamente por el apellido.

Su cuerpo delgado y su rostro anguloso se ciernen sobre mí, tiene los brazos en jarra y los labios apretados. Si una aguja de punto cobrara vida y empezara a dar órdenes a los demás, sería el señor Kirk.

—Son las dos en punto. Llegué hace cinco minutos —le respondo.

Sus ojos negros me miran con desprecio.

—Eso significa que a las dos deberías estar ya trabajando, no parada en la puerta como si estuvieras perdida.

—No me han asignado ninguna tarea todavía. No sé en qué sala es el evento.

Sus labios finos y agrietados forman una línea recta.

—¿Cuántos eventos has cubierto aquí? —pregunta con firmeza.

—No sé, ¿unos diez? —Me tiro de la pajarita que llevo en torno al cuello, que me pica. Kirk se cruza de brazos.

—¿Después de diez eventos necesitas que se te diga lo que tienes que hacer en todo momento? ¿Necesitas que te lleve de la mano? ¿Es eso?

—No, señor. —Me mira fijamente—. Empezaré a sacarles brillo a los cubiertos —mascullo.

Lo que decía, la mayor parte del personal no está mal.

—Bien. No vuelvas a llegar tarde —dice con voz nasal y chillona.

Asiento.

—Sí, señor.

«Capullo».

Se esfuma como un villano sacado de un cómic.

La cocina es como un laberinto. Si contáramos los metros cuadrados, probablemente sea grande, pero con toda la gente, los platos, los recipientes con condimentos, las cajas de productos frescos y los aparatos electrodomésticos industriales que la abarrotan, da la sensación de que es tan pequeña como una bañera. Cuando entro, el olor a ajo y cebolla me hace salivar.

Cojo una caja de cubiertos, un trapo de limpiar y un vaso de gaseosa. Encuentro un rincón tranquilo y empiezo a pulir. Mojar, limpiar, secar, apartar. Sigo sacando brillo hasta que dejo el último tenedor y cuchillo resplandecientes y el ruido de mi cabeza se acalla por completo.



Hay una ligera niebla cuando termino el turno. Es el tipo de noche cálida y fría a la vez. No logro distinguir si la camisa se me pega a la espalda por la lluvia o por el sudor. Me seco la frente con la manga de la chaqueta mientras cruzo la calle para subirme al metro que va en dirección al centro. Me rugen las tripas. El señor Kirk me pilló

llevándome un plato de *cordon bleu* de pollo y tuve que devolverlo. Vi cómo lo tiraba a la basura mientras yo metía la chaqueta y la pajarita en el cesto de la ropa sucia junto a la puerta e intentaba no decir algo por lo que pudieran despedirme.

Cuando llegue a L'italiano serán las diez, bien pasada la hora punta de la cena, aunque puede que quede alguna mesa con algún que otro rezagado. Espero que haya suficiente ajetreo como para poder entrar y salir sin llamar mucho la atención, pero no tanto como para tener que esperar horas a que alguien me haga caso.

Me monto en la línea F del metro y me bajo seis paradas después, cuando oigo al conductor anunciar «Calle Delancey» por encima del estruendo y el chirrido de las vías. Paso por delante de Rosencrantz & Guildenstern, el monumento a mi pánico. Las puertas me provocan, se burlan de mí. «Que os den, puertas —pienso al cruzar la calle hacia el cálido resplandor de L'italiano—. Que os den a vosotras y a todo lo que representáis».

Para mí sería muchísimo más fácil cancelar todas las tarjetas que llevo en la cartera y dirigirme a casa, pero sé que no puedo dejar que el miedo ejerza ese tipo de poder sobre mí. Apoyo la mano en el tirador metálico de la puerta hasta que, finalmente, tiro de él para abrirla.

Percibo el aroma a pan con mantequilla y ralladura de limón que impregna el aire mientras inspecciono el restaurante. En el comedor hay dos mesas con comensales y hay una pareja sentada en el bar; aparte de eso, el lugar está vacío. Los de la pareja están pegados el uno a la otra en un abrazo… muy pero que muy íntimo. Al hombre le falta poco para meterle los dedos en la boca.

Me dirijo a la zona del bar, pero no me siento en un taburete. No quiero que parezca que me voy a quedar a beber algo. En vez de eso, me reclino sobre la barra y finjo que estoy ocupada con el móvil. Resulta patético, la verdad. Hace horas que nadie me envía un mensaje y me puse al día con las nuevas publicaciones en el *feed* de Instagram cuando venía de camino, por lo que me quedo mirando una foto de Andy y Theo en su despedida de solteros

conjunta. Cuando íbamos a la universidad, ella insistía en que separar al novio y la novia en la despedida de solteros era machista y una tontería porque lo más probable es que les regalaran artículos para la cocina y el hogar, y que «sería una ridiculez absoluta que esos regalos fuesen solo para la novia en pleno siglo veintiuno. ¿O es que no queremos que el novio haga las tareas del hogar?».

Ha soñado con casarse desde que la conozco y tiene opiniones muy firmes sobre el negocio de las bodas desde que empezamos a ver el *reality* de bodas *Four Weddings* los domingos por la mañana, cuando no echaban nada más en la tele y Sam tenía entrenamiento de béisbol: «Cuando me case, no separaré a las damas de honor de los padrinos, porque quiero que Sam esté a mi lado. Y cuando vosotros os caséis, más os vale invitarme a ambas fiestas. Seré la dama de honor y el padrino».

Me muerdo el labio inferior y uso el dolor para abandonar ese recuerdo, el potencial perdido de esa declaración. Sam no irá a ninguna de nuestras bodas.

«Venga, Bennet. No pierdas la calma».

La pareja que hay a mi lado deja por fin la sesión de magreo y sale a la calle a oscuras mientras él la aprieta a ella con el brazo contra su cuerpo. Parece que llevo horas aquí de pie, un poco incómoda, actualizando el *feed* de Instagram. ¿Cómo esperan ganar dinero con este tipo de servicio? Podría ser una clienta que quiere pagar.

Justo cuando estoy a punto de tirar la toalla y dejar una nota con mi número en el atril de la recepción para que me llamen si encuentran la cartera, esta se desliza por la barra hasta quedar delante de mí. Voy recorriendo con la mirada los dedos de la persona, pasando por la muñeca y el antebrazo cubierto de un ligero vello castaño, hasta llegar al bíceps y al tatuaje que asoma por debajo de una camiseta de manga corta.

Henry.

—La verdad —dice con una ceja alzada— es que no me esperaba verte a ti de nuevo.

CAPÍTULO 5

«Joder. Me cago en la hostia».

—Hola —digo con un balbuceo.

—Hola, Bennet. —Se apoya en la barra que nos separa—. ¿O no dijiste que te llamabas «Andy»?

—Igual… —«Mierda»—. Igual dije eso.

—Menos mal que aquí dentro hay un documento de identidad para comprobar que eres tú. —Sigue agarrando la cartera con fuerza mientras me mira por encima de las gafas—. Por cierto, ¿cómo fue el bautizo?

Me está incitando a que le quite la cartera de las manos, pero no quiero tocarlo, y mucho menos empezar un tira y afloja con él.

—¿Trabajas aquí? —Es lo único que consigo decir. La boca se me ha quedado completamente seca y siento que voy a volver a vomitar en el baño de L'italiano.

—¿Por qué crees que elegí tener nuestra cita en un sitio del otro lado de la calle? —El sonido de la palabra «cita» saliendo de sus labios hace que se me ponga la cara ardiendo. De repente soy consciente de que llevo puestos mis pantalones de camarera y una camisa abotonada, que probablemente sean las prendas menos atractivas con las que se puede ver a alguien. Tengo manchas de mostaza en los muslos y estoy segura de que huelo a gorgonzola.

—Eres barman y elegiste un taller para preparar cócteles. No es justo.

—A lo mejor quería impresionarte. —Se inclina hacia adelante y aprieta la cartera con los dedos.

—Dame eso. —Pierdo la paciencia y, al final, se la arrebato de las manos.

Ladea la cabeza y frunce el ceño.

—Igual deberías ser más amable con el chico que se pasó toda la noche esperando a que dieras una señal, ¿sabes?

—Tuve una mala noche —le digo mientras guardo la cartera en el bolso.

—Ya. —Apunta con el pulgar hacia la ventana, al Rosencrantz & Guildenstern—. Yo también tuve una mala noche. —Niega con la cabeza y pone una cara a medio camino entre el reproche y la desilusión. No le habré hecho daño a este tipo, ¿verdad? No nos conocemos.

—Perdona. No pensé que te fuera a importar. Era solo una primera cita —digo.

—Fui al taller para preparar cócteles yo solo y, cuando terminé horas después, llegué a la conclusión de que sí que me habían dado plantón. Y todo eso para cruzar la calle, que mis compañeros me preguntasen cómo había ido la cita, y encontrarte borracha en el baño de los hombres. Tengo que admitir que me llevé toda una sorpresa. Por tu perfil, no parecía que fueras a ser tan…

—¿Descuidada? —lo interrumpo.

Hace un gesto de negación.

—Iba a decir «despiadada».

—Es evidente que no me conoces nada —murmuro entre dientes.

—La verdad es que no. —Sonríe de forma burlona, apoyando la cadera en el compartimento para el hielo que hay debajo de la barra—. Y ahora nunca lo haré.

Por alguna razón, se me revuelve el estómago y se me hiela la sangre en las venas. Como si hubiera podido controlar lo que pasó anoche. Como si hubiera querido insultarlo a él adrede y, de paso, humillarme a mí misma.

—Supongo que no —musito mientras me retiro de la barra. La garganta me empieza a arder cuando alcanzo la salida. Que le den a este restaurante. Empujo la puerta y siento cómo el fresco aire primaveral me azota el rostro.

—Al menos me has hecho ganar veinte pavos.

Me detengo en seco al oír su voz. Me giro hacia donde está mientras mantengo la puerta abierta con una mano.

—¿Cómo?

—Sarah, la camarera de anoche, se apostó veinte pavos a que nunca volveríamos a verte. Tuve el presentimiento de que regresarías, así que acepté la apuesta.

—Te has pasado un poco de la raya.

—La verdad que no. —Apoya los codos en la barra—. Yo aposté por ti, ¿recuerdas?

—No es justo. —Se me encoge el pecho y respiro entrecortado. ¿Por qué debería sacar tajada de mi ataque de pánico este tipo?—. Y creo que me merezco la mitad de esos veinte dólares.

Se agacha bajo la barra y coge su cartera de donde la hubiera guardado antes de empezar el turno. Rebusca, saca un billete de diez dólares y lo sujeta entre dos dedos. Sonríe.

—Todo tuyo.

Vuelvo a la barra y la puerta se cierra detrás de mí. Apenas se mueve mientras me acerco a él. Esperaba que me pusiera el billete fuera de alcance cuando iba a cogerlo, pero no lo hace. Deja que se lo quite de la mano. Retrocedo unos pasos con cautela.

—Gracias —musito.

—Es lo justo —dice.

—Bueno, pues… —Me rasco la barbilla—. Nada, adiós.

—¿Por qué no te presentaste en nuestra cita? —pregunta ignorando mi despedida.

—Pues, eh… —Me muerdo el interior del labio y miro al suelo, arrugo el billete entre los dedos—. Tuve un ataque de pánico.

—¿Por mi culpa?

—Eh… —Me tiemblan las manos—. No he tenido una cita en un montón de tiempo, y… —Sacudo la cabeza—. Mi compañera de piso me creó el perfil, pero no estaba lista.

—Está bien. —Cuando alzo la mirada, me está observando. Por un segundo pienso que puede estar mirando algo detrás de mí, por lo que echo un vistazo por encima del hombro. Se ríe. No lo pillo.

—Nunca he tenido un ataque de pánico —dice al final, encogiéndose de hombros.

«Pues claro que nunca ha tenido uno».

—Qué suerte tienes —contesto—. No son divertidos.

—No pretendía agobiarte —dice—. Era solo una cita.

Ahora su semblante se ha suavizado, pero recuerdo cómo me miró antes, con una expresión a medio camino entre el enfado, el dolor y la diversión.

Me aclaro la garganta.

—Mira, hasta que llamaste a la puerta del baño, no consideré que había una persona de carne y hueso ligada a tu perfil. No eras más que un tipo hipotético en la pantalla del móvil. Pero de pronto te hiciste muy pero muy real. Y me sentí incluso peor, así que salí corriendo.

Se le ensombrece el rostro y me aparta la mirada.

—Sí que me sentí un poco mal el resto de la noche, cuando te piraste de aquí. Como si hubiera dicho o hecho algo malo, o… Yo qué sé. Que viniste al bar, me echaste un vistazo y te dieron ganas de vomitar.

—Vomitar sí que acabé vomitando… —susurro por lo bajo. Ahora me percato de la auténtica burrada que acabó siendo lo de anoche: derramé una botella de vino, vomité en el baño y ni siquiera pagué la cuenta—. Uf. —Me llevo las manos a la frente—. Lo siento, hice el ridículo y te hice sentir fatal. —Se me crispa el mentón y noto cómo se me empiezan a cargar los párpados y a picar la nariz. No voy a llorar delante de un tío cualquiera—. Joder —mascullo. Vuelvo la cabeza para que no vea cómo se me humedecen los ojos.

—Mierda —dice—. ¿Estás bien? ¿Necesitas una servilleta?

Toma una servilleta de cóctel del bar y me la ofrece. Hago todo lo posible por contener las lágrimas.

—No —carraspeo—, estoy bien.

—¿Vino? —sugiere.

Suelto un quejido y sacudo la cabeza.

—De verdad que estoy bien.

—¿Pizza?

Me detengo medio segundo al oír la sugerencia y noto que el estómago me ruge como queriendo responder. Hay un pequeño detalle que me encadena a este lugar y ese detalle es que me muero de hambre.

—Pizza —dice Henry con una amplia sonrisa—. ¡Familia, hoy se cena!

—Hoy se cena pizza, familia —añado yo, arrepintiéndome al instante—. Quiero decir… —El estómago vuelve a rugir, esta vez más fuerte.

Henry sonríe, pero se tapa la boca enseguida. Esta vez sí que lo ha oído.

Caray, traicionada por mi propio estómago. Aunque soy consciente de que tal vez no tenga otra oportunidad de comer algo que no sea congelado hasta que me vuelva a tocar trabajar en el NYAC, así que me giro a regañadientes hacia él.

—¿Tenéis de *pepperoni?*

—Pues claro que tenemos de *pepperoni,* somos un establecimiento que se hace respetar.

Miro hacia la puerta; la libertad al alcance de la mano. Luego vuelvo a mirar a Henry; una pizza al alcance de la mano. Es una decisión difícil de veras.

—Venga —dice mientras comprueba su reloj—. Quedan cinco minutos para que cierre la cocina. Es ahora o nunca.

Me vuelven a rugir las tripas y hago una mueca. Claramente escapa a mi control.

—Está bien —accedo—. Usaré el dinero de la apuesta. —Me saco el billete de diez dólares del bolsillo.

Niega con la cabeza e introduce la comanda en una tableta.

—Me dan una comida gratis por ser del personal —dice—. Podemos compartir.

Luego toma una botella de vino de la vinoteca.

—¿Vino? —Coloca una copa en la barra delante de mi taburete.

—Estás siendo muy amable con alguien que te dio plantón —le digo—. ¿Y eso?

—¿Eres siempre así de escéptica con la gente?

—¿Eres siempre así de agradable con la gente que se esfuma así sin más?

—No. —Sonríe—. No suelo llegar a conocerla.

Siento cómo se me calienta el rostro.

—Claro, porque desaparecen.

—Así es —afirma mientras descorcha la botella—. En eso consiste, ¿no?

Ahora que estoy aquí y lo tengo enfrente, me doy cuenta de que tomarse algo con un extraño no da tanto miedo. Puede que esta sea mi oportunidad de redimirme por lo de anoche.

Tomo aire, trago saliva y me subo al taburete.

—¡Eh, al final te quedas! Mira tú por dónde. —Sonríe mientras sirve una copa de vino tinto.

Levanto un dedo.

—Una copa de vino. Eso es todo. —Me acerca la copa. Suelto un quejido y sacudo la cabeza—. Por favor… Cualquier cosa menos un *chianti*.

—Tienes razón. —Con una sonrisa socarrona, le da un sorbo a la copa—. Esta es para mí, entonces. ¿Qué te parece uno blanco?

Asiento.

El cabello le cubre la cara cuando se agacha a la vinoteca. Desenrosca la tapa de una botella de vino blanco y me lo sirve en una copa limpia. El restaurante está en penumbra, pero las lámparas de estilo *vintage* de las paredes otorgan al conjunto un fulgor como el de los malvaviscos al fuego.

Cuando termina de servirme el vino, devuelve la botella al enfriador.

—Ahora mismo vuelvo, no te esfumes —dice antes de desaparecer en el comedor, supongo que para hacer la ronda a las mesas que quedan.

El vino sabe a pomelo. Lo pruebo con cautela. «¿Qué narices estoy haciendo? ¿Se puede saber qué hago aquí? ¿Por qué está siendo tan amable conmigo? No es una cita, ¿verdad?».

Henry termina de atender una de las mesas y empieza a retirar los platos de otra. Se mueve como si nada le pesara, como si solo lo rodeara aire. Es una habilidad que nunca he tenido. No suelo causar una buena primera impresión. Se me traba la lengua, me siento incómoda y no se me suele ocurrir nada que decir, por mucho que rebusque en mi cerebro. Es como si todas las palabras del vocabulario se me escaparan por las orejas y mi personalidad se aplastara hasta quedar como una tortita.

Henry les entrega la cuenta a las últimas mesas y entra en la cocina. Si quiero escaparme, este es el momento. Pero no me muevo.

Aparece tras la barra con una bandeja de pizza y dos platos, y nunca me he sentido tan orgullosa de mí misma por no dejar que el impulso de huir se saliese con la suya porque, *mamma mia,* esa pizza huele de maravilla.

—Bueno —dice al colocar la comida en la barra—, cuéntame. —Coge una porción de pizza y se la acerca, creando el puente de queso más perfecto que he visto nunca. El queso se estira entre el trozo que tiene en la mano y el resto de la pizza hasta que al final se rompe.

Madre mía, me ha excitado más esta pizza que lo que me ha puesto un hombre en años.

—Que te cuente… ¿el qué? —pregunto intentando no parecer más interesada en la pizza que en el hombre que se la está comiendo.

—Lo que sea.

Me encojo de hombros.

—No hay mucho que contar.

Se cubre la boca con una servilleta mientras mastica.

—Mira, si vamos a ser amigos, vas a tener que contarme algo sobre ti.

Contemplo la pizza sobre la barra que nos separa. Podría nadar en el aceite de una de esas cuencas que forman los trozos de *pepperoni* al curvarse y sería feliz para el resto de mi vida, pero si cojo uno parecerá que me estoy comprometiendo. Como si avalara cualquier locura que este tipo quiera de mí. Así que dudo.

—¿Vamos a ser amigos?

Dobla su porción por la mitad.

—Claro.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —Le pega un gran mordisco.

Doy un sorbo al vino.

—¿Ya no tienes amigos?

Hace un gesto de indiferencia con los hombros.

—He regresado a la ciudad después de pasar un par de años en casa, en Denver, y mi red ha menguado. Me instalé las *apps* de citas tanto para hacer amigos como para salir con alguien o lo que sea. —Se limpia las manos en un trapo.

—¿Por qué yo?

—Porque estás aquí.

Pongo cara de pocos amigos. Henry prosigue:

—Y porque has hecho que gane veinte dólares.

—Diez dólares.

—Sí, es verdad. Diez dólares.

Aprieto los dientes. ¿Qué puedo contar? Me siento tonta. Esto se me solía dar bien.

—No sé de qué hablar —admito.

—Vamos a empezar por lo fácil —dice—. Eras de Pensilvania, ¿verdad?

Se me retuerce el estómago.

—¿Cómo sabes eso?

Se aparta de mí, con el cuello enrojecido.

—Eh… porque… —Dirige la mirada a su móvil, que está bocabajo sobre la barra—. Porque lo pones en tu perfil —responde.

Lo miro con los ojos entrecerrados. ¿Puse esa información en mi perfil? Lo borré cuando llegué anoche a casa, así que no hay forma de comprobarlo. Sin embargo, si Henry sabe que soy de Pensilvania, se debe de haber enterado por algún lado. Al fin y al cabo, fue Sonya la que me creó el perfil, así que supongo que pudo poner la ciudad de la que vengo sin que me diera cuenta, aunque sí que le pedí que no diera muchos detalles.

Se aclara la garganta y me saca de mis cavilaciones.

—¿De qué parte de Pensilvania?

Respondo con vacilación:

—Del condado de Lancaster.

Asiente.

—Territorio *amish*.

—Sip —digo, toqueteando una astilla de la barra—. De donde vengo y, probablemente, mi próximo destino.

—¿No te gusta Nueva York?

Sacudo la cabeza.

—No le gusto yo a ella.

—¿Qué te trae entonces por la ciudad? —me pregunta cuando me ve jugueteando con la madera.

—Mi exnovio muerto.

Se atraganta y me da la espalda para esforzarse por sacar un trozo de pizza que se le ha quedado en la garganta. Después de toser durante un minuto, se vuelve para mirarme, con los ojos llorosos por el calvario.

—Madre mía, lo siento mucho.

—¿Quieres que seamos amigos? Pues ese es mi bagaje emocional. Pensé que sería mejor quitármelo de encima cuanto antes.

Si fuera a terapia, seguramente me dirían que hablo de Sam de forma impactante para dejar a la gente sin palabras y no afrontar lo que siento de verdad, pero no voy a terapia. Sam se fue y suavizarlo no va a traerlo de vuelta. Si Henry tiene dos dedos de frente, esto bastará para disuadirlo de intentar ser mi amigo.

Me mira con ternura y mueve los músculos de la mandíbula mientras me escudriña el rostro. Toma aire como si fuera a decir algo, antes de pensárselo mejor. Tamborilea la barra que nos separa para marcar un cambio de tema.

—Espera un momento.

Vuelve al comedor y toma la tarjeta de crédito de los últimos clientes que quedaban. El caballero se levanta y le da la mano a Henry.

Miro hacia abajo, a la parte delantera de mi camisa, y veo que, de los nervios, en el pecho me ha salido una erupción con manchas rojas. Me cierro el botón superior y compruebo el móvil. Hay un mensaje de Sonya:

> ¿Te importa si Jamie pasa la noche en casa? Vamos a ver las dos de *Mamma Mia* una detrás de otra. ¡Vente!

Tecleo una respuesta.

> Claro que Jamie puede quedarse. Aunque no me encuentro bien. Igual para la próxima.

Bloqueo el móvil, sabiendo que seguramente no haya una próxima. Uno de estos días, Sonya va a hartarse de rogarme que pasemos tiempo juntas, y no la culparé.

De repente, Henry vuelve a aparecer ante mí.

Se quita las gafas y se masajea las sienes antes de levantar la vista para mirarme.

—Creo que mi padre se está muriendo.

Lo miro sin comprender y me fijo en la expresión de esfuerzo que refleja su rostro. ¿Pero de dónde ha salido eso?

—¿Cómo? —Hago un gesto de incomprensión mientras tomo un sorbo de vino.

—Ese es mi bagaje emocional —responde—. Está bastante mayor.

Cuando trago, noto cómo el vino me calienta el estómago.

—¿Por eso estuviste en Denver? —Es lo único que se me ocurre decir. No estoy acostumbrada a estar de este lado de las conversaciones deprimentes.

Se vuelve a poner las gafas.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

Arruga la nariz y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Es importante?

—Sí.

Frunce el ceño.

—Los suficientes como para tener demencia —dice—. Se olvida de muchas cosas. Me pone nervioso. Pero mi madre está allí con él y pude contratar a una enfermera para que lo visite todas las semanas. —Se ajusta las gafas en el puente de la nariz—. No es un maletón como el tuyo, pero es bagaje al fin y al cabo.

—¿Esta es tu forma de ganarte mi confianza? ¿Compartiendo eso?

Se encoge de hombros.

—Depende. ¿Ha funcionado?

«No», pienso.

—No —digo.

—Eres… —Se cruza de brazos e inclina la cabeza—. Eres graciosa.

Hago una mueca.

—No creo que esta conversación haya tenido nada de gracioso.

—Eso no es lo que quería decir —responde, rascándose el codo.

—¿Qué querías decir entonces? —Lo imito y me cruzo de brazos.

Niega levemente con la cabeza, sonriendo.

—Quería decir que creo que va a ser superfácil ser tu amigo.

—No estás bien de la olla —digo—. Y yo no he aceptado ninguna amistad, por mucho que lo digas.

—¿No crees que el universo nos ha unido? —pregunta, cogiendo su copa—. ¿Y si Sonya nunca te hubiera creado ese perfil? ¿Y si no

te hubieras dejado aquí la cartera?

—Habría tenido una noche tranquila a solas —le digo—. ¿Y cómo te sabes el nombre de mi compañera de piso?

Pone los ojos en blanco.

—Me lo dijiste en la *app* —contesta—. ¿Por qué eres tan desconfiada?

—¿Por qué eres tan insistente? —le reto.

—¿Por qué sigues aquí? —dice con una sonrisita socarrona.

—Pues… —Agito la copa de vino dorado y se forma un pequeño remolino. Eso, ¿por qué sigo aquí?—. No lo sé. Por la pizza.

Entorna los ojos.

—¿No por la compañía?

—Qué va. Por la pizza y el vino. —Alzo mi copa; la luz del restaurante brilla con un tono ámbar a través del vino—. Chinchín —digo—, por tu padre muy mayor.

Henry sonríe y alza su copa junto a la mía.

—Por tu exnovio muerto.

Brindamos.

Haber sacado el tema de Sam sienta bien. No le hablo de él a nadie en serio. Cuando inevitablemente me pasa por la cabeza, hago todo lo posible para cambiar el canal mental a otra cosa. Compartirlo con este desconocido me da tranquilidad. No hay riesgo de que tenga que mostrarme vulnerable ante Henry. No voy a volver a verlo después de esta noche. Al final, incluso un amigo falso puede llegar a parecer un poco real cuando estás lo suficientemente sola.



Henry cambia la música de Ella Fitzgerald a los Alabama Shakes en cuanto los últimos clientes salen del edificio. Me parece un poco atrevido estar en un restaurante pasada la hora de cierre con las luces encendidas. Es como ver a una persona desnuda por primera

vez en el momento inapropiado. Henry se echa un trapo en el hombro y recoge unos platos sucios. Al final me acabo poniendo en el plato una porción de pizza. Se me hace la boca agua mientras desenvuelvo un juego de cubiertos y me corto un trocito.

—Me estás vacilando —dice Henry cuando echa un vistazo por encima de mi hombro—. ¿Te estás cortando la pizza?

—No me quiero manchar las manos.

—Estoy empezando a reconsiderar todo el tema este de ser amigos. —Coge un pulverizador de la zona de camareros que hay junto al baño y empieza a limpiar las mesas. El pelo le cae constantemente sobre los ojos.

—No somos amigos —digo mientras me llevo a la boca un delicioso bocado e intento no estremecerme de placer.

—Todavía. —Amontona un par de platos y los coloca en una mesa de servicio.

—Mentiste en tu perfil. ¿Cómo voy a confiar en ti?

—No he mentido —dice ladeando la cabeza.

—En tu perfil tenías puesto que eras fotógrafo, no barman —replico, saboreando otro bocado de la pizza más deliciosa que he probado nunca.

—Lo soy —contesta mientras limpia una mesa cercana.

—¿Por qué trabajas en este restaurante?

—Porque no soy Annie Leibovitz. —Continúa limpiando—. Trabajo aquí para pagar el alquiler hasta que consiga que mi negocio despegue.

—¿A qué le sacas fotos?

—A personas. —Deja de limpiar la mesa y se estira un brazo por delante del pecho antes de volver a coger la bayeta—. Las sesiones son sobre todo de compromisos y retratos familiares, pero también hago bodas, conciertos y otras cosas por el estilo.

—Guay —digo, y me llevo otro bocado.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Sostengo una servilleta para taparme la boca llena y balbuceo:

—Siguiente pregunta, por favor.

—Era una pregunta sencilla.

Bebo un poco de vino para bajar un pedazo de queso.

—Para mí no.

—Bueno, se ve a la legua que llevas puesto un uniforme de *catering* —dice con una sonrisa mientras me señala la ropa.

—En realidad visto así todos los días, me ofende que pienses lo contrario.

—Está bien, no me lo cuentes. —Alza las cejas para provocarme—. Pero eso es muy aburrido por tu parte.

Suspiro. Vale, le seguiré el juego. Total, no voy a volver a verlo.

—Esta noche he sido camarera de *catering*. Mañana me tocará ser recepcionista. Al día siguiente, ¿quién sabe? A lo mejor presidenta.

Se ríe y se frota el mentón.

—¿Haces trabajos temporales?

—Un partidazo, ¿a que sí?

Saca una silla de la mesa que estaba limpiando y se sienta.

—No hay nada malo en tener trabajos temporales.

—Ah, sí, mi pasión es servirles mimosas y salchichas de cóctel a los ricachones. Me estoy labrando el futuro ladrillo a ladrillo día a día. —Le dedico una sonrisa sarcástica acompañada de un pestañeo exagerado.

—¿Qué te apasiona, pues?

Niego con la cabeza y desecho la servilleta en la barra.

—No tengo ninguna pasión.

—Venga ya. —Apoya un codo en el respaldo de la silla—. Todos tenemos algo que nos apasiona.

—Yo no. Creo que lo llaman apatía.

Si me hubieran preguntado cuando iba a la escuela, habría respondido que mi pasión era el periodismo. Si me hubieran preguntado en el instituto, habría dicho que actuar. Si me hubieran preguntado cuando iba a la universidad, habría contestado que me apasionaba la poesía o, para ser más específica, los poemas

bochornosos que escribía sobre Sam. Ahora lo único que me apasiona es ir tirando día a día.

—No me lo creo —dice Henry estrujando el trapo entre los dedos.

—Es la verdad, te lo creas o no. Soy una veinteañera pringada sin rumbo que no siente ninguna pasión por nada. —Me bebo de un trago el resto del vino de pomelo—. Si quieres echarte para atrás en tu oferta de amistad, este es el momento.

—No elijo a mis amigos en función de su trabajo —dice.

—No, parece que los eliges totalmente al azar.

—Todo el mundo necesita tener una pasión —prosigue, ignorando mi comentario—. Puede ser perfectamente la única razón por la que me levanto por las mañanas.

Deposito la copa en la barra.

—¿Me estás diciendo que en realidad eres *coach* personal? ¿Me vas a presentar un plan en tres pasos para cambiar mi vida? ¿Lo siguiente es intentar venderme suplementos?

—No… —Mira por la ventana—. Pero me estás dando una idea.

—Estaba de broma —digo—. Por favor, no intentes venderme ningún suplemento.

Henry se vuelve hacia mí de repente, con los ojos brillantes. Puede que esté presenciando cómo se le enciende la bombilla.

—¿Y si te ayudo a encontrarla?

—¿La qué?

—Tu pasión —dice, radiante—. ¿Y si te ayudo a encontrarla?

Me mira como si lo que acabara de decir fuera de lo más normal y no algo rarísimo.

—¿Hola? —Chasquea los dedos delante de mis ojos—. ¿Sigues viva por ahí dentro?

—Perdona. —Parpadeo—. ¿Qué?

—¿Quieres que te ayude a encontrar tu pasión?

Apuñalo violentamente un trozo de pizza con el tenedor. Se sobresalta.

—Eso es algo muy extraño que preguntarle a una desconocida, Henry.

Se encoge de hombros.

—¿Algo de esta interacción te ha hecho pensar que no soy raro?

—No pensaba que fueras tan tan raro —digo.

—Bueno, es que apenas nos conocemos. Todavía queda mucho sitio para sorpresas. —Sonríe.

Pongo los ojos en blanco.

—Vas un pelín borracho, y yo también voy un poquitín borracha, y después de esta noche vamos a tomar caminos diferentes y no vamos a volver a hablarnos. Incluso si aceptara lo que tienes en mente, así va a ser. Y mañana nos vamos a sentir los dos como un par de bobos.

—Eso no va a pasar —dice—. Me he metido de lleno en esto, por extraño que parezca.

—¿Por qué? —Siento los latidos en el cuello y me paso la mano por encima para calmar el murmullo de esta respuesta física repentina y extraña—. ¿Qué motivo podrías tener para querer ayudarme a encontrar algo tan vago y existencial? ¿A mí, que soy una completa desconocida y alguien que te ha dejado plantada?

—Porque… —Evita mirarme a los ojos y desvía la mirada por encima de mi cabeza.

—¿Porque qué?

—Porque… —repite. ¿Lo he dejado sin palabras? Parece que está a punto de decir algo, pero luego decide no hacerlo—. ¿Tan difícil es creer que simplemente pienso que sería divertido?

La única palabra que me viene a la mente cuando lo miro ahora es… «sincero». Está siendo sincero. ¿Y si tiene razón? ¿Y si la única razón para hacerlo es que sería divertido? ¿Cuándo fue la última vez que me divertí?

Me aclaro la garganta.

—Digamos que acepto…

—¿Sí?

—Que no lo he hecho —aclaro, lo que hace que ponga los ojos en blanco de broma—. Pero digamos que, hipotéticamente, lo hago… ¿Cómo funcionaría?

Se encoge de hombros.

—Ni idea. Podríamos simplemente ir probando cosas nuevas. Apuntarnos a clases, ir a sitios nuevos… Una vez por semana podríamos quedar y probar una nueva pasión. Soy divertidísimo cuando llegas a conocerme, ¿sabes? —dice con una sonrisa—. Hay quienes incluso dicen que soy un experto de la diversión.

—¿Quién lo dice?

—Eso es lo de menos. Venga —dice—, sé que quieres aceptar.

—No, no lo sabes.

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes —digo enfadada—. Y, sinceramente, te lo tienes muy creído si piensas que puedes ayudarme con esto.

—No. —Junta las manos bajo la barbilla—. Tan solo me apasiona la pasión.

—Uf. —Me cruzo de brazos.

Pienso en la chica que era antes de que todo se fuera al traste con Sam. Estaba deseando empezar mi vida. Me hacía mucha ilusión ver lo que me depararía el futuro. Pensaba que la vida era una serie de posibilidades infinitas, que había sorpresas en cada rincón. Sin embargo, al ir tras esas oportunidades, perdí a la persona a la que más quería. Ahora ya no me queda ni una pizca de ilusión, solo culpa y pesar.

¿Sería tan mala idea intentarlo?

Alzo la vista hacia Henry, que me mira expectante.

—¿Tú qué sacas de todo esto? —pregunto.

Se apoya los codos en las rodillas y sujeta el trapo entre ellas.

—¿Por qué tengo que sacar algo?

—Porque si no, no tiene ningún sentido.

—Gano una nueva amiga. La presencia de tener a Bennet en mi vida.

—No seas condescendiente.

—No lo soy. —Su boca florece con una sonrisa. El único hoyuelo que tiene en la mejilla captura mi atención durante una fracción de segundo—. Estoy siendo espontáneo, nada más.

—Te estás comportando como un verdadero chiflado.

—Venga —dice—. Tengo unos cuantos planes divertidos que quiero hacer y nadie que me acompañe. Me harías un favor, la verdad.

Cierro los ojos e intento imaginarme cómo serían las cosas entre nosotros. Por una parte, no tengo nada que hacer a corto plazo, más allá de unas cuantas siestas deprimentes y maratones de Netflix. Por otra parte, las siestas deprimentes y los maratones de Netflix son mi refugio. Sería tan fácil esconderme del resto del mundo y refugiarme en mi capullo, sabiendo que no puedo fracasar si no lo intento de verdad. Y, por otra parte, si es que puede haber tres partes a la hora de tomar de decisiones… Estoy un poco borracha y ahora mismo parece plausible, la verdad. De repente vale la pena considerar lo que jamás habría contemplado ni por asomo.

—Ni siquiera te conozco —respondo, abriendo un ojo.

—Existe un concepto verdaderamente maravilloso que me encantaría enseñarte, se llama «conocer a alguien tras mantener más de una conversación de una hora». —Me dedica esa sonrisa radiante, la luz del restaurante se refleja en sus gafas—. ¿Puedes darle una oportunidad?

—Esto no va a ser una de esas situaciones en las que el chico salva a la chica y le enseña cómo vivir —digo—. No soy una damisela en apuros.

Alza tres dedos como promesa de *boy scout.*

—Nunca.

—Por el feminismo.

—Por el feminismo. —Asiente.

—Y solo aceptaré si me prometes que seremos amigos, nada más.

—Lo has dejado muy claro. Me diste plantón, ¿recuerdas?

—Lo digo en serio. No estoy… No es el momento adecuado para mí.

—Entendido —dice, poniéndose serio de repente—. No me va eso de traspasar límites, Bennet.

Trago saliva con la garganta seca como la lija.

—¡Aj! —me quejo—. Esto es ridículo, me siento estúpida.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Ay, Dios, no es para tomárselo tan en serio, Bennet. ¿Quieres quedar conmigo y hacer cosas divertidas, o quieres seguir dándoles plantón a los tíos de las *apps* de citas?

—Las dos, en realidad.

—Estupendo —dice con una sonrisita socarrona—. Todos los sábados probaremos algo nuevo. Lo de dar plantón lo dejo que lo hagas a tu propio ritmo.

Me tiende la mano para darme un apretón. Queda suspendida entre nosotros en el aire, esperando a que la agarre.

A pesar de que hay una parte de mí que piensa que esto es una estupidez, que otra parte de mí piensa que Henry no me está contando toda la verdad, y que la mayor parte de mí piensa que no estoy hecha para una vida de pasión, le tiendo la mano y nos damos un apretón. Aunque solo le esté siguiendo el juego, necesito demostrar que puedo. Necesito demostrar que no le tengo miedo a todo.

CAPÍTULO 6

La luz del sol entra a raudales por mi ventana y proyecta una sombra veteada en el pavimento, lo que revela el auténtico estado de desastre en el que se encuentra mi habitación. Verlo a la luz es una lección que da para pensar. Siempre he sido una persona desordenada, incapaz de mantener una casa limpia, pero cuando me mudé con Sonya supe que tendría que confinar el desorden a mi habitación y no dejar que se colase en la cocina. Mantener el orden en las zonas comunes ha empeorado el caos a puerta cerrada.

Me estiro en la cama para ir espabilando el cuerpo. Me he pasado toda la noche con los dientes apretados, por lo que me masajeo brevemente la mandíbula antes de girarme para mirar el móvil. Ningún mensaje. Me medio esperaba recibir uno de Henry. Tiene mi número de cuando quedamos por primera vez, así que supuse que ya me habría escrito. De momento, no obstante, me está demostrando que yo llevaba razón: nunca se tomó en serio lo de ser amigos, ni yo me tomé nunca en serio lo de encontrar mi pasión. La verdad es que me siento estúpida. Ni de coña le voy a escribir yo primero, eso está clarísimo.

Me duelen los pies de haber trabajado anoche en el NYAC y, cuando me levanto de la cama, me crujen las rodillas.

Las bisagras chirrían cuando abro la puerta para dirigirme al baño. Me detengo al ver a una persona sentada en el sofá. Va vestida de negro de arriba abajo y lleva el pelo en un corte pixie desenfadado, como si alguien acabara de pasar las manos por él. Es Jamie.

—Buenos días. —Se levanta para saludarme. Me había olvidado de que la invitó Sonya anoche—. He preparado café —dice—. ¿Quieres un poco?

Se lleva mi taza de cerámica preferida a los labios e intento no poner mala cara. Ha hecho el café en *mi* cafetera de émbolo. Se lo está bebiendo en *mi* taza.

Me recuerdo a mí misma que Jamie me cae bien, aunque siempre me pilla en el peor momento. Desprende un aire tranquilizador y su rollito de rockera chic equilibra la personalidad tipo A, como de presidenta de clase, que tiene Sonya.

—No, gracias —le digo, a pesar de que huele a gloria y de que el dolor sordo que siento detrás de los ojos se me quitaría con solo un sorbo.

—Sonya me ha contado que la otra noche tuviste una cita —comenta. Está demasiado despierta para ser la hora que es.

—Así es. —Bostezo mientras atravieso la habitación—. Perdona, Jamie. Todavía no estoy despierta del todo.

—Vaya. —Retrocede unos pasos—. Disculpa.

Cierro la puerta del baño a mi paso, me lavo los dientes y me echo agua en la cara.

Cuando me dirijo de vuelta a mi habitación, Jamie ha abandonado el sofá. Me siento mal por haberla asustado, pero llevo dos días con resaca y ahora mismo no puedo ser sociable.

Me siento en la cama sin hacer y abro el calendario en el portátil.

Viernes, 29 de mayo: 11:00 -17:00
Recepcionista en la Biblioteca Pública de Nueva York,
Celeste Bartos fórum. Código de vestimenta:
informal de oficina.

Miro el móvil: son las 10:27.

«Mierda».

Me había olvidado de que hoy me tocaba trabajar. Tendría que haber salido por la puerta hace diez minutos para llegar a tiempo al

parque Bryant.

¿Cómo demonios es el estilo informal de oficina? Rebusco entre la pila de ropa sucia que hay en el suelo en busca de algo que pueda encajar. Reviso los horarios del metro mientras me pongo unos vaqueros negros de tiro alto. ¿Los vaqueros se consideran ropa informal de oficina? No tengo tiempo de ponerme a dudar.

Soy un desastre, sí, pero nunca llego tarde. El momento perfecto para llegar a un evento o al trabajo es cuatro minutos antes de que inicie. De esa forma, no faltas al respeto por llegar tarde, ni tienes por qué pasar más de cinco minutos de charla trivial incómoda con los primeros en llegar, que suelen ser algo neuróticos. Mi plan consiste siempre en llegar con exactamente cuatro minutos de antelación, ni más ni menos.

Me dirijo a toda prisa a la estación y me subo al primer tren que llega, sin apenas comprobar que sea el correcto. Esto es lo que pasa cuando dejas que la gente te pille desprevenida. Dejé que Henry me distrajera y ahora llego tarde al trabajo. Me quedé hasta muy tarde, hablé de más y permití que aquella noche tan extraña se apoderara de mí. Además, ¿por qué no me ha escrito? ¿Y por qué estoy pensando en eso cuando claramente tengo cuestiones más urgentes entre manos? Son muy pocas las cosas que me dan fuerza para seguir en esta ciudad, y aunque me chupa el alma y no ofrece posibilidades de ascenso, este trabajo es una de esas cosas. Perderlo sería la última señal de que este lugar realmente no es para mí.

Cuando por fin llego a la parada del parque Bryant, subo las escaleras del metro y cruzo la calle hacia el edificio más parecido al Partenón que hay en Nueva York: la Biblioteca Pública. Me detengo un milisegundo para contemplarlo y admirar esa extraña sensación de haber viajado en el tiempo que me invade ante su presencia: los grandiosos arcos sobre las puertas, los pilares gris pizarra que los sostienen y las intrincadas estatuas talladas en la fachada del edificio. Esta ciudad es tan rápida, tan industrial, que a veces se me olvida que también tiene historia. Este edificio parece fuera de lugar, una reliquia, pero siento una emoción repentina cuando empiezo a

ascender las escaleras de mármol para adentrarme en sus enormes fauces. La biblioteca no está fuera de lugar; al contrario, permanecerá más tiempo que todos y todo lo aquí presente. Todo lo nuevo y reluciente no es más que un mero turista de paso en la fachada estoica e inmutable de Nueva York.

«Soy yo —pienso—. Soy yo lo que está fuera de lugar».

Recupero el aliento y me lanzo escaleras arriba, y siento que las estatuas de los leones talladas a cada lado me juzgan cuando me empiezan a arder los muslos y los pulmones. Y ahora… ¿dónde diantres está el fórum Bartos?

Encuentro un mapa al otro lado del gigantesco atrio de piedra y me acerco arrastrando los pies; las pisadas resuenan en la enorme sala. Ya he trabajado aquí alguna que otra vez, no obstante, esta biblioteca tiene tantos rincones que nunca consigo memorizarlos todos. Saco el móvil, rezo por que la agencia de trabajo temporal no me haya llamado para echarme la bronca por llegar tarde y abro el correo electrónico con las instrucciones para ver los detalles:

«Entra a la biblioteca por la calle 42».

He usado la entrada que no es. «¿Qué tal si para la próxima te molestas en leer el correo electrónico, Bennet?».

Salgo a toda prisa y bajo las escaleras a pisotones hasta llegar a la concurrida acera y doblo la esquina con la calle 42, donde al fin diviso la entrada correcta. Tomo aire y me adentro, con la esperanza de que ninguno de mis supervisores esté allí y se dé cuenta de que llego tarde.

Atisbo a Sal, otro empleado temporal con el que suelo trabajar, detrás de una mesita. A su lado hay una silla libre para mí.

—Lo siento mucho, me he quedado dormida —le espeto.

—Tranquila, encanto, no se han dado ni cuenta.

Sal tiene la tez similar a la de una berenjena. Me preocupa que tenga el colesterol alto. Lleva una camisa blanca poco favorecedora que está amarilleando un poco por las costuras. Tiene el pelo mojado y se está quedando calvo, pero sus rasgos conservan el leve recuerdo de alguien que fue atractivo. Es el tipo de persona que

jamás podría mentirte. También es el tipo de persona que te cuenta su vida entera en un solo turno de seis horas… y he compartido con él muchos de esos. Se le nota todo en el rostro, muy expresivo; lleva las emociones siempre a flor de piel. Es la única persona que puede llamarme «encanto» sin que me den ganas de arrancarle la garganta. Es un «encanto» paternal, no repulsivo.

Lo he visto en otros puestos de trabajo temporal, pero la biblioteca se está volviendo su sede central. Se lo conoce todo al dedillo y sabe dónde conseguir café gratis. Información valiosa para una empleada que nunca permanece en el mismo lugar el tiempo suficiente como para terminar de familiarizarse.

—¿De qué va el evento? —le pregunto cuando me siento en la silla. El ambiente huele a cerrado, pero en el buen sentido. Huele a páginas viejas, polvo y mármol auténtico.

—Algo relacionado con una empresa. Han instalado un escenario y un bufé de *brunch*. Deberías echarle un vistazo antes de que empiece, está muy bien.

—¡Vaya! —digo estirando el cuello para ver el interior del fórum—. De acuerdo, no tardo.

Me cuelo por la entrada entre el bullicio del personal de *catering* y organizadores de eventos que le están dando los últimos toques a una sala absolutamente impresionante.

El techo abovedado se extiende sobre mí como una jaula de alambre para pájaros. El interior está a oscuras, pero no de una forma lúgubre, sino como podría estarlo un planetario. Quizás me recuerde a uno porque el techo está iluminado de azul cerúleo y violeta eléctrico, profundos y brillantes como una galaxia lejana. Hay un escenario en la parte delantera de la sala y dos pantallas grandes a cada lado. Los asientos se han colocado como en un auditorio, con algunas mesas de aperitivos al fondo para quienes desayunen o tomen cócteles de *brunch*.

No puedo esconder la expresión de asombro que debo de tener en la cara cuando vuelvo a la recepción y a nuestro mostrador de mala muerte. Ni siquiera es un mostrador, es una mesa plegable.

—Te lo dije —dice Sal mientras se rasca el mentón—. Es elegante.

Niego con la cabeza; siento una distancia inconmensurable entre donde estoy yo, aquí sentada, y la gente que hay allí dentro.

—Caray —exclamo—, aquello es una galaxia completamente diferente.

—Aquí nos lo vamos a pasar mejor —dice con una sonrisa.

Probablemente no, pero le devuelvo el gesto de todos modos.

—¿Qué hay que hacer? —pregunto.

—Cuando se acerquen al mostrador, les damos una etiqueta con el nombre y una carpeta, y les decimos que vayan pasando dentro. —Su voz es grave y firme, marcada por años de gritar a jugadores de fútbol americano en institutos.

—¿Y ya está?

—También tenemos que ir tachando los nombres en este sujetapapeles, pero eso es fácil.

—¿A qué hora empieza?

—En cualquier momento.

—Genial. —Me paso el pelo por detrás de las orejas, pero vuelve a salirse de inmediato. Respiro hondo e intento disfrutar de la calma antes de que empiecen a llegar personas para registrarse.

Echo un vistazo a Sal, que está mirando el móvil totalmente concentrado.

Recuerdo de golpe que está esperando a su primer nieto, un detalle que me dijo la primera vez que trabajamos juntos. Me giro hacia él.

—¿Le estás escribiendo a tu hija?

—Oh. —Se le ilumina el rostro—. Sí.

—¿Cómo va?

—Tiene que guardar reposo hasta que llegue el chiquitín, por algo de la presión arterial. Pero Mary y yo estamos emocionadísimos.

—¿Es un niño? —Si el crío se parece algo a Sal, será un bebote regordete y como una berenjena.

—Es un niño —confirma con una sonrisa radiante—. No me creo que vaya a ser abuelo. Ya verás, encanto, se pasa volando. Ya

mismo estarás haciendo lo mismo que yo.

«Estoy haciendo lo mismo que tú», pienso para mis adentros.

El primer empresario se acerca al mostrador y me devuelve a la tarea que tenemos entre manos. Sal lo saluda, le da la tarjeta con un cordel y lo dirige a la sala. Una persona tras otra se va acercando al mostrador, todas ellas con un atuendo impecable, cada una más desbordante de confianza y aplomo que la anterior. Estas personas tienen mi edad, y aun así parece que están al tanto de algo que yo no entiendo. ¿Cómo han llegado hasta ahí? ¿Qué es lo que se me escapa?

Es como si el dolor me hubiera encadenado, como si las paredes de la tristeza me hubieran envuelto por todos lados con un plástico retráctil hasta dejarme apenas sin respiración. Cada movimiento que hago, cada paso hacia delante o hacia atrás que doy, me resulta desgarrador. Cuanto más se va reduciendo mi mundo, más abrumador me resulta intentar salir de ese dolor. En el duelo me siento cerca de Sam. Es lo único que me queda de él.

Si Andy estuviera aquí, estaría dentro de esa sala. ¡Qué narices! Probablemente acabaría siendo la ponente principal. Siempre ha sido así: intrépida, apasionada y vivaz; en parte por su educación privilegiada y en parte porque, sencillamente, esa es su forma de ser. Nunca la he visto flaquear, ni siquiera tras el fallecimiento de Sam. Sigue siendo ella misma y sigue encontrando la manera de ser feliz.

Parpadeo mientras le entrego a una chica con un traje perfecto hecho a medida una etiqueta con el nombre y la tacho de la lista. Se adentra en la preciosa sala de reuniones, con una melena pelirroja que le cae por la espalda. Me recuerda a Andy.

Soy de las que se quedan fuera de la habitación y siempre lo seré; no importa que un chico de ojos verdes con gafas me hubiera hecho sentir lo contrario durante una fracción de segundo mientras tomábamos vino y comíamos pizza. No importa si Sonya intenta convencerme de que no es así.

Sal y yo continuamos con nuestro turno y recurro a lo que siempre hago cuando se me empieza a hacer bola la vida: pongo el piloto automático.

CAPÍTULO 7

Vale, ¿qué leches pasa? Ese tío estúpido prácticamente me rogó que fuese su estúpida amiga y ahora soy una estúpida por esperar su estúpido mensaje. Me meto en la cama sin hacer y me cubro la cara con la sábana. ¿En qué narices estaba pensando yo anoche? ¿Y por qué me siento tan… decepcionada?

Noto en el cuerpo una sensación que me resulta familiar: se me tensan los músculos, siento un escalofrío en la espalda y me entran ganas de acurrucarme, cerrar los ojos y aguantar hasta que pase. Ahora es leve, aunque me ha ocurrido suficientes veces como para saber que se extenderá del estómago a la punta de los dedos, crecerá hasta que me envuelva por entero, y lo único que puedo hacer es aguantar.

La primera vez que me ocurrió fue cuando pasó todo lo de Sam. La oscuridad me rodeó y me fui hundiendo más y más en un hoyo del que no podía salir por más que lo intentara. Abandoné la universidad, dejé de hablar, me di por vencida.

Me refriego los ojos con las palmas de las manos e intento hacerle llegar algo de dopamina al cerebro. No puedo evitar el malestar para siempre, pero puedo intentar distraerme.

Enciendo el portátil y me pongo un episodio de *Mentes criminales.* Penélope García trata de localizar al sospechoso usando su teléfono móvil, pero todos los números a los que ha llamado están bloqueados. Sé que esta serie no es nada realista y que la tecnología no ha avanzado tanto como para lograr ni la mitad de las virguerías que Penélope hace para encontrar a los tipos malos, pero me da igual. Me gustan las historias que tienen un final impecable, en el que siempre echan el guante al asesino.

Un momento.

Los números de teléfono están *bloqueados.*

«Bloqueé a Henry».

«Pero ¿seré idiota?». Con el corazón acelerado, reviso entre mis contactos hasta que doy con «Henry el de los ojos verdes» (Sonya me lo guardó así en el móvil). Le doy a la opción de desbloquear. Y así, sin más, empiezan a lloverme los mensajes.

¡Hola, Bennet! Estoy en el bar
y llevo una rosa roja en la solapa,
para que sepas quién soy. También
llevo un sombrero de copa.

Lo de la rosa es una broma, por cierto.

Y lo del sombrero de copa también.

A menos que te mole.

Madre mía. Está loco. Hay aún más mensajes de esa noche.

No te estoy acosando, te lo prometo.
Trabajo en L'italiano. Estaba
recogiendo la paga.

Te has dejado la cartera aquí.
Menos mal que no soy un ladrón,
o si no te habría robado todo el dinero.

Es broma, aquí solo tienes
como 47 céntimos.

Mañana por la noche trabajo,
por si quieres recogerla.

Al final de la sucesión de mensajes aparece el que estaba buscando. O el que *no* estaba buscando. No sé.

Buenos días, amiga nueva.
Sé que esta semana te tocaba convertirte en presidenta, pero si tienes algún día libre para una aventura, me dices.

Empiezo a escribir. ¿Qué se puede decir en una situación como esta? ¿Realmente quiero responder?

Perdona, bloqueé tu número antes de saber que íbamos a ser amigos.

Borrar.

Perdona, he estado todo el día trabajando y no he mirado el móvil.

Borrar, borrar, borrar.

Perdona, no estoy segura de que ser amigos sea una buena idea así en general, teniendo en cuenta que tengo un historial de decepcionar a la peña y a mí misma durante el proceso, así que lo mejor es que nos olvidemos de todo.

Borrar. Lo intento una vez más.

Al parecer, mi mandato como presidenta se ha tenido que posponer. Por lo visto, la entrevista para el puesto es muy rigurosa e incluye una elección a nivel nacional. ¿Tú sabías algo de esto? Me parece injusto.

Enviar. «No pienses en ello. Es solo una persona».

Voy de puntillas al baño y abro el grifo de la ducha a máxima temperatura. Aparto la cortina, apilo la ropa, me siento en la bañera con las rodillas pegadas al pecho y dejo que el agua hirviendo me corra por la espalda hasta que me arde. Me quedo ahí sentada tanto tiempo que el agua se enfría y los dedos se me arrugan. Tanto tiempo que, cuando me levanto, me siento mareada y aturdida.

Cuando salgo de la bañera, limpio el vaho de la pantalla del móvil.

Un mensaje.

¿Alguna idea de por dónde empezar para lo de encontrar tu pasión?
Ahora que no puedes ser presidenta :(

Me seco las manos con la toalla para que no estén mojadas y poder teclear lo primero que se me ocurre, porque, si lo pienso demasiado, nunca responderé.

Me gustaba dibujar.

La artista es Sonya, no yo, pero hubo un tiempo en que garabateaba en las esquinas de todas las hojas de los cuadernos que tenía. No es que se me diera muy bien.

Mmmmm, vale. Me lo apunto.
¿En interior o al aire libre?

Me estremezco.

En interior.

Escribe un segundo y, acto seguido, aparece su mensaje:

Genial. Tengo una idea para mañana.

Se me encoge el corazón.

¿Mañana? Qué rápido…

Vuelve a escribir otro segundo.

¡Cómo se nota tu entusiasmo!

Pongo los ojos en blanco. Antes de que le pueda responder, ha vuelto a escribir:

Nos vemos a las dos en el parque Washington Square.

Me aprieto la toalla en la que estoy envuelta mientras el aire del cuarto de baño se va enfriando. Respiro hondo y envío una respuesta:

No hace falta que te traigas una rosa.

CAPÍTULO 8

La mañana del sábado empezó de lo más normal. Me desperté, me vestí sin prestar mucha atención, fui a hacer la compra (segundo intento), eché un vistazo al correo electrónico para ver los turnos que había esta semana en la empresa de selección de personal Carlyle Staffing Solutions, y me apunté a seis. Dos eventos en el NYAC, uno en un espacio para eventos corporativos y tres en la biblioteca.

Lo que esta mañana sí que no era normal era sentir que me iba a desplomar y perder el conocimiento en cualquier momento. Hoy tengo planes. Planes de verdad.

¿En quién me he convertido?

Me queda una hora para ver a Henry. Vago por mi piso minúsculo de un lado para otro.

«Relájate. —Me aireo la axila con un plato de papel—. Siempre está la opción de cancelar».

No sé qué habrá planeado hacer a mediodía en el parque Washington Square. Normalmente suelo evitar esa zona de la ciudad debido a los estudiantes universitarios, la música y el caos en general.

Rebusco entre la ropa. Todo lo que me pruebo me queda ridículo. Con mis vaqueros preferidos siento que tengo michelines, mi camiseta favorita me resulta demasiado infantil y con mi chaqueta preferida parece que me estoy esforzando demasiado. Esforzarme, me estoy esforzando demasiado. Tras varios conjuntos fallidos, me rindo y me derrumbo en el suelo en ropa interior. Podría hacer ángeles de nieve sobre las montañas de ropa.

Me planteo escribirle a Henry para posponer el plan. Y, la próxima vez que tengamos uno, volveré a posponerlo. Será una cadena infinita de posponer planes hasta que uno de los dos o ambos nos muramos. Por mí, perfecto.

Deslizo el dedo para abrir la pantalla del móvil y veo un mensaje suyo:

> Sé que estás pensando en darme plantón, pero no me da reparo amenazarte con dejarte sin pizza si lo haces. Puedo conseguir que todas las pizzerías te pongan en la lista negra, ¿sabes? Tengo ese poder.

> Nos vemos en la fuente.

Pienso en lo raro que se puso cuando lo dejé plantado y desaparecí sin avisar; en lo que me sorprendió que le molestase, aunque fuera lo más mínimo; en que no tuve en cuenta cómo se sentiría cuando bloqueé su número. No puedo volver a hacerle eso hoy. Tengo que pasar por esto, solo una vez, y luego a lo mejor me dejará en paz, podremos volver a ser desconocidos y yo podré volver a ser una reclusa de la calle 155.

Solo una vez.

Cierro los ojos y repito mi mantra. El que me vuelve a poner los pies en la tierra cuando siento que el corazón me late tan rápido que podría echar a volar.

«Mis mejillas son reales. Mi barbilla es real. Mis labios son reales. Yo soy real».

Cuando era niña y empezaba a ponerme así, mi madre solía agacharse frente a mí y pedirme que señalara objetos de la habitación. «Enséñame algo rosa, Bennet», solía decirme. Le señalaba algo rosa. «Enséñame algo azul». Le señalaba algo azul. Siempre acababa con el color del que yo iba vestida, para

reconectarme con mi cuerpo. Poco a poco, con el paso de los años, se fue transformando hasta convertirse en mi mantra actual. Recordar que soy un cuerpo, un conjunto de órganos y carne, me calma la ansiedad. Me ayuda a recuperar el equilibro. Calma mi respiración.

Cuando estaba con Sam, pasó a ser: «Dime algo bueno, Bennet». Me sonreía con una mano apoyada sobre mi vientre. «Los girasoles —decía yo—. La chaqueta vaquera de Andy. Los espaguetis. El verano». Me atraía hacia sí y escondía su cara en mi cuello. «Tú —le susurraba—. Tú».

Rebusco en el fondo del armario y encuentro la chaqueta de Andy. Se mezcló con mis cosas cuando ambas abandonamos la universidad tras el fallecimiento de Sam. Ninguna de las dos prestaba atención a lo que estábamos metiendo en las maletas, y me la he quedado todos estos años como si fuera un pequeño tesoro. Me la pongo sobre una camiseta básica y espero que su fuerza me ayude a pasar por esto.

Cojo el bolso y salgo por la puerta.

No hay marcha atrás. Voy a hacerlo.



Subo los escalones de la estación de metro West Fourth y salgo a la calle bulliciosa. No veo a Henry, así que me abro paso por la calle hasta llegar al parque. Me coloco las manos en la frente para protegerme los ojos del sol y me dirijo al imponente arco esculpido en mármol blanco al final del parque, esquivando a caricaturistas y *skaters* que pasan a toda pastilla. Consigo llegar a un sendero con vegetación a ambos lados y noto cómo una gota de sudor me resbala por la nuca. Hace calor con tanta gente alrededor. Nunca consigo acostumbrarme a estar cerca de tantas personas. Me gusta

mantener al menos un metro de distancia con los demás, si es posible. Aunque, en esta ciudad, no suele serlo.

Unos universitarios pasan zumbando en patinete eléctrico, músicos callejeros tocan ritmos discordantes en cada esquina, una mujer dirige una bandada de pájaros que vuelan como si fuera su propia orquesta privada. Paso junto a un banco que huele claramente a orina cuando me acerco al inmenso claro circular que hay en el centro del parque y al punto de referencia que se alza en medio, la fuente. El agua brota desde su centro, lo que crea una bruma fina que se esparce por la zona. La fuente tiene forma de cuenco y es enorme; la gente se sienta en los escalones que hay dentro del borde mientras dibujan, charlan y toman el sol envueltos en la bruma. Un par de niños chapotean bajo el chorro y veo cómo resplandece un arcoíris por el rabillo del ojo. Hay parejas besándose, ancianos jugando a las damas y mujeres amamantando a sus bebés. Un mago entretiene a una pareja. Serpenteo entre la multitud hasta que lo veo.

Está charlando con otro joven sentado en el borde de la fuente. Ambos se ríen. El joven sujeta un libro de tapa blanda y separa las páginas con un dedo a modo de marcapáginas improvisado.

Henry lleva una camiseta azul y vaqueros, y echa la cabeza hacia atrás para reírse de una broma que no consigo oír.

Respiro profundamente tres veces.

—Hola. —Se me quiebra la voz cuando me acerco a ellos. Empezamos bien.

—¡Bennet! —Henry levanta la mirada y sonríe de forma radiante de oreja a oreja, lo que deja a la vista su único hoyuelo—. Este es Martin. Martin, esta es Bennet.

—Encantada de conocerte —lo saludo, intentando que no se me noten los nervios al hablar.

—Igualmente. —La voz ronca de Martin no concuerda con su aspecto. Lleva una camisa de cuadros de colores vivos y unos pantalones caqui, y se sienta erguido con las piernas cruzadas.

—Bueno. —Henry ojea el reloj—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Avísame si quieres que nos tomemos una cerveza un día.

Maldita sea, el chico nuevo no viene con nosotros. Esperaba que hiciera de amortiguador. Henry le da la mano y se vuelve hacia mí.

—¿Estás lista? —Su melena despeinada se mece con la brisa. En su mirada brilla un destello de expectación, como si tuviera algo en la punta de la lengua.

—No.

Pone los ojos en blanco y sonríe.

—Vamos.

Apenas puedo seguirle el ritmo mientras voy tras él entre la multitud. Su paso está a medio camino entre el paseo y el trote, como si en cualquier momento fuera a echarse a correr. —¡Oye! —lo llamo, con la esperanza de poder ralentizarlo.

Funciona. Henry se detiene en seco un instante y se vuelve para mirarme.

—¿Era un amigo tuyo?

—Puede que sea un nuevo amigo. —Continúa caminando, aunque esta vez puedo seguirle el paso.

—¿Qué quieres decir?

—Vi que estaba leyendo uno de los libros favoritos de mi padre, así que le pregunté, y, no sé, empezamos a hablar. Resulta que la semana pasada su novia lo dejó y se ha mudado con su mejor amigo a un piso de un solo dormitorio. Da clases en la universidad Brooklyn College.

—¿Empezaste a hablar con él… así sin más?

Se encoge de hombros.

—Sí.

—¿Y no pensó que estabas loco?

Esquiva a una mujer con un carrito que pasa como un rayo.

—¿Por qué iba a pensar eso?

Me voy quedando sin aliento a medida que caminamos a paso ligero por el parque.

—¿Es uno de tus pasatiempos? ¿Ponerte a hablar con gente al azar, como Martin… y como yo?

—Claro —dice con una sonrisa burlona.

—¿Por qué?

—Sabes lo que voy a responder. —Se estira el brazo sobre la cabeza, como un gato, y oigo el leve crujido de unas vértebras—. ¿Por qué no?

—Me parece un poco sospechoso, nada más.

—Me gustan las personas, ¿es un delito? —Mira a ambos lados antes de cruzar la calle—. Siempre me han gustado. Me gusta hablar con ellas, me gusta escucharlas y me gusta sacarles fotos.

—Es como el proyecto de *Humans of New York,* pero homicida. Lo cual, por cierto, sí que constituye un delito.

—Me gusta seguir a la gente por la noche. Me gusta esconderla en el sótano. Me gusta el sabor a carne humana. Ya sabes, cosas de un tío normal y corriente.

—Los asesinos en serie son hombres sumamente encantadores, así que no te estás haciendo ningún favor.

—Ah. —Enarca una ceja—. Conque te parezco encantador.

—Uf —me quejo involuntariamente—. Me parece que te estás aferrando a la parte equivocada de lo que he dicho. Creo que «asesino en serie» era el término clave de esa oración.

—Claro, claro. Entonces, mejor no te enseño mi sala de tortura. No estás preparada.

Aunque intento contenerme con todas mis fuerzas, se me escapa una risita del pecho. La acallo rápido.

—¿A dónde vamos? —pregunto sin rodeos, cortando de raíz la conversación y acabando con cualquier posible broma.

Henry se detiene frente a una fachada desgastada.

—Aquí.

La fachada agrietada de ladrillo está pintada de negro. Unas enredaderas trepan por el edificio como culebras rayadas. Un grafiti de dos pájaros enmarca un cartel en el que se puede leer Estudio de Tatuajes El Cuervo.

—Por Dios, no. —El corazón se me detiene en seco—. No, no, no, no, no. —La palabra «no» me resuena en la cabeza y se me escapa por la boca como un acto involuntario—. ¿Te has vuelto loco? Ni hablar, no voy a hacerme un tatuaje. Ni de coña.

Henry empieza a reírse. Me alegro mucho de que le parezca divertido, porque la verdad es que tenía la esperanza de que este proyecto no fuera un error, que sugeriría algo normal y que hoy pasaría dos horas en las que no me sentiría como una decepción para la humanidad. Pero no, Henry quiere verme sufrir. Su risa me quema la piel.

—Esto ha sido una mala idea —digo mientras me retiro unos pasos de la puerta de forma apresurada. Me refugio en una esquina a la sombra junto a la entrada del estudio de tatuaje y me abanico con la mano; parece la escena de una dama escandalizada sacada de una de las típicas novelas románticas de corte histórico que a mi madre le encanta leer.

—¡Hala, hala, hala! —Henry se acerca a mi escondite, se cruza de brazos y se apoya contra la entrada—. ¿Qué te pasa?

—Muchas cosas. Primero, hacerme un tatuaje no es una pasión. No puedo dedicarme a ello. Segundo, estás mal de la cabeza si te piensas que voy a hacerme uno justo contigo. Y tercero, no puedo hacer algo así sin pensar. Requiere planificarlo y pensarlo detenidamente. Te agradezco el intento de hacerme quedar mal, pero no va a funcionar.

Henry se ríe, un poco incómodo, y da unos pasos hacia atrás.

—Primero, ni siquiera sabes lo que vamos a hacer, así que no te alteres antes de tener una razón por la que hacerlo. —Alza una ceja—. Segundo, claro que no espero que te hagas un tatuaje hoy. ¿Crees que estoy chiflado?

—Un poquito, sí.

—Tercero, me ofrecí para ayudarte a encontrar tu pasión, no tu carrera profesional. Son dos cosas diferentes. No necesito un cuarto motivo, pero ayer me comentaste que te gustaba dibujar. En esta

tienda imparten todos los sábados un taller para aprender a tatuar. Te enseñan a usar las agujas y a tatuar en un melón.

—Vaya. —Me cruzo de brazos y frunzo el ceño.

Me observa como si me encontrara en la cornisa de un edificio y él me estuviera intentando convencer de no saltar.

—Solo es una clase —dice con una sonrisa—. No hay mucho que arriesgar. Si no quieres hacerlo, no tenemos por qué.

Me creo lo que dice. No va a intentar obligarme.

—Henry —digo con vergüenza—, de verdad que no entiendo por qué estás haciendo esto por mí.

—Se le va a quitar la gracia a todo esto si sigues preguntándome eso. Déjate llevar. —Ladea la cabeza—. ¿Vale?

Me desinflo. «Déjate llevar».

—No se me da bien esto de hacer amigos. Hace mucho que no practico.

—Lo estás haciendo bien.

—No es verdad. —Dejo de cruzar los brazos—. Esto no va a ser tan fácil como yo creía.

—Nah. —Menea la cabeza—. Creo que lo estás complicando más de lo necesario. Relájate.

—¿Nunca te ha dicho nadie que jamás puedes decirle a una mujer que se relaje?

—Sí, aunque la verdad es que me gustaría ir a esta clase y también que me acompañaras, así que… —Pone cara de perrito abandonado—. ¿Puedes relajarte por mí?

Suspiro. ¿Cómo puedo decirle que no a esa carita?

—Está bien.

—De acuerdo, entonces. —Esboza esa estúpida sonrisita y señala hacia la tienda—. ¿Vamos?



El estudio de tatuaje es pequeño, oscuro y lúgubre. El ambiente reverbera con el sonido de música *rock* y el zumbido agudo de las máquinas de tatuar. Retratos de mujeres desnudas, anclas, calaveras y flores cubren las paredes. Me imagino a Henry señalando uno de los diseños y sentándose en una de las sillas. Todavía no he podido fijarme bien en el tatuaje que tiene en el bíceps y detesto que me dé tanta curiosidad.

Saluda a una mujer que le está tatuando un dragón a un hombre corpulento que lleva una camiseta de tirantes blanca.

—Henry —lo saluda ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Casi he acabado, puedes bajar las escaleras con el resto del grupo.

—Gracias, Kira. —Sigue adelante—. Por cierto, esta es Bennet.

—Bienvenida.

La escalera da paso a una salita dispuesta como un laboratorio de ciencias de un instituto, con seis mesas para dos personas y una pizarra al frente. En cada mesa de trabajo hay dos melones de la variedad verde y dos juegos de lo que parecen instrumentos quirúrgicos envueltos en plástico, además de un par de personas sentadas y charlando.

Henry y yo nos sentamos en la última fila a la izquierda, detrás de un grupo de chicas que llevan puesta una banda rosa a juego (supongo que se trata de una despedida de soltera), un buen sitio en mi opinión. La última fila ofrece seguridad y tranquilidad.

—Bueno… —Carraspeo. —. ¿Te has hecho algún tatuaje aquí?

—Sí —responde sin enseñarme el tatuaje, lo cual me resulta molesto. No sé por qué me da tanta curiosidad, pero me está sacando de quicio no poder verlo. No tengo claro que sea de buenos modales pedir que te muestren un tatuaje, y no se está ofreciendo a enseñarlo, así que mantengo el pico cerrado—. Kira es estupenda. Me la recomendó mi amiga Sarah cuando volví de Denver.

Sarah. Ya la ha mencionado con anterioridad.

—Sarah, ¿tu amiga la barista?

—Ah, sí, olvidé que la habías conocido —dice con una sonrisa provocadora—. Nuestro encargado le cantó las cuarenta por pasarse

sirviendo alcohol después de tu visita.

—Madre mía. —Me cubro el rostro con las manos. Puedo sentir cómo me pongo roja—. Seguro que ahora me conocen en tu restaurante por ser un auténtico desastre.

—Estaba de broma —dice en tono juguetón—. Es facilísimo tomarte el pelo.

Me quito las manos de la cara y me masajeo las sienes.

—Normalmente no bebo tanto.

Tamborilea la mesa con energía.

—No pasa nada, nadie pensó que fuese raro. Todos hemos tenido noches así. Casi siempre es en una discoteca o en una fiesta, no en un restaurante italiano, pero oye, para gustos, los colores.

—Cállate.

—¿Ves? —Sonríe—. Qué fácil es meterse contigo.

Kira irrumpe por la puerta trasera del aula. Lleva puesta una camiseta de tirantes con espalda cruzada, unos vaqueros negros y unas botas robustas y pesadas. Casi cada centímetro de la piel que le queda a la vista está cubierto de tatuajes. En la clavícula tiene el rostro de una mujer cuyas lágrimas le bañan las mejillas. Tiene un retrato de Edgar Allan Poe en el hombro. Seguro que el nombre del estudio, El Cuervo, viene de ahí. Lleva una representación literal de sí misma en la piel. Eso me indica que sabe quién es, que es valiente y no se achanta a la hora de llamar la atención, que está orgullosa de ser Kira.

¿Qué dicen sobre mí la camiseta básica y la chaqueta vaquera que llevo puestas? Casi nada.

Nos muestra diagramas de máquinas de tatuar y nos explica en detalle cómo funcionan. Luego sujeta su máquina y nos enseña cómo encenderla. Hacemos lo mismo con las que tenemos en nuestros puestos. Cuando de golpe brota el zumbido de un coro de máquinas de tatuar, los tímpanos me empiezan a temblar.

—Antes de continuar —dice Kira cuando deposita su máquina en la mesa—, tenemos que aprender a dibujar el tatuaje.

En la pizarra nos enseña paso a paso cómo dibujar el logo de la tienda, un cuervo. El aula rompe en un murmullo de conversaciones y risas cuando cada uno hace un intento chapucero por copiar el pajarito con papel y boli.

—¿Cómo te está saliendo? —Henry se asoma a mi puesto para ver mi trabajo.

—No vale copiarse —le contesto tapando el papel con el brazo.

—Es literalmente imposible copiarse —dice mientras le da tironcitos a una esquina de mi papel—, estamos haciendo lo mismo.

Le arrebato el papel de las manos y me lo llevo al pecho.

—Quita las zarpas, listillo.

—¿«Listillo»? ¿Qué eres, un mafioso de los años veinte?

—Sigue intentando ver mi dibujo y ya verás —le digo entrecerrando los ojos con aire amenazante.

—Pues si tú no me enseñas el tuyo, yo no te enseño el mío. Y sabes que quieres verlo. Puede que sea una obra de arte.

—Vale —resoplo. Sí que me pica la curiosidad—. A la de tres. Una, dos y tres.

Sostenemos nuestros dibujos a la altura del pecho.

—Madre mía —digo antes de poder detenerme. A Henry se le da fatal. Pero realmente mal. Es un garabato. No puedo contener la risa—. Es de lo peor que he visto en la vida —jadeo.

—¿Cómo? —Estudia su obra—. Es… abstracto.

Me río tanto que se me escapa una lágrima.

—Parece que lo hubiera dibujado un niño malvado con los ojos vendados —resuello—. No, parece que alguien hubiera pisoteado a un pájaro y luego lo hubiera intentado recomponer de memoria.

—Qué mala eres —dice, pero se echa a reír al oír cómo me río.

—Henry, está poseído.

Gira el papel para poder verlo y lo observa con atención por primera vez. Se empieza a reír a carcajadas al ver la monstruosidad.

Kira se dirige hacia nosotros. Nos aguantamos la risa delante de la profesora.

—¿Qué pasa aquí que os hace tanta gracia? —pregunta con una sonrisa de desagrado.

—Nada, que acabo de dibujar un portal al inframundo —contesta Henry.

Kira se asoma por encima de su hombro para ver mejor el dibujo. Le pone una mano en la parte superior de la espalda.

—No está tan mal. —Le da unas palmaditas con suavidad entre los omóplatos—. Sigue intentándolo, cada vez lo harás mejor. —Le dedica una mirada intensa, una que cualquier chica reconocería como coquetona. A mí ni siquiera me mira antes de pasar a la siguiente mesa.

—Eres el favorito de la profe—murmuro entre dientes.

—No es mi culpa que sepa reconocer a un verdadero genio.

—Sí, claro. —Pongo los ojos en blanco—. Está superinteresada en tu arte precisamente.

—Si me tienes envidia, no puedo hacer nada al respecto. Creo que alguien debería tatuarse esto para siempre. Estaré encantado de hacerlo, solo tienes que pedírmelo.

—Solo digo que nadie describiría ese dibujo como «no está tan mal» a menos que se quisiera acostar contigo.

—Ah, en ese caso no debería hacerme ilusiones porque lo hayas descrito, y cito textualmente, como «de lo peor que he visto en la vida».

Me trago la respuesta. Estamos casi rozando el terreno del coqueteo.

—Eso es —digo mientras me encorvo sobre el papel. Henry vuelve al suyo también y dibujamos en silencio durante unos minutos.

Finalmente, toca tatuar el melón. Kira nos indica que empecemos haciendo líneas rectas, luego líneas curvas y que después intentemos tatuar el pájaro.

En el primer intento, hago una escabechina con el melón. Si estuviera tatuando a una persona, la pobre tendría que irse directa al hospital. El jugo pegajoso me chorrea por las manos y tengo que

secármelas en los vaqueros cuando dejo la máquina para ver a Henry en acción. No se le da tan mal. A pesar de sus habilidades artísticas irrisorias, tiene el pulso firme y delicado.

Cuando se acaba el taller, cada uno tiene un meloncito que recuerda a la cabeza de Vin Diesel si estuviera cubierta de tatuajes de cuervos. La verdad es que me he sorprendido a mí misma. La mayoría tira el melón al salir, pero yo decido quedarme el mío. Sé que se echará a perder rápido, pero todavía no me he cansado de ver las preciosas imperfecciones que he creado con mi mano. Puede que me pase días contemplando su horrenda piel.

Henry y yo damos un paseo sin prisa hasta la estación del metro por los alrededores del parque. Los árboles y las enredaderas entrelazadas con la valla de hierro forjado que bordea la acera tapan el sol y nos proporcionan una agradable sombra moteada mientras caminamos. Inhalo el aroma ahumado a perritos calientes de un carrito de la marca Sabrett que hay cerca y escucho el sonido amortiguado de un tambor metálico caribeño que alguien toca en el parque. Instantes como este, cuando puedes alejarte del caos de algunas zonas de Nueva York, pero estás lo suficientemente cerca como para oírlo y olerlo todo, son los momentos en los que más me gusta la ciudad. Es como oír el océano en una caracola, como cerrar los ojos e inhalar el aroma a galletas recién hechas. Un momento entre la vida real y un estado onírico. Casi hipnótico.

Henry se pasa el melón de una mano a la otra.

—¿Y bien? —pregunta como un niño a la espera de aprobación—. ¿Te has divertido?

Hago una mueca para intentar no darle la satisfacción de sonreír.

—¿A ti qué te parece?

Se coloca el melón bajo el brazo.

—Me parece que sí, que te ha encantado y que vas a tener todo el brazo tatuado antes de Navidad.

—Algo así —digo—, menos lo de todo el brazo tatuado.

—Sé que probablemente no acabarás siendo tatuadora, pero al menos ha sido una aventura.

—Sí que lo ha sido. —Le doy vueltas al melón con las manos, estudio las líneas y las formas—. Gracias por, eh…, hacerme cambiar de idea.

—Bah. —Gesticula con la mano—. Lo habrías hecho sin mí, que lo sé yo.

Se equivoca, pero dejo que piense que tiene razón.

—¿Hasta la próxima?

Va a darme un abrazo, pero lo evito cuando extiendo el brazo y le doy un apretón con la mano pegajosa. Tuerce la cabeza, con una sonrisa.

—Sí —contesto—. Hasta la próxima.

CAPÍTULO 9

Ha pasado casi una semana desde la última vez que hablé con Henry. El domingo me tocó trabajar repartiendo revistas delante del edificio Flatiron mientras llovía a cántaros. El lunes, en una cena de gala en el NYAC para homenajear a sus socios jubilados. El martes, el miércoles y el jueves me tocó en la biblioteca con Sal, con lo que llegamos hasta hoy. Me queda solo un turno en el *catering* del NYAC y tendré todo el fin de semana libre para ver *Mentes criminales.* Tengo dos días enteros por delante sin ningún plan.

Me empieza a vibrar el móvil en el bolsillo trasero y no para, lo que me resulta extraño, porque ya casi nadie me llama. Desbloqueo la pantalla y respiro hondo cuando veo que me está llamando mi madre. Trago saliva, me aclaro la garganta y me esfuerzo por poner una voz alegre y animada. Mis padres piensan que estoy cumpliendo mis sueños en la gran ciudad, feliz como una perdiz.

—Hola —saludo con una voz un tanto aguda que no termina de sonar natural.

—¡Hola, cielo! —Se escucha una música tenue de fondo, probablemente esté cocinando.

—Hola, mamá. No puedo hablar, estoy trabajando.

—Siempre estás trabajando —se queja. El chirrido de la batidora estalla por el altavoz del teléfono. Así que no está cocinando, sino que le está haciendo un batido a papá—. Ojalá llamases más.

—Lo sé —respondo mientras camino de un lado a otro delante de la zona de carga del NYAC—. Es que estoy liadísima —miento—. ¿Podemos hablar luego? Tengo que irme, de verdad.

—Claro —dice con un atisbo de preocupación en la voz—. Cuídate. Te quiero.

—Yo también te quiero —contesto apresuradamente antes de colgar. Respiro hondo por la nariz y exhalo por la boca.

Pienso en aquel año espantoso que pasé en casa después de dejar la universidad y antes de mudarme a Nueva York. Mi madre estaba preocupadísima por mí. Yo no comía. La comida perdió su sabor y, de todos modos, no podía retener nada en el estómago. No veía la tele ni leía libros ni escroleaba en Instagram. Existía. Estaba en estado catatónico. Sonya vino a visitarme un par de veces, supongo que porque mi madre pensó que tenerla aquí me sacaría del cuarto, pero lo único que consiguió eso fue hundirme más aún.

Una noche, mamá se sentó en el borde de la cama sollozando y me rogó que la dejara ayudarme. Pero no había ayuda posible. Yo no era humana. No tenía ningún interés por recuperarme.

No puedo reconocerle a mamá que todavía me siento como la chica que estaba en la cama, tumbada sin moverse y viendo la vida pasar. Si lo hiciera, no creo que ella pudiera soportarlo.

Echo de menos a mis padres, sin embargo, es mejor así, con unas cuantas llamadas falsas y alguna que otra foto en la que salgo con Sonya y luzco normal, feliz y *bien.* Es mejor que no sepan la verdad.

Ahí de pie en la zona de carga del NYAC, le temo al turno que se avecina. Puede que sea pensar en que el señor Kirk se va a portar como un auténtico capullo, o la idea de que un puñado de ancianos me van a tener corriendo por todo el edificio como una loca para que les lleve un poco de mayonesa, o puede que sea porque estoy cansada de ser invisible. A veces llego a casa después de uno de estos turnos con la extraña sensación de que no existo en absoluto, de que soy un producto de mi imaginación, hecho para sonreír y servir.

Por desgracia, estoy aquí atrapada porque el sueldo es jugoso y estoy desesperada. Me pongo la chaqueta granate y la pajarita. En la etiqueta que me ha tocado hoy pone BRAD. Al menos no hay rastro de Kirk. Igual es su noche de descanso.

Cojo una bandeja con cócteles de gambas y me dirijo a la fiesta. Todos los invitados han acatado el código de vestimenta y van de etiqueta, los hombres con esmoquin y las mujeres ataviadas con seda fina y satén. Todo el mundo huele a perfume de limón y jabón de lavanda, y parece que se lavan los dientes con agua mineral. Solo puedo ver este lado de Nueva York a través de un espejo, pero nunca puedo tocar nada. Los lugares en los que trabajo son todos el mismo perro con distinto collar. O, mejor dicho, el mismo perro, pero con distinto chal de lentejuelas.

Llevo ya unas horas sirviendo gambas cuando los invitados se sientan en sus respectivos asientos. Mesa por mesa, voy pasando un paño blanco con una botella grande de agua con gas y rellenando vasos hasta que una mujer con un pantalón de traje azul eléctrico me saca del comedor tirándome con delicadeza del codo.

—Tesoro —susurra, con acento sureño—, ¿me puedes hacer un favor?

La botella de agua de cristal me empapa las manos.

—Me da vergüenza tener que pedirte esto, pero ¿no tendrás por casualidad… un tampón? —Mira con nerviosismo hacia su mesa. Debe de tener al menos cuarenta años y está demasiado turbada como para pedírselo a una de sus amigas pijas.

—No debo salir del comedor —le contesto mordiéndome el labio.

—Te lo ruego… —Cambia el peso de un pie a otro en sus tacones bajos—. Es una emergencia.

Una gota de agua fría me resbala por la manga cuando recuerdo el sermón que me echó Kirk.

—Podría meterme en un lío.

Arquea las cejas y hace un gesto de disgusto al mirar a su mesa.

—Tengo que hacer un brindis.

Igual me planteo ayudarla porque es la primera invitada distinguida que me habla, o quizá es porque estoy cansada de servir agua y vino.

—Creo que tengo uno en el bolso, pero tengo que ir abajo. ¿Puede esperar aquí?

—Eres maravillosa —dice relajándose y cambiando su postura tensa por una más aliviada—. No me moveré ni un pelo.

—Tardo cinco minutos —le indico antes de que se cierren las puertas del ascensor de servicio a mis espaldas.

Tardo mucho más de cinco minutos en bajar al sótano y buscar entre el contenido de mi bolso, pero encuentro lo que buscaba y me dispongo a subir de nuevo. Llamo al botón del ascensor, pero no hace nada. El indicador luminoso situado en la parte superior de la puerta señala que está en la quinta planta.

Han pasado ya diez minutos.

No tengo tiempo que perder.

Las escaleras de este edificio son como el juego de serpientes y escaleras. Es muy fácil perderse, pero si sigo subiendo, espero llegar en algún momento al salón de la azotea donde se está celebrando el evento. Continúo subiendo hasta que llego a una puerta que conduce a unas escaleras alfombradas. Sigo ascendiendo hasta que vuelvo a oír la música de la fiesta. Me late con fuerza el corazón, me arden los muslos y estoy sin aliento. «Por Dios, Bennet, ¿qué te cuesta hacer ejercicio de vez en cuando?». Consigo ubicarme cuando encuentro unas puertas familiares que llevan a la sala del evento. Estoy a punto de alcanzar el pomo cuando alguien me agarra del hombro y me hace girarme.

El señor Kirk.

Me mira con ojos malignos de serpiente.

—¿Por qué no estás en la planta ahora mismo? —Tiene una voz nasal y aguda.

—Estaba de camino —digo mientras intento alejarme de él.

Se coloca delante de mí, cortándome el paso.

—Fredo ha dicho que dejaste de servir agua hace quince minutos. Eso es inaceptable. —Se comporta como si no servirle a un ricachón el agua con gas con la suficiente rapidez fuese tan grave como si yo personalmente le golpease a uno la cara.

—Una invitada me pidió que le hiciera un favor —le explico, guardándome el tampón en la manga.

—¿Qué era tan importante como para que tuvieras que abandonar la planta?

—Es un asunto femenino.

—¿Por qué no viniste a buscarme?

Pone los brazos en jarra. Me recuerda a cierto clip animado, con los ojos saltones.

«Porque no quería hacer pasar vergüenza a la amable señora del pantalón estupendo y porque tanto tú como el resto del equipo sois hombres cis».

—Discúlpeme por asumir que no tendría un tampón de sobra, señor Kirk —digo con aplomo.

Aprieta los labios y me fulmina con la mirada. «No deberías haber dicho eso, Bennet».

—Voy a tener que presentar una queja ante la empresa.

El corazón me da un vuelco y, acto seguido, me empiezo a arrastrar.

—No volverá a pasar nunca más. Por favor, lo prometo. —Me detesto por ponerme a suplicarle en vez de defenderme, pero necesito este trabajo, no importa lo imbécil que sea el señor Kirk—. Por favor, señor.

—Este es el segundo aviso, Bennet. Si hay un tercero, no se te pedirá que vuelvas.

—¿El segundo aviso? ¿Cuál fue el primero?

—La semana pasada llegaste tarde —refunfuña—. ¿No te acuerdas?

—¡No llegué tarde! Estaba aquí…

—¿Quieres que añada otro aviso ahora mismo? Porque no me está gustando esta actitud. —No, lo-lo siento. Por favor. —Inspiro hondo—. Necesito este trabajo. —No puedo fracasar en una cosa más.

Kirk aprieta los dientes y me mira de reojo. Se toma su tiempo pensando qué hacer conmigo, haciéndose el teatrero. Finalmente, dice:

—Que no vuelva a pasar.

Asiento.

—Por supuesto.

Se gira sobre los talones, como una peonza, y se dirige escaleras abajo a la cocina.

«Será desgraciado».



Me arranco la pajarita y la chaqueta granate horrenda y voy a pisotones hasta la puerta para salir al aire fresco de la noche. ¿Qué esperaba que hiciera, dejar que la pobre mujer sangrara en el escenario?

Si alguna vez me enfadaba tanto cuando íbamos a clase, Sam, Andy y yo íbamos a la jaula de bateo. No se me daba bien darles a las pelotas de béisbol, pero tener un bate y romper cosas siempre conseguía ponerme de mejor humor. Andy decía que era bueno para la salud que desahogáramos la ira en vez de reprimirla. Sam siempre estaba ahí para hacernos de lanzador. Nunca se enfadaba ni se alteraba. Siempre amable, siempre sensato, siempre buscando la solución racional a los problemas. Era una persona que buscaba soluciones.

Andy era un paquete jugando al béisbol. Era una de las cosas que más me gustaban de ella, el que alguien que parecía ser buena en todo no pudiera golpear la pelota con el bate, por muy fácil que Sam se la lanzara. Me encantaba tener algo para poder meterme con ella, aunque la sacaba completamente de quicio. Nuestra única pelea de verdad, antes de todo lo que ocurrió con Sam, fue una de esas noches: Andy no conseguía darle a la pelota pese a muchos intentos e insistía en que nos quedásemos hasta que lo consiguiera. Sam y yo estábamos exhaustos e intentamos convencerla para marcharnos, cuando de repente se revolvió y empezó a gritar que ya no estábamos de su parte, que la estábamos dejando de lado. Fue

impactante. Siempre había parecido apoyar nuestra relación, pero yo era amiga suya antes de enamorarme de él. Nos presentó ella. Estuvimos gritándonos hasta que se marchó echando humo por las orejas y Sam me llevó a su piso en silencio con el coche.

A la mañana siguiente, cuando abrí la puerta del piso de Sam para ir a clase, había una pelota de béisbol en la alfombrilla. La recogí, la giré y vi que habían escrito: «Lo siento. Te quiero» con un rotulador permanente rojo. Se convirtió en una especie de bandera blanca entre ambas: cada vez que nos peleábamos o queríamos pedir perdón, la colocábamos a escondidas en un lugar para que la otra la encontrara, y todo mejoraba al instante. Un perdón instantáneo. «Lo siento. Te quiero».

Nuestra pelota de la disculpa funcionó hasta que metí tanto la pata que ni siquiera sé dónde acabó la dichosa pelotita.

No tengo una jaula de bateo a mi disposición en Columbus Circle, así que decido que el enfado se me pasará con una caminata. Paso ante montones de basura, ante un hombre que recoge botellas de refresco vacías y las guarda en grandes bolsas de plástico, y una mujer que empuja un carrito de la compra con estampado de flores de los que llevan las abuelitas. Huelo el dulce aroma a canela de un puesto de frutos secos garrapiñados. Paso ante un hombre que recoge unas camisetas con grafitis que tenía expuestas y ante un niño que juega con varitas luminosas. Paso junto al centro cultural Lincoln Center.

Dios, es como si todo se mezclase y la olla a presión que tengo dentro del cráneo pasara a toda velocidad de mi trabajo sin futuro a Andy, a Sam, a Sonya y de vuelta al señor Kirk; me siento tan pero tan frustrada. Estoy frustrada con Andy por seguir adelante. Estoy frustrada con Sonya por intentar emparejarme antes de estar preparada. Estoy frustrada con Sam por haberse muerto. Y estoy frustrada conmigo misma por… por todo.

Ahora que lo pienso, también estoy frustrada con Henry por pensar que sería tan fácil arreglarme, que sería tan fácil que yo encontrase una pasión y mi vida cambiase por completo.

Paso ante un hombre que duerme en una caja de cartón aplastada. Paso ante una tiendecita de barrio vacía y ante una pareja que se da el lote en la escalera de una vivienda.

«Mis mejillas son reales. Mi barbilla es real. Mis labios son reales».

Me cruzo con una mujer que pasea a un gato con correa. Me cruzo con un hombre cubierto de arriba abajo de pintura plateada que se dirige claramente a casa después de haber estado haciendo de robot humano en Columbus Circle.

«Respira».

Kirk es solo un hombre inseguro que no tuvo poder de niño y ahora se está aprovechando. Seguro que ni siquiera presenta ninguna queja. Soy una buena trabajadora. Mantengo el pico cerrado y hago mi trabajo. Solo estaba hablando por hablar.

Henry solo está siendo amable. Andy solo está intentando sobrevivir. Sonya y Jamie solo están existiendo. Sam solo… se ha ido.

«Vuelve a la tierra, Bennet».

Me duele el cuerpo por el turno de ocho horas y el paseo de quince manzanas para quitarme el berrinche, así que cedo y hago el resto de trayecto hasta casa en metro. Me voy calmando, con cada parada la frecuencia cardíaca me va disminuyendo.

Mañana es sábado, supuestamente el día que había quedado con Henry, pero son ya las once de la noche del viernes y todavía no he tenido noticias suyas.

Solo cuando llego a la puerta del piso caigo en la cuenta de que también podría ser yo quien le escriba a él. Me da un escalofrío. Me pone nerviosa la idea de invitar a alguien a salir. No recuerdo la última vez que lo hice.

Sopeso los pros y contras de enviarle un mensaje a la vez que evito subir las escaleras al apartamento donde están Jamie y Sonya acurrucadas en el sofá.

Pro: será gratificante cultivar una amistad.

Contra: la amistad sería con un chiflado al que le gusta hablar con desconocidos.

Pro: puede que descubra mi pasión.

Contra: descubrir mi pasión significaría que me he quedado sin excusas.

Pro: mañana tendré un plan.

Contra: mañana tendré un plan.

Voy de un lado a otro de la acera. Solo es un mensaje, no debería ser para tanto. Abro los mensajes y redacto uno.

> Me parece que tu dibujo del cuervo demoníaco me ha dado poderes. Esta mañana he encontrado unas plumas en el desagüe de la ducha y he destrozado un vaso de agua solo con la fuerza de la garra. Uy, quería decir de la *mano*. ¿Es normal?

«Enviar. No le des más vueltas».

Me acerco a la tienda de la esquina a por una bolsa de patatas fritas con sal y vinagre y un *ginger-ale,* mis aperitivos nocturnos preferidos. Estoy a punto de pagar cuando me vibra el móvil en el bolsillo.

> Lo he consultado con el hombre-melón tatuado que vive en mi armario.
> Cobró vida poco después del taller.
> Dice que no pasa nada.

La cajera me pilla soltando una risita. Introduzco la tarjeta en el lector deprisa y pago por la comida. Cuando salgo a la calle, tecleo:

¿Este hombre-melón es médico? Es un poco joven para ir dando consejos tan a la ligera si solo lleva una semana vivo…

Henry se toma más de un minuto en responder. Abro la bolsa de patatas y me apoyo en una farola. No hay muchas personas fuera a esta hora, pero cruzo la mirada con el bulldog más gordinflón que he visto en la vida. Lo pasea una veinteañera atlética vestida de pies a cabeza con ropa deportiva de Lululemon. Me hace gracia la yuxtaposición. Me vibra el teléfono.

Dice que es mejor que no lo cuestiones.

El mensaje viene acompañado de una selfi de Henry con el melón, solo que al melón le ha garabateado una cara enfadada con rotulador permanente. Se sujeta un cuchillo de untar contra la garganta, como si el melón lo estuviera amenazando.

Porfa, dime que te has tenido que levantar para coger el cuchillo y que no duermes con uno al lado de la cama. Menudo aire de asesino en serie.

Empieza a teclear al instante.

Los puntitos azules aparecen en la parte inferior de la pantalla, pero desaparecen al poco tiempo. Supongo que no es muy bonito acusar todo el rato a alguien de ser un asesino en serie. Al final, los puntitos vuelven a aparecer y responde:

¿Hay algo que te hubiera gustado tener de pequeña?

Bloqueo el móvil y me lo coloco bajo la barbilla mientras lo pienso. La chica vestida de Lululemon y su bulldog vuelven a pasar por mi lado. Camina a paso ligero y malhumorado junto a ella, la tripa casi le va rozando el suelo.

Me da una respuesta a la pregunta.

Una mascota.

Empieza a teclear, pero se detiene. Espero unos segundos, pero no responde, así que me guardo el teléfono en el bolsillo y subo las escaleras.

Paso de puntillas a mi cuarto y esquivo los montones de ropa sucia que hay en el suelo antes de desplomarme en la cama. Me quito los zuecos y los dejo caer con un golpe sordo. Me apoyo el ordenador sobre el pecho para tener la pantalla a unos centímetros de la cara y meto la mano en la bolsa de patatas. Intento olvidar por todos los medios que es viernes por la noche en uno de los sitios más poblados del mundo y que estoy sola.

Me llevo un par de patatas fritas a la boca y hago *scroll* en Instagram mientras *Mentes criminales* se reproduce de fondo en el portátil. Andy ha vuelto a publicar una imagen preciosa de la sesión de fotos de compromiso que se hicieron. Oigo lo fuerte que crujen las patatas fritas cuando amplío la pantalla.

Andy conoció a Theo un año después de que Sam falleciera. Acababa de empezar las prácticas con un comprador de arte que trabajaba para uno de los clientes famosos de Theo, y Andy, al parecer, causó buena impresión. Siempre ha tenido un gusto exquisito, y el que Sam y ella nacieran en una cuna de oro se tradujo en que ella también tuviera gustos sofisticados. El señor y la señora Chase se aseguraron de que no les faltara nada y, cuando aparecí yo, su generosidad también me incluyó a mí. A Sam siempre le avergonzó su riqueza, pero a Andy no. No por vanidad ni por egoísmo, sino porque para ella era algo natural. Las prácticas en aquella empresa de prestigio de Los Ángeles le fueron genial.

Parecía que su destino hubiera sido siempre codearse con las personas más brillantes del mundo, incluido un elegante abogado especializado en el mundo del entretenimiento de unos treinta años llamado Theo.

Los he visto juntos solo una vez, cuando Andy me pagó el billete para que fuera a Los Ángeles. Acababan de empezar a salir y yo seguía en un estado casi catatónico. Theo nos llevó a restaurantes de lujo, a visitar estudios de grabación cuyos nombres no recuerdo e incluso nos presentó a un par de sus clientes. Odié cada segundo que pasé allí: el verla feliz, la bruma aséptica de Los Ángeles, las palmeras, lo falso que era todo.

También odié detestar todo aquello, pero no podía remediarlo.

Andy me suplicó que me viniera a vivir con ella al final del viaje. Recuerdo la última conversación, la que acabó con todo.

—Bennet, no puedes vivir así. Sam no lo habría querido.

Estábamos tumbadas en la cama de su apartamento junto al mar, quedaban tan solo un par de horas para mi vuelo de vuelta a casa. Las ventanas estaban entreabiertas y dejaban que el aire contaminado de Los Ángeles se colara suavemente a través de las cortinas.

—Sé lo que quería Sam, y era que viviéramos en Nueva York.

—Querría que fueras feliz. Querría que pasaras página. —La melena pelirroja de Andy se extendía sobre su edredón de seda.

—No puedo. —Cerré los ojos para no tener que verla.

—¿Qué hay de la chica que quería viajar por Europa conmigo después de la graduación? ¿Eh? ¿Qué hay de *esa* Bennet? No te he visto sonreír en todo el tiempo que has estado aquí.

Una risa nada amable se me escapó por la garganta.

—Tú sí que no tienes problema para sonreír.

Se irguió de golpe, el pelo le enmarcaba los hombros.

—Por Dios, Bennet.

—No parece que te haya afectado en absoluto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Me acurruqué en posición fetal, de espaldas a ella—. Olvida lo que he dicho.

—No. Dilo.

Me quedé en silencio, negándome a responder. Andy me sacudió el hombro.

—Que lo digas.

—Vale. —Me incorporé en la cama para quedar frente a ella—. ¿Cómo has podido pasar página así de fácil? ¿Acaso no lo echas de menos ni un poco? Porque no lo parece, ¿y cuánto ha pasado? ¿Dos años? Parece que estás más que encantada de llevar una vida de glamur aquí con este desconocido y que te da completamente igual que tu hermano haya muerto. Es una falta de respeto, Andy.

Me arrepentí en cuanto lo dije.

Apretó la mandíbula y puso cara de disgusto, con el ceño fruncido. Solo la había visto poner esa expresión una vez, en la jaula de bateo, antes de que se enfadara conmigo y con Sam. Esta vez, cuando habló, lo hizo con una voz tranquila y serena, pero que rebosaba ira.

—Solo porque he seguido adelante con mi vida no quiere decir que no eche de menos a mi hermano. ¿Cómo te atreves a insinuar lo contrario?

—Andy…

—No, ya tuviste tu turno para hablar. Ahora me toca a mí. No te olvides de que yo lo quise muchísimo más tiempo que tú. Pienso en él cada segundo de cada día. Cuando estoy con Theo es el único momento en el que no siento que mi corazón se esté haciendo añicos. Adelante, júzgame, pero conozco bien a mi hermano, y se alegraría por mí.

Respiraba de forma entrecortada y superficial.

—Andy, yo…

—¿Sabes qué? Me da igual. Vete a Nueva York. No termines nunca la carrera. Vive en tu mundo de tristeza. Haz lo que te dé la gana, Bennet, pero no te atrevas a cuestionar mi duelo o el amor que le guardo a mi hermano.

Se levantó, se dirigió hacia la puerta y agarró el pomo con los dedos. En el último momento, se dio la vuelta hacia donde yo estaba y me dijo con voz temblorosa:

—Te quiero, Bennet. En mi familia te queremos muchísimo y sé que estás muy perdida en tu propio dolor como para darte cuenta de lo mucho que me han herido tus palabras. —Se le deslizó una lágrima por la mejilla mientras hablaba—. Mmm… —Parecía que iba a decir algo más, pero cambió de idea y sacudió la cabeza—. Si necesitas que te llevemos al aeropuerto, Theo llegará a casa del trabajo dentro de diez minutos.

Cerró la puerta a su paso y yo terminé de hacer la maleta.

Nuestra relación se fue enfriando después de aquello. Sé que herí sus sentimientos al alejarme. Lo supe cuando le dije aquellas palabras tan espantosas, pero no pude detenerme. Es como si una enfermedad se hubiera apoderado de mí y me consumiera el cuerpo, y no pude hacer más que sucumbir. En los meses siguientes, me llamaba, pero yo no le contestaba. Me escribía y yo le respondía a los días, si es que lo hacía. Y ahora ha tenido un último gesto conmigo: enviarme una invitación para reservar la fecha de su boda.

Me acabo la bolsa de patatas fritas y la tiro a la papelera al lado de la cama. Con los dedos grasientos y llenos de sal, desbloqueo el móvil y me encuentro un mensaje de Henry:

> Ya tengo el lugar para mañana.
> No te arregles mucho.

Le respondo con los emojis del pulgar hacia arriba y del melón.

CAPÍTULO 10

Todo el mundo adora a Henry, incluso los perros. Le ponen la patita en la pierna, se quedan dormidos en su regazo, le chupan la nariz. ¿Y yo qué soy, hígado picado? No, porque en realidad a los perros sí que les gusta el hígado picado.

La primavera pronto dará paso al verano; mientras, los árboles siguen en flor. Los charcos de suciedad que hay en las aceras están cubiertos de un polen de color amarillo lechoso y las personas pasean con pañuelos en los bolsillos. La primavera puede traer consigo barro y tierra y alergia, pero la verdad es que sienta bien descongelarse tras un largo invierno.

Henry y yo estamos sentados ante una mesa plegable en el parque Morningside. Llevamos unas camisetas azul real a juego en las que pone Colegas Perrunos en el pecho y estamos junto a un cercado lleno de perros que juegan y toman el sol. Henry se tomó mi sueño infantil al pie de la letra y nos ha apuntado como voluntarios en un evento para promover la adopción.

Hay perros de todas las edades, desde recién nacidos a perros adultos rescatados de las calles de Puerto Rico. Hay un *basset hound* viejito de pelaje marrón rojizo que se llama Fred al que abandonaron cuando su dueño falleció. Después de un año en el refugio, todavía no lo han adoptado. Me da pena Fred, que ve cómo van adoptando a los cachorritos uno tras otro, mientras que nadie le presta atención. Espero que hoy lo adopten, con esos ojos oscuros y caídos y el hocico húmedo.

Los perritos adorables atraen a los viandantes y luego Henry y yo apuntamos el nombre y la dirección de correo de las personas interesadas en adoptarlos. Henry es, como no puede ser de otra

forma, un vendedor nato, a pesar del chihuahua demoníaco que tiene en el regazo y que muerde los dedos de las personas interesadas en adoptarlo.

El organizador, Terrance, es un hombre bajito con el pelo rizado que le llega hasta los hombros y un bigote apenas visible. Nos presenta a los perros, nos equipa con un portapapeles y bolígrafos y nos entrega un fajo de postales con perritos tristes para que las repartamos.

—¿Tuviste un perro cuando eras pequeño? —le pregunto a Henry mientras garabateo el logo del cuervo en la esquina de un formulario de adopción.

—No —dice risueño—, pero sí que tuve una mascota.

—¿Un gato? —No parece un amante de los gatos. En absoluto.

—No —contesta—, tuve un lagarto llamado Fújur. —Recoge un mordedor de la mesa que tenemos delante y se lo da al perro que tiene en el regazo. El animal lo agarra de inmediato y gruñe cuando Henry empieza a jugar al tira y afloja con él.

—No sé si lo digo como un insulto o no, pero de verdad que nunca sé qué es lo siguiente que va a salir de tu boca. ¿Cómo que un lagarto? ¿En serio? —El chihuahua gruñe cuando Henry gana la ronda del tira y afloja. Tiene sed de venganza.

—Me encantaban los reptiles. Era todo un bicho raro.

Me recuesto en la silla y dejo el bolígrafo en la mesa. Un escalofrío me recorre la columna al pensar en un reptil cubierto de escamas.

—¿Fújur como en *La historia interminable*?

—¿Cómo si no?

—Guau, eras un friki —declaro—. Lo siguiente que me vas a decir es que tienes una colección de rocas o algo así. —El chihuahua me clava la mirada en el alma con sus ojillos negros y brillantes. Se está volviendo muy protector con Henry.

—Pues… —Se le encienden las mejillas y baja la mirada hacia su regazo.

—No te creo —digo.

—Puede que tenga una colección de rocas, sí.

—Dios mío.

Esboza una sonrisa tan amplia que se le arruga la piel alrededor de los ojos.

—A todas les puse nombres de personajes de *La guerra de las galaxias.*

—Dime que estás de coña. Ahora mismo. Por favor.

—Me temo que no. Oye, igual adopto a este pequeñín y lo llamo Fújur Junior —dice para luego sobornar al chihuahua con unas chuches para perros. Fújur Junior por poco no le arranca los dedos.

Sonrío ante la idea de un niño pequeño con la nariz presionada en un terrario para lagartos y rodeado de figuras de acción y rocas a modo de mascotas. No sé cómo esperaba que fuese de pequeño, pero así, desde luego que no. Hace que parezca más real y menos un desconocido atractivo lleno de energía, misterio e ideas descabelladas.

—No adoptes a este perro, te lo ruego. Es un demonio, mira. —Extiendo la mano para acariciarlo y al instante emite el ruido más espantoso que jamás haya oído provenir de un animal tan pequeño. Retrae el hocico y enseña los dientes, que parecen de tiburón—. ¿Ves? Me odia a muerte.

—Puede notar que no te cae bien. ¿A que sí, Fújur Junior? —Le rasca el cuello y el perro se derrite como la mantequilla en sus manos.

—Ya, bueno, el sentimiento es mutuo —digo con desprecio. El perro suelta unos ladriditos.

Henry lo devuelve al cercado para que merodee y atraiga a más adoptantes. Es despiadado, pero supongo que también es monísimo.

Henry se recuesta lo más que puede en la silla plegable y cruza las piernas.

—¿Con quién te casas, con quién te acuestas y a quién matas? Han Solo, Luke y Finn.

—No. —Niego con la cabeza—. No tengo once años.

—Sígueme el rollo —dice pestañeando—. ¿Por favor?

Sé lo persistente que es este hombre. No va a dejarlo pasar, así que decido darle el gusto. Hace tiempo que no veo las películas, pero recuerdo lo suficiente como para seguirle el juego.

—Me caso con Han, mato a Luke y no me acuesto con nadie porque no soy una friki.

Se ríe.

—¿Matas a Luke? Qué rebelde.

—Te toca. ¿Con quién te casas, con quién te acuestas y a quién matas? Chewbacca, Jabba el Hutt y Jar Jar Binks.

Se pone pálido.

—Ni de coña.

—Así que donde las dan, no las toman. Ya veo cómo va la cosa.

Me mira horrorizado.

—Estás mal.

—Sí, lo estoy. —Alzo una ceja—. Venga.

—Está bien. —Cierra los ojos para concentrarse—. Me caso con Chewie porque es leal. —Se le tuerce el gesto al pensar en las otras dos opciones—. Mmmm… Mato a Jabba el Hutt, supongo. Y queda…

La risa me estalla en el vientre como si fueran palomitas.

—Estás fatal de la cabeza.

—Qué mala eres. —Se le tiñen el cuello y las orejas con un rubor intenso.

—No me puedo creer que te acostarías con…

—Ni se te ocurra decirlo. —Se ríe, las mejillas también se le empiezan a teñir de rojo—. Por favor.

—Haríais una pareja estupenda Chewie y tú.

Se desploma y apoya la frente en la mesa que tenemos delante para taparse la cara.

—Me voy a quedar así lo que nos resta de tiempo. Por favor, no me molestes.

—Te la debía por haberme arrastrado hasta aquí.

—Creo que nos lo estamos pasando bien, ¿no? —dice levantando la cabeza y apoyando el mentón en la mano.

Imito su postura y lo miro de frente.

—No me gusta admitirlo, pero supongo que sí.

—¿Por qué no te gusta admitirlo?

No… lo sé.

—¿Hola? —interrumpe una voz. Nos ponemos firmes al oír a una mujer enfadada al otro lado de la mesa.

—Disculpe —me aclaro la garganta. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí parada.

—Me gustaría ver ese perro, por favor. —Señala a Gumby, una cachorrita preciosa.

—Bennet, ¿quieres atenderla tú?

Asiento y sonrío a la señora.

—Sígame.

Dirijo a la mujer al vallado donde están los perros y le doy un puñado de chuches para Gumby. La perrita menea la cola, su pelaje de color caramelo brilla bajo el sol. Es como si nos estuviera sonriendo.

—No sabía que los perros rescatados pudieran ser tan monos.

Arrugo la nariz al oír ese comentario.

—Todos los perros merecen un hogar, en especial los rescatados.

—Por supuesto. —La mujer levanta a Gumby del suelo—. Es perfecta.

Miro de reojo a Henry, que nos observa con atención.

—¿Le importaría si le enseño otro perro que tenemos en adopción?

Henry niega con la cabeza. «No lo hagas». Le lanzo una mirada fulminante.

Levanto a Fred del suelo, con todo lo que pesa, y lo acuno entre mis brazos.

—Este es Fred. Es un poco mayor que los otros perros, pero es cariñoso y dócil… Y mire la carita tan caída que tiene. —Le doy a Fred unas palmaditas en la cabeza.

—Seguro que es muy bueno, pero solo me interesan los cachorros.

—Fred lleva un año en el refugio. Gumby solo lleva dos semanas…

—Quiero que sean mis propios conocidos quienes adiestren al cachorro. ¿Quién sabe el tipo de adiestramiento que ha tenido este perro? Además, es difícil asumir el compromiso de un perro al que quizá no le quede mucho tiempo entre nosotros.

—Fred es el único perro disponible hoy. Ya han adoptado a todos los demás. Es Fred, o ninguno —miento entre dientes.

Sacude la cabeza, con las mejillas rojas de irritación.

—Quizás la próxima vez.

Abrazo a Fred contra el pecho y vuelvo a mi puesto enfurruñada mientras le acaricio la frente.

—Ni siquiera se ha molestado en mirar a Fred. Nadie se molesta en mirarlo. Odio que lo dejen de lado porque es diferente.

Henry me coloca una mano en el hombro y me da un apretón.

—Seguiremos intentándolo.

—Te adoptaría si pudiera —le digo al sabueso—. Lo siento.

Mientras Fred hunde su húmedo hocico en mi codo, se acerca un anciano con una boina de repartidor y una chaqueta de *tweed* que abriga demasiado para el clima de principios de verano. Mira a Fred y se acerca con timidez a nuestra mesa.

—Qué perro tan bonito —comenta el hombre frunciendo el ceño.

Henry me mira, con los ojos abiertos, como para decir: «Es él. Es él. Es él. Es él».

Me levanto y sujeto a Fred para ponerle la carita caída en posición y que este hombre la pueda adorar. Se detiene y, tras dedicarle una mirada significativa al perro, se le empiezan a aguar los ojos. Se ríe mientras se seca una lágrima.

—Lo siento —se disculpa con voz ronca—. Una vez tuve a un perro igualito que este. Es como una cápsula del tiempo. Es asombroso.

—Este es Fred —digo, mientras lo mezo como a un bebé—. Saluda, Fred. —El perro menea la cola como respuesta.

El hombre inspira y casi se ahoga al contener un grito.

—Mi antigua perrita se llamaba Ginger.

La coincidencia con el título de la película italiana *Ginger y Fred* nos deja a Henry y a mí sin aliento, casi a la vez.

Sonrío y aprieto a Fred contra mi cuerpo una vez más.

—Entonces creo que es el destino, caballero. ¿Quiere adoptarlo?

Asiente y se le dibuja en el rostro arrugado una expresión de regocijo infantil, con los ojos brillantes y llenos de emoción.

Relleno el papeleo mientras el corazón no deja de martillearme en el pecho y le informo que el refugio tendrá que hacerle una visita en casa antes de entregarle a Fred, aunque le aseguro que estará en las mejores manos hasta entonces. No puedo apartar la vista de Fred la siguiente hora mientras me imagino a un señor mayor de voz apacible que tiene a dos cachorros adorables en el transcurso de su vida. Fred y Ginger. No podría ser más trascendental.

Henry me mira por el rabillo del ojo, sonriente, como si supiera lo mucho que significa para mí haberle encontrado un hogar a Fred. Me siento más ligera, más alegre y un poquito más optimista, y le devuelvo la sonrisa mientras la brisa primaveral hace volar unos diminutos pétalos blancos por el aire, como una lluvia de confeti.

Y en ese momento, como a propósito, Fújur Junior se hace pis en mi pie.



Terrance acude corriendo como un superhéroe, haciendo ondear un par de sandalias en el aire. Cuando pegué un chillido al sentir cómo el regalito de Fújur calaba mis zapatillas deportivas, Terrance salió corriendo hacia la oficina del refugio, a un par de manzanas de distancia, en busca de unos zapatos de recambio.

—Te van a estar grandes, pero es mejor que ir andando con unos zapatos en los que se han hecho pis —dice cuando me entrega las sandalias.

Me quito el calcetín y me enjuago el pie con agua embotellada antes de ajustarme las sandalias. Henry guarda mis zapatos y mis calcetines en una bolsa de plástico.

—Gracias. —Pruebo las sandalias, que me quedan unas tres tallas grandes—. Las devolveré en cuanto pueda.

Henry y yo nos giramos para marcharnos y me tropiezo al pisar mal con las aletas de buceo. Él me sujeta por el codo y me ayuda a recuperar el equilibrio. Sus dedos me sostienen con firmeza.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. —Asiento al erguirme—. Gracias.

Henry me suelta y yo me paso los dedos por el punto del brazo donde acaba de tocarme.

—Gracias —repito.

—Ya lo has dicho.

Se me suben un poco los colores.

—Vámonos.

—Esperad —nos llama Terrance—. ¿Os apetece hacer algo?

Henry acepta de inmediato, faltaría más. Siento que no tengo otra opción, así que me uno a ellos.

Terrance nos lleva a un restaurante, Tom's Restaurant, a tan solo unas manzanas de donde se ha hecho la actividad para promover la adopción. La entrada del establecimiento me suena, al principio no sé por qué, pero veo a un par de personas sacar fotos al letrero de neón rojo y azul en el que pone RESTAURANT que hay sobre la puerta.

—Te suena de la serie *Seinfeld* —me susurra Henry cuando abrimos la puerta.

Pues claro, me pasa por la mente como un rayo el recuerdo de ver ese letrero de neón en la pantalla de mi tele en las noches en que me quedaba dormida con la televisión encendida. No obstante, es un restaurante completamente normal, un buque insignia cultural a la vista de todos, ahí en una calle del norte de Manhattan como si nada, como si no fuera una celebridad.

Nos sentamos en una mesa pequeña con sofás acolchados a ambos lados; Terrance toma asiento enfrente de Henry y de mí, un

poco apretujados, uno al lado del otro. El restaurante huele a *bacon* chisporroteante, sirope de arce y café. Es una delicia.

Pido un batido y me lo bebo tan rápido que el frío casi me provoca dolor de cabeza.

Henry mezcla su batido de fresa con una cañita y Terrance se toma una cerveza de raíz con helado de vainilla.

—Os agradezco que nos hayáis echado una mano —Terrance habla con voz gutural, entrecortando y separando las palabras, como Jesse Eisenberg en la película sobre Facebook—. Yo invito a los batidos.

Inclino el vaso para que el último resto de helado derretido se quede en el borde y pueda intentar sacarlo con la cañita antes de darme cuenta de que Henry y Terrance me están mirando.

—Gracias —digo mientras deposito el vaso en la mesa y lo empujo con dos dedos. A Henry se le escapa una risotada a mi lado.

—Bueno, ¿qué os ha hecho ser voluntarios hoy? —pregunta Terrance.

—Queríamos probar algo nuevo —contesta Henry encogiéndose de hombros.

—Guay, guay, guay. Eso mola. —Terrance asiente con la cabeza unas treinta veces.

Henry posa los ojos sobre mí.

—Bennet se ha enamorado de Fred.

—Me alegro tanto de que le hayáis encontrado un dueño hoy, si no, mi novia seguramente lo hubiera adoptado. —Toma un sorbo del vaso; la espuma del helado se le queda en el bigote y veo cómo se van explotando las burbujas hasta que no queda ninguna.

—¿Por qué trabajas en el refugio, Terrance? —pregunta Henry.

Terrance se aclara la garganta como si hubiera estado esperando toda su vida a que alguien le hiciera esa pregunta.

—Mi madre tenía una peluquería canina en el sótano de casa, así que siempre me han gustado los animales. Aunque la mayor parte del tiempo trabajo de banquero. Es lo que paga las facturas mientras intento dedicarme a lo que me apasiona de verdad.

—¿Y qué es? —Henry sonríe con aire burlón. Reprimo las ganas de pegarle una patada en el tobillo.

—Tengo una banda —dice Terrance—. Nos llamamos los Curtanas. Versionamos canciones de *rock,* aunque también escribimos canciones sobre la historia de Estados Unidos. Mi novia, Molly, es la cantante principal y es increíble. —Se da unas palmaditas en la pierna—. Deberíais venir a vernos tocar.

Durante la siguiente hora, Henry y yo hacemos de público para el monólogo balbuceante de Terrance. Si no hubiera sido por Henry, nunca habría aceptado pasar un rato con él por miedo a que fuera raro o a que intentara ligar conmigo, pero, contra todo pronóstico, estoy sobreviviendo. La verdad es que me sorprende un poco descubrir que el haber interactuado con otras personas durante las últimas dos semanas aún no haya acabado conmigo. Aun así, me doy cuenta de que me gustaría que Terrance se fuera para poder hablar con Henry a solas.

Cuando terminamos la ronda, Terrance se marcha a ensayar con la banda. Henry le promete que iremos a ver tocar a los Curtanas un día y se dan el número de teléfono. Cuando Terrance se va, pienso que Henry hará lo mismo, pero en cambio coge el menú, se sienta en el sillón de enfrente y se desliza hasta situarse delante de mí.

—¿Tienes hambre? —pregunta mientras saca el menú del soporte de la mesa para inspeccionarlo.

Gracias a Dios.

—Me muero de hambre.

Le pedimos a la camarera un plato de bolitas fritas de patata, unas tortitas y un par de coca-colas.

Se pasa la mano por el cabello, se quita las gafas y las deposita del revés en la mesa.

—Bueno, ahora sé oficialmente más sobre Terrance que sobre ti.

—Sabes mi nombre completo. Yo ni siquiera sé tu apellido.

Sonríe.

—Adams.

—Oh, no. —Pongo cara de tristeza—. Qué lástima.

Tuerce la cabeza.

—Pero si es el apellido más normal del mundo.

—No, me refiero a «Henry Adams». Tienes dos nombres.

—Discúlpeme, *Bennet Taylor,* permítame señalar que usted también tiene dos nombres.

Niego con la cabeza.

—En realidad, tengo un nombre y un apellido, solo que están cambiados de posición. —Alzo una ceja a la vez que me llevo una bolita de patata a la boca.

—¿De dónde viene tu nombre?

Hago una mueca al tragarme la bolita crujiente.

—Nunca me ha gustado.

Apoya un codo en la mesa.

—Por lo menos tu nombre no parece el de un padre fundador.

—Madre mía —me río—. Henry Adams suena totalmente a nombre de padre fundador. Y también te pareces a uno.

—No —dice ofendido.

Se parece. Claro que se parece. Tiene una sonrisa traviesa, la mandíbula afilada y el cabello ondulado le enmarca el rostro. Tiene la huella de donde normalmente se le apoyan las gafas en el puente de la nariz y un físico que parece hecho para poder construir una nación con sus propias manos (no es que esté cachas ni nada por el estilo, pero se le ve fuerte). Tiene una energía cautivadora que mi carácter reservado apenas puede resistir. Terrance, Martin, Kira e incluso Fújur, el perro, se han visto atraídos a él como polillas hacia una luz brillante.

Siento cómo el recuerdo de Sam me da unos golpecitos en la parte trasera del cerebro para decirme que debería sentirme culpable por haberme fijado en esos detalles de Henry. Intento acallar el ruido y recordarme que todos esos detalles son hechos objetivos. Me fijo en esos detalles como quien se fija en las pinceladas de un mural o…, yo qué sé…, en las verrugas de un sapo.

—Solo te falta una peluca empolvada —le digo, mientras miro hacia otro lado.

—Vale. —Alza las manos—. Lo acepto, pero no me hace mucha ilusión. —Se mueve en el asiento y su rodilla roza sin querer la mía bajo la mesa—. Perdona —se disculpa al apartarla.

Me desplazo un poco a la izquierda para darnos más espacio.

—No te preocupes —digo, intentando no tocar el punto de mi rodilla donde nos hemos rozado.

—Ahora que he aceptado mi papel como padre fundador, tienes que contármelo. ¿De dónde viene Bennet?

Resoplo.

—Mi madre estaba obsesionada con Jane Austen y quería llamarme como Elizabeth Bennet, pero ni Lizzy ni Beth eran lo suficientemente únicos para ella. Así que cogió el apellido y me lo puso como nombre.

Sam solía llamarme Lizzy a veces, si se sentía especialmente cariñoso. Se daba la vuelta en la cama, me besaba mientras pensaba que estaba dormida y me susurraba: «Buenas noches, Lizzy».

Se me erizan los antebrazos y me paso la mano por la piel.

—Vale… —Henry me mira de reojo—. Con que Elizabeth Bennet, ¿eh?

—No me digas que no conoces *Orgullo y prejuicio.*

Se rasca el mentón.

—Creo que lo leí en la escuela, aunque no me acuerdo.

—La versión de Keira Knightley es una maravilla y la mejor película que se ha hecho jamás.

—Fuertes declaraciones.

—Lo digo en serio.

—Entonces tendré que verla, ¿no? —Sonríe. Me gustaría no fijarme en ese hoyuelo cada vez que lo hace.

Aprieto los labios.

—Solo si no tienes nada en contra de las historias de amor.

Lo sopesa un segundo y deja que su mirada se desvíe a la mesa que hay junto a la nuestra: un niño pequeño sentado en una trona

agarra una tortita con las manos y la mesa está toda chorreando de sirope de arce.

Henry coge una bolita de patata del plato que tenemos delante, se la lleva a la boca, la mastica y se encoge de hombros.

—Todas las historias son historias de amor.

CAPÍTULO 11

Está volviendo a empeorar. De la nada.

Esta mañana vi cómo me sonaba el teléfono tres veces: dos llamadas de Andy y una de mi madre. Al final, Andy se rindió y me escribió:

> ¿Tu dirección sigue siendo la misma? Vamos a enviar las invitaciones enseguida.

No pude responderle.

Ahora Sonya y Jamie están en el sofá y yo me he quedado atrapada en el cuarto. Llevo aquí todo el día. Su presencia en el piso es como un foso que me tiene encerrada en una torre.

Descanso la frente en la puerta y apoyo la mano en el picaporte, obligándome a abrirlo, pero me he quedado paralizada. Los músculos no me responden. Me deslizo por la pared y me desmorono sobre la montaña de ropa que hay en el suelo. Necesito comer, pero si salgo a la cocina Sonya y Jamie querrán charlar, lo que no es algo malo, por supuesto, pero ahora mismo no me apetece hablar con ellas. A estas alturas me habré levantado de la cama para ir hasta la puerta y volverme a acostar cuatro o cinco veces en un intento por reunir el valor para abrirla. Me siento impotente.

Me estaba yendo muy bien con Henry, estaba hablando con la gente, me reía, estaba comiendo, sonreía. ¿Cómo me puedo volver a encontrar así?

No tiene que ocurrir nada malo para que me sienta así. Puede estar yendo todo bien, y, aun así, volveré a acabar como ahora. La

página web médica WebMD lo denomina «desequilibrio químico». Yo lo denomino «la culpa de haber matado a tu novio». En cualquier caso, simplemente forma parte de ser Bennet.

Me llevo las manos a la cara, empiezo a palparme los pómulos y luego las bajo por el mentón. Me paso las manos por el labio inferior. Me recorro con los dedos el cuello y prosigo por las clavículas hasta descansar las manos sobre el pecho.

«Siente lo que es real. Mis mejillas son reales. Mi barbilla es real. Mis labios son reales. Yo soy real».

No funciona.

Me arrastro a la cama, me es imposible levantarme con el peso de la culpa a la espalda.

Me paso dos días durmiendo. No respondo a los mensajes, no compruebo el correo electrónico ni me apunto a ningún turno; solo duermo. Si estoy dormida, no tengo que sentir nada. Oigo a Sonya entrar y salir de casa. En un momento dado, llama suavemente a mi puerta, lo que me revuelve el estómago. Me levanto de la cama y echo el pestillo.

Cuando duermo, sueño con Sam. Mi dulce Sam. Cabello rubio como la arena, ojos sombríos. Siempre tranquilo, siempre analizando con cuidado el mundo a su alrededor. Me acerco a él, lo toco, lo beso…, pero se aleja cada vez más. Me sonríe desde el otro lado de un foso negro, luego se marcha. Cierro los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, haya vuelto. Pero cuando los abro, veo a alguien diferente: *a Henry*. Se detiene cuando está tan cerca como para poder distinguir el color de sus ojos, del verde de los nenúfares. Extiende la mano para dármela. No me muevo. Alza las cejas como para decir: «No pasa nada. Dámela». El pánico me invade el pecho y giro la cabeza con brusquedad para buscar a Sam, pero no está por ninguna parte. Me escuecen los ojos cuando me vuelvo hacia Henry, pero lo único que veo es su espalda mientras se aleja caminando hacia el horizonte sin fin.

Al cabo del tercer día, me descongelo. La primera preciada gota de serotonina entra en el torrente sanguíneo. El elefante se baja de

mi pecho. Me siento más ligera. Lo logré.

Abro los ojos y veo el polvo bailar en el aire a la luz dorada.

Con los dedos temblorosos, compruebo el correo electrónico por si quedara algún turno libre en la empresa de trabajo temporal. Me apunto a cuatro y a continuación paso de puntillas al salón. Huelo a sudor. Tengo la boca seca, como bolas de algodón. Me detengo de golpe cuando la veo.

Jamie.

Me da pánico pensar en lo que me va a decir. Seguro que es algo del tipo «Mira quién ha decidido salir de la habitación» o «Gracias a Dios, pensábamos que te habías muerto ahí dentro». Sin embargo, me mira con sus ojos oscuros y me sonríe.

—¿Quieres café?

Como si no hubiera pasado nada. Le estoy tan agradecida que podría ponerme a llorar.

Asiento, soy incapaz de usar la voz.

—He hecho sirope de lavanda. ¿Quieres un poco?

Vuelvo a asentir, conteniendo las lágrimas. El café está delicioso, como siempre que lo prepara Jamie, amargo y floral, con un toque dulce. Me mira como si estuviera a punto de decir algo, pero cambia de opinión. La veo marcharse al cuarto de Sonya a través del vapor que se eleva de mi taza.

Se detiene y se vuelve hacia mí.

—Oye… —Señala la puerta de mi habitación, parece que casi se avergüenza de decirlo—. A mí también me pasa.

Siento que se me hace un nudo en la garganta.

—¿El qué?

—Lo de… Mmm… —Respira hondo, de forma calculada, y se aclara la garganta—. Lo de la depresión. Sonya no lo termina de comprender a veces, pero yo sí.

Me tiemblan los dedos mientras hundo la mirada en la taza.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—Es horrible —digo secándome una lágrima con el nudillo y volviendo a mirarla.

—Es lo peor —contesta y se encoge de hombros.

La más mínima contorsión de su boca, el más leve atisbo de una sonrisa, nos hace estallar a las dos en carcajadas. Me apoyo en la encimera para no perder el equilibrio mientras continúo riéndome. Me dolía el abdomen de llorar y ahora de la risa. Se me derrama al suelo un poco de café.

Niego con la cabeza, tratando de recuperar la compostura.

—Es lo putopeor.

—No debería tener gracia —consigue decir con la boca tapada.

—La verdad es que no la tiene —contesto conteniendo la última de las risitas.

Su risa se va apagando hasta convertirse en una suave quietud, en una sonrisa cómplice.

—Esta noche voy con Sonya y algunos de mis amigos a ver una peli. ¿Te quieres venir?

—Uy… Mmm… —Mi mente empieza a inventar excusas, formas de rechazar la invitación: puede que mañana tenga que entrar temprano al trabajo, puede que me duela el estómago.

—Será algo tranquilo, te lo prometo —ofrece Jamie, insistiendo un poco.

Pienso para mis adentros que no, que no me siento preparada para enfrentarme al mundo y conocer a nuevas personas, aunque, para mi sorpresa, noto cómo asiento con la cabeza.

Sonríe, tan sorprendida como yo de que haya aceptado.

—Luego te envío los detalles. —Y a continuación se esfuma por la puerta.



Siempre me han gustado los cines. Me gusta el olor a palomitas, el suelo pegajoso, los *snacks…,* pero, sobre todo, lo que más me gusta es sentarme en una sala grande con un puñado de desconocidos y no sentir la presión de tener que decir ni una palabra.

Tuve que desplazarme nada menos que hasta la zona de Prospect Park, ya que era justo la única salita de cine bohemia de toda Nueva York donde ponían la película que Sonya y Jamie querían ver. Cuando entro al cine, están en la taquilla junto a un chico bajito y una chica alta y rubia.

—¡Yupi! —canturrea Sonya. Me coge de las manos y las aprieta mientras da saltitos—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —le digo sonriéndole lo mejor que puedo.

Me aparta un poco del grupo para susurrarme al oído:

—Me da la sensación de que me has estado evitando —dice con expresión preocupada—, desde…, ya sabes, la cita.

—He estado ocupada —refunfuño, aunque es una mentira como una catedral.

—Tenemos que ponernos al día —continúa—. Además, tengo una noticia relativamente buena: ¡puede que Harper & Jane vendan mis pendientes!

—Caramba —digo—. ¿Los escoges tú?

Frunce el ceño y me suelta las manos, como si quemaran.

—Los que diseño.

—Es verdad. —Qué vergüenza me doy. La nueva pasión de Sonya es diseñar joyería. Siempre ha sido una artista, pero su medio de expresión cambia sin cesar y a veces me cuesta seguirle el paso—. ¡Enhorabuena!

—Gracias —dice mientras juguetea con el colgante de su collar—. Apenas llevo un año suplicándole a mis jefas que vendan alguno de mis diseños y dándote la brasa sobre el tema.

Auch.

—Perdona, Sonya. Lo había olvidado. —El año pasado fue la cerámica; el anterior, la pintura acrílica. ¿Tan mala amiga soy por

olvidar lo que estaba haciendo ahora?

No se lo toma mal, todo hay que reconocerlo.

—La semana que viene me confirman si los ponen a la venta. Si lo hacen, quiero montar una fiesta. Y si no vienes, te mataré sin pensármelo dos veces.

—Claro que iré —le prometo—. Envíame los detalles.

Jamie se nos acerca con sigilo y coloca una mano en el hombro de Sonya, lo que pone fin a este momento incómodo.

—Ya ha creado un evento en el calendario de Google y todo.

Mi teléfono vibra cuando recibo la invitación.

—Lo estoy manifestando —dice Sonya a la vez que bloquea el móvil—. Se supone que, para conseguir lo que quieres, te tienes que comportar como si ya lo tuvieras.

—Tiene sentido —contesto—. Allí estaré.

—Bennet, te presento a Kevin y a Sarah —Jamie señala a las dos personas que nos acompañan—, unos antiguos compañeros de trabajo míos. —Ahora que estoy más cerca, me doy cuenta de que uno de ellos no es un desconocido, desde luego. Es Sarah. Sarah, la camarera de L'italiano que me estuvo sirviendo copas de *chianti* hasta que acabé vomitando en el baño. No es que necesite más pruebas de que mi vida es del todo una broma, pero, aun así, el universo me las sigue enviando.

—Ya nos conocemos —dice Sarah mientras mastica unas pasas recubiertas de chocolate. La última vez que la vi, me abalancé sobre ella y le hice derramar una copa de vino tinto entera encima de un caballero desprevenido.

—Lo siento… —me disculpo casi sin poder oír mis propias palabras—. No estaba en mi mejor momento.

—Tendríais que haberlo visto, fue para morirse de risa. Me pasé emborrachándola, y va ella y…

—Vomité en el baño —espeto para intentar controlar la historia—. Y luego… derramé vino por todas partes. Fue un desastre.

—Se suponía que iba a tener una cita con nuestro amigo Henry, pero el pobre va y se la encuentra en el baño. Estuvimos

metiéndonos con él como una semana —comenta en tono alegre. Se me encoge el corazón.

—Ah, conque eres esa chica —dice Kevin—. He oído hablar mucho de ti.

Estupendo. Por lo visto todo el restaurante ha oído hablar de mí.

Siento que me arde el pecho y que el cuello empieza a picarme.

—Se suponía que iba a ser una cita, pero no… No es eso, somos amigos.

—¿Eso es lo que pasó la noche de la cita? ¿Desde cuándo sois amigos? —pregunta Sonya con la cabeza inclinada.

—Debería llamarlo y decirle que se venga —dice Sarah mientras se saca el móvil de una bandolera amarilla.

—¡No! —Mi voz suena más alto de lo esperado—. No, no lo molestes. —La extraña amistad que tenemos Henry y yo no debe ser presenciada por nadie. Al menos, de momento—. No esperaba que acabáramos siendo amigos, Sonya —le digo—. Fue… un accidente. No lo planeé.

Tuerce los labios y le dirige una mirada a Jamie antes de volverla hacia mí.

—Me parece estupendo, B. Pero nos tenemos que poner al día sí o sí, ¿vale? Pronto. Te echo de menos.

—Vale —digo con alivio—, pronto. —Me vuelvo hacia Jamie, Sarah y Kevin—. Jamie, ¿dijiste que eran antiguos compañeros tuyos? No sabía que habías trabajado en L'italiano.

Ella carraspea y parece sentirse incómoda de repente.

—Ah, sí. Antes de empezar a trabajar en la cafetería Mala Leche. No aguantaba trabajar hasta tan tarde, así que me pasé del vino tinto al café.

—Así que… ¿conoces a Henry? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—No mucho. Nos hemos visto unas cuantas veces, pero ya está.

Sonya se apoya en su hombro.

—Puede que por eso te saliera en la *app* de citas, por tener amigos en común.

Jamie le lanza una mirada fulminante. Sonya sorbe por la cañita y se encoge de hombros.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no me dijiste que lo conocías? —pregunto. Sin duda, habría sido muy útil saber eso antes de salir con él—. Sonya, ¿tú sabías que ella lo conocía?

Jamie se muerde el labio y mira a Sonya, que parece estar diciéndole algo en silencio con la mirada.

—No le conté que te había organizado una cita hasta después —responde—. Me imaginé que querrías que fuera privado. Luego, cuando le enseñé su foto, me dijo que lo conocía. No pensaba que lo fueses a ver de nuevo, así que no me molesté en sacar el tema, ¿entiendes?

La verdad es que eso es… bastante considerado.

—Vaya —digo—, gracias.

—No hay de qué —contesta. Me da la impresión de que parece aliviada.

—De todas formas, Henry no puede venir. Le toca trabajar esta noche, ya que los dos estamos aquí —informa Kevin a Sarah. Pobre Kevin, me había olvidado por completo de que estaba ahí de pie.

Jamie saca cinco entradas del bolsillo y las sostiene para que las veamos.

—¿Vamos pasando?

Suspiro y rezo por que este tema no vuelva a salir en lo que queda de noche.

Entramos en fila india al cine y nos sentamos para ver la proyección de *¡Olvídate de mí!* Por desgracia, me separo de Sonya y Jamie, y acabo al lado de Sarah, que aprovecha la oportunidad para charlar mientras ponen los tráileres.

—Henry es un buen chaval —susurra en voz alta, de forma cómica.

Pongo el móvil en silencio y murmuro para mostrar que, más o menos, estoy de acuerdo.

—Sería un buen novio —continúa mientras se lleva a la boca un buen puñado de palomitas.

Me pongo a temblar.

—No, no, no. No estoy buscando novio.

Se encoge de hombros.

—Seguro que alguien lo ficha pronto.

—Puede hacer lo que quiera. Apenas nos conocemos.

Me escudriña de arriba abajo con los ojos entrecerrados. Luego le da un sorbo a la Coca-Cola *light* de forma exagerada.

No consigo saber de qué va. No sabría decir si le ha ido contando a todo el mundo mi incidente en el baño por maldad o porque le pareció gracioso. Tampoco sabría decir si me está haciendo tantas preguntas sobre Henry porque quiere protegerlo o porque está celosa.

¿Por qué iba a estar celosa? No hay nada entre nosotros.

No me gusta hablar así de Henry. Ni hablar así, en general, haciendo de algo lo que no es. Es como si decir su nombre demasiadas veces fuese a arruinarlo todo. Cotillear sobre él banalizará nuestra amistad, la mermará, como cuando tocas una superficie brillante tantas veces que acaba perdiendo el esplendor. De todos modos, no es para tanto.

—Creo que va a empezar la película —digo mientras me hundo todavía más en el asiento.

—Vale —resopla Sarah antes de devolver la atención a la pantalla.

Vemos cómo Jim Carrey y Kate Winslet se enamoran y luego se olvidan. Cierro los ojos y me imagino el alivio que supondría olvidar, volver atrás en el tiempo y no conocer a Sam, no enamorarme de él, no pelearnos, que conduzca para venir a verme en plena noche. Detenerlo, y ya está. Detenerlo todo.

A mi derecha, Sonya y Jamie están cogidas de la mano. Kevin intenta pasar desapercibido mientras fuma un cigarrillo electrónico. Sarah se está escribiendo con alguien, la luz azul de la pantalla le ilumina el rostro. Yo me como una gominola del paquete de Sour

Patch Kids y el regusto ácido me irrita la parte posterior de la mandíbula.

CAPÍTULO 12

Hoy Sal lleva una pajarita verde. Sus mejillas regordetas le aplastan los ojos cuando sonríe. Me aborda en cuanto pongo un pie en la biblioteca.

—¡Encanto! No te lo vas a creer. —Me planta el teléfono en la cara—. ¡Mira!

—Guau —digo sin saber muy bien lo que estoy viendo. Tiembla de emoción, así que no puedo distinguir bien la pantalla—. Sal, quédate quieto un segundo para que pueda verlo.

—Perdona, es que estoy superemocionado. —Me lo acerca tanto a la cara que veo la pantalla borrosa.

—Déjame sujetarlo. —Le quito el teléfono de las manos y consigo finalmente enfocar la imagen. No veo más que una mancha naranja.

—¿Qué estoy viendo exactamente? —pregunto ladeando la cabeza.

—¡Una ecografía del niño! ¿No es hermoso?

—¡Ooh! —Entrecierro los ojos. Cómo va a ser el bebé berenjena esta mancha naranja es algo que ignoro—. Es increíble —le digo cuando le devuelvo el móvil.

—¿Le has visto las manitas? Se le pueden ver los deditos. —Sal pellizca la pantalla y amplía una zona especialmente borrosa—. Cuando nació Marjorie no tuvimos nada así.

No me atrevo a confesarle que no consigo distinguir ningún rasgo humano en la imagen de la pantalla, así que asiento y sonrío.

—Es hermoso, Sal.

—Te la puedo enviar. ¿Tienes Facebook? —Abre la aplicación y me mira con ojos expectantes.

—Ah, soy Bennet Taylor. Creo que soy la única —Me vibra el teléfono cuando me envía la solicitud.

—Lo subiré también todo a mi muro para que no te pierdas nada.

Nunca he visto a nadie ilusionarse tanto por algo; sería un delito aguarle la fiesta.

—Estoy deseando ver las actualizaciones —le digo con una sonrisa sincera.

—Le he comprado un saquito para dormir que tiene forma de balón de fútbol americano. Tienes que verlo. —Empieza a ojear sus fotos, pero sus dedos ceporros no pueden seguirle el ritmo al cerebro y no deja de pulsar las fotos que no son.

—Igual es mejor si llegamos primero al mostrador, Sal.

—Caray, tienes razón. —Se guarda el teléfono y susurra—: Se me había olvidado que estamos trabajando.

Nos instalamos en el mostrador fuera del fórum; recopilo suficiente información de las personas que se registran como para saber que se trata de una especie de conferencia sobre psicología. Nos metemos tan de lleno en el ritmo del trabajo entregando tarjetas identificativas y bolsas con obsequios que apenas me fijo en que alguien me llama.

—Es imposible que el mundo sea un pañuelo tan pequeño —dice acercándose a la mesa con una enorme sonrisa jovial dibujada en el rostro.

De todas las personas del mundo, de todas las personas que hay en este planeta dejado de la mano de Dios, ahí está Henry.

—¿Qué probabilidad había? —Se apoya en la mesa con las mejillas sonrosadas por el calor que hace fuera.

—¿Eres psicólogo en secreto? —le pregunto mirándolo de arriba abajo.

Niega y señala mi portapapeles.

—Participo en el evento, voy a sacar fotos.

Reviso el portapapeles para confirmarlo y, efectivamente, ahí está su nombre.

—¿En serio?

Se encoge de hombros.

—Sí.

—No te enfades —digo—, pero cuando comentaste que eras fotógrafo, asumí que eras de esos hípsteres que van con la cámara de 35 milímetros, no uno… de verdad.

—Te lo creas o no, la gente a veces me paga y todo por hacer esto. —Posa la mirada en Sal—. Hola, perdona. Soy Henry, un amigo de Bennet.

Dos personas que no pensé que se conocerían nunca.

—Encantado de conocerte. —Sal se pone de pie y le estrecha la mano. Le da unas palmaditas con fuerza en la espalda. Fue entrenador de instituto durante años, sabe cómo darle una palmada en la espalda a un hombre—. Oye, ¿quieres ver una cosa?

Henry asiente.

—Claro.

Sal le pone el móvil en la cara, como hizo conmigo. A Henry se le encienden los ojos de inmediato.

—¿Quién es?

—¡Mi nieto!

Le coge el teléfono y amplía la imagen.

—Guau. —Henry analiza la pantalla con la boca abierta antes de sonreír maravillado. La asimila, se lo toma en serio. Le importa. No sé por qué, pero el estómago me da un salto mortal.

Levanta el teléfono para compararla con la cara de Sal.

—Es clavadito a ti.

Es como si supiera qué decir para atravesar el corazón de todos quienes lo rodean.

A Sal, que es muy grande y muy sensible, se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas.

—Es una locura que hayas dicho eso. Estaba pensando lo mismo.

—Debes de estar superorgulloso. —Henry le da la mano—. Enhorabuena.

—Bennet, me gusta este chico —dice Sal debatiéndose entre la risa y el llanto.

—Le gusta a todo el mundo —comento.

—¿A todo el mundo? —Henry me lanza una mirada con una sonrisita.

Pongo los ojos en blanco.

—No te pases.

—Oye —dice Sal tendiéndole el móvil—, ¿cómo eres en Facebook? Os voy a poner en un chat grupal.

Henry se une al grupo sin pensárselo dos veces.

A Sal le falta lanzar un gritito cuando nos envía la foto por Messenger. Nuestros teléfonos se encienden a la vez y me sorprendo sonriendo en silencio gracias a Henry.

—Aquí tienes —le digo cuando le entrego la acreditación de participante—. El evento tiene lugar en la sala que hay detrás de nosotros. Que te diviertas.

—Gracias. —Se pasa el cordón por el cuello y se ajusta al hombro la mochila grande para la cámara. Se cuela en el fórum a mi espalda y noto cómo pierdo el equilibrio de pronto.

Un fotógrafo de verdad. Henry es un fotógrafo de verdad al que le pagan dinero de verdad por sacar fotos de verdad. Me imaginé que no estaría logrando sus objetivos, como yo; pero no, los está consiguiendo. Es admirable a la par que deprimente.



Al cabo de una hora más o menos, el flujo de personas que llegan disminuye, por lo que Sal y yo nos podemos quedar de brazos cruzados. Evidentemente, para Sal eso significa que puede enviarnos a Henry y a mí un sinfín de ecografías por el chat grupal.

A pesar de estar trabajando, Henry responde a casi todos sus mensajes con entusiasmo. Me sorprendo al querer verlo en acción, ver cómo trabaja.

—Oye —le digo a Sal mientras me inclino hacia él—, ¿te importa si me cuelo dentro para verlo un momento?

Hace un gesto de negación.

—Adelante, encanto, lo tengo bajo control.

—Gracias —le contesto.

Me levanto de la silla y me dirijo a la puerta del fórum. Cuando entro, la belleza de la sala me vuelve a pillar desprevenida, a pesar de haberla visto antes. Es como estar en un observatorio, a escasos centímetros de las estrellas.

Henry está en el otro lado de la sala y observa al ponente con atención, con la cámara preparada. Sigo la dirección a la que apunta el objetivo hasta el escenario, donde habla un hombre alto y con la barba salpicada de canas.

Contengo el aliento cuando, en la pantalla que hay detrás de él, veo cómo se llama la charla:

Ayudar a los pacientes a superar el duelo

Dr. Carlos Barrera, doctorado en Psicología Clínica

Ponente principal

Todo el mundo toma nota en sus libretas con ahínco para retener todo lo que dice. Reconozco los disparos de la cámara de Henry en lo más recóndito de mi consciencia. Me cuesta tragar saliva. Me retumba el corazón contra la caja torácica cuando me concentro en el doctor Barrera.

Está contando una historia sobre un paciente al que llama Ross, que perdió a su mujer después de cincuenta y dos años de matrimonio. Empezó a sentir un dolor en el pecho tras la muerte de su mujer, lo que dio lugar a varias visitas al hospital. Resulta que llevaba consigo una maleta de culpa allá donde fuera. Culpa por no haber estado en la habitación cuando falleció su mujer, culpa porque sentía que merecía morir él primero, culpa porque no le dijo que la amaba una última vez. La culpa lo distraía del dolor y el dolor se le manifestaba de forma física en el pecho.

El doctor Barrera me tiene hipnotizada, tanto él como sus palabras.

Lo único que oigo es «Sam, Sam, Sam».

Se me hace un nudo en la garganta y aprieto los dientes. Intento contener en vano las lágrimas que inevitablemente acaban brotando. Me empiezan a arder los pulmones y dejo salir una bocanada de aire en un suspiro desesperado.

—¿Estás bien?

La voz de Henry me devuelve de golpe a la realidad. Está justo a mi lado y no tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí ni cuánto ha visto.

Me giro y respiro hondo para olvidar ese momento.

—Estoy bien. —Me apresuro hacia la salida ocultando el rostro.

Sal está en el mostrador ojeando su móvil cuando irrumpo por la puerta.

—Encanto —dice con preocupación—, ¿qué pasa?

Sacudo la cabeza y me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Necesito un momento. ¿Le echas un ojo al mostrador?

—Pues claro —responde. Las arrugas del entrecejo se le acentúan por la preocupación—. Tómate tu tiempo.

En el baño, me echo un poco de agua en la cara y me recompongo. Ahora no es el momento de derrumbarse. Ahora no es el momento de echar de menos a Sam. Como si tuviera opción. Como si extrañar a Sam no formara parte de mi ADN. Como si no me acabaran de recordar lo mucho que me duele. Que me siento como un peso arrojado en el mar que se va hundiendo lentamente, y que por mucho que patalee y por muchos salvavidas que me lancen, no puedo evitar caer más y más en la oscuridad. Que desearía saltar de esta vida a otra. Otra en la que Sam siguiera aquí, pero puede que yo no. Le cambiaría el sitio. Lo haría de verdad.

Salgo del baño y me detengo antes de volver al mostrador. Inspiro por la nariz e intento forzarme a volver dentro, pero, como por instinto, mi cuerpo se gira en la dirección contraria.

Elijo una escalera y subo los peldaños. Oigo cómo las paredes marmóreas devuelven el eco del repiqueteo de mis zapatos y el sonido monótono me reverbera en la cabeza. Recorro los pasillos y doblo diferentes esquinas, sin preocuparme por consultar un mapa, y me pierdo en el laberinto.

Al final, acabo en una sala que parece una catedral gótica. Dejo que mis ojos se deleiten ante la belleza y la intrincada alineación de las grandes mesas de madera, colocadas en fila, cada una con una lámpara en el centro, las pilas de libros que cubren las paredes, y los grandes ventanales arqueados que permiten que se filtre la luz exterior. La pintura de nubes rosadas del techo está rodeada por paneles tallados en tonos marrón oscuro y dorado. Las lámparas de araña con luz engastada cuelgan del cielo en hileras. Unas largas sombras se proyectan de forma oblicua sobre el suelo, como dedos que se extienden desde los ventanales hasta los libros. Incluso las sombras quieren atrapar la belleza y aferrarse a ella. Hay algunas personas sentadas en las mesas con la cabeza inclinada sobre un libro o el portátil mientras teclean o leen.

Camino por el centro de la sala e intento no romper el silencio sepulcral. Inspiro el aroma a papel, polvo y madera; oigo el sonido periódico de una página al pasar. El cuerpo me tiembla con adrenalina, como si supiera que no debería estar aquí. No soy una académica. No soy nadie. No obstante, el silencio, la belleza y el esplendor de esta sala hacen que me detenga y que no me sea fácil marcharme.

A Sam le habría encantado este sitio.

Me siento en una silla de una mesa libre y me masajeo las sienes con los dedos mientras inspiro poco a poco, pero con constancia. No sé cuánto tiempo permanezco aquí sentada; el suficiente como para que, cuando me levante para irme, ya no me sienta como si me fuera a derrumbar.



Recojo mis cosas del mostrador. Sal y la mayoría de las personas que han asistido a la conferencia ya se han marchado; resulta que me perdí el final de la sesión. Es probable que Henry se haya ido también.

Agacho la cabeza mientras me encamino a la puerta, pero su voz me detiene.

—Bennet, espera. —Me doy la vuelta y veo cómo Henry se cuelga la mochila al hombro y se dirige hacia mí—. Desapareciste —dice—. Le pregunté a Sal a dónde habías ido, pero no lo sabía, así que me quedé esperando.

Me alegro un poco por dentro.

—¿Por qué? —inquiero.

—Quería preguntarte si querías hacer algo —dice mientras se ajusta el asa de la mochila en el brazo—. Así que… ¿quieres hacer algo?

Estoy conmocionada por la charla sobre el duelo y cansada de trabajar, lo que de normal conduciría a que me pasara la tarde sola recargando la batería social…, pero pasar el día con Henry de repente parece una buena opción. Casi tan buena como estar sola.

—Venga —digo asintiendo—, vale.

Cuando salimos a la calle concurrida, el sol nos da de lleno. Se me acumula el sudor bajo los brazos.

—Hace un día estupendo —dice Henry tapándose el sol con la mano.

—Podríamos ir al parque —sugiero.

—Tengo que hacer una parada en mi piso para soltar todas las cosas, pero está justo al lado de mi lugar favorito. —Se me encoge el estómago al pensar en su apartamento. Entrar. Comprobar si es limpio o desordenado. Ver sus zapatos apilados en la puerta. Saber el tipo de jabón que usa.

—Tu piso. —Me estremezco—. Qué íntimo.

—Para la gente normal, no —dice.

—No soy normal, Henry —le recuerdo.

—Es verdad —dice—. Aun así.

Su piso está en los confines de Manhattan, bien al norte, en Inwood. Es un vecindario pequeño, repleto de tiendecitas y ladrillos rojos. No tiene edificios altos. Es bonito.

—Aquí vivo yo —anuncia cuando nos detenemos en su entrada.

—Espero fuera —digo mientras lo veo rebuscar en el bolsillo para sacar la llave.

—Venga ya —dice cuando mete la llave en la cerradura—, serán dos segundos. Eso es todo lo que tendrás que sufrir.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien.

Subimos un par de tramos de escaleras enmoquetadas que chirrían hasta que llegamos a la puerta de su piso. Dentro nos aguarda un estudio minúsculo, abarrotado de muebles pesados y equipo fotográfico. Hay una cama de matrimonio con un edredón verde oliva y dos juegos de almohadas, una mesita de noche, una cómoda y un escritorio con un monitor. Al otro lado hay una pequeña cocina abierta con un microondas, una mininevera, un fregadero y un horno junto a una puerta que no está cerrada del todo y que conduce al baño. Las paredes blancas están desnudas, a excepción de una fotografía enmarcada de una cordillera. Hay un par de zapatillas de estar por casa mullidas tiradas al tuntún en el suelo, junto a la cama.

—Son monas. —Comparo el tamaño de una de las zapatillas con el de mi pie; es considerablemente más grande—. Parecen algo que se pondría mi abuela.

—Me gustaría conocer a tu abuela —dice mientras revuelve un cajón de la cómoda en busca de una muda.

Dirijo mi atención a un montoncito de piedras colocadas en lo alto de la cómoda.

—Madre mía, no estabas vacilando. ¿De verdad tienes una colección de rocas?

—Ajá. —Se agacha para abrir otro cajón.

Me acerco a él y me asomo por encima de su hombro para observar la colección de roquitas, que se parecen más a pequeños tesoros que a piedras de compañía con ojitos móviles pegados. Dejo que mi mirada vague un instante por el cajón en el que está hurgando. Vuelve lentamente la cabeza hacia mí y alza una ceja en señal de sospecha.

—¿Te da curiosidad mi cajón de la ropa interior?

Me entra calor por todo el cuerpo.

—No lo estaba mirando. —«Mentira».

—No pasa nada, rarita —dice y cierra el cajón para abrir el de debajo.

Cojo una piedra brillante y roja.

—¿De dónde es esta?

—De Sedona.

Estoy muy cerca de él y la sangre que me corre por las venas a la altura del estómago bulle con energía. En este piso no hay espacio para respirar. Mi apartamento es pequeño, sofocante y oscuro, pero al menos tiene más de una habitación. El de Henry es un cubículo diminuto, solo para él.

—¿Tiene nombre?

Esboza una sonrisita.

—Darth Maul.

La vuelvo a colocar en su sitio junto a las demás.

—Me das vergüenza ajena.

—Si te sigues metiendo conmigo, no te voy a enseñar mi colección de insectos.

—¿De verdad tienes una colección de insectos?

Sonríe con aire burlón y tamborilea en lo alto de la cómoda.

—No, aunque una vez vi un pececillo de plata en el baño.

Exhalo, aliviada.

—¿Cuándo te mudaste aquí?

—Cuando volví de Denver.

—Me sorprende que vivas solo.

Cierra el cajón de la cómoda con la cadera.

—¿Por qué?

—No sé, parece que te gusta estar rodeado de gente todo el tiempo.

—Solo porque me guste estar rodeado de gente no significa que no me guste también estar a solas. —Se coloca la ropa bajo el brazo y se dirige al baño—. Puedes sentarte si quieres, tardo solo un minuto.

La puerta se cierra tras él.

Hay una silla de escritorio, pero ahora mismo tiene encima su equipo fotográfico, lo que me deja con la única opción de sentarme en su cama. Me siento en la esquina y apoyo apenas una cuarta parte de la nalga. Me arden los cuádriceps.

—Menudo trayecto hasta el restaurante —digo alzando la voz.

—Es un coñazo, pero me gusta trabajar allí —responde tras la puerta cerrada.

—El otro día vi una película con Sarah —comento.

—Sí, hombre. —Irrumpe por la puerta con la muda puesta. La camiseta azul le queda ajustada en los hombros y resalta el contorno de sus músculos. Me doy cuenta de que me he quedado mirándolo un segundo más de lo debido y aparto rápido la vista.

No es que los músculos sean lo más platónico de una persona en lo que te puedes fijar.

—Es amiga de Jamie, la novia de mi compañera de piso. —Me levanto de la cama, espero no haber dejado una marca muy grande—. Dijo que te conocía.

—¿Vas hablando de mí por ahí cuando no estoy presente? —pregunta cruzándose de brazos.

—No, yo solo… ¿La conoces?

—¿A Jamie? —Se rasca la barbilla mientras pone cara de concentración—. Creo que no conozco a ninguna.

Me coloco el pelo detrás de la oreja y noto cómo se me eleva la temperatura corporal.

—Dijo que trabajasteis juntos antes de que te marcharas a Denver. ¿Recuerdas? ¿Jamie?

Hace una pausa y mira hacia otro lado, como si estuviera ordenando sus pensamientos. Luego se vuelve hacia mí.

—Espera, ¿Jamie Kiernan? —pregunta inclinando la cabeza a un lado—. ¿Con el pelo corto? ¿Que siempre lleva una chaqueta de cuero? Sé quién es.

—Sí, Jamie Kiernan. —Lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿Cuánto tiempo trabajasteis juntos? —pregunto.

—Mmm… —Se muerde el labio inferior—. No lo recuerdo. Fue hace mucho tiempo. Ahora toda la plantilla es nueva.

—Ah. —Recojo el bolso del suelo y me lo cuelgo del hombro. Sarah conoce tanto a Jamie como a Henry, y Kevin también, así que la plantilla no puede ser tan diferente—. ¿Le digo que le mandas saludos?

—¡Claro! —dice con entusiasmo—. Sí, hace tiempo que no nos vemos. —Abre la nevera, coge un par de refrescos con alcohol y me ofrece uno—. ¿Lista?

CAPÍTULO 13

Desde el piso de Henry, caminamos quince manzanas en dirección al barrio de Washington Heights, hasta que nos desviamos y tomamos un sendero sinuoso entre los árboles, que nos protegen de maravilla del sol. Se oye un estruendo lejano en el aire y se percibe un ligero olor a pescado en la brisa: entre el hueco de las hojas puedo ver que el estruendo se debe al ruido de los coches que pasan sobre nosotros por el puente George Washington y que el olor a pescado viene del río Hudson, que discurre por debajo. Me cuesta seguirle el paso a Henry, como siempre, y me molesta que su única velocidad sea mucho más rápida que la mía.

El sendero sombreado nos conduce hasta un parque largo y estrecho con zonas de césped despejadas a lo largo de la orilla. Tomo una gran bocanada de aire fresco y afino los oídos con el sonido de la ciudad. Una brisa agradable me ciñe la ropa al cuerpo y, aunque el parque está repleto de personas, me invade una sensación de paz y quietud.

Encontramos un hueco libre bajo un árbol junto a un muro de cemento que está un poco derruido, aunque se siguen apreciando los restos de un grafiti con forma de pene.

—¿Será un Banksy? —bromeo cuando nos acomodamos en nuestro sitio de cara al río.

—¿Sabes que he oído que ha dejado las declaraciones políticas y se ha pasado a los símbolos fálicos? —Henry se sienta con la espalda apoyada en el tronco y estira las piernas hacia el agua.

—Una pena que se esté desmoronando. Me gustaría haberlo visto erecto.

—Me da la sensación de que está compensando alguna carencia.

—Banksy podría ser una mujer, ¿sabes?

—Tienes toda la razón —dice mientras abre la lata del refresco con alcohol—. Me he dejado llevar por mi propio sesgo personal.

El puente George Washington es un coloso que se cierne sobre el parque, como si fuera su protector. He conducido por el puente muchas veces, pero cuando vas sobre él no es más que una forma de ir del punto A al punto B; cuando estás debajo, te das cuenta de la magnitud de su tamaño.

—Parece enorme —comento.

—¿El pene?

Resoplo.

—El puente, idiota.

Cruza las piernas a la altura de los tobillos y sigue mi mirada hacia la estructura con forma de cuerda que hay sobre nosotros. Rebosa actividad, pero se mantiene imperturbable e impasible.

—Un puente grande, un faro minúsculo. —Señala un pequeño faro rojo situado bajo el puente; no me había fijado en él. Parece una pieza de ajedrez al lado de una estructura gigantesca—. Solía guiar a los barcos río arriba por la noche.

—Es bonito —digo mientras observo a un ciclista dar vueltas a la base del faro.

—Ahora, con la luz del puente, el faro ha perdido su utilidad, pero, según la leyenda local, la ciudad no se atrevía a deshacerse de él y la gente luchó por que se quedara.

Me gusta. Un pedazo de historia que podría pasar desapercibido por algunas personas, pero que quienes conocen su pasado celebran.

Me llevo las rodillas al pecho.

—No me puedo creer que hoy hayas estado en mi trabajo. —Descanso la barbilla en las rodillas—. Es rarísimo.

—La gente actúa como si Nueva York fuera un lugar enorme, pero en realidad es bastante pequeña —dice mientras se aparta una mosca de la cara.

—Me estoy empezando a dar cuenta —respondo—, más o menos.

—Solo tienes que hacerte un hueco —añade—, vas por buen camino. —Apoya la cabeza en el árbol a su espalda, dobla los brazos sobre el vientre y cierra los ojos—. Ayúdame a pensar en algo para la pasión que nos toca probar la semana que viene. ¿Qué querías ser de pequeña?

—Nada. —Me toqueteo el calcetín—. Todo.

—¿Fuiste a la universidad?

—La dejé el último cuatrimestre.

—Yo no fui.

Me vuelvo hacia él.

—¿Por qué no?

Permanece con los ojos cerrados.

—Mi familia no podía permitirse pagarme los estudios.

—Supongo que somos un caso perdido —digo.

—Supongo que sí. —Se quita las gafas y limpia los cristales con la parte inferior de la camiseta. Me recuesto en el árbol y reparo en que la manga de su camiseta me roza el brazo.

Hago el paripé de que estoy mirando el móvil para poder retirarme un poco sin que se note. Solo tengo un mensaje de Sonya, nada más. Bloqueo la pantalla.

—Y bien… —Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo—. ¿Cómo supiste que querías ser fotógrafo?

Sigue con la mirada a un pájaro que vuela de un árbol a otro, luego cruza el agua y desaparece de nuestra vista.

—Es una larga historia.

—Quiero escucharla.

Sonríe sin mucho entusiasmo y me mira de reojo.

—Prepárate.

Hago como si me abrochara el cinturón de seguridad.

Suelta una risita y sacude la cabeza.

—De pequeño tenía un trastorno del lenguaje, nada grave, aunque por eso no hablaba mucho. Mis padres se preocupaban porque no desarrollaba habilidades lingüísticas normales y a mí me

daba pánico hablar con las personas. Así que mi padre empezó a llevarme cada fin de semana a parques, restaurantes y cualquier espacio público que encontrara. Entablaba una conversación con un desconocido sobre cualquier tema. Me decía que estaba practicando, que yo también debía probarlo, así que lo empecé a hacer por mi cuenta. Al principio me costaba, pero comencé a esperar que llegara ese momento con ilusión.

Cambia de postura, flexiona una rodilla y apoya el brazo encima.

—Empecé a hablar mejor, pero quise continuar con las entrevistas. Quería llevar un registro de todas las personas con las que hablaba, así que comencé a sacarles fotos con cámaras desechables. Como también me gustaba esa parte, me compré una cámara de verdad… y el resto es historia. Bueno, más o menos. Todavía estoy en ello.

Arranca una brizna de hierba cercana y la rompe con los dedos.

—Es una historia muy tierna, Henry —digo—. Tu padre parece una persona estupenda.

—Nunca lo he dicho en voz alta —admite tan bajito que parece susurrar—, pero creo que otra de las razones por las que hago fotos es porque… —Traga saliva y me aparta la mirada—. Ya no recuerda nada. Es como si… se perdiera y volviera. A veces le enseño una foto y la reconoce, o se esfuerza mucho por reconocerla. Si le enseño una foto antigua de un vecino, en ocasiones llega incluso a decir su nombre nada más verlo. Para mí… que tenga ese momento de lucidez vale la pena. Quiero preservarlo para él, y preservarlo para mí. Porque las fotos son la realidad, aun cuando su realidad esté… cambiando.

Entiendo lo diferentes que son nuestras experiencias con el duelo. Sam se fue en un instante. Antes de que me diera cuenta, ya era un recuerdo. Pero perder a alguien poco a poco tiene que ser como tener a la persona y a su recuerdo vivos al mismo tiempo. Seguro que piensa en su padre todos los días. Me pregunto qué hace aquí, por qué no está en casa.

—¿Cómo está tu padre?

Tuerce la boca y arroja la brizna de hierba a un lado.

—Vamos día a día. —Se nota que está intentando quitarle importancia, pero quiero saber más sobre las sombras.

—¿Por qué volviste a Nueva York?

—¿Te refieres a por qué no me quedé con él?

Asiento.

—Por mi madre —dice casi con una sonrisa—, que le faltó poco para ponerme de patitas en la calle. Decía que estaba estorbando. Yo creo que simplemente no quería que me perdiera ninguna experiencia… ni nada por el estilo. Nunca siento que esté haciendo lo suficiente, la verdad.

No lo conozco desde hace mucho, pero se nota el tipo de persona que es. Sé sin ningún tipo de duda que está cuidando de todos ellos, incluso desde la distancia.

—Eres un buen hijo.

—No sé si tienes razón, pero gracias por decirlo.

Vuelvo a fijar la mirada en el agua.

—¿Puedo preguntarte algo sin que respondas haciéndote el gracioso?

—Claro.

Tomo aire.

—¿Por qué decidiste ayudarme? Pero de verdad. Es mucho trabajo por alguien a quien acabas de conocer.

Suspira y se endereza.

—No lo sé. —Le da golpecitos a la lata del refresco—. ¿Cuánto puedo contar sin que te asustes?

—Depende de si lo que vas a decir es espeluznante —le contesto.

Se ríe por lo bajo y toma un trago.

—No es espeluznante, solo un poco patético.

—Cuéntamelo, Henry —le digo, y noto cómo pasa de estar de broma a ponerse serio.

Tensa y relaja un lado de la mandíbula mientras contempla el agua.

—Cuando volví a casa, pasaron muchas más cosas. Conmigo, quiero decir. Antes de volver a Colorado, mi vida era un no parar. Nunca había un momento de descanso. Sin embargo, cuando llegué a casa de mis padres, no había nada. Estar rodeado de todas las cosas de mi padre, la medicación, ver cómo mi madre se volvía prácticamente una enfermera… Era mucho que asimilar. Me vi obligado a pararme y reflexionar detenidamente sobre las cosas. Había vuelto a casa para ayudar, pero… no podía hacer nada. No conseguí cuidar de él. No conseguí hacer casi nada. De repente me sentí como un completo fracasado. Dejé de sacar fotos porque no encontraba nada que valiera la pena capturar. Piensas que es un gesto muy noble que volviera a casa para ayudar, pero, en realidad, solo estaba añadiendo alguien más a la lista de personas de las que mi madre tenía que ocuparse. No estaba pasando por mi mejor momento.

—Estoy segura de que ayudaste.

—En absoluto, de ahí que mi madre me diera la patada y me obligara a volver a levantarme. Al principio fue durísimo estar aquí, lejos de ellos. Durísimo. A veces lo sigue siendo. Pero no empecé a sentirme mejor hasta que volví a hacer cosas, como ir a pasear o limpiar el piso; primero eran cosas pequeñas y luego fueron siendo más grandes, como invitar a una completa desconocida a participar en una misión para encontrar su pasión. —Se ríe por lo bajo—. Cuando volví, supe que si no me mantenía en movimiento, si no seguía adelante, cabía la posibilidad de que acabara…

—Sintiéndote como una mierda.

—Sí. —Se frota la cara con la mano—. Sintiéndome como una mierda.

—Así que te sentías solo y querías mantenerte ocupado —le digo.

—También me gusta pasar tiempo contigo, Bennet. Eres encantadora cuando no estás vomitando en el baño de los hombres. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa—. Podría haber elegido a cualquier persona para que fuera mi compañero de aventura, ¿sabes? Has tenido mucha suerte.

—Sí, claro. —Me muerdo el interior de la mejilla.

Vuelve a fijar la vista en el pájaro, que ahora revolotea sobre nuestras cabezas.

—A veces, cuando conozco a gente, me sigo sintiendo como si aún estuviera haciendo esas entrevistas. Como que lo único que sé es hacer preguntas y coleccionar historias para archivarlas en una estantería. Mi padre y yo nunca volvimos a hablar con esas personas, ¿sabes? Después de esa primera interacción, nunca continuamos. Así que a veces me resulta difícil conocer a las personas más a fondo, y acaban siendo historias que tengo ahí en la estantería y hacen que parezca que tengo una vida plena, cuando en realidad… no lo es. —Traga saliva y baja la mirada al césped—. Las personas esperan que sea una cosa, y creo que las decepciono cuando no lo soy todo el tiempo. No suelo abrirme a mucha gente, Bennet. Me parece que tú y otras personas podéis pensar, porque soy extrovertido o algo así, que se me debe de dar bien ser vulnerable, pero la verdad es que esta es la primera vez que hablo tanto de mi padre con alguien. Es muy difícil. No me he sentido… especialmente seguro para hablar sobre el tema. Pero no sé… Creo que me apetece hablar de ello contigo.

Quiero tocarlo, pero aprieto los puños.

—Me alegro mucho de que me lo hayas contado. Y yo… —Aprieto la mandíbula e intento que el revoltijo de palabras que tengo en la mente forme alguna oración—. Cuando quieras hablar de ello, estaré aquí para escucharte.

Sonríe con delicadeza y asiente.

—Gracias.

—Y puedes archivarme en la estantería, o lo que sea. Es decir, si quieres.

Se ríe y vuelve a posar su mirada sobre mí; su sonrisa luminiscente rompe con el tono casi sombrío del momento.

—Creo que lo que intentaba decir con todo lo de la estantería es que justo estoy esforzándome por no hacer lo mismo contigo.

Nos miramos fijamente una fracción de segundo y siento casi como si estuviera viendo a una persona diferente. No es un simple optimista. Su personalidad no puede explicarse diciendo que es extrovertido y ya está. Reflexiona sobre la vida, sobre las personas, y echa de menos a su padre. Tiene una historia, una historia triste y tierna que me toca las pocas fibras sensibles que me quedan en el corazón. Hace que me ponga sentimental, que me incomode, que tenga curiosidad y que me dé ansiedad, todo a la vez.

Apartamos la vista para contemplar el río Hudson que se extiende frente a nosotros. El sol empieza a ponerse tras los edificios y torna el cielo de un tono rosa chicle.

—Yo también me esforzaré —digo.

Pasamos el resto de la tarde inventándonos historias sobre la vida de las personas que hay en el parque. Adivinamos qué parejas están casadas, cuáles son hermanos, quién quiere romper, quién es la persona celosa del grupo de amigos. Nos inventamos sus voces y les creamos trasfondos largos y detallados. No nos movemos de debajo del árbol hasta que el parque echa el cierre. Me rodeo el cuerpo con los brazos mientras nos encaminamos a la estación de metro.

Cuando nos detenemos en la entrada, las comisuras de su boca florecen con una sonrisa.

—¿Hasta el sábado?

Asiento.

—Allí estaré, sea donde sea.

Da un paso hacia mí y abre los brazos, pero se detiene al darse cuenta de que normalmente no nos despedimos con un abrazo. Se ríe y me tiende la mano. Sin pensármelo, esquivo el apretón y le rodeo la cintura con los brazos. Un segundo después, me pasa los suyos por los hombros. Me relajo en sus brazos, músculo a músculo.

¿Cuándo fue la última vez que recibí un abrazo de verdad? ¿Y uno que me hiciera sentir así de bien?

Percibo un aroma a hierbabuena en su camiseta, cierro los ojos contra su pecho y respiro hondo.

Cuando abro los ojos, caigo en la cuenta de que ahí sigo, sin querer apartarme.

Me retiro de él con brusquedad y retrocedo un par de pasos.

—Perdona —digo mientras me sacudo la parte delantera de la camiseta. Me percato de que la razón por la que me ha parecido tan mal es porque… no me estaba pareciendo tan mal, en realidad.

Me libera del abrazo y sonríe; tiene misericordia y hace caso omiso del breve momento de pánico que he tenido.

—Ya nos veremos, Bennet.

CAPÍTULO 14

Unas gotas de sudor me resbalan por el rostro mientras forcejeo para instalar el aparato de aire acondicionado de ventana. Junio llegó con toda su gloria; julio está a la vuelta de la esquina y amenaza con engullir a toda la ciudad. No es solo el sol: es el pavimento, el calor corporal, la energía necesaria para alimentar a esta gigantesca ciudad. Todo está que arde.

Me coloco el aparato de aire acondicionado en equilibrio sobre el muslo y lo voy acercando poquito a poco al alféizar. Lo encajo a base de empujones en la abertura y bajo la ventana con fuerza para dejarlo bien sujeto. Cuando lo enciendo, siento por primera vez alivio desde que la primavera se convirtió oficialmente en verano. Dejo que el aire me acaricie la cara durante diez minutazos antes de mover un solo músculo.

Piso una pila de ropa, me tropiezo con una caja de pañuelos vacía escondida debajo, se me dobla el tobillo y casi me estrello contra el suelo. No puedo seguir viviendo así. Ya está bien. Coloco la ropa en la cama y la divido en varios montones. Quito las sábanas, las pongo junto a la funda nórdica con el resto de ropa sucia y me lo llevo todo al sótano para poner la lavadora. Devuelvo todos los vasos a la cocina, los lavo y los seco a mano. Saco la basura y paso la aspiradora por todos lados, incluso por debajo de la cama. Pero no he acabado.

Limpio la encimera de la cocina, vuelvo a colocar todos los cachivaches en su sitio y ordeno los cajones. Doblo la manta y quito el polvo de la mesita. Luego limpio la nevera, froto las manchas pegajosas de zumo y tiro las verduras que se habían podrido. Doblo la ropa limpia y vuelvo a colocar la funda nórdica calentita en la

cama. Cuando termino, me derrumbo en el sofá y sus patas de madera se tambalean bajo mi peso. Estoy sudada y cansada, pero me siento bien. Me siento ligera.

Quiero ser esta Bennet, la versión limpia, porque cuanta más basura aceptas en tu vida, más sientes que te la mereces. Ya no quiero sentir que me la merezco. Me siento como la Bennet de antes de Sam, la chica que hacía la colada todas las semanas y entregaba los trabajos antes de tiempo. Me siento cerca de ella por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo, tan pronto como llega, se va. Vuelven las nubes, como siempre, y dejo que pasen. Les doy la bienvenida, incluso.

Aun así, tengo planes. Me pongo una camiseta, unos pantalones cortos vaqueros, unos zapatos deportivos blancos, y voy hasta la zona de Flatbush, donde he quedado con Henry. Me está esperando en la entrada del campus de la universidad Brooklyn College.

Damos un paseo juntos por el campus y parece que nos hubiéramos adentrado en una burbuja: el césped es de color verde intenso, los edificios son de ladrillo rojo, los estudiantes llevan mochila. De repente ya no estamos en Nueva York, sino en un rincón del mundo académico, resguardados del resto de la ciudad.

Nos detenemos delante de un edificio de ladrillo que Henry señala y dice:

—*Voilà!* ¡La Facultad de Ciencias Empresariales Murray Koppelman!

—Empresariales, ¿en serio? —le digo mientras inspecciono el edificio—. Qué tradicional por tu parte.

—Nos vendrá bien. —Descansa las manos en las caderas y entorna los ojos por el sol.

—¿Bien por qué?

—Según me enteré hace poco, ninguno se ha graduado de la universidad —responde alzando los hombros.

—Henry, no se me dan bien las mates.

—Creo que no son solo las matemáticas.

Me cruzo de brazos y hago un mohín.

—¿No podemos hacer algo divertido?

—Va a ser que no. No todo puede ser diversión.

—Me reservo el derecho a largarme por la puerta si se pone muy aburrido.

—Martin se llevaría una gran decepción.

«Espera».

—¿Martin, quién? ¿El del parque?

Hablando del rey de Roma, Martin, el del parque, aparece por las puertas relucientes con otra camisa de cuadros de colores vivos y unos pantalones caqui. Henry lo saluda con un apretón de manos.

—Hola, Bennet —dice cuando me ve—. Henry me ha dicho que estás interesada en estudiar Empresariales.

—Ah, ¿eso te ha dicho? —respondo entre dientes.

Al sonreír, deja al descubierto unos dientes pequeños y perfectos.

—Lo he arreglado todo para que podáis asistir como oyentes a mi clase de hoy. Venid conmigo.

Martin nos abre una de las puertas y lo seguimos dentro. Nos conduce por una escalera abierta y pasamos junto a fuentes de agua y puertas cerradas con llave.

—No te pongas de morros —susurra Henry mientras caminamos.

—Me puedo poner de morros todo lo que quiera. Me estaba acostumbrando a jugar con perritos y a aprender a tatuar.

—A muchas personas les apasionan cosas aburridas. ¿Quién sabe qué puertas puede abrir? Además, me vendrá bien si un día quiero montar un negocio de verdad o algo por el estilo.

—Vaya, así que lo estás haciendo por ti —bromeo.

—Dale una oportunidad. —Me mira con ojitos de cachorro abandonado, lo que me recuerda a todos los perritos con los que no voy a pasar el día hoy—. ¿Porfa? —ruega.

—No me vas a convencer así. —Pongo la cara más inexpresiva posible—. Tengo el corazón de piedra.

—No te lo crees ni tú.

Pongo cara de pocos amigos.

—Está bien, pero solo porque quiero que me enseñes tus fotos un día.

—Cuando quieras. —Me da un empujoncito en el hombro y luego avanza por el pasillo. Apresuro el paso para no quedarme atrás.

Martin nos conduce a una sala llena de chavales a los que parece que les sacamos bastante edad. Encontramos dos sitios libres al fondo. Pasamos por encima de mochilas y libros de texto, e intento no fijarme en los estudiantes que se nos quedan mirando cuando pasamos por su lado. Me siento supermayor. Recuerdo ser como ellos y sentir que el mundo está lleno de posibilidades siempre y cuando hagas lo que se te dice y sigas cada uno de los pasos que se te indican. Ser reacio al aprendizaje, pero ansiar el conocimiento.

Martin se coloca al frente del aula y empieza la clase, Introducción a la Economía. No juzgo a las personas a las que les fascina este tipo de cosas, pero a mí me parece tan interesante como una galletita salada. Me quedo con la mirada perdida mientras Martin no deja de hablar del PIB, hasta que no puedo aguantarlo más. Con la mayor discreción posible, tomo una hoja de papel de un cuaderno que hay en un pupitre cercano. Arranco una esquina, escribo «Te odio» y lo doblo lo más que puedo. Le doy un golpecito en el hombro a Henry y le paso la notita por debajo de la mesa.

La abre y sonríe cuando la lee, pero acto seguido la esconde debajo de la mano y continúa prestando atención a la lección.

La vergüenza me recorre de pies a cabeza. Puede que le esté gustando de verdad y yo le esté aguando la fiesta.

Mi ansiedad se disipa cuando le da un golpecito a mi mesa. Articula la palabra «boli» con los labios, sin emitir sonido.

Le doy un bolígrafo por debajo del pupitre y espero su respuesta. Me siento nerviosa, pasándonos notitas como si estuviésemos en el instituto. Cuando me la devuelve, no espero ni un segundo para abrirla.

No te creo.

Garabateo por el otro lado:

No creo que esté hecha para ser una #mujerempoderada 

Henry se da golpecitos en el mentón con el boli unos segundos y luego escribe su respuesta:

Presta atención o le diré al profe que tienes una teoría que te gustaría compartir con la clase.

Le contesto:

No eres capaz.

Me quita el papelito de la mano y me mira con aire travieso. Alza la mano a cámara lenta. Oh, no. «No llames la atención sobre nosotros, Henry, o tendré que matarte».

—¿Sí, Henry? — Martin detiene la lección.

Henry me lanza una mirada con una expresión de satisfacción diabólica en el rostro.

Tras una larga pausa, por fin habla:

—¿Podrías volver a explicar la escasez? Me he… distraído un poco. —Acto seguido me dedica la sonrisa burlona menos sutil que he visto en la vida.

Martin resuelve su duda y mi corazón vuelve a recuperar poco a poco la frecuencia cardíaca normal. Henry me devuelve el papelito.

A la próxima estás acabada.

Martin sigue hablando otra soporífera hora más.

Después de clase, nos sentamos en una cafetería donde venden un té de burbujas rosa y espumoso, y nos pedimos un par de esos y unos dónuts. Le doy un bocado a un dónut de *mochi* con un glaseado adorable que parece un gatito; la textura esponjosa y con

sabor a coco me inunda la boca. Ya no queda casi nada del dónut con forma de panda de Henry, tan solo una orejita.

—¿Has aprendido algo, por lo menos? —pregunto chupándome los dedos—. Porque yo lo he detestado.

—Pues la verdad es que sí, muchas gracias. —Se mete el último trozo de dónut en la boca y se la tapa mientras habla—: ¿Cómo iba saber yo que lo ibas a detestar? No es que me cuentes mucho sobre ti. Me baso solo en la impresión que me das.

—Entonces tengo que ponerme a trabajar en la impresión que voy dando.

Se ríe y arruga la servilleta del dónut.

—Para la próxima eliges tú. Déjame boquiabierto, por favor.

—¿Sabes qué? Lo voy a hacer.

—Muy bien, la pelota está en tu tejado. La semana que viene todo depende de ti.

Me llevo la cañita del té de burbujas a la boca y mordisqueo un extremo.

—Va a ser increíble —murmuro antes de sorber un poco de té.

Henry enarca una ceja.

—Puedo ver que estás entrando en pánico ahora mismo.

—De eso nada —digo mirándolo con los ojos entornados.

—Se nota que todos los pequeños operarios que manejan tu cerebro están trabajando horas extra.

Me cruzo de brazos y me reclino en la silla.

—¿Le pasa algo a mi cara?

Se encoge de hombros.

—A tu cara no le pasa nada, eso está claro.

Se me encienden las mejillas y tengo que desviar la mirada. Me paso los dedos fríos por el cuello para refrescarme.

—¿Cómo sabes entonces lo que estoy pensando?

—Cuando piensas demasiado, pones la cara así. —Frunce el ceño para imitarme.

Me rasco la barbilla y lo pienso detenidamente. Nadie me había dicho eso antes, pero…

—¡Justo así! —dice sonriendo—. Esa es la cara.

—Cállate, anda —le digo, relajando la mandíbula tensa—. Tú también pones una cara, ¿sabes? Es una especie de sonrisa burlona y aduladora.

—¿«Aduladora»? Bennet, me halagas. Me hace parecer como un pirata. Y… ¡Eh, guau, mira! —exclama mientras me señala el rostro con regocijo—. ¡Has vuelto a poner esa cara!

—Si no paras de meterte conmigo, te voy a llevar a Times Square en la próxima quedada —lo amenazo de muerte.

—¡No! —dice llevándose la mano al pecho.

—Voy a hacer que te saques fotos con Elmo y el Monstruo de las Galletas.

—¡Aj! —exclama, hundiéndose en la silla.

—Y luego voy a hacer que te pongas uno de esos sombreros de goma verde de la Estatua de la Libertad. Y cuando ya te haya atormentado lo suficiente —digo bajando el tono de voz hasta un susurro—, voy a llevarte al restaurante italiano Olive Garden que hay en Times Square.

Ahoga un grito con los ojos como platos.

—Creo que eso sí que acabaría conmigo.

Suelto una risita mientras mordisqueo el extremo de la cañita. No voy a llevarlo a Times Square, eso está claro. Aunque tengo la sensación de que, si fuéramos, puede que acabáramos divirtiéndonos.



Estoy quieta, sosteniendo una bandeja de mimosas, pero mi mente va a mil por hora. Ha pasado casi una semana entera y no he tenido ni una sola buena idea para el proyecto de buscar algo que me apasione. ¿Cómo voy a elegir una aventura para los dos cuando no he sido capaz de hacerlo para mí misma en todo el tiempo que llevo

aquí? Los únicos lugares que conozco de Nueva York son este, el NYAC; la biblioteca; mi piso; y los sitios a los que me ha llevado Henry.

Me ruge el estómago ante el aroma a *bacon* crujiente, huevos revueltos y tortitas. ¿Estaría tan mal comerme a escondidas un trocito de salchicha? Me quito la idea de la cabeza en cuanto el señor Kirk me mira fijamente con esos ojos maliciosos. Me añado a la lista mental robar una cajita de cereales Cheerios solo por fastidiarlo.

Al menos hoy me toca trabajar en la terraza de la azotea, mi espacio favorito de todos los que ofrece el NYAC para celebrar eventos.

El barman coloca una última mimosa en mi bandeja y vuelvo a salir a la terraza para servirlas a los invitados. Al poco de que se me haya vaciado la bandeja, un hombre empieza a dar un discurso. Es mi oportunidad para desaparecer un segundo.

Me escabullo a la cornisa de la azotea. El NYAC se alza en el extremo superior del Central Park: desde donde me encuentro, parece que alguien hubiera cogido una cucharada de Nueva York y que lo que hubiese debajo fuera un remanso de verdor. Más allá del parque, se puede contemplar la belleza de la ciudad y sus detalles intrincados. Desde aquí arriba se puede admirar todo sin tener que mancharse las manos. Siento la brisa cálida en el rostro e inhalo el aire fresco matutino. Me gustaría poder subir aún más alto; ojalá pudiera sobrevolar la ciudad como un pájaro.

Quiero que la ciudad me sirva de guía, que me inspire, que me diga *algo,* pero ahora mismo está callada. O por lo menos a mí no me habla. Quiero sentir la conexión que advertí en la biblioteca, ese tirón en el alma que me diga que estoy en el lugar adecuado. «Vamos», susurro por lo bajo mientras observo cómo se desplazan los coches por las calles como si fueran una pista de Hot Wheels. Pero no me da ninguna respuesta.

Mi momento de introspección se interrumpe cuando en una mesa necesitan café. Preparo una jarra recién hecha y lleno las tazas de

todos hasta el borde.



Cuando llego a casa, Sonya está en el sofá despatarrada como una estrella de mar. Lleva una camiseta de tirantes y unos pantalones diminutos, y se ha puesto una compresa fría en el pecho. Está empapada de sudor.

—Hace… mucho… calor —farfulla cuando entro. Nuestro piso es como un horno, concentra todo el calor de fuera en nuestro salón.

—¿Por qué no te vas al cuarto? ¿Has instalado tu aire acondicionado? —Abro el congelador y hundo la cara en el frío.

—Porque quería asegurarme de que mañana vendrás. —Se sienta y sonríe.

Tomo una compresa fría del congelador y me la pongo en el cuello.

—¿Mañana?

La felicidad se le funde del rostro como si fuera masa de tortitas.

—Te envié un mensaje.

Lo pienso detenidamente. Un mensaje. ¿Qué mensaje? Me muerdo el labio y evito hacer contacto visual.

—Mi fiesta, Bennet. Para celebrar que en Harper & Jane van a vender mis pendientes. Te lo dije por mensaje, te envié la invitación y te lo recordé cuando fuimos al cine. ¿Te suena?

No recuerdo nada de eso. Nada. Trato de esbozar una sonrisa.

—¡Eso es increíble!

—Ya —carraspea.

—Perdona, Sonya. Seguramente no vi tu mensaje —admito.

—O lo has ignorado —dice en voz baja. Me fulmina con la mirada, lo cual es toda una hazaña viniendo de alguien cuyo estado natural es ser alegre y vivaz.

Le he fallado tantas veces que no puedo volver a hacerlo. Quiero que vuelva a lanzar arcoíris con la mirada, no balas.

—He estado distraída, lo siento. Iré a tu fiesta, ¡qué ilusión me hace!

—Como sé que no te acuerdas, es mañana a las tres. —Se pone la compresa fría en la axila—. Es en el Frying Pan del centro.

—Allí estaré, te lo prometo.

Asiente y entra a su habitación arrastrando los pies.

Mañana. Sábado. El día que paso con Henry. A lo mejor lo podemos dejar para la semana que viene. ¿Podré esperar yo hasta entonces?

Le envío un mensaje:

Me ha surgido una cosa. ¿Podemos posponer el proyecto pasión hasta la semana que viene?

Lo que no quieres es elegir un sitio.

Sí que elegí un sitio, pero lamento mucho tener que cancelar la reserva en Bubba Gump Shrimp Co. Tengo *gritito* planes.

¿¿Que tienes planes?? Siento que apenas te conozco.

Última hora: apenas me conoces.

Te conozco lo suficiente como para saber que lo de ir a la marisquería inspirada en *Forrest Gump* es una broma.

Añade una carita guiñando el ojo.

Por cierto, a partir de ahora lo vamos a llamar nuestro Proyecto Pasión, fijo.

Le sonrío al móvil como una idiota.

Qué cursi, te va a subir el azúcar.

Me responde al instante con el emoji del caramelo.

Coloco el teléfono bocabajo en la encimera.

No pasa nada. Puedo esperar otra semana. Es lo mejor.

No me permito sentirme decepcionada. Ni reconocer que, si estoy dos semanas enteras sin verlo…, lo voy a echar de menos.

CAPÍTULO 15

El sol me da de lleno en los hombros mientras camino por la pasarela de madera del muelle Pier 66 hacia el Frying Pan, una barcaza flotante convertida en bar que está atracada de forma permanente en el muelle. Hay dos barcos amarrados a la barcaza que tengo a mi izquierda: el buque Frying Pan original, al que el restaurante debe su nombre, y un barco de bomberos rojo más pequeño. Me tomo un momento para asimilar el aire fresco veraniego, el olor a pescado y a aceite para freír, el cielo que se extiende sobre mí, azulado como el huevo de un petirrojo y tan claro como una capa de acuarela. El graznido de las gaviotas que nos sobrevuelan, así como el fragor de la música a todo volumen y las voces del restaurante que tengo delante se van intensificando a medida que me acerco. Echo un vistazo por encima del hombro a la ciudad que tengo a mis espaldas, el marrón y gris de los edificios me respiran en la nuca. No suelo venir mucho por esta zona de Chelsea, pero es importante para Sonya, así que me armo de valor.

Sonya es mi amiga de toda la vida, pero a veces me parece imposible volver a nuestra dinámica de antes. Nos distanciamos cuando fuimos a universidades diferentes, aunque Sonya vino a visitarme una vez (fue antes de que Sam y yo empezáramos a salir en serio, aunque Andy y yo éramos mejores amigas ya). Me pareció incómodo presentar mi anterior mejor amiga a la nueva, pero Sonya y Andy congeniaron enseguida, y eso que solo tuvieron un par de días para conocerse. Las tres nos pasamos el fin de semana bebiendo más de la cuenta y viendo películas malas. Sonya solo me visitó en aquella ocasión, y nunca conoció a Sam, un detalle por el que no sé si sentirme agradecida o profundamente triste.

Con el tiempo, Sonya hizo amigos en la escuela de arte y yo me perdí en mi relación con Sam, por lo que nos fuimos distanciando poco a poco. Fue pura coincidencia que Sonya quisiera mudarse a Nueva York a la vez que yo…, y solo me enteré porque se lo contó a mi madre.

Llego a la animada zona de restauración de la barcaza: una terraza al aire libre tan amplia que casi parece que estuvieras en tierra firme. Hay mesas pegadas a la barandilla que rodea todo el perímetro, así como mesas de pícnic esparcidas en el centro. Saludo con la cabeza al encargado de la recepción y diviso a Sonya y a Jamie en una mesa grande junto a la barandilla, donde están con unas cuantas personas a las que no conozco. Sonya me saluda con la mano, pero me doy media vuelta pues siento la necesidad repentina de pedirme algo de beber en el bar antes de acercarme y enfrentarme a una mesa llena de desconocidos.

Pido una copa con sabor a coco y ron, y me sorprendo cuando el barman me entrega una bebida azul neón. Tomo un sorbo y me estremezco. Creo que he pedido el cóctel del color más chillón que había en toda la carta. Podría tener patitos de goma flotando en lo alto, ya que estamos.

Respiro hondo y me concentro. Quizás pueda aprovechar para hacer como Henry y practicar el conversar con otras personas hasta que le pierda el miedo.

De camino a la mesa, estudio cada rostro de los desconocidos con la esperanza de encontrar alguno que me resulte familiar. Sonya y Jamie están metidas de lleno en una conversación y me dan la espalda, charlan con una persona a la que definitivamente no conozco. No me suena nadie hasta que vislumbro un destello rubio sentado en la mesa, de frente a mí: Sarah.

—Madre mía, mira quién está aquí. —Se levanta cuando me acerco a ella. Puede que esto al final no vaya a estar tan mal. Sonrío y abro la boca para saludar, pero pasa a mi lado, sin siquiera darse cuenta de que existo, y saluda a alguien detrás de mí.

«Dios mío, "avergonzada" no es una palabra lo bastante fuerte para describir cómo me siento ahora mismo».

Me doy media vuelta para dirigirme a la barra y me estrello contra un pecho muy ancho y muy robusto. Derramo la bebida azul sobre ambos, lo que empapa la parte delantera de su camisa blanca. La barcaza se balancea, por lo que pierdo el equilibrio y casi me caigo de culo, pero el hombre me sujeta por los brazos y me sostiene en pie. Sus pulgares se me clavan en la piel, de forma firme pero delicada. Conozco esas manos.

—¿Así que este era tu planazo de sábado? ¿Derramar copas y armar un escándalo?

Pues claro que Henry está aquí. ¿Por qué no iba a estarlo? Está en todas partes. No me sorprendería que tuviera un ejército de hermanos gemelos merodeando por Nueva York con la misión de pillarme en situaciones humillantes. Pero este es él, el único e inigualable Henry. Detesto cómo se me acelera el corazón con tan solo mirarlo.

Dejo que me sostenga y tengo que intentar evitar que mi cuerpo se acerque más al suyo.

—¿Qué estás haciendo en la fiesta de mi compañera de piso?

Se encoge de hombros.

—Me ha invitado Sarah. —Me ayuda a recuperar el equilibrio y vuelvo a acostumbrarme al movimiento del barco. Se agacha para recoger mi copa de plástico del suelo. Gracias al desastre que he causado, tiene la parte delantera de la camisa empapada.

Qué casualidad que esté aquí. Aunque estoy demasiado distraída para dedicarle más de un milisegundo a ese pensamiento, porque la mancha del cóctel se le extiende por el pecho. Con rapidez.

—Vamos. —Sonríe y se señala la parte delantera de la camisa, empapada—. Creo que he visto un baño por ahí. Vamos a limpiarnos.

Echo un vistazo hacia atrás y veo cómo Sarah nos observa alejarnos, con los labios apretados. Ahora sí que me ha visto, no cabe duda.

Encontramos un baño individual con cerrojo. Es bastante pequeño y está decorado con motivos náuticos, las paredes tienen un revestimiento de madera y un par de ojos de buey en lo alto, por encima de nuestras cabezas. Hay un lavabo diminuto con un espejo aún más diminuto encima.

Mi ropa ha salido más o menos indemne (el cóctel azul acabó casi todo por mi piel), aunque la camisa de Henry parece teñida a lo *tie-dye.* Me seco el pecho con un papel.

—¿Sabías que iba a estar aquí? —pregunto mientras me doy toquecitos.

—No. —Sonríe—. No haces más que tener suerte.

Siento que la sangre me hierve en las venas. Me paso el papel por la camisa para mantener las manos ocupadas.

—Te prometo que no quiero incomodarte —dice—, pero me voy a quitar la camisa. ¿Puedo? —Se señala la camisa empapada de cóctel.

Asiento.

Se la quita por la cabeza y enjuaga la mancha bajo el grifo.

Clavo la mirada en la pared, pero el atisbo de piel que distingo por el rabillo del ojo actúa como la gravedad. Echo un vistazo, como por impulso, y después no puedo apartar la mirada. Su cuerpo no es como me lo esperaba, sino mucho más esbelto. Más tonificado. Su piel se estira por los contornos de los músculos, suave como las colinas onduladas. Diviso una marca de nacimiento con forma de alubia en las costillas y deslizo la mirada hasta su bíceps, pero, por la postura en la que está, sigo sin distinguir bien qué tiene tatuado.

Me pilla mirándolo fijamente.

—¿Qué pasa? —Enarca una ceja.

—Nada. —El estómago se me da la vuelta, como si fuera una tortita en una plancha caliente. Me esfuerzo al máximo por evitar establecer contacto visual mientras frota la camisa con vigor y los músculos se le tensan y relajan bajo la piel. Se me seca la garganta.

No sé qué me pasa, pero al recordar sus manos sobre mis brazos, cómo ha evitado que me cayese de culo, lo vulnerable que se

mostró en el parque…, me pongo a sudar. Caigo en la cuenta de que llevo mucho tiempo sin estar en una habitación con un hombre sin camiseta. Que además sea Henry me está provocando un pequeño cortocircuito.

—¿Henry? —Hago una bola con el papel secamanos y la tiro a la papelera.

—¿Sí, Bennet? —Me mira por el rabillo del ojo y siento una oleada de nervios en el vientre.

—Me preguntaba qué tienes tatuado.

Se echa la camisa sobre el hombro como si fuera un trapo y estira el brazo para enseñármelo.

—Es una cordillera. —Una gota de agua le resbala por la muñeca hasta el codo—. Mi padre y yo solíamos ir mucho de senderismo.

Estudio los bordes irregulares de las montañas que le cubren el interior del brazo. Me gustaría recorrerlos con las yemas de los dedos y sentir su brazo tenso bajo la tinta.

—En realidad, me di cuenta de que tenía demencia por primera vez cuando estábamos de senderismo. No supo llevarnos de vuelta por un sendero por el que habíamos pasado miles de veces.

Estruja la camisa y la pone bajo el secador de manos, dándome la espalda.

—Lo siento.

Se encoge de hombros y no le da importancia, como siempre.

—No pasa nada.

Observo cómo mueve los omóplatos, la forma que tiene su columna de curvarse y arquearse hacia las caderas. Me imagino lo cálida que sería su piel si por casualidad me rozara.

Cada vez que me fijaba en algún detalle de su apariencia física, conseguía olvidarlo en un par de segundos. Pero ahora… se me está pegando a los huesos. Me presiono los ojos con las palmas de las manos para intentar quitarme su imagen de la cabeza, pero cuando vuelvo a abrirlos, sigue ahí, de espaldas, medio desnudo. No es que no supiera que Henry es atractivo, es que hasta ahora no había caído en la cuenta del todo.

Se pasa la camisa por la cabeza y se la alisa contra el torso. La parte mojada se le pega al pecho.

—Henry, te voy a hacer un cumplido. —Trago saliva.

Se pasa los dedos por el pelo.

—¿Me has visto sin camisa y quieres hacerme un cumplido? —Arquea una ceja—. No dejas de sorprenderme, ¿sabes?

Me arde la piel. No debería, pero en este horrible baño me siento temeraria. Me tomo un segundo.

—Ese tatuaje… es sexi. —«Joder, ¿se puede saber qué estoy haciendo?».

El rostro de Henry se ilumina con un gesto de sorpresa.

—Bennet, ¿estás ligando conmigo?

—¡No! —«Mierda»—. No debería haber dicho nada. Solo me gusta el dichoso tatuaje. ¿Contento?

—No me puedo creer lo que oigo.

Me cubro el rostro con las manos. No puedo ni mirarlo.

—Es que vas muy arreglado, y tienes un tatuaje, y… no me lo esperaba. —Hago una mueca bajo las palmas.

Su risa alegre llena el habitáculo.

—Me siento halagado, de verdad.

—Ay, Dios. —Me retiro las manos de la cara—. No me vas a dejar olvidarlo nunca, ¿verdad?

Niega con la cabeza y me dedica una sonrisa burlona.

—Nunca.

—Me arrepiento de habértelo dicho. Haz como que no existo.

—Claro, como si pudiera hacerlo. —La chispa traviesa de su mirada se convierte en algo diferente cuando ahora me mira. Estamos tan cerca que puedo oler el jabón que usa en la ducha. Es distinto al olor a hierbabuena. Más dulce. Se me acelera el pulso en el cuello y me siento débil.

Podría embotellar la forma en que me mira y beber tragos de ella. Podría embriagarme con ellos. Los párpados entornados, la loción para después del afeitado con olor a hierbabuena. Me siento más grande, más radiante. Me siento resplandeciente en sus ojos.

Trago saliva y me permito echar un vistazo a sus labios ligeramente entreabiertos.

—¿Henry?

—¿Ajá?

Estamos tan cerca que el agua de su camisa resbala por mi pierna.

—Tu camisa sigue empapada.

—Vaya. —Baja la mirada a la parte de su camisa que se le pega al pecho.

—Deja que lo haga yo. —Cojo un montón de papel para las manos y doy toques en la parte mojada de su torso. Se le tensa el cuerpo cuando lo rozo. Las hojas de papel se van empapando una a una, hasta que ya no queda ninguna.

—Ya está. —Coloco la palma abierta sobre su vientre cuando está casi seco. La tela sigue húmeda, pero no empapada—. Mejor.

Deja caer la mirada a la mano que tengo en su torso y luego la alza hasta mí, tiene los ojos abiertos y la mandíbula tensa. Sé que está pensando en lo mismo que yo: la tensión que hay en el ambiente. La electricidad que se respira en el aire. Deslizo la mano hacia su pecho y siento su pulso errático bajo la palma. No se mueve, no aparta los ojos que tiene clavados en mi mirada.

Por una vez, no quiero romper el contacto visual. Quiero quedarme exactamente donde estoy, observando a Henry. Estudiando sus expresiones y descubriendo lo que significan. Esta es una que no había visto antes. Una que tengo que aprender.

Nos quedamos así, cada uno provocando al otro para que dé el primer paso o se aleje, pero ninguno cede. Al final se mueve y coloca su mano en mi cuello, justo encima de la clavícula. Quiero que me toque más aún.

Me acerco muy sutilmente a su boca y dejo que se me cierren los párpados. El corazón me late con fuerza y me tiemblan los dedos, no puedo formar ningún pensamiento.

—Bennet —susurra y me empuja suavemente en el hombro, lo que me impide seguir avanzando.

—¿Qué?

Desliza su mano por mi brazo.

—No.

Me quedo sin aire.

—¿No?

Sacude la cabeza.

—No voy a besarte.

—Oh —digo. Junto los labios cuando me doy cuenta de que tengo la boca abierta como un pez aturdido.

—No voy a besarte —dice mientras retira su mano de mi brazo— porque me dijiste que querías que fuéramos amigos. Y te creo. Te has dejado llevar por el momento. Esto no es lo que quieres.

—No sé qué es lo que quiero. —Vuelvo a tocar la misma zona mojada de su camisa. Se estremece ante el contacto.

—Ya, pero…. —Me coge la mano y la aprieta una vez antes de retirarla de su cuerpo. Tras el contacto, nuestras pieles están mojadas por el agua y el cóctel—. Yo sí que lo sé.

¿Qué significa eso? ¿Qué quiere? Abro la boca para preguntar, pero alguien llama a la puerta con enfado y nos separamos de golpe.

—¡Un momento! —Henry se da la vuelta y se seca la camisa con toquecitos.

—Joder. —Me cubro los ojos con las manos.

—Salimos en un segundo —llama en voz alta.

—Dios mío. —Me encojo al sentir el baño diminuto hacerse todavía más pequeño. El peso de la realidad, que acabo de intentar *besarlo,* se me viene encima. Y el peso de la realidad, que me haya rechazado, me da ganas de convertirme en polvo—. Ay, mi madre.

—No pasa nada —dice.

—Acabo de intentar… —Cruzo los brazos y me desplomo en la taza del váter, deseando poder encogerme hasta el tamaño de una pastilla para urinario. Cuando cierro los ojos, veo cómo Sam me mira con cara de desaprobación, negando con la cabeza. Se me va a salir el corazón por la garganta. Es incluso peor de lo que pensaba.

Quería que me tocasen. Quería que un hombre me tocase. Que me tocase alguien que no es Sam. Esto es ya otro nivel de locura.

—No te angusties por esto, por favor —me ruega. Sus cejas se juntan y le crean una arruguita de preocupación en mitad de la frente.

—¿Cómo no me voy a angustiar por esto? —Ahora todo va a ser raro. Y tiene razón, no estoy preparada para que pase nada. No cuando me sigo sintiendo tan culpable por lo de Sam todos los días. ¿Por qué le hice un cumplido sobre su estúpido tatuaje? No sé qué me pasó. Y bueno, ¿por qué di por sentado que me querría besar? Sí, nos lo pasamos bien juntos, pero ¿igual me estoy divirtiendo más que él? ¿Igual ha sido una diversión platónica todo este tiempo? Qué ingenua y presuntuosa he sido al pensar que podría pasar algo entre nosotros, que alguien sería capaz de ver más allá del desastre y estaría dispuesto a asumirlo.

Se le juntan las cejas cuando frunce el ceño.

—¿Quieres hablar sobre ello? —Miro su rostro bonito y anguloso, el cabello color nogal, los ojos más amables del planeta Tierra, y me vuelve a invadir la humillación. No quería besarme. Pensé que sí, pero me equivoqué. No creo que pudiera expresar lo que siento aunque quisiera. Me gustaría que viajar en el tiempo fuese una realidad y poder borrar los diez últimos minutos de mi vida. A decir verdad, los diez últimos años estaría mejor.

—No, no quiero hablar sobre ello —murmuro.

Técnicamente, no ha pasado nada, así que ¿por qué me siento como si acabara de cometer un delito? Una traición hacia mi persona. Hacia Sam. Hacia Henry.

—Vamos a salir de aquí y olvidarnos de esto —musito.

—Bennet…

—Por favor, Henry. Lo digo en serio —le respondo con brusquedad.

—Vale. —Alza las manos en el aire, como para decir «Me rindo»—. Está bien.

Salimos a toda prisa del baño y nos encontramos a Sonya esperando con impaciencia, dando golpecitos con el pie.

Pillados.

—Tienes que estar de coña. —Aprieta los dientes, sus ojos saltan de uno a otro—. Te he estado buscando por todas partes.

—No estábamos… Mmm… No estábamos haciendo nada —le digo.

Se cruza de brazos. Aprieta los labios.

—Derramó una copa sobre mi camisa. —Henry señala la mancha húmeda—. La estábamos limpiando.

—Me da igual —dice mientras se abre paso entre ambos.

—Sonya, espera…

Se gira de golpe.

—¿Sabes qué te digo? Que no. Que no me da igual. Desde que me mudé aquí, te he estado rogando que pasáramos tiempo juntas. He estado rogándote que volvieras a ser mi amiga, y cuando por fin sales conmigo, ¿qué es lo que haces? Vas y te encierras en el baño con un tío. Ya tienes que detestar pasar tiempo conmigo.

—Yo no…

Pone en el punto de mira a Henry.

—¿Sabías que Bennet lleva siendo mi amiga toda la vida? Ahora no puede ni molestarse en saludarme en mi propia fiesta.

Henry se guarda las manos en los bolsillos y evita mi mirada.

Sonya vuelve a centrar su atención en mí.

—Encima no puedes ni recordar los detalles más básicos de mi vida, como que diseño joyas.

—Lo siento mucho —balbuceo—, tengo muchas cosas en la cabeza…

—Todos tenemos muchas cosas en la cabeza, Bennet, y estoy harta de fingir que no me estás haciendo daño. Jamie me dice que lo deje correr porque estás pasando por un momento difícil, pero ya no es excusa. Que tú lo mantengas todo encerrado en una jaula no significa que el resto tengamos que hacerlo. Que tú pienses que estás sola no significa que lo estés. Hay gente que se preocupa por

ti. Hay gente que quiere preocuparse por ti. Deja de actuar como si fuéramos el enemigo. Resulta muy agotador. —Cierra la puerta del baño tras de sí y siento que el corazón se me derrumba.

—Dios mío —susurro. No tenía ni idea de que se sentía así.

—Así que esa es Sonya… —comenta Henry.

He llevado a la mejor persona que conozco hasta el límite. Nunca la he oído decir nada malo de nadie. Echo una mirada a Henry, que está estupefacto.

—No tengo palabras —dice.

—No digas nada. —Suena más tajante de lo que pretendía.

—Yo… —Se pasa la mano por el mentón. La última vez que le vi esta expresión en el rostro fue en el restaurante, la primera vez que nos vimos. Cuando se estaba lamiendo las heridas. Se pasa la mano por el pelo y clava la mirada en el suelo—. Quizás debería darte algo de espacio durante un tiempo.

Me mira como a la espera de que diga algo, pero no puedo.

«No te vayas —pienso—. Dilo, Bennet: "No te vayas". No dejes que se marche». Puede que me acabe de humillar, y puede que esté confundida, pero sé que no quiero que se vaya. Quiero que todo vuelva a la normalidad.

Pero no puedo. Me quedo ahí petrificada.

—Está bien —dice asintiendo con suavidad—. Me voy a marchar. —Se da la vuelta y se dirige hacia la ciudad descomunal que por una vez parece estar muy lejos. Niega con la cabeza mientras camina.

Las lágrimas me escuecen en el rabillo del ojo cuando intento recuperar el aliento. Dejé que Henry se acercara demasiado. Llevé a Sonya demasiado lejos. En un solo día, la frágil relación que tenía con cada uno de ellos se ha hecho añicos.

Considero intentar enmendar el error volviendo a la fiesta, pero me doy cuenta de que no sé cómo será eso. No sé qué decir ni qué hacer, solo quiero que todo se detenga y ya está.

Observo a Henry alejarse hasta que ya no puedo distinguir su figura y luego emprendo el mismo camino que tomó él para salir de la barcaza, desesperada por poner un pie en tierra firme.

CAPÍTULO 16

—La temática de la fiesta de bienvenida al bebé va a ser el fútbol americano. —Sal tiembla de emoción mientras habla—. He encargado *cupcakes* con forma de balón en una pastelería de Jersey, son de bizcocho marmolado con sabor a chocolate y vainilla. Os envié una foto a Henry y a ti, ¿la has visto?

No ha parado de enviar mensajes por nuestro chat grupal de Facebook Messenger: fotos de ecografías, de ropa para bebé, de todo. La verdad es que me encanta tener noticias suyas y me encanta que Henry siempre me gane a la hora de contestar, pero el último mensaje que Sal nos envió no ha tenido respuesta, principalmente porque Henry y yo no nos hablamos.

—Es adorable —digo con una sonrisa. Intento participar en la conversación, pero tengo la cabeza en otros asuntos. Está pensando en Henry, en cuando me rechazó. Está pensando en Sonya, en cuando me cerró la puerta del baño de un portazo. ¿Cómo pude tener tan poca consideración con sus sentimientos? Me aproveché de su carácter alegre y al final acabó estallando, eso hice. La he cagado, como siempre.

—¡… y mira este fondo para sacarse fotos! Lo hacen para que parezca que estás en una portería. ¡Mira! —Abre Amazon en su teléfono—. ¡Ay! Y estas serpentinas… —Baja en el historial de compras y me enseña unas serpentinas de tonos metálicos que ha pedido.

—¿Qué pasa si crece y no le gusta el fútbol? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Le puede gustar lo que quiera —responde—, total, la fiesta es sobre todo para nosotros.

Esta última semana, charlar con Sal en la biblioteca me ha salvado. Sin él, creo que estaría hecha un charco en el suelo las veinticuatro horas del día. En cambio, las horas que tengo la suerte de sentarme a su lado en el mostrador o de escabullirme a otros rincones mágicos de la biblioteca, no me siento al borde de las lágrimas.

—Llevas razón, Sal —afirmo mientras recojo mis pertenencias—. Ese niño tiene mucha suerte.

—Me alegro de que hayas estado por aquí tanto tiempo esta semana, encanto —dice colocándose la mochila a la espalda, de hombros anchos—. No se lo digas al resto, pero eres mi favorita de entre todo el personal de Carlyle.

—No me lo merezco —le contesto mientras nos encaminamos hacia la puerta, incapaz de hacer que mi cabeza no repita lo sucedido en el Frying Pan como una película. Una de miedo. Conmigo de villana.

—No lo hace menos cierto. —Me guiña un ojo—. Ahora voy a recoger unas cuantas cosas más para la fiesta —dice cuando salimos de la biblioteca a la calle concurrida—, ¿y tú?

Miro el reloj.

—Si no me voy ya, voy a llegar tarde al *catering.* —Me coloco bien la bolsa de tela en el hombro, donde llevo el uniforme del NYAC—. Nos vemos luego, Sal —me despido y salgo pitando. Si Sal es el antídoto para mis emociones, el NYAC es el veneno.

Me masajeo las sienes cuando voy en el metro de camino a Columbus Circle. Hace una semana y cuatro días que no hablo con Henry. La vergüenza que pasé ese día sigue estando fresca. Me siento como una idiota y no sé cómo podré volver a mirarlo a los ojos. Sonya me evita y pasa todas las noches en el piso de Jamie y, cuando está en el apartamento, se muestra huraña. Me mantengo ocupada trabajando dos o tres turnos al día. No me permito ni un segundo de respiro para que la soledad me alcance. Hoy eso se

traduce en empalmar dos turnos consecutivos, uno en la biblioteca y otro en el NYAC.

«Que tú pienses que estás sola no significa que lo estés».

Sonya está equivocada. Tuve mi oportunidad. Tuve a mi persona y, cuando se fue, supe que no encontraría a otra. Todo este lío lo demuestra.

Sam era el indicado.

Me bajo del tren y llego corriendo a la zona de carga del NYAC. Reprimo cualquier sentimiento que aún persista. ¿A quién le importa que aquí no haya pasión? La pasión lo complica todo. Puede romperte el corazón.

En el NYAC se celebra la ceremonia anual de introducción al salón de la fama, en la que rinden homenaje a varios de sus miembros. Para mí lo único que significa eso es que habrá mucho champán del caro e invitados de renombre. No finjo saber quiénes son, pero de todos modos no estoy ahí para cotorrear. Estoy ahí para repartir comida lo más rápida y discretamente posible.

Aunque intento mantenerlas a raya, hay un peligro: tengo las emociones a flor de piel y temo que en cualquier momento puedan brotar como un géiser.

Me cuesta asimilar que hubiese querido que pasara algo (ni siquiera sé el qué) con Henry en aquel baño. No sé cómo explicárselo, ni cómo explicármelo. Quiero que esté todo el tiempo conmigo y, a la vez, no estoy lista para ir más allá de la amistad, aunque faltó poco para que lo atacara con la boca. «Madre mía, estoy confundida hasta yo».

Lo único que sé ahora mismo es que lo echo de menos. Echo de menos a Sonya. Y echo de menos a Jamie. Echo de menos la comunidad, aunque pequeña y frágil, que tenía con mis amigos, pero no sé cómo mirarlos a la cara.

Me pongo el uniforme del *catering* y los zuecos Dansko en el baño y me apresuro a la planta para unirme a la reunión que hace el señor Kirk antes de empezar el turno. Me fulmina con la mirada cuando me incorporo al grupo al fondo de la sala, pero no dice nada.

No puede. He llegado tres minutos antes. «Chúpate esa, señor imbécil».

Me choco los cinco mentalmente por ese zasca y luego escucho el resto de su rollo de charla. Una sencilla cena servida en la mesa con menú de tres platos. Puedo hacerlo con los ojos cerrados.

Cuando me acerco a una mesa con una botella de champán para el brindis, un hombre con manchas en el cuello me agarra de la mano para decirme lo guapa que soy. Sonrío e intento alejarme lo más rápido posible. Cuando vuelvo con las ensaladas, me agarra del codo y me dice que huelo bien. Sonrío e intento alejarme lo más rápido posible. Cuando vuelvo con el *filet mignon,* me agarra de la cintura y me dice que sonría más. Sonrío e intento alejarme lo más rápido posible.

Justo antes del postre, encuentro al señor Kirk en la cocina.

—¿Señor? —Me tiembla la voz—. ¿Puedo cambiarme de sección para el postre?

—¿Qué pasa ahora? —Kirk no alza la vista y continúa sirviendo helado sobre volcanes de chocolate.

—Uno de los comensales de la mesa seis me está incomodando.

Me mira y me lanza una mirada fulminante, molesto.

—¿Cómo?

—Es… muy tocón.

—Bennet —dice mientras deja en la mesa el bote de sirope de chocolate—, ¿te crees que eres la única persona que ha tenido experiencias incómodas con un comensal? Así es como funciona la industria del sector servicios. Si no puedes con ello, te sugiero que lo dejes.

—Nadie se dará cuenta si me cambio…

—Es demasiado tarde para cambiar. Tendrás que lidiar con ello. —Vuelve a servir helado, aparentemente ha dado por finalizada esta interacción.

Rechino los dientes e intento contener el enfado.

Cargo la bandeja con volcanes de chocolate y me la coloco sobre el hombro. A medida que me acerco a la mesa, el pulso se me

acelera más y más. Cuando llego al último asiento, el hombre me agarra el trasero y me da un apretón. Me dice que soy demasiado guapa para trabajar en un sitio como este. No sonrío. No intento alejarme lo más rápido posible. Le tiro la bandeja entera de volcanes de chocolate en el regazo y remato la faena con una copa llena hasta arriba de champán de la mesa.

Y entonces, cojo y me voy.



Me despiden, evidentemente. El señor Kirk se tira veinte minutos gritándome y salpicando saliva por todas partes. No es el único que está enfadado. La rabia me consume como si fuese una mecha. Le lanzo el uniforme a la cara y me largo del edificio.

En cuanto me da el aire de la calle, la rabia se disuelve en un ataque de llanto. Me agacho en mitad de la acera y empiezo a hiperventilar sobre una rejilla del metro. Dejo que la vergüenza y la frustración y el bochorno me invadan. Las emociones me embargan y yo las acojo. A mi alrededor, todo se enfoca y desenfoca mientras intento recuperar el control.

—Perdona. —Giro la cabeza con brusquedad hacia la voz de una desconocida. Una mujer se me ha quedado mirando con una expresión de preocupación y contrariedad en el rostro—. ¿Estás bien?

La vergüenza me invade el cuerpo mientras intento contener las emociones.

—Estoy bien —respondo secándome las lágrimas.

—¿Necesitas ayuda para llegar a algún lado? —pregunta la desconocida con la cabeza ladeada, y me fijo en que su expresión no es de contrariedad, sino la de alguien que tiene prisa y se ha tomado un tiempo del que no dispone para preguntarme si necesitaba ayuda.

—Mmm… —Miro a mi alrededor y veo cómo la ciudad pasa a toda velocidad; la acera, aún bulliciosa, está repleta de gente que circula a nuestro alrededor de forma acelerada. Es la primera vez que alguien se fija en mí por la calle—. No, creo que estoy bien.

—Vale —me responde acompañada de una sonrisa dulce—. Lo que sea que haya sucedido no merece que estés así.

A continuación, se marcha más rápido de lo que había llegado.

La interacción me impacta: me había acostumbrado a cierto nivel de anonimato al ir por la calle, asumía que nadie se daría cuenta o que a nadie le importaría ver a un desconocido llorar, o que, si lo hacían, no se pararían a ayudar. Los neoyorquinos no tienen tiempo para esas chorradas. Aunque está claro que lo tienen… a veces.

En cuanto se va, noto cómo me empieza a temblar el labio cuando intento contener un sollozo. Por mucho que me gustaría creerla, que no merece que esté así, sé que sí. Ya lo creo que sí.

Solo se me ocurre un sitio al que ir ahora mismo.

Cuando llego, la puerta no se abre. Deben de haber cerrado temprano. Miro por la ventana y veo el interior del restaurante iluminado con una luz cálida. Henry está solo y limpia la barra con un trapo. Se mueve con elegancia y admiro cómo la luz anaranjada de las velas titila sobre su silueta.

Doy unos golpecitos en la ventana y se detiene. Se da la vuelta despacio, se coloca el trapo en el hombro y entrecierra la vista para mirar por la ventana, con la mano ahuecada sobre los ojos.

Lo veo decidir si dejarme entrar o no.

«Por favor —pienso—. No quiero estar sola».

Se frota la barbilla, se acerca a la puerta y la abre.

—Hola —saluda mientras retuerce el paño con los dedos.

Cuando lo veo, el pozo de lágrimas que albergaba en los ojos empieza a desbordarse. Me giro.

—Perdona. —Me seco la mejilla con el nudillo—. Lo siento, no debería haber venido.

—¿Qué pasa? —Se guarda el trapo en el bolsillo.

Siento que se me tensan los músculos del estómago al notar cómo las emociones brotan desde lo más profundo de mi ser. Me rodeo con los brazos para intentar no derrumbarme.

Henry no parece saber bien qué hacer ni qué decirme.

—Lo siento —me disculpo—. Soy un desastre.

Las lágrimas me nublan la vista cuando Henry se acerca a mí.

—Bennet —dice—, ¿estás bien? —Me coloca una mano en cada hombro y los aprieta con suavidad.

Cierro los ojos y me centro solo en sus manos, en la sensación de tenerlas sobre los hombros. Noto cómo la cálida brisa de verano me acaricia el rostro y seca las marcas húmedas que tengo en las mejillas. Tras respirar profundo varias veces, se me empieza a calmar el pulso y la garganta se me relaja.

Abro los ojos para mirarlo y me seco las pestañas mientras sorbo por la nariz.

—Perdón —repito—. Estoy bien.

Me gustaría verle la expresión, verle los detalles del rostro, pero la luz del restaurante le da de espaldas. Pasa dentro.

—Ven —dice mientras me sostiene la puerta para que pueda pasar. Me conduce al taburete donde me senté la primera noche y me sirve una copa de vino. No me obliga a hablar, no me hace sentir avergonzada. Limpia el resto de las mesas en silencio.

A continuación, se sirve una copa y se sienta a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —Tiene una expresión sincera y preocupada, pero no de lástima.

Exhalo una bocanada de aire por los labios.

—Me han despedido y han dado parte a mi empresa de trabajo temporal porque un viejo me ha metido mano y le eché una copa de champán por encima, y Sonya no me habla porque soy una mierda de amiga, y tú estás enfadado conmigo, y creo que no paro de cagarla una y otra vez. —Me sueno la nariz, y no lo hago de forma delicada—. Cada vez que siento que estoy un poquito más cerca de poner orden en mi vida, doy un millón de pasos atrás y no entiendo por qué para los demás es tan fácil, pero para mí no. —Me tiembla

la barbilla cuando intento retener las lágrimas que quieren volver a brotar—. No sé cómo hacerlo.

—Vamos a ir paso a paso. —Se gira en su taburete para quedarse frente a mí—. Primero: no estoy enfadado contigo. Puede que un poco confundido, pero quería darte algo de espacio. Eso es todo.

—No quiero espacio. —Se me hace un nudo en la garganta cuando me doy cuenta de que quiero justo lo contrario.

—Yo tampoco. —Cuando sonríe, el alivio que siento es abrumador—. Segundo: nadie tiene ni puñetera idea de lo que hace, tan solo se les da bien disimularlo. ¿Te crees que quiero trabajar aquí en vez de abrir mi propio negocio? Claro que no. No puedes ser tan dura contigo misma. Eres increíble, valiente e inteligente, y además eres divertidísima. Tienes que valorarte un poco más.

La piel se me sonroja y me arde, y aunque no hay ningún espejo cerca, me imagino que tengo las mejillas del color de las cerezas.

—Tercero: Sonya se preocupa por ti. Nadie te suelta una bronca así si no lo hiciera.

—La he decepcionado. Siempre decepciono a la gente.

—Es lo que hacemos las personas. Somos imperfectos. Nos hacemos daño, pero no me cabe duda de que lo arreglarás.

—Quiero hacerlo. —Me tiembla la voz. Lo haré.

—Y por último. —Agarra el borde de la barra con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—: No puedo creerme que alguien te haya puesto la mano encima esta noche; si hubiera estado allí, habría acabado recibiendo mucho más que un poco de champán en la cabeza. —Tensa los músculos de la mandíbula—. ¿Te encuentras bien?

Asiento y me seco los ojos.

—No pasa nada. Fue una tontería. Estoy bien.

—Vale —dice soltando las manos de la barra—. Y… —Se rasca en la zona de la clavícula y evita mi mirada—. Sobre lo que pasó en el Frying Pan…

—Lo siento —espetamos a la vez.

—No tienes que disculparte —le digo—. Me muero de vergüenza.

Se ríe, cruza los brazos y se mece en el taburete.

—¿Qué te parece si a partir de ahora procuro que no me veas el tatuaje?

Me encojo de la vergüenza.

—No creo que esté para bromear sobre el asunto todavía.

—Perdona. —Le da un sorbo al vino—. Ya llegaremos ahí.

Siento calor y una opresión en el pecho. Si en aquel instante en aquel baño con motivos náuticos hubiese sabido que nunca volvería a sentirlo así de cerca, puede que hubiera intentado recordarlo mejor. No soy el tipo de persona que puede hacer algo así sin más, aunque lo disfrute. De todas formas, Henry no habría querido. Recibí el mensaje bien alto y bien claro: no.

—Henry —digo cerrando los ojos con fuerza—, tenías razón. Yo… No tengo ni idea de por qué… sigo poniéndome en evidencia delante de ti.

—Que no te dé vergüenza. Ese baño era supersexi. No puedo culparte.

Lanzo un quejido.

—¿Podemos volver a la normalidad, por favor? Necesito actuar normal.

—Por supuesto —responde. Sin embargo, tengo la corazonada de que no podemos, de que tenemos que encontrar otra nueva normalidad, porque ahora me siento diferente cuando estoy a su lado: un poco menos a la defensiva y tremendamente nerviosa por ello—. ¿De acuerdo? —pregunta dándome un empujoncito en el hombro. Un empujoncito solo, y se me dispara el pulso.

—De acuerdo —contesto.

Esboza una sonrisa torcida con los labios.

—Ahora que nos hemos quitado ese peso de encima, necesitamos música.

Desaparece en la cocina. Tras unos segundos de silencio, la canción *9 to 5* de Dolly Parton empieza a sonar por los altavoces.

Henry irrumpe por las puertas dobles de la cocina con un sombrero vaquero rosa calado hasta los ojos.

—¡Pero bueno! —Me río a carcajadas—. ¿De dónde has sacado eso?

—De una despedida de soltera de la semana pasada —contesta a la vez que me saluda con el sombrero—. Por suerte, ninguna se emborrachó tanto como para vomitar en el baño.

—¡Oye!

Se encoge de hombros.

—¿Qué? ¿Tampoco nos vamos a poder reír de eso?

Arrugo la nariz.

—Vale.

—Bien. —Sonríe. Los altavoces entonan el estribillo, fuerte y nítido. Señala al aire—. ¡Esta es la mejor parte! —exclama.

Canta toda la letra de la canción mientras mueve las caderas como Elvis, y mis lágrimas se transforman en carcajadas. Me coge de la mano y me dirige al centro del restaurante, entre las mesas vacías. Me coloca el sombrero en la cabeza y me hace dar vueltas hasta que acabo mareada y muerta de la risa. Cuando la canción llega a su fin, estoy sin aliento y bastante eufórica, mientras que él acaba con las mejillas sonrosadas.

—Lo necesitaba —digo mientras me dejo caer en el suelo cuando *Hush-a-Bye Hard Times* empieza a sonar por los altavoces.

—Todo el mundo necesita un poquito de Dolly de vez en cuando —dice cuando se une a mí. Nos sentamos cara a cara con las piernas cruzadas—. ¿Te sientes mejor, vaquera?

La bondad que refleja su rostro me abre por dentro y me sorprendo al querer decir algo que llevo sintiendo desde hace mucho tiempo, pero que me ha dado mucha vergüenza enunciar en voz alta.

Me aclaro la garganta y me retiro el pelo del hombro.

—¿Sabes que cuando te haces un *piercing* o cuando te trasplantan un órgano tu cuerpo lo identifica como un objeto extraño y lo empieza a rechazar? Incluso si es inofensivo o te está salvando la vida… Tu cuerpo simplemente lo expulsa.

Asiente como si fuera una analogía de lo más normal y corriente.

—Creo que Nueva York me está haciendo lo mismo.

Sacude la cabeza, su pecho sube y baja por haber estado bailando.

—Me parece que, en cierto modo, todas las personas en esta ciudad se sienten así.

—¿Tú te sientes así?

—Claro —dice con una risa—. ¿Crees que para un tío de montaña vivir aquí es algo natural?

—Supongo que no.

Me mira con el ceño fruncido.

—Espero que al menos sepas que me alegro de que estés aquí.

Me acaricio el pecho con los dedos y trato de aliviar con un masaje los latidos erráticos de mi corazón, que se esconde debajo. Rebusco en mi cabeza las palabras con las que quiero responder, pero no encuentro ninguna. En su lugar, empleo las suyas.

—Yo también me alegro de que estés aquí.

Esboza una sonrisa sincera y amable, y junta las manos.

—Qué bien.

—¿Podemos continuar con el Proyecto Pasión?

—Siempre y cuando elijas el siguiente lugar. —Recupera el sombrero, se lo pone en la cabeza y se reclina contra una silla que hay cerca, como si fuera un vaquero adormecido.

—Eso puedo hacerlo.

CAPÍTULO 17

El NYAC dio parte de lo sucedido a la empresa Carlyle Staffing Solutions, la cual me citó para «revisar la situación», lo que significa que probablemente esté despedida, no solo del NYAC, sino de la propia empresa de empleo temporal.

Si pierdo este trabajo, tendré que volverme a Pensilvania, no cabe duda. Hace un par de semanas me habría tomado todo esto como una excusa para volver a refugiarme en el seno materno. Ahora, sin embargo, la idea de volver a mi ciudad natal no me tranquiliza, sino que hace que me salten todas las alarmas.

Espero en las oficinas de Carlyle a que empiece la reunión. La sala está tan iluminada que me da dolor de cabeza. Las paredes y el suelo son de un blanco inmaculado, y casi todos los muebles son de un color neón: un escritorio morado neón, sillas verde neón, marcos de fotos naranja neón con fotos de pescados azul neón. Me pregunto cómo se las apaña la gente para hacer su trabajo en un lugar como este.

Cierro los ojos e intento imaginar cómo irá la reunión, pero, cuando los hago, lo único que veo es a Henry bailando al son de Dolly Parton a oscuras en el restaurante, y pienso en cómo me alegró la noche con un sombrero rosa y una sonrisa bobalicona.

No tengo ni idea de a dónde llevarlo para la siguiente quedada del *Passion Project*. Intento identificar lo que me ha hecho feliz, lo que me hacía feliz antes de Sam. Quizás pueda rastrear el origen de la felicidad hasta un acto concreto. Me sentí bien cuando entré en la universidad porque había logrado algo. Me sentí bien cuando ayudé a que adoptaran a Fred en el evento para promover la adopción. Me sentí bien con Henry en el baño del Frying Pan…

Sacudo la cabeza, como si el pensamiento pudiera escaparse y salir disparado por los oídos. «¿Pero qué te pasa?». Solo somos amigos. Eso es lo que quiero.

Me sentí bien cuando les preparé la cena a mis padres al fallecer la abuela. Estábamos todos destrozados, pero mamá estaba inconsolable. Hacer una tarea sencilla por ella, aunque solo fuera preparar unos macarrones con queso espantosos, fue como mejor pude demostrarle mi amor.

No es mucho, aunque se me empieza a ocurrir una idea. Le envío a Henry la dirección de la tienda de bricolaje y decoración Home Depot que hay en el distrito del Bronx. Ya sé lo que vamos a hacer.

Cuando bloqueo el móvil, se me acerca una mujer bajita que lleva una blusa con estampado de lunares.

—¿Bennet? —Me levanto y veo que le saco más de diez centímetros. Me siento como Godzilla—. Soy Anna. Por aquí.

Nos adentramos en un despachito con una puerta amarilla. Hace un gesto para que me siente y la obedezco. Se aclara la garganta y me sonríe desde el otro lado del escritorio. No me puedo creer que me vaya a despedir esta personita adorable que parece mucho más joven que yo.

—Bueno, me han dicho que los trabajos de *catering* no están yendo muy bien —dice.

Niego con la cabeza.

—Es solo en el NYAC, puedo trabajar en el servicio de *catering* de cualquier otro lugar.

—John Kirk nos llamó muy alterado y amenazó con romper lazos con nuestra empresa. Es un asunto serio, Bennet. Son nuestro mejor cliente.

—Entiendo. —Cruzo y descruzo las piernas.

Inclina la cabeza con los labios apretados.

—¿Quiere seguir trabajando con nosotros en Carlyle?

—Sí —contesto. Es la verdad. Quiero quedarme en Nueva York un poco más. Quiero que el trasplante de órgano salga bien.

—Muy bien —suspira a la vez que hace clic con el bolígrafo—, seguirá trabajando con nosotros en periodo de prueba, pero no podrá hacer ningún turno de *catering.*

—De acuerdo. —Me crujo los nudillos en el regazo.

—No obstante —continúa—, al equipo de la biblioteca le gustaría contar con usted en un horario más o menos fijo. Sal Thomas, como sabrá, ha tenido que irse de la ciudad para acompañar a su hija por una emergencia médica y la ha recomendado personalmente para desempeñar algunas de sus funciones.

Madre mía, el bebé berenjena.

—Disculpe —digo pestañeando—, ¿qué ha ocurrido con Sal?

—No puedo compartir detalles personales de nuestros empleados con otros empleados.

—Ya veo. —Me toqueteo la rodilla con los dedos. «Vamos, mujer. Hágame el favor».

Vuelve a chasquear el bolígrafo.

—¿Cree que podrá cumplir con lo que le he pedido?

—Sí, por supuesto: la biblioteca, horario más o menos fijo, nada de *catering*. Entendido.

—Estupendo. —Muestra sus dientes perlados, que se escondían tras unos labios pintados de rosa—. Entonces hemos terminado. Sabe cómo salir del edificio, ¿verdad?

Asiento y salgo pitando de la oficina con el corazón a mil.

Lo primero que hago cuando llego al ascensor hortera verde es comprobar el muro de Facebook de Sam. No hay publicaciones desde la ecografía en 3D. Que no haya noticias es buena señal, ¿no? Si hubiera ocurrido alguna desgracia, habría un rastro *online*, seguro. Siento un puño en la boca del estómago. Claro que no, si hubiera malas noticias, lo llevarían en privado.

Redacto rápidamente un mensaje en el chat de Facebook que comparto con Sal y Henry, pero me pregunto si es lo correcto. ¿Y si no debería saber que su hija ha tenido un problema de salud? ¿Y si quiere mantenerlo todo en privado? Lo borro.

En su lugar, le escribo a Henry.

¿Sabes algo de Sal? Ha dejado de mandar mensajes por el grupo… Creo que pasa algo.

Sé que tengo pocas probabilidades.

Los puntitos azules aparecen de inmediato.

No sé nada de él desde que envió los mensajes sobre la fiesta prenatal.

¿Quieres que pruebe a contactarlo?

No, da igual. Es solo que estoy preocupada. Seguro que no ha pasado nada.

No me gustaría que Sal se sintiera acorralado en un momento difícil. Cuando pasé por el duelo, no quería que nadie se pusiera en contacto conmigo. Sé que Sal y yo no somos la misma persona, pero es muy complicado saber lo que es apropiado o lo que le va a sentar bien a alguien que está sufriendo.

Pero, macho, estoy preocupadísima.

Necesito sacarme este miedo del cuerpo, así que empiezo a trazar un plan para mi parte del *Passion Project*. Hago una investigación preliminar con el móvil para asegurarme de que sea viable y luego abro la calculadora para intentar averiguar por cuánto saldría. Cuando planto el trasero en el asiento del metro, considero que con el dinero que he ganado estas semanas gracias a las horas extra y a mi más que limitada habilidad para la decoración, puedo llevarlo a cabo. Mejor dicho: considero que podemos llevarlo a cabo.

La emoción de haber armado un plan y la adrenalina de no saber cómo saldrá no bastan para que deje de pensar en Sal y en su hija todo el trayecto hasta casa.

CAPÍTULO 18

Cuando quedo con Henry en la tienda Home Depot, voy vestida con un peto vaquero, un top amarillo sin mangas, unos playeros blancos y unas gafas de sol de farmacia. La espalda baja de su camisa azul pálido está empapada de sudor.

—Me has dejado sin palabras. ¿Qué hacemos aquí? —Se quita las gafas y limpia los cristales con la parte inferior de la camisa.

—Vamos a hacerle un detalle a Sonya —contesto.

—¿Vamos a remodelar tu apartamento? —Me mira preocupado—. Puede que sea poco sexi admitirlo, pero no soy muy manitas que digamos.

Hago una mueca.

—Mmm… —Me subo las gafas de sol para colocármelas bien en el puente de la nariz y me muerdo la lengua para no hacer una broma sobre lo atractivo que es Henry, por lo que me quedo sin absolutamente nada que decir. Lo único que puedo oír, que me rebota de un lado a otro del cerebro, son las palabras «Henry atractivo» seguidas de un pedorreta muy ruidosa—. Ya… —Me avergüenzo de mi incapacidad para hilar palabras.

Pone una cara compungida.

—No pretendía insinuar que… Mmm…

—Mmm… —Me miro los pies y lo interrumpo—. Perdona, me he quedado en blanco.

—A ver —dice—, me habías traído a Home Depot por un motivo y luego he dicho la palabra *sexi* y se ha ido todo al garete.

—No lo digas más —le espeto—. O sea… Vámonos. —Nos dirigimos a la sección de exterior. Cojo cinco metros de césped artificial, un rollo de cinta adhesiva de doble cara para este tipo de

superficies y dos sillas plegables. Henry me sigue mientras empuja el carrito y yo selecciono un nebulizador portátil y un flamenco para decorar el jardín. Echo al carrito dos macetas de palmeras de salón y una guirnalda de luces, y paso por caja.

Henry nos pide un taxi y pongo mi dirección en su teléfono. Llevo sin invitar a un amigo a mi piso… Puede que no lo haya hecho nunca. Solo han estado Sonya y Jamie. Y ahora, Henry.

Tenemos que dar tres viajes para subirlo todo por las cinco plantas y media hasta la azotea, pero al final lo conseguimos, y acabamos sudados y colorados por el esfuerzo. Nuestra azotea está hecha un desastre, no está pensada para las personas. Hay botellas vacías, pájaros muertos y unos extraños grafitis en el muro que rodea el perímetro. Es un muro que llega por la cadera, así que me da respeto que lo único que nos proteja de una caída desde la fachada del edificio sea este parapeto insignificante, pero, como bien he dicho antes, la azotea no está pensada para las personas.

Todavía.

Dejamos el botín en la azotea y entramos al piso en busca de productos de limpieza, bolsas de basura y agua fría.

—Conque este es tu piso, ¿eh? —Inspecciona a su alrededor y estudia una obra de arte adquirida en la cadena de tiendas de decoración HomeGoods.

—Con algún que otro mueble roto que nos hemos encontrado en la calle.

—Es… muy bonito. —Se derrumba en el sofá y extiende los brazos.

—De eso nada. —Lleno dos vasos de agua con extra de hielo—. El sofá está que se cae, la pintura está desconchada y entra tan poca luz que podría ser perfectamente una mazmorra. —Le doy uno de los vasos, que enseguida se lleva al cuello.

—Sabes que nada de eso tiene que ver con el problema de este sitio, ¿verdad?

Tomo un gran sorbo de agua.

—¿Ah, no? ¿Cuál es el problema, entonces?

Se le derrama un poco de agua, que le baja por el cuello y le empapa un trocito de la camisa. Trato de no acudir al recuerdo de la última vez que a Henry se le mojó la camisa, ni al de cómo fue sentirla contra la palma de la mano.

—No parece muy tuyo, eso es todo —dice al retirarse el vaso del cuello.

Aparto la mirada de su figura y echo un vistazo a la habitación. Las ilustraciones de la pared son abstractas, al estilo de lo que se puede encontrar en un hotel. Siempre las he considerado provisionales, para cuando decidiéramos ponernos a decorar en serio, cosa que nunca hicimos. El sofá era el más barato y ligero que encontramos; la decoración, una colección de trastos aleatorios que no tuvimos la energía de mirar con detenimiento antes de exponerlos. Tiene razón: no hay absolutamente nada que sea del gusto de Sonya ni del mío.

—Creo que nunca llegamos a ponerle mucho esfuerzo a este espacio porque no sabíamos cuánto tiempo nos íbamos a quedar. Nunca echamos raíces, que digamos.

—Bueno —dice posando las gafas en la mesita—, las vamos a echar ahora, ¿verdad?

Sonrío.

—Así es.

Meto dentro de una bolsa grande de IKEA unas bolsas de basura, desinfectante, esponjas, guantes de plástico y papel absorbente. Luego, subimos las escaleras.

Elegimos un rincón de la azotea en el que da un poco de sombra. Mientras friego el suelo y el muro, Henry recoge basura. En cierto momento, me parece verlo tirar a la bolsa una jeringuilla usada, pero hago caso omiso. Me encuentro a un pájaro muerto; Henry se pone los guantes de plástico y lo recoge sin inmutarse. Hago como si fuera a vomitar.

—Le solía dar a Fújur gusanos de seda para cenar. Esto no es nada.

Cuando todo está relativamente limpio, medimos el césped artificial y lo cortamos para cubrir el espacio. Henry levanta el rollo e intento no quedarme mirando cómo flexiona los músculos mientras lo va colocando en su lugar. Cuando el césped está fijado, coloco las macetas de palmeras de salón en las esquinas más alejadas, a ras del muro. Pongo el flamenco a la sombra de una de las plantas y las dos sillas en medio. Henry cuelga las luces en el muro y yo sitúo el nebulizador en el borde del césped, de cara a las sillas, para que quien se siente en ellas pueda encender la máquina y refrescarse del calor asfixiante. No es mucho, pero hemos creado un pequeño oasis en la azotea.

Me desplomo en una de las sillas. Henry se tumba en el césped artificial con el cuerpo completamente estirado.

Se tapa los ojos con la mano para protegerse del sol, que comienza a descender lentamente.

—¿Esta es tu forma de decirme que quieres ser paisajista?

La neblina de la máquina nos envuelve con delicadeza.

—No exactamente, solo quería tener un detalle con Sonya.

Henry se gira para mirarme.

—Misión cumplida.

—He estado tan enredada en mis propios pensamientos que no le he demostrado que me sigue importando.

—Le va a encantar —dice cuando se tumba de espaldas.

—Oye —lo llamo con los ojos entrecerrados mientras yace en el césped.

—¿Ajá? —murmura.

—¿Te apetece un poco de ron?

Se incorpora apoyándose en ambos antebrazos y echa la cabeza hacia atrás.

—Por supuesto.

Voy corriendo a la tienda de la esquina y pillo una botella de zumo de piña y un bote de crema solar, y luego me acerco a la licorería de la calle de enfrente para comprar una botella de ron. Cuando regreso a la azotea, Henry se ha quedado frito en una de las

sillas. Me tomo un momento y lo contemplo, no quiero perturbar su tranquilidad. No suele estar quieto y callado; verlo así resulta extraño pero agradable. Me gustaría que todo fuera sencillo, que yo pudiera ser normal, que él no me hubiera rechazado… que pudiera admirarlo en soledad. Porque, cuando duerme, no tengo que fingir que no me derrito al estar a su vera ni que no me confunde una barbaridad. Pero no puedo quedarme mirándolo para siempre. Si no se pone crema solar, se va a quemar.

—Henry —lo llamo, dándole golpecitos en el hombro—. Despierta, tengo ron.

Me sonríe antes siquiera de abrir los ojos.

—Menos mal.

—También he traído crema solar, te estás quemando.

Me mira entrecerrando los ojos con aire perezoso.

—No estarás intentando cuidar de mí, ¿eh?

—Ponte la crema, listillo. —Le paso el bote. Se echa un poco en la mano, sin mucho cuidado, y se la unta por toda la cara, por lo que acaba con restos blancos por toda la nariz y las mejillas.

—Tienes una pinta ridícula.

—No pasa nada —dice embadurnándose la frente. Cuando termina, parece que le hubieran lanzado una tarta a la cara.

—Sí que pasa —le contesto—, tienes pegotes por toda la cara.

—¿Dónde? —pregunta frotándose la mejilla con el dorso de la mano, que también está cubierto de crema.

—Por todas partes.

Se extiende el resto de crema por los brazos y se limpia las manos en una toalla.

—Me rindo.

—¡Aj! —me quejo—. Ven aquí, déjame a mí. —Me arrodillo a su lado y le toco las mejillas con los dedos. Le masajeo la zona para extender bien la crema solar; al tocarla con los dedos, noto que tiene la piel cálida y suave.

Cierra los ojos y admiro la curva de su nariz, cómo se le está sonrojando y tiene algunos puntitos que mañana se convertirán en

pecas. Me fijo en cómo las pestañas se le extienden sobre el párpado inferior, como un abanico.

Poco a poco, va abriendo los ojos y clava en mí su mirada. Las pupilas se le contraen con el sol; el dorado y verde exuberante de su iris se intensifica.

—Perdona —digo cuando termino de extenderle la crema y me retiro con timidez. Me restriego el resto en las manos.

Los amigos no se ponen la crema de sol así.

—No pasa nada. —Apoya la cabeza en la silla—. No tienes que alterarte cada vez que me toques. Se suponía que íbamos a actuar con normalidad, ¿te acuerdas?

Me muero de vergüenza.

—Cállate. Estoy actuando normal.

Resopla.

—Lo que tú digas.

Me dejo caer en el asiento a su lado y nos sirvo un vaso de ron con zumo de piña. Tras unos cuantos sorbos, me empieza a entrar sueño y a dolerme los músculos de haber estado cargando con todos los materiales. Henry, a mi lado, ha cerrado los ojos, así que lo imito.

Me he debido de quedar frita porque, cuando vuelvo a abrir los ojos, ha anochecido. Las lucecitas cuelgan sobre nosotros como estrellas. Los sonidos de la ciudad son tenues y lejanos.

Me giro hacia él: tiene la barbilla apoyada en el pecho y las piernas estiradas en el césped. Sonrío y vuelvo a mirar al cielo para quedarme dormida a su lado.



Llevo una camisa hawaiana ridícula, unas gafas rosa chillón y un lei, el collar de flores hawaiano, que he comprado en el bazar. Preparo dos cócteles Bellini con el zumo que sobró anoche, me paso

por el brazo un collar para Sonya, me planto sola en el salón y espero a que llegue a casa.

El corazón se me para cuando oigo unas llaves abrir la puerta de la entrada.

—¿Sonya? —Entra al piso con una bolsa de tela llena de ropa y una pila de cartas—. ¿Dónde te habías metido?

—Me quedé a dormir en casa de Jamie. —Intenta pasar rápido por mi lado, una táctica que he empleado en su contra muchas veces.

—Me gustaría hablar contigo, pero primero quiero enseñarte algo. —Hago lo posible por imitar la sonrisa amplia de Henry mientras le ofrezco un Bellini.

—Bennet, estoy cansada. —Deja caer la bolsa en el sofá.

—No tienes que volver a dirigirme la palabra nunca más, pero creo que lo que te voy a enseñar te va a gustar. —Le tiendo el cóctel en señal de paz una vez más—. ¿Por favor?

Acepta la bebida que le ofrezco con el ceño fruncido. La conduzco escaleras arriba hacia el oasis, donde ya he puesto la canción *Dancing Queen* en el altavoz.

Inclina la cabeza con el rostro inexpresivo.

—Como nuestro piso es tan caluroso, pensé: ¿por qué no convertirlo en un paraíso tropical? —Señalo el césped artificial con un gesto patético como para decir «¡tachán!»—. Hay un nebulizador para refrescarse y ahora mismo no lo puedes apreciar, pero esas lucecitas son muy lindas de noche. Ah, y esas de ahí son plantas de verdad, pero prometo cuidar de ellas, no te tienes que preocupar por eso.

Se muerde el labio.

—¿Por qué has hecho todo esto?

Respiro hondo.

—Llevo bastante tiempo sin ser la mejor de las amigas contigo. En realidad, ni siquiera me he comportado como una amiga últimamente. Lo siento.

Me da la espalda y mira al horizonte. Continúo:

—Creo que a veces doy por sentado que tú y Jamie no queréis pasar tiempo conmigo porque, a decir verdad, *ni siquiera yo* querría pasar tiempo conmigo misma.

Aprieta los labios, que forman una línea delgada.

—Cuando dijiste que querías venirte a vivir aquí conmigo, me sorprendió, pero también me hacía ilusión que volvieses a formar parte de mi vida. Pensé que podríamos retomar nuestra amistad, pero ni siquiera me has dejado intentarlo. Te comportas como si no me quisieras cerca. Y luego voy y te veo con Henry, un desconocido… Como si estuvieras más a gusto con un desconocido que conmigo.

—Lo sé —digo—. Sonya, te quiero. Es que hubo un momento… Cuando se fue todo al traste, la situación se me fue un poco de las manos y ya no supe cómo dejar que nadie se acercara. Si te soy sincera, creo que me resulta algo más fácil con personas nuevas porque no saben cómo era antes. Solo me conocen por quien soy ahora. No hay expectativas, ningún recuerdo de mi yo antes de Sam o de cuando estaba con él, ni nada. Pero tú me conoces. Creo que eres la persona que mejor me conoce del mundo y eso me aterroriza porque siento que ya no soy la de antes. Me gustaría serlo, no sabes cuánto, pero no lo soy, y me tienes calada. Me resulta un poco más fácil con alguien como Henry que contigo o con Andy porque… él es nuevo. Y, créeme, no ha sido un camino de rosas llegar a sentirme cómoda con él. La verdad es que todavía no lo estoy del todo.

Frunce el ceño y se mira los pies.

—Lo entiendo —me contesta—, es que a veces es difícil sentir que mi mejor amiga es una desconocida que no tiene casi ningún interés por conocer a mi novia.

—¡Jamie me cae bien! —me explico—. He hecho todo esto tanto para ti como para ella. Pensé que podríais subir aquí arriba a disfrutar del buen tiempo y beber cócteles tropicales. No es mucho, pero espero que os guste. Y si no puedes perdonarme por cómo te he tratado o si directamente no quieres volver a hablarme, espero que me creas cuando te digo que lo siento muchísimo. Lo estoy

intentando hacer mejor. —Niego con la cabeza—. No, de intentarlo nada: lo voy a hacer mejor.

Toma un sorbo del cóctel, despacio.

—Bueno —digo—, ahora te dejo sola. Hay más bebidas abajo y, si hace mucho calor, tan solo tienes que encender el nebulizador. Lo siento mucho de nuevo, Sonya. —Me doy la vuelta y me encamino hacia las escaleras. Al menos lo he intentado.

—Aquí arriba va a hacer falta otra silla.

Casi había llegado a la puerta, pero me detengo.

—¿Otra silla?

—Una para cada una: Jamie, tú y yo.

Me vuelvo y veo una gran sonrisa dibujada en su rostro. Podría ponerme a llorar.

—Claro que quería a la Bennet de antes —dice—. A ver, a fin de cuentas era mi mejor amiga. Me ayudó a salir del armario con mis padres y a ir a mis primeras citas, espantosas, con chicas a las que no les gustaba. Coló mis cuadros en alguna que otra cafetería por si alguien los veía y quería comprarlos. Lloró en mis brazos cuando nos fuimos a universidades en estados distintos y me presentó a su nueva mejor amiga, quien sé que también quería a esa Bennet. Lo que creo que no terminas de entender es que, sí, quería a esa Bennet, y sí, me has hecho daño, pero no te veo diferente a como lo hacía cuando teníamos dieciséis años. Sigues siendo tú misma, solo que ahora tienes más matices, más profundidad y, sí, también más dolor. Durante todo este tiempo yo solo he querido que dejaras que me acercara y te quisiera por quien eres ahora. La Bennet de antes o la Bennet de ahora son lo mismo: partes diferentes de un mismo todo. No eres una persona que dé miedo —continúa—, eres graciosa, te preocupas por los demás y lo sientes todo con intensidad. No prives de eso al resto porque no puedas verlo así.

—Yo también quiero conocer todas tus versiones —digo con dedos temblorosos—. Lo siento mucho.

Se ríe y su risa atraviesa las emociones que flotan en el aire.

—Vale, te perdono. ¿Nos podemos abrazar ya?

La rodeo con los brazos. Se queda rígida un segundo, pero después me envuelve con los suyos.

—Echaba de menos tus abrazos —dice.

—Yo también —admito.

Me aprieta con fuerza, como un pequeño latido.

—Pero todavía tienes que comprar mis pendientes. Al menos tres pares.

Me aparto y sonrío.

—Trato hecho.

—Y si vuelves a olvidar que diseño joyas, me voy de casa —amenaza.

—Trato hecho.

Se retira del hombro su pelo oscuro y largo.

—Muy bien.

—Lo siento mucho, Sonya. Siento mucho haberte tenido apartada durante tanto tiempo. No sabía cómo ser nada, así que no te di nada. Se acabó. Te lo prometo, se acabó. Esto termina hoy.

Me vuelve a abrazar y me embarga su aroma familiar.

—Te perdono. Claro que te perdono.



Abajo, reviso el correo y encuentro un sobre de cartulina gruesa: es la invitación oficial a la boda de Andy Chase. Me empiezan a pitar los oídos cuando abro el sobre.

Si he dejado que la amistad con Sonya se marchitase por falta de luz y agua, he asesinado la de Andy con unas tijeras de podar.

Sostengo la tarjeta entre las manos hasta que se vuelve demasiado pesada como para seguir sujetándola.

La guardo sin abrir al fondo del cajón de los cubiertos.

CAPÍTULO 19

He quedado con Henry en la entrada de Penn Station. Lleva una mochila negra y grande colgada del hombro y otra más pequeña que sujeta en la mano y le cuelga cerca del muslo. El sol se esconde tras una densa capa de nubes, así que Henry va más abrigado que de costumbre; lleva un suéter de cuello redondo y unos vaqueros. Inclina hacia un lado su cuerpo esbelto, que apoya en una de sus delgadas caderas. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para verle los ojos, me guiña, y me llega directo al sistema nervioso.

«¡Ay! ¿Por qué tiene que tener ese aspecto?».

—¿Qué vamos a hacer esta vez? —pregunto a la vez que ojeo sus mochilas.

—Tengo una sesión de fotos —responde dedicándome una sonrisa. Su hoyuelo hace que el estómago me dé un vuelco—, pensé que podrías ser mi ayudante.

—Espero que no sea al aire libre. —Señalo el cielo, del color oscuro de un moratón. Parece que va a descargar en cualquier momento.

—No es al aire libre. —Me entrega una de las mochilas. Pesa tanto que casi se me cae.

—Madre mía. —La levanto de la acera, pero me requiere un gran esfuerzo.

—Vale, puedes llevar esta. —Me cambia la mochila. Esta pesa unos cinco kilos menos.

—Conque estabas intentando encasquetarme la que pesaba más… Ya veo.

Sonríe con picardía y me mira por el rabillo del ojo.

—Se podría ver así.

Entramos en la estación, compramos unos billetes de la compañía de transporte del estado de Nueva Jersey y nos abrimos hueco esquivando cuerpos sudorosos hasta que nos montamos en un tren abarrotado. Encontramos dos asientos situados uno enfrente del otro, separados por el pasillo, en filas diferentes. En lugar de sentarme junto a Henry, me toca hacerlo al lado de una mujer con el pelo canoso y esponjoso cuyo perfume me irrita el tejido pulmonar en cada inhalación.

Lanzo miradas furtivas a Henry, situado tres filas por delante de mí. Desde aquí puedo ver el contorno de su brazo izquierdo en el reposabrazos, que flexiona cada vez que comprueba el móvil. Se gira para verme, como si pudiera sentir el peso de mi mirada. Cierro los ojos de golpe y me hago la dormida. Oigo cómo se ríe al otro lado del vagón.

Un par de paradas después, se levanta y me indica que lo siga.

—Maplewood, Nueva Jersey. —Recito al ver el cartel del andén cuando nos bajamos del tren—. ¿Me vas a contar qué vamos a hacer aquí? —pregunto bostezando.

—Ya te lo he dicho, tengo una sesión de fotos. —Se frota la barbilla mientras recorre el aparcamiento con la mirada.

—Igual descubro mi pasión por la fotografía y me quedo con tus clientes.

—Sí, claro, como si pudieras robármelos.

—¿Cómo? —Me cruzo de brazos—. ¿Me estás subestimando?

—No. Me parece que quieres que piense que harías algo así, pero creo que te gusto demasiado como para que me robes a los clientes.

Se me encoge el estómago y me quedo paralizada. Abro la boca para responder y replicarle sarcásticamente que tampoco me gusta tanto, pero las palabras se me esfuman en los labios.

Me taladra con los ojos y se mofa de mí con una sonrisa burlona.

—Te has puesto roja —dice.

—Deja de mirarme —respondo mientras me llevo las manos a las mejillas, que están calientes.

—¿A dónde voy a mirar si no?

—Yo qué sé —le digo mientras contemplo las vías y vislumbro una masa grande y peluda correteando por el metal—. Ahí hay una rata, mírala a ella.

—Qué rarita eres —comenta.

El claxon de un coche nos interrumpe.

—¡Encanto!

Un hombre, de pie junto a la puerta abierta del lado del conductor de un sedán azul destartalado, me saluda como un loco. Entrecierro los ojos para poder verlo mejor.

—¿Sal?

Henry me da un codazo en las costillas.

—Te dije que te iba a gustar.

—Ay, Dios —vocifero mientras bajo corriendo las escaleras hacia su coche. Lo rodeo con los brazos, sin pensar en lo raro que me resulta abrazar a Sal, mi amigo del trabajo que no me había dado cuenta de que se había convertido en un amigo de verdad—. Estaba preocupadísima.

—Marjorie nos dio un sustito, pero tanto ella como el bebé están genial.

Henry le da un apretón de manos amistoso.

—Gracias por recogernos.

El rostro púrpura de Sal se ilumina.

—Este tío… —Lo aprisiona en un fuerte abrazo. Henry me mira a los ojos como para decir: «Me está aplastando los pulmones».

—Deberíamos llegar a casa antes de que empiece a llover —continúa Sal cuando libera a Henry de su agarre mortal—. Venid, meted las cosas en el coche. —Me sorprende lo que veo cuando abre el maletero: hay cajas de pañales y toallitas, un carrusel para la cuna, así como un muñeco bebé que parece que fabricaron en los años veinte y que está embrujado. No queda ni un hueco libre para colocar el equipo fotográfico. Lo tenemos que apilar en el asiento trasero. Henry insiste en que yo vaya delante, por lo que se sienta

en la parte de atrás con todos los bártulos; con lo alto que es, tiene que encorvarse.

—Me alegro de que todo el mundo esté bien —le digo a Sal, que va detrás del volante—. ¿Qué pasó?

Suelta una risa entre dientes.

—A Marjorie le detectaron preeclampsia, lo que viene siendo que tenía la presión arterial demasiado alta. Empeoró muy rápido. Justo después de despedirme de ti la última vez, me llamó su marido y me dijo que le habían inducido el parto antes de tiempo. Mary y yo lo dejamos todo y nos fuimos de la ciudad para cuidar de ella. —Su voz es áspera y tensa.

»En fin, mientras el bebé estaba en la unidad de cuidados intensivos neonatales, Mary y yo nos encargamos de hacer la comida, de limpiar y de ocuparnos de todo, por lo que no tuve tiempo de avisar a nadie de que todo iba bien. En realidad, ni siquiera comprobé Facebook, así que no leí ninguno de vuestros mensajes. Hasta que este tío localizó el número fijo de la casa de Marjorie no me di cuenta de que os había dejado ahí colgados.

Giro la cabeza de golpe hacia los asientos traseros para mirar a Henry, que evita mi mirada.

—¿Cómo hiciste eso?

Mantiene los ojos fijos en la ventana y se encoge de hombros.

—No fue tan difícil dar con él una vez que encontré un artículo de fútbol americano antiguo, lo que me llevó a la página de LinkedIn de Marjorie, de ahí a una oficina en la que solía trabajar, y nada… Al final lo localicé.

Me quedo boquiabierta mientras él se golpetea la rodilla con los dedos con total naturalidad.

—Henry, eso… Eres… Qué detalle por tu parte.

—Pensé que podrían querer una sesión de fotos para el recién nacido. —Sonríe con modestia y finalmente me mira—. *Pro bono*, faltaría más.

Una oleada de afecto se desata en mi interior, como si fuera una lata de refresco con gas que no ha dejado de agitarse desde que

nos conocimos. Me giro para mirarlo, apretujado en el asiento trasero para que yo pudiera sentarme delante. Esta es la esencia de Henry, aquello en lo que tanto me he esforzado por no confiar. No sé si tengo la fuerza como para seguir resistiéndome. Ni siquiera sé si quiero hacerlo.



Nos detenemos ante una casita blanca en una calle sin salida. Un par de globos desinflados flotan atados al buzón. Henry saca las mochilas del asiento trasero y me entrega la menos pesada mientras Sal abre la puerta de la entrada.

—¿No te cansas de ser una persona tan buena todo el rato? —Me cuelgo la mochila en el hombro—. Nos haces quedar mal al resto.

—Puede que en realidad sea una persona horrible —dice mientras cierra la puerta del coche— y que solo tenga debilidad por ti.

Madre mía. Y, bueno, ¿desde cuándo es tan alto? ¿Siempre lo ha sido? Siento un cosquilleo en la yema de los dedos, la necesidad de alargar la mano y tocarle el rostro.

—¿Listos para conocer al pequeñín? —nos llama Sal desde la entrada.

—Listos —respondemos ambos al unísono.

Sal nos conduce por la casa y nos lleva hasta el porche trasero, donde Marjorie y su marido, que se presenta como Pete, están sentados y pegados a un vigilabebés. Pete es un tiarrón enorme, mide casi dos metros y tiene la cabeza rapada. Parece Vin Diesel, pero puesto de esteroides.

Marjorie, en cambio, es minúscula. Tiene los ojos marrón chocolate y el cabello, que le llega a mitad de la espalda, completamente liso. Cuando me abraza, lo hace con el mismo vigor que su padre.

—¡Encantada de conoceros! —A continuación, se acerca a abrazar a Henry, que me mira con la misma expresión dolorida que cuando recibió el abrazo de su padre—. Muchísimas gracias por hacernos este favor. —Debe de haberse acostumbrado a hablar con el bebé, porque se dirige a nosotros, que somos adultos, con voz infantil. Libera a Henry del agarre mortal y se vuelve hacia mí—. ¿Sabías que mi padre dice que eres su hija del trabajo?

Pete coloca el vigilabebés en el reposabrazos de la silla de madera Adirondack y da un buen trago a su vaso de limonada.

—Os agradecemos que hayáis venido. Ha sido un mes complicado —se lamenta. Luce agotado.

—Fue idea de Henry —les digo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —pregunta Pete con un gruñido.

—Ay, no, nada de eso —trastabillo—, solo somos amigos. Me está ayudando con una cosa.

—Estamos haciendo un *Passion Project* juntos —aclara Henry, frotándose el mentón, incómodo.

—Un proyecto «pasional», ya lo pillo —dice Marjorie, que intenta guiñar, pero no le sale.

Henry se ríe.

—No es ese tipo de pasión —añado con timidez.

La mujer de Sal, Mary, nos interrumpe con dos vasos de limonada, uno para Henry y otro para mí. Nos acomodamos en las sillas de madera y quedamos en círculo, unos frente a otros. Aunque la temperatura ha bajado considerablemente y parece que la lluvia es inevitable, la brisa fresca sigue resultando agradable.

Contemplo, con los labios apretados, cómo Henry se mete a estas personas en el bolsillo. Es fascinante observarlo; mirarlo desde los ojos de esta familia es como verlo por primera vez. Cuanto más se encariñan de él, más atraída por él me siento yo. Sam no se parecía nada a él. Era aplicado, tímido, discreto. Henry no tiene ninguna de esas cualidades; es encantador, aventurero, dinámico.

No sé por qué los estoy comparando.

Al final pasamos de hablar sobre el bebé al pronóstico del tiempo desagradable y luego sobre el político de turno que ha sido pillado enviando fotos de su pene. No consigo dar con el momento adecuado para intervenir con una respuesta ingeniosa ni con un dato divertido. El cielo se vuelve cada vez más espeso y el sol queda escondido tras una cortina gris.

Sal llega con el bebé envuelto en una mantita azul claro. Lo único que consigo ver desde donde estoy sentada son unas manitas que se estiran para intentar agarrarle la nariz.

—Os presento al pequeño Michael Paul Alexander —anuncia con una sonrisa de oreja a oreja.

Henry me lanza una mirada desde el otro lado del patio y levanta tres dedos. Mueve los labios para decir en silencio «tres nombres», con un destello de alegría en el rostro. Me muerdo el labio para contener la sonrisa.

—¿Quieres sostenerlo? —me pregunta Sal acercándose con el niño.

Nunca he sostenido a un bebé en brazos.

—¿Y si lo rompo?

—Venga ya. —Me entrega al pequeño, que queda suspendido sobre mi regazo. Entro en pánico. Henry debe de haberse dado cuenta, porque se pone en pie de un salto e interviene.

—¡Yo lo sujeto! —Le da unos golpecitos a Sal en el hombro y mira al pequeñín—. Vamos a tener que conocernos si te voy a sacar fotos, ¿verdad que sí? —Sal le entrega el bebé con delicadeza y él le sostiene el cuello con cuidado y cariño. Madre mía, detesto lo que esta imagen está haciendo conmigo en estos momentos. «Mierda».

—En condiciones normales sugeriría hacer la sesión de fotos en el exterior para tener luz natural, pero… —Henry alza la vista al cielo con los ojos entrecerrados justo cuando empiezan a caer unas gotas—. Creo que va a ser mejor que nos quedemos dentro. No pasa nada, vengo preparado para hacer la sesión en interior. He traído algo de atrezo, por si os gusta. —Me hace un gesto para que abra la mochila menos pesada. Cuando abro la cremallera, me

encuentro con una explosión de peluches. Saco un pijama de una sola pieza peludito y una corona de fieltro dorada. Es un disfraz de Max, del libro *Donde viven los monstruos.*

—¿Henry? —Enarco una ceja—. ¿De dónde has sacado todo esto?

—Le pedí a mi prima que me enviara cosas de bebé. —Me mira con las gafas salpicadas de gotas de lluvia y se encoge de hombros—. ¿Es raro?

—Para nada. —Alzo el disfraz de Max—. Tenemos que hacerle fotos con esto.

Sonríe, satisfecho.

—Por supuesto.

El aire crepita a nuestro alrededor; el cielo finalmente se rompe y descarga una lluvia torrencial. Sal desliza la puerta corredera y nos hace pasar dentro.

Cuando Pete termina de ponerle el disfraz a Michael, Henry ha acabado más o menos de preparar el salón para la sesión de fotos. Pete coloca a Michael, el bebé berenjena, en una manta y Henry se sitúa junto a él y empieza a sacar fotos sin parar.

—Oye. —Me hace un gesto para que me acerque—. Tengo un trabajito para ti. —Me da un mordedor con forma de llavero colorido—. Mueve el llavero por aquí arriba para que Michael mire a la cámara. Si puedes, intenta que se ría.

El llavero está mojado y pegajoso, espero que de la lluvia, aunque en el fondo sé que es de algún líquido de bebé no identificado. Intento que no se me note que me muero del asco.

—Hola, Michael. —Pongo mi mejor voz para bebés. Me resulta completamente forzada—. ¡Mira lo que tengo! —Sacudo el llavero. Saco la lengua, pero el bebé hace caso omiso.

El estruendo de un trueno rasga el aire y sobresalta al niño. Parece que va a romper a llorar en cualquier momento.

—Rápido, intenta cantar algo —me ordena Henry con la cámara en el ojo.

«¿Que cante?». Parece que Michael va a estallar en llanto de un momento a otro. Suelto las primeras palabras que se me ocurren al

son de *Daisy Bell*, una canción que mi madre solía cantarme de pequeña, durante toda la escuela primaria.

Bebé berenjena, cuéntame, por favor.
Me enloqueces, por ti me muero de amor.

La boquita de Michael suelta una carcajada. Sigo agitando el llavero como si fuera una maraca.

Qué lindo, estás de rechupete,
en el colmado para dos.

A Michael se le ilumina el rostro y se ríe de alegría. Henry aprovecha la oportunidad y no para de sacar fotos. He de admitir que es adorable.

Marjorie se acerca a mí con cautela mientras da palmas de felicidad.

—Tienes que escribirnos esa letra. ¡Es la primera vez que veo a Michael reírse!

—Toma —le digo dándole el llavero—, voy a escribirla. —Mientras salgo del salón y voy a la cocina a por papel y boli, no puedo dejar de mirar a Henry trabajar. Está muy serio, muy concentrado. Es una faceta suya que no había visto antes, una de la que me gustaría ver más.

Pasamos el resto de la tarde cambiando disfraces y decorados. Durante todo ese tiempo, le voy pasando a Henry varios objetivos, lo ayudo a ajustar las luces y a encuadrar las tomas. Me gusta ser su ayudante del día y trabajar en equipo. Sienta bien.

Cuando el bebé está muy cansado y la lluvia golpea con fuerza en el tejado, Mary nos sirve a todos una copa de vino y prepara una tabla de quesos. Me siento calentita por dentro y por fuera, como si hubiera pasado el día con mi propia familia, o incluso con la familia Chase. Estar en una casa cálida durante una tormenta tiene algo mágico, algo que transmite seguridad.

Me escabullo al baño con el móvil. Me siento en la tapa del inodoro y abro el chat con mi madre.

Hola.

No tarda ni medio segundo en contestar.

¿Va todo bien?

Me rompe el corazón que en el afán por evitar que mi familia se preocupe por mí, me he distanciado tanto como para que piensen que el único motivo por el que me pondría en contacto con ellos es porque estoy metida en un lío.

Solo te extraño, nada más.

Yo te extraño más.

¿Nos podemos poner al día mañana?

Claro. Te quiero más que a nada en el mundo, Benny.

Yo también te quiero.

Me sonrío en el espejo y siento que una chispa de algo que casi se asemeja a la satisfacción me recorre el cuerpo. Me guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo a la cocina, donde se ha juntado el resto del grupo.

Cuando me termino la segunda copa de vino tinto, empiezo a notar ese tipo de embriaguez que comienza en los dedos de los pies y te va subiendo por el resto del cuerpo. Estoy apoyada en la encimera de la cocina bajo un cartel en el que se puede leer EL HOGAR ES DONDE HAY VINO.

—El grandullón se ha quedado frito —dice Mary apuntando al salón.

Sal tiene la barbilla apoyada en el pecho y está roncando delante de la tele, donde emiten una repetición del concurso *Family Feud*.

—Deberíamos irnos —me susurra Henry cuando echa un vistazo al reloj. Son las diez y media. Es mucho más tarde de lo que pensábamos.

—¿Tenemos que irnos? —me quejo haciendo un puchero.

—Sí. Estás piripi y, aunque resulta muy tierno, algo me dice que querrías irte a casa a dormir. —Se agacha hasta quedar a mi altura—. Y esta vez te toca a ti llevar la mochila pesada.

—De eso nada, soy muy delicada. —Pestañeo exageradamente—. Casi no puedo ni sostener un lápiz de lo débil que soy.

—Ya, ajá. —Pone los ojos en blanco—. Vamos a ir yéndonos —anuncia a todo el mundo.

—Ah, no, ni hablar —lo interrumpe Marjorie—. Todos hemos estado bebiendo, no os podemos llevar a la estación de tren. Os quedáis aquí.

Henry y yo nos miramos a los ojos.

—Uy, no, pedimos un taxi. No pasa nada —digo poniendo demasiado énfasis.

—Sí, de verdad que no… —Henry trastabilla con sus propias palabras—. Nos podemos pedir un Uber.

—No hay necesidad, tenemos una habitación libre con una cama de matrimonio.

—Ah… —Busco una excusa. La que sea—. Mmm… No hace falta, no queremos que tengáis que cambiar las sábanas ni nada.

Pete ha estado muy callado todo este tiempo, supongo que así es como logra sobrevivir en esta casa. Lo miro y le ruego con los ojos que acuda a mi rescate, pero lo que hace es asentir y decir:

—No es ninguna molestia. Pusimos sábanas nuevas anoche.

CAPÍTULO 20

Antes de que podamos reaccionar, Marjorie nos ha metido en la habitación libre y nos ha dado un par de pijamas limpios.

La habitación es diminuta, hay una cama de matrimonio con una colcha rosa y amarilla. ¿Han cambiado el tamaño de las camas de matrimonio? Parece más pequeña de lo normal.

Lo que asusta más que la cama minúscula es que no hay superficie en la habitación que no esté cubierta por muñecas: muñecas antiguas, muñecas American Girl, muñecas Barbie. Parece… sacado de una auténtica pesadilla.

Henry y yo nos sentamos en extremos opuestos de la cama. Él sostiene una camiseta enorme de los New York Giants que pertenece a Pete. Yo me llevo la peor parte. Inspecciono el pijama que Marjorie me ha seleccionado: una camiseta de tirantes en la que se lee PUEDE CONTENER TRAZAS DE VINO y unos pantaloncitos ajustados en cuyo trasero pone JERSEY GIRL.

—Esto es espeluznante —dice Henry; si se refiere a las muñecas o a los pijamas, ya no lo sé.

—¿Cuál crees que tiene más papeletas de cobrar vida y matarnos mientras dormimos?

—Mmm… —Analiza la habitación hasta que se decanta por una de las muñecas—. Esa de ahí, sin duda. —Señala una especialmente aterradora sentada en un pupitre de escuela antiguo. Tiene el pelo de color rojo cereza y los labios a juego.

—No la hagas enfadar. No me apetece que esta noche me masacren, muchas gracias.

—Bueno, qué le vamos a hacer. —Se levanta y se quita el jersey; deja su abdomen perfecto a plena vista. Las suaves ondulaciones de

sus músculos, cubiertas por una piel tersa, descienden hacia el ombligo. Cuando me mira, me doy cuenta de que le están empezando a aparecer manchas rojas en el pecho.

—Perdona —dice—. Puedo cambiarme en otra habitación.

Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca.

—No pasa nada —respondo. Intento no quedarme mirando su cuerpo, pero es adictivo. No puedo apartar la vista.

Así que no lo hago.

Ladea la cabeza, intrigado.

—Muy bien —concede—. Entonces me cambio aquí.

Se quita los pantalones y deja al descubierto unos bóxers a cuadros; yo lo observo, absorta en cada uno de sus movimientos. Tiene las piernas tonificadas y musculosas. ¿Hace ejercicio? Nunca lo ha mencionado. Alza la vista bajo su mata de pelo y se ríe de que lo esté mirando fijamente mientras se pone los pantalones de chándal de Pete. No hace ningún comentario sobre que me lo haya quedado mirando; me deja, sin más.

Se pone la camiseta del pijama, que le cuelga del cuerpo como una cortina y cubre los relieves y surcos en los que yo había clavado los ojos.

—Hoy has estado muy bien —comento. Las palabras salen sedosas de mis labios.

—Te lo dije. —Se ajusta la enorme cinturilla de los pantalones de chándal y se la ata bien en torno a las caderas—. Soy todo un profesional.

—Sí, pero no me dijiste que se te daban fenomenal los bebés.

—¿Qué? No se me dan fenomenal los bebés.

—Mejor que a mí, sí —digo mientras me dejo caer de espaldas en la cama y me quedo mirando al techo.

La cama se mueve bajo su peso cuando se sienta a mi lado.

—El listón está bajo —se burla.

—¡Pero bueno! —Le doy un empujoncito en el hombro.

Se ríe y se acurruca entre los cojines.

—¿Puedes prepararte para dormir? —me pide—. Estoy cansado.

En ese instante, caigo en la cuenta de que me toca ponerme el pijama.

Me muero de vergüenza de solo pensar en que me vea desnuda en una habitación llena de muñecas. Me incorporo de golpe hasta quedar sentada.

—Voy al baño.

Me pongo la ropa en el brazo y cruzo el pasillo. Para mi espanto, la puerta del baño está cerrada con pestillo y el agua de la ducha está abierta. Espero un minuto, que se convierten en dos, que se convierten en cinco. ¿Se están dando acaso la ducha más larga de la historia?

Derrotada, cansada y lista para acostarme, vuelvo a nuestra habitación y me encuentro a Henry en la cama, mirando su teléfono.

—Me voy a cambiar, pero no puedes mirar.

Se tumba y se cubre el rostro con un cojín rosa de pelitos.

—Adelante.

Me saco la camisa por la cabeza y me desabrocho el sujetador, por lo que me quedo con el pecho al aire. Que Henry esté en la misma habitación lo hace todo dolorosamente erótico. Aunque no esté mirando, el simple hecho de que compartamos el mismo espacio hace de la situación algo peligroso. Algo sexi. Me quito los pantalones y me quedo en ropa interior un segundo más de lo debido antes de subirme los pantaloncitos. El bajo de la camiseta me queda un centímetro por encima del ombligo y la tela se amolda a la perfección al contorno de mi pecho. La intento bajar todo lo que puedo, pero vuelve a subirse cada vez que la suelto. Llevo básicamente el uniforme de una camarera de la cadena de restaurantes Hooters.

—Ya estoy —anuncio y me estremezco al pensar en que Henry me vea así. Abre los ojos y posa la mirada en mis caderas—. Es un horror, lo sé.

—No está tan mal —dice, estirando el brazo y colocándoselo detrás de la cabeza.

Le lanzo una mirada de reojo.

—Nada de hacer tonterías.

—Puedo controlarme. —Esboza una sonrisa amplia y se sube la manga de la camiseta para que el tatuaje quede a la vista—. ¿Podrás tú?

Ay, Dios. Estamos coqueteando otra vez. Estamos coqueteando otra vez. «Ayuda».

—Cállate. —Pongo los ojos en blanco y me tumbo a su lado en la cama. Tomo uno de los cojines decorativos que tengo detrás de la cabeza y lo coloco entre nuestros cuerpos. Me mira como si estuviera loca—. ¿Qué pasa? —pregunto, poniendo otro cojín entre nosotros.

Señala la barrera.

—¿Qué estamos, en el instituto?

¿Cómo lo digo de forma delicada?

—No quiero… que nuestros culos se toquen.

—Eres una cría.

Se incorpora para apagar la lámpara de la mesita de noche. A medida que mi vista se va acostumbrando a la oscuridad, empiezo a ver los ojos de las muñecas con claridad, de un blanco casi neón sobre un telón negro de fondo. El suave sonido de la lluvia repiquetea contra las ventanas. La inquietud y las bromas traviesas se asientan entre nosotros, lo que crea una tranquila sensación de comodidad. Hemos estado tonteando, pero estar a solas en la misma cama con Henry no me parece ninguna tontería.

Trago saliva, me llevo un cojín al pecho y me giro para quedar frente a frente.

—¿Henry?

—Dime. —Su voz es baja, un susurro.

El silencio se cierne entre nosotros mientras escuchamos la fina danza de la lluvia. Su rostro se suaviza y el corazón me empieza a latir más y más rápido con cada segundo que pasa.

—Yo… —Empiezo a hablar, sin saber muy bien qué voy a decir—. Gracias —le digo.

—¿Por qué?

Hago un gesto a la habitación.

—Por todo esto.

—Me alegro de que haya salido bien —responde—. Sal me parece un buen hombre. —Respira hondo y se cambia de postura en la cama, deja que los párpados se le cierren un instante.

—Y también…

Abre los ojos.

—¿Sí?

—Me alegro de que me obligaras a ser tu amiga —admito, acompañada del sosegado murmullo de la lluvia—, aunque a veces haga el ridículo en los baños ante ti.

—No has hecho el ridículo, Bennet.

—Sí que lo hice, dos veces —replico torciendo la boca y cruzando la mirada con una muñeca con una pinta particularmente siniestra, cuyos ojos penetrantes y brillantes resplandecen bajo la luz de la luna.

—Ninguna de las veces —me rebate, parpadeando en la oscuridad.

—Especialmente la segunda —susurro. Me sumerjo en el recuerdo de ese baño, cómo me acerqué con los ojos cerrados para intentar algo para lo que no estaba preparada. Cómo me detuvo. Su negativa firme.

—Tienes que dejar de pensar en eso —dice.

—Lo sé. —Cierro los ojos—. Dejaste claro que no era lo que querías.

Se queda quieto, respira más despacio.

—Yo nunca he dicho eso —susurra—, dije que *sabía* lo que quería.

El corazón me late con fuerza en el pecho, cada vez más rápido, mientras la lluvia cae en el tejado.

—¿Qué quieres?

Tensa un lado de la mandíbula y abre la boca para decir algo, pero, sea lo que sea, queda sin ser pronunciado.

—En otra ocasión —dice.

Aprieto la almohada contra el pecho.

—En otra ocasión —repito.

Un rayo rasga el cielo y le ilumina el rostro un instante fugaz. Un destello de ojos verdes, un milisegundo de cabello color nogal. Antes de poder fijarme en su expresión, vuelve a estar oscuro y lo único que queda es el sonido del mundo allá afuera y el ritmo de nuestras respiraciones sobre el colchón.

Me muerdo el labio inferior y noto cómo me corre la sangre por las venas. Despacio, tomo uno de los cojines que nos separan, lo aparto y lo dejo caer al suelo. Luego hago lo mismo con el otro, por lo que ya nada nos separa. Henry no se mueve, no revela ninguno de los pensamientos que le rondan por la cabeza.

—Una última pregunta —digo, acurrucándome bajo la colcha.

—Claro —accede.

—¿Con quién te casas, con quién te acuestas y a quién matas? La princesa Leia, Padmé Amidala o R2-D2.

—No voy a entrar en ese juego ahora mismo contigo. —Al exhalar, se da la vuelta y se coloca bocarriba.

—Qué aburrido.

—Pero si soy desternillante. —Extiende el brazo para acariciarme la cara en la oscuridad. Me mete un dedo en el oído. Lo aparto de un manotazo.

Se vuelve para quedar de cara a la pared.

—Buenas noches, Bennet.

—Buenas noches, Henry —susurro.

No tengo nada de sueño.

Me centro en el sonido de la lluvia al chocar contra la ventana, sin escuchar nada más que ese sosegado murmullo de fondo y el sonido de la respiración de Henry. Normalmente, cuando no puedo conciliar el sueño, cuento mis respiraciones. Parece que hoy no funciona. Mantengo los ojos clavados en su espalda, veo cómo sube y baja. Cuento sus respiraciones hasta que mi cuerpo se evapora en un sueño ligero y agitado.

Las pestañas rozan con algo cuando parpadeo para abrir los ojos. Intento cambiar de postura en la cama, pero el peso de un brazo que me rodea los hombros me lo impide.

Es Henry.

Con uno de sus brazos me sostiene cerca de él, mi mentón descansa sobre su hombro y mis pestañas le rozan la mandíbula. Le tengo la cintura rodeada con una pierna y noto su contorno firme contra mi cuerpo. Su corazón late bajo mi brazo, fuerte y lento. Cierro los ojos e intento calmarme para no entrar en pánico, me pregunto cómo hemos acabado así. Por la forma en la que estoy tumbada sobre él, puedo deducir que fue mi cuerpo dormido el que lo empezó todo, no el suyo.

Le recorro el brazo con la mano como por instinto, introduzco los dedos bajo su manga. Dormido, me abraza con más fuerza y mueve los labios ligeramente sin despertarse. No abre los ojos, sino que vuelve a fundirse en un sueño profundo. Me va a explotar el corazón de lo rápido que me late.

Con la lentitud de una tortuga, me deshago de su abrazo y sustituyo mi cuerpo con una almohada. Se acomoda y la estrecha entre los brazos, pero no se despierta.

Tomo la ropa de ayer y coloco las prendas en la cama. Con un ojo puesto en Henry, me quito los pantalones, me pongo los vaqueros y cierro el botón. Me quito la camisetita, vuelvo a quedarme con el pecho al aire y, justo cuando la dejo en el suelo, el pequeño Michael empieza a llorar desconsoladamente en alguna parte de la casa. Henry se despierta de golpe y, al abrir los ojos, los posa directamente sobre mis pechos desnudos. Corro a cubrirme con las manos.

—¡Dios mío, cierra los ojos!

Ambos bajamos la vista al lugar de la cama donde la colcha se alza. Se tapa con un cojín y se ruboriza.

—Madre mía, lo siento —consigue decir, ahogado.

Me doy la vuelta.

—Haz como que no has visto nada, por favor.

Se tapa los ojos con las manos.

—¡¿Por qué me miras de frente cuando te estás cambiando?!

—¡Quería echarte un ojo por si te despertabas! Ahora me doy cuenta de lo malísimo que era ese plan.

—No he visto nada —suelta—. A las muñecas, en cambio, les has sacado los colores.

—Ja, ja. —Miro a la pared—. ¿Te quedas con los ojos cerrados hasta que termine de vestirme, por favor?

—Vale —responde Henry—, pero no puedo prometer que las muñecas hagan lo mismo.

Me pongo el sujetador y la camiseta. La cabeza me va a mil por hora, noto el latido del corazón entre las piernas. En el baño, me enjuago la boca con un trago de colutorio y me echo un poco de agua en la cara, roja como un tomate. Cuando vuelvo a la habitación, Henry se ha vuelto a poner su ropa y ha hecho la cama.

—Qué caballero.

—Nunca puedo dejar la cama sin hacer. —Dobla la enorme camiseta del pijama que se puso anoche y los pantalones de franela. Echo un vistazo al montón de ropa de Marjorie que dejé en una esquina de la habitación y la recojo para empezar a doblarla, avergonzada.

—Una cama sin hacer es mucho más acogedora. Como si la manta te estuviera diciendo: «Ven, métete dentro».

Henry suelta una risita histérica.

—¿«Métete dentro»? Bennet, voy a empezar a pensar que igual eres una pervertida en secreto.

—No fui yo quien se quedó mirándote sin ropa esta mañana.

—No, eso lo hiciste anoche —contesta, y es como si me estallaran unos pequeños fuegos artificiales en el estómago.

—Yo no me quedé… —me defiendo, apretando las piernas—. O sea…

—Otra vez, qué fácil es tomarte el pelo —dice, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Siento la necesidad de abanicarme con la mano o de escaparme de su campo de visión, por lo vivo e intenso de su mirada.

—Deberíamos irnos —digo.

—Tienes razón —reconoce. Evito mirarle a los ojos y fijo la vista en una muñeca de Kit Kittredge que hay sobre la cómoda—. Tengo que largarme de esta habitación antes de que me posea algún demonio.

Rechazamos la invitación de tomar café y tortitas, y nos despedimos amablemente antes de que Sal nos lleve en coche a la estación de tren. Henry vuelve a tomar asiento en la parte de atrás y Sal vocifera historias sobre Michael por encima del volumen de la radio.

Cuando llegamos a la estación de tren, el coche se detiene y me desabrocho el cinturón de seguridad. Sal me agarra de la muñeca.

—No puedo expresar lo que ha significado para mí que vinierais a comprobar cómo estábamos. Este chico lo puede haber encubierto como una sesión de fotos, pero sé que es porque os preocupáis. Volved cuando queráis —añade—. Siempre seréis bienvenidos.

Le doy un abrazo rápido por encima de la palanca de cambios y le prometo que los visitaremos, luego me dirijo al andén.

Henry y yo compramos los billetes en un punto de venta y esperamos al siguiente tren. Encontramos un banco solitario bajo una marquesina y nos apostamos en él. Es esa hora de la mañana en la que todo se tiñe de un azul violáceo, cuando al sol le queda poco para terminar de salir y la luz engaña a la vista, difuminando el contorno del mundo que te rodea. Nuestras piernas se tocan cuando nos sentamos cerca del andén y disfrutamos de la tranquilidad de la mañana.

—Una cosa. —Su voz es suave y cautelosa cuando me acaricia la rodilla con la mano—. ¿Cuándo me vas a hablar de él?

CAPÍTULO 21

Es una historia que ya he contado un sinfín de veces, tantas que prácticamente se ha formado un callo. Sam falleció en un accidente de coche.

Esa es casi toda la verdad, pero no toda.

Las únicas dos personas que saben toda la verdad somos Sam y yo… aunque supongo que eso me deja solo a mí. Y a Henry dentro de unos minutos.

Respiro hondo.

—¿De verdad que quieres saberlo?

—Solo si me lo quieres contar.

—Es una historia melodramática. —Entorno los ojos y sigo el trayecto de una nube por el cielo.

—Puedo soportarlo.

—Melodramática a nivel de telenovela.

—Me encantan las telenovelas. —Alza una ceja.

—No vas a dejar correr el asunto, ¿verdad?

—Bennet —dice mientras reposa el brazo en el borde del banco, detrás de mí—, si no quieres contármelo, dejaré de insistir ahora mismo y no volveré a sacar el tema.

Mi instinto me impulsa a guardar y proteger el delicado hilo de la verdad en lo más profundo del pecho, y es justo ese instinto el que me ha impedido hablar del asunto, pero no puedo escondérselo a Henry. No puedo escondérselo a él, que es sincero, directo y de buen corazón.

Mantengo la mirada clavada en el horizonte. Si no tengo que mirarlo, puedo contar la verdad.

«Respira».

—Sam fue mi novio en la universidad. No recuerdo si te he mencionado a mi mejor amiga, Andy, pero nos conocimos el primer año de uni, durante las jornadas de orientación. Acabamos viviendo en la misma residencia y… no sé. Nos quisimos al instante. No es que tuviésemos mucho en común, pero nuestras almas conectaron desde el principio. Pasábamos mucho tiempo juntas y un día me presentó a su hermano Sam. Es como si ella supiera que yo también lo querría. De manera diferente, pero… —Me aclaro la garganta mientras me masajeo el pecho.

»Jugaba al béisbol, aunque no era como el resto de los atletas. Era callado, pero su mente iba a mil por hora. Tenía opiniones y teorías constantes sobre el mundo. —Sonrío. Sam me sigue sacando una sonrisa incluso después de todo este tiempo—. Nos podíamos entretener durante horas los dos solos en su apartamento, jugando a juegos de mesa o viendo en la tele el concurso *Jeopardy!* De haber sido por nosotros, no habríamos salido nunca. —Desvío la mirada para ver a Henry, que me escucha con atención. No tardo en apartar los ojos—. Lo quería muchísimo. Demasiado, incluso. —Henry deja escapar un suspiro.

»Pero de verdad, demasiado.

—Te creo —dice con voz suave y ligera.

—Cuando se graduó, volvió a casa de sus padres en Jersey, no muy lejos de aquí. Yo seguía en la universidad, así que teníamos una relación a distancia. No era ideal, pero queríamos seguir juntos. Él quería enseñar el idioma en la gran ciudad, vivir en el Upper West Side y criar a nuestros hijos para que fueran fans de los Yankees…, pero yo no sabía qué quería. Seguía siendo una cría. Ni siquiera sabía cuáles eran mis propios sueños. —Me empieza a pinchar la garganta. Cierro los ojos un segundo para concentrarme, me obligo a ser fuerte—. Cuando digo que lo quería demasiado, me refiero a que dejé de pensar en mí cuando estaba con él. No fue culpa suya ni mucho menos, pero dejé de planear el futuro más allá de él. El plan siempre había sido que, cuando me graduara, nos iríamos a Nueva York juntos. No pensé en nada más. Así que cuando se

graduó y yo me quedé sola por primera vez desde que comenzamos a salir, se me empezó a ir la olla un poquito. La graduación estaba cada vez más cerca y no había tomado ninguna decisión más allá de lo que Sam quería. Empecé a tener ataques de pánico. —Contraigo los dedos dentro de los zapatos, sé lo que se avecina.

»Ahora viene la parte verdaderamente triste, prepárate. —Hace un gesto como de abrocharse el cinturón, como el que hice yo cuando me habló de su padre. Estupendo—. Empecé a solicitar prácticas en otras ciudades. En principio por si acaso, ¿sabes? No estaba segura. No me iban a dar ninguna. Pero cuantas más prácticas solicitaba, más me apetecía. No se lo podía contar a Andy porque era la hermana de Sam, así que no le dije a nadie lo que estaba haciendo. Lo hice, sin más. Supuse que sería una señal del universo: si me concedían unas prácticas, las aceptaría; si no, acabaría en Nueva York.

—Te dieron unas, ¿verdad?

Me empiezan a quemar los ojos, pero asiento y sigo adelante.

—Iba a hacer las prácticas en una agencia de *marketing* en Chicago. No es que me apasionara el *marketing* ni nada por el estilo, pero… era algo que había conseguido por mí misma y lo deseaba. Me apetecía explorar, probar cosas nuevas. Ahora que lo digo, me parece una estupidez.

—No es ninguna estupidez. —Su voz es firme y grave.

—Se lo conté por teléfono cuando ya las había aceptado. Yo quería seguir con la relación a distancia, pero le molestó mucho que se lo hubiera soltado así sin más. La cosa se nos fue de las manos muy rápido y, de pronto, nos estábamos peleando y diciendo cosas horribles. —Se me rompe la voz—. De repente, la persona con la que quería pasar el resto de mi vida y yo estábamos rompiendo por una decisión que había tomado yo. Por una decisión mía.

Me vuelvo para verlo y poder fijarme en su reacción. Me mira con una expresión de tristeza, pero no de lástima.

—Él, mmm… —Me tiembla la voz. Me detengo para encontrar las palabras. Henry también se detiene, siguiendo mi ejemplo palabra

por palabra—. Se subió al coche. No me dijo que estaba en camino. Supongo que quería hablar en persona. —Sacudo la cabeza con la esperanza de que eso ayude a que esta historia sea más fácil de contar. No lo hace—. Era una noche de sábado en una ciudad universitaria, la gente había salido a beber y supongo que Sam no estaba prestando atención y salieron mal un millón de cosas, y él… —Las palabras se quedan ahí, como si estuvieran atrapadas en miel. No puedo. Pensé que podría. Me empiezan a temblar las manos; siempre lo hacen cuando hablo de él.

—No pasa nada. —Me acerca a su pecho—. Tranquila. Puedes parar.

—Quiero contártelo —sollozo en su camisa.

—Shhh… —Me acaricia la nuca y me mece con suavidad—. Me lo has contado. Tranquila.

—No podía mirar a su familia a la cara. No podía hablar con Andy sobre el tema. La culpa me comía viva. No sé por qué lo hice, por qué lo alejé de aquel modo. Ojalá no lo hubiera hecho. No hay día en que no desee no haberlo hecho.

—No fue culpa tuya. ¿Cómo ibas a saberlo? Bennet, dime por favor que sabes que no es tu culpa.

—Desde entonces me he pasado cada día intentando convencerme de eso, pero la verdad es que si nunca me hubiera conocido…, si no hubiera intentado ponerme a mí primero…, él seguiría… —Me aclaro la garganta. Henry me abraza con más fuerza—. Después de aquello, dejé la universidad. Andy y yo cancelamos el viaje a Europa que estábamos planeando. Rechacé las prácticas. Y después me mudé aquí en su honor, para vivir la vida que él hubiera querido. Pero estoy completamente atascada. Nunca salí a explorar. Nunca me encontré. Vi a todas las personas que me rodeaban crecer y florecer, pero yo me quedé donde estaba, lo más cerca de Sam que fuera posible. Cada día le fallo. Cada día lo defraudo.

Henry me aparta de su pecho, me acuna el rostro entre las manos y me seca las lágrimas con los pulgares.

—No estás fracasando. Estás haciendo algo muy difícil.

Niego con la cabeza.

—No paro de tener miedo. De todo. Incluso de ti.

—Te mudaste a una ciudad nueva sin un plan B. ¿Tienes idea de la valentía que requiere eso?

—Es horrible.

Me vuelve a abrazar contra su pecho y apoya su mentón en mi cabeza.

—Ser humano es horrible. —Se ríe con una risita superficial. El latido de su pecho, bajo mi oído, me calma—. Escúchame. —Me acaricia el brazo—. Te has convertido muy rápido en una de mis personas favoritas y sé que eso te asusta; no quiero asustarte, pero necesito que lo sepas. No lo estás defraudando. No estás defraudando a nadie. Me duele saber el peso con el que cargas. No puedo explicarlo, pero ojalá… —Se da toquecitos en el esternón—. Ojalá pudiera quitártelo y ponerlo aquí. Ojalá pudiera hacértelo más llevadero.

—Lo haces. —Me acerco más a él, presiono la mejilla contra su camisa—. Nunca mejorará, pero contigo, con el proyecto… siento por primera vez que estoy honrando esa versión de mí. Me vuelvo a sentir… casi normal.

Se ríe de nuevo.

—¿Casi?

—Casi —resoplo—, poquito a poco. —Me seco una lágrima con el dorso de la mano—. Siento no dejar de derrumbarme de esta manera. No paro de mancharte camisas. —Le doy un golpecito a la mancha de rímel que le he dejado en el pecho.

He construido un grueso muro que no me permite sentir dolor, pero que también ha impedido que sienta nada en absoluto. Algo dentro de ese muro se soltó y empezó a tambalearse cuando conocí a Henry; al principio fue un goteo lento, luego una corriente y, ahora, un tsunami.

No sé si podré hacerlo, si podré dejarme llevar por las olas de la vida. Podría volver a ahogarme. Podría volver a perderme. Pero con

Henry es difícil mantener las distancias. Es difícil cerrarle el paso cuando me sostiene como si le importara. Una parte de mí quiere zambullirse, otra parte de mí quiere quedarse sana y salva en tierra firme.

—De todos modos, así queda mejor. —Sonríe y frota la mancha con el pulgar.

Me siento tranquila, a salvo, comprendida. Alzo la mirada para encontrarme con la suya y aflojo un poco el fuerte agarre con el que me estaba sujetando a él.

—Hey. —Sonrío.

—Hey. —Sus ojos son tan sinceros que podría besarlo o vomitar.

La parte de mí que quiere zambullirse gana y sumerjo un dedo del pie en el agua, con cautela.

Aprieto su camisa con el puño y carraspeo.

—Andy se va a casar en Los Ángeles en septiembre y puedo llevar a un acompañante. —Me sonríe como si supiera lo que se avecina—. ¿Te quieres venir conmigo?

—Por supuesto. Me encantan las bodas.

CAPÍTULO 22

«¿Qué diantres acabo de hacer?».

He invitado a mi nuevo amigo, al que a veces quiero besar, a la boda de la hermana de mi exnovio fallecido. Ah, por cierto, la hermana del exnovio fallecido también resulta ser mi ex mejor amiga a la que llevo ignorando prácticamente desde que su hermano falleció. Eso es lo que acabo de hacer, nada más y nada menos.

Fue algo espontáneo. Un impulso que me pareció adecuado. No lo pensé, tan solo lo solté por la boca. A Henry se le dan genial las personas y pensé que tenerlo ahí conmigo me ayudaría a llevarlo mejor, porque no puedo enfrentarme a la boda sola. No obstante, ahora la cabeza me va a mil por hora pensando en lo que significa todo esto.

Caigo presa del pánico mientras Sonya, Jamie y yo estamos tumbadas en la azotea.

El bikini neón de Sonya me deja ciega mientras le esparce crema solar en los hombros a Jamie.

—A ver… ¿Te gusta?

Me calo la gorra de béisbol hasta taparme los ojos.

—No lo sé.

Cierra la tapa del tarro de protector solar.

—¿Quieres que sea tu novio?

Hago una mueca.

—No lo sé. —Me miro el pecho, donde o bien me está saliendo urticaria por el estrés, o bien me estoy achicharrando—. Pásame la crema.

—Está evitando la pregunta —trina Sonya mientras me pasa el tarro—. ¡Sí que quieres que sea tu novio!

—No la presiones —interviene Jamie detrás de unas gafas de sol negras y redondas. Se extiende una capa de protector solar en las piernas—. La crema solar de la farmacia es muy grasienta. Me siento como si le hubiera hecho una paja a un delfín.

—Pero qué broma más espantosa, Jamie. —Aunque sí que me río. Se me escapa una risita.

Sonya le da un manotazo en el hombro.

—Es lo más asqueroso que he escuchado en la vida. —Su desaprobación lo hace aún más gracioso.

Decido ponerme del lado de Jamie.

—Es verdad, siento como si me hubiera caído en un tanque de lubricante.

Jamie se ríe entre dientes y se recuesta en la tumbona.

—Qué elegante. —Sonya pone mala cara, aunque creo ver por el rabillo del ojo que esboza una sonrisa—. Os odio, a las dos.

—No, de eso nada —dice Jamie.

Nuestras risas se apagan cuando Sonya nos mira a ambas con los ojos entrecerrados.

—Sé que dije que quería que fueseis amigas, pero retiro lo dicho. Os estáis pasando de amiguitas —se queja.

—No te pongas celosa, cariño —repone Jamie tomando a Sonya de la mano—. Sabes que soy tuya.

—Y Bennet es de Henry —me provoca Sonya. Me muero de vergüenza.

—Poquito a poco —la hace callar Jamie. Se vuelve hacia mí—. No hace falta hablar de que seáis novios ni nada por el estilo. Vamos a empezar por lo sencillo: ¿te gusta pasar tiempo con él?

Aguardo con ilusión cada momento que puedo pasar a su lado. Hago una mueca, no veo la hora de que esta conversación se acabe de una vez.

—Sí, ¿vale? Me gusta mucho pasar tiempo con él. Hacedme el favor de no exagerarlo.

Jamie insiste:

—Muy bien, ese es el primer paso. Segundo paso: ¿qué te gusta de él?

—Es amable. —Me recuesto en la tumbona y cierro los ojos—. Es extrovertido. Es un poco friki, pero no te lo esperarías de él. Es inteligente, artístico, gracioso, no me hace sentir como un desastre. —Inspiro hondo. Me ajusto la parte de abajo del bikini a la altura del abdomen—. Me gusta su sonrisa.

—¡Oooooh! —exclama Sonya con un pequeño chillido.

—Sonya, no íbamos a exagerarlo, ¿recuerdas? —la riñe Jamie.

—Perdona, tienes razón. —Le da un sorbo a su café con hielo—. Prosigue.

—Lo que más me gusta de él… es que se nota que es sincero. Es como si nada pudiera hacerle perder la ilusión. Tan solo… es Henry, sin más.

—¿Te sientes atraída por él? —pregunta Jamie.

Me hundo más todavía en la silla.

—A ver, intenté liarme con él en tu fiesta, Sonya.

—¡Uy! —Sonya se incorpora—. ¡Así que tenía razón! ¡*Sí* que estaba pasando algo en el baño!

—Bueno, a ver, en realidad no. —Frunzo el ceño—. Me rechazó, así que igual tener esta conversación es inútil.

Jamie niega con la cabeza.

—Seguramente estaba preocupado por si ibas borracha o algo. No olvidemos que le tiraste el cóctel encima.

Cierro los ojos con fuerza.

—Es la primera persona desde Sam de la que siquiera… por la que… por la que he sentido algo. Aunque sea confuso. No puedo dejar que me vuelva a rechazar. Creo que me desintegraría.

—No te vas a desintegrar —dice Jamie mientras se acerca a mi silla y me aprieta el brazo—. Dile que te gusta. Tú también le gustas, te lo prometo.

—¿Cómo lo sabes?

Carraspea y se vuelve a su tumbona.

—Pues… tengo un presentimiento, nada más, basado en todo lo que me has contado.

—Vale. Pongamos que sí que cruzo esa línea. ¿Luego, qué?

—Mmm… ¿vivís felices y coméis perdices? —concluye Sonya.

Sacudo la cabeza. No suelo tener finales felices.

—¿Qué pasa si somos muy diferentes? Él es tan… positivo. Y yo… no lo soy.

—¿Te suena eso de que los polos opuestos se atraen? —dice Sonya mientras hace un gesto que la abarca a ella y a Jamie—. ¿Hola? Estamos justo aquí.

Alzo la vista al cielo y veo una nube pasar por delante del sol.

—Tengo miedo de que… —Cierro los ojos—. Me preocupa que, como tiene una actitud tan positiva, puede que no me esté viendo con claridad.

Jamie se cruza de brazos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si está viendo lo que quiere ver y no lo que tiene delante? ¿Y si la fastidio y digo lo que no debo? ¿Y si no estoy preparada para… todo esto? —Muevo las manos en el aire sin ton ni son, intentando hacerles entender el extraño vacío que siento que se va formando en mi interior.

Jamie se quita las gafas de sol y se incorpora.

—Bennet, te lo digo con todo el cariño del mundo, pero tienes que dejar de creerte tan importante.

—¿Cómo?

—No es un milagro inconcebible que le puedas gustar a alguien. A mí me gustas. A Sonya le gustas. No es nada del otro mundo que a Henry también le puedas gustar. Sé que crees que eres un agujero negro de tristeza y que odias tu trabajo, pero tenerlo todo bajo control no es un requisito para el amor.

«Tenerlo todo bajo control no es un requisito para el amor».

Guau.

—Y está claro que te gusta. No te quiero presionar, pero lo has invitado a una boda en la otra punta del país cuando podrías haberte

llevado fácilmente a Sonya o a otra persona. En esto tienes que escucharte. Te mereces amor, Bennet. Te mereces ser feliz. No sigas castigándote.

—Madre mía. —Me quedo con la boca abierta ante la bronca que me acaba de echar—. Sonya, tienes la novia más alucinante del mundo.

—Soy consciente. —Se inclina y le planta a Jamie un beso en los labios.

Siento un cosquilleo cálido en la yema de los dedos.

—Os quiero, chicas.

Responden casi al unísono, de esa forma dulce y melosa que tienen las parejas.

—Nosotras también te queremos.

Me reclino en la silla de la playa y me coloco bien las gafas de sol en el puente de la nariz mientras contemplo la vista de nuestro pequeño pedacito de Harlem. Puedo ver el techo del estadio de los Yankees, lo alto de la tienda de la esquina y algún que otro edificio más elevado al otro lado del río Bronx. No obstante, siempre me sorprendo deseando poder subir más alto y poder ver más. Si lo viese todo, si pudiese contemplar la ciudad al completo, a lo mejor no me parecería tan grande, como si me estuviera tragando enterita.

Una idea va tomando forma mientras el sol me arropa con su calidez. Sé adónde quiero llevar a Henry la próxima ocasión.

CAPÍTULO 23

Henry y yo caminamos por el barrio de Hudson Yards, abriéndonos paso entre la algarabía de turistas que le sacan fotos al Vessel, la estructura con forma de panal que se encuentra en el centro de esta zona de Manhattan. No le he dicho a Henry el motivo de que estemos justo aquí, sobre todo porque quiero sorprenderlo y, en parte también, porque decirlo en voz alta implica que tendré que hacerlo de verdad.

—Sé que me amenazaste con ir a Times Square —comenta, esquivando a una mujer que se está haciendo una selfi—, pero esto no es mucho mejor.

—Hoy vamos a jugar a ser turistas —digo—. De todos modos, en esta ciudad yo, básicamente, lo soy. Pensé que, ya puestos, podríamos darlo todo.

Se encoge de hombros de buen humor y se mete las manos en los bolsillos.

—¿Vamos a entrar en el Vessel?

Digo que no con la cabeza.

—¿A pasear por el parque elevado de High Line?

—No. —Se me acelera el pulso. Parece que mi corazón estuviese intentando salírseme del pecho.

Tuerce la boca mientras piensa.

—Me rindo.

Señalo con la vista un edificio alto, uno de los muchos rascacielos que conforman la silueta urbana. Del lateral de este edificio en particular, casi en todo lo alto, sobresale una plataforma triangular: se trata de un mirador a cien pisos de altura. Desde donde estamos parece diminuto, como del tamaño de un nacho.

—Ay, no. —Se le pone la cara blanca al darse cuenta de lo que está pasando—. Ay no, no, no.

Asiento a cámara lenta.

—Ay, sí.

No tiene muy buen aspecto, su tez cenicienta ha dado paso a un inquietante tono verdoso.

—Vamos a subir ahí arriba, ¿a que sí?

—¡Sorpresa! —anuncio, agitando los dedos en un gesto teatral—. Vamos a atarnos al exterior y a subir hasta la cima, como King Kong y la mujer del vestido bonito.

Tras la conversación con Sonya y Jamie en la azotea, me di cuenta de que tenía que esforzarme más y dar un salto de fe. Así que pensé en lo más aterrador que se me podía ocurrir: ser atacada por un oso, Henry, escalar un rascacielos, Henry, ahogarme, Henry. Lo único aterrador que realmente podía hacer de forma viable era escalar el lateral de un rascacielos, así que nos reservé una plaza.

—Ay, Dios mío. —Se le acelera la respiración—. Madre mía. —Se pasa la mano por el pelo una vez. Luego otra—. ¿Que vamos a hacer qué?

—Nos ponen un arnés que va atado al edificio para que no nos caigamos, pero sí. Vamos a escalar esa monada.

—Vamos, no me jodas —dice, frotándose la frente.

—¿Tienes miedo? —Le sujeto la mano libre, lo que le ayuda a relajarse un poco.

—Puede ser —respira con dificultad—. Ay, mi madre. —Sería un buen momento para admitir que estoy muerta de miedo, pero, al ver cómo a Henry se le va la pinza, por una vez quiero ser yo la positiva.

Me vuelvo para quedar frente a frente, coloco mis palmas en sus brazos y se los froto de arriba abajo para intentar calmarlo.

—Henry —lo animo—, no pasa nada.

—Bennet, les tengo miedo a las alturas. —Se pasa la mano por el pelo, con la cabeza gacha. Ni siquiera me imaginaba que Henry pudiera tenerle miedo a algo. No le teme a nada. Me siento fatal por haber elegido una actividad que lo paraliza de esta forma.

—Me has ayudado a superar mis miedos, ahora déjame que te devuelva el favor —digo poniendo la voz más tranquilizadora de que soy capaz.

—A ti te daba miedo hablar con la gente. A mí me da miedo caerme al vacío y morir desde lo alto de un rascacielos.

—Ambas cosas son igual de aterradoras. Además, ¿tú no subías montañas?

—Eso es diferente, es la naturaleza. Las montañas son como deben ser. Esto… Esto lo ha creado por entero el ser humano y es completamente antinatural… No estamos hechos para estar en un edificio a tanta altura, para que lo sepas. La gente decidió seguir subiendo y subiendo. ¿A partir de qué altura se considera demasiado alto? Ay, Dios mío.

Tomo su rostro entre las manos y lo obligo a mirarme, siento en la piel el suave cosquilleo de una barba incipiente. Inspiro hondo por la nariz. Henry me sigue de inmediato y respira conmigo.

—Puedes hacerlo —digo—. Va a ser lo más guay que hayas hecho nunca y me vas a amar para siempre cuando acabemos. —La expresión de su rostro es de un miedo y una desesperación insoportables—. Y, encima, después te compraré un helado.

Parpadea lentamente y flexiona la mandíbula.

—Que sea con virutitas de colores.

—Trato hecho.

Hace falta algo de persuasión para convencer a Henry de entrar en el edificio y subir los cien pisos en ascensor, y ni siquiera es capaz de mirar por las ventanas cuando llegamos al área de recepción. Mientras estamos sentados y escuchamos al instructor, Roscoe, hacer la demostración de seguridad, Henry no para de sacudir la pierna como un martillo neumático. Poso una mano en su rodilla para tranquilizarlo.

—¿Alguna vez se ha muerto alguien haciendo esto? —espeta.

—Serías el primero —murmura Roscoe. Su boca está rodeada de vello. Su compañero, Matthew, es mucho más flacucho, pelirrojo y

tiene el rostro lleno de pecas—. Si te resbalas —continúa, sujetando un cable grueso—, el arnés te sujetará.

Henry se remueve incómodo en el asiento.

—¿Y si se rompe?

Roscoe se encoge de hombros.

—Te harás papilla.

Quería hacerse el gracioso, pero a Henry le falta poco para ponerse verde.

Roscoe se da cuenta de que no está de humor y añade:

—Es completamente seguro. Tenemos una tasa de éxito del cien por ciento.

Henry empieza a sacudir de nuevo la rodilla.

—No me tranquiliza saber que un solo error podría arruinar la tasa de éxito del cien por ciento, lo que supondría una probabilidad del cien por ciento de caerme desde el cielo y acabar aplastado como una tortita.

Roscoe se frota la barba.

—Mira lo tranquila y serena que está tu chica. Imítala.

«Tu chica». Se me dibuja una sonrisita en el rostro. Me muerdo el interior de la mejilla.

—La primera vez me hice pis encima —interviene Matthew.

—Maravilloso —responde Henry con sequedad.

—Pero me gustó tanto que seguí viniendo. Ahora trabajo aquí. Es lo mejor que he hecho.

Henry respira con dificultad, con un sonido ronco, como si tuviera piedras en los pulmones.

—Oye. —Me giro para quedar cara a cara—. Si no quieres hacerlo, no lo hacemos.

Toma otra bocanada de aire, tembloroso; empieza a dar golpecitos con el pie en el suelo.

—Sí que quiero.

—Estaré ahí en todo momento —digo, intentando mantener un tono ligero y divertido—. No me separaré de ti.

Deja de sacudir la rodilla y relaja la mandíbula. Veo cómo vuelve a recuperar el rostro del hombre que conozco a medida que va tomando aire de forma profunda y constante. Al final, esboza una sonrisa débil.

—Pero igual me hago pis encima.

Nos abrochan los trajes, nos colocan los arneses y nos ajustan los cascos. Nos amarran a una barandilla con cuerdas de seguridad, para que —Dios no lo quiera—, si nos resbalamos y nos caemos, quedemos colgados del lateral del edificio en lugar de desplomarnos hacia una muerte segura. Compruebo el cable tirando de él, fuerte. Henry me sonríe, como si estuviésemos pensando lo mismo. Parece que se va a desmayar cuando Roscoe y Matthew nos indican que subamos unas escaleras metálicas. Seguimos dentro del edificio, pero aquí arriba la línea que separa el peligro de la seguridad parece ya muy delgada.

Subimos, uno a uno, los peldaños de la escalera de caracol. Henry va detrás de mí. La luz me baña el rostro cuando llegamos a una puerta que se abre y conduce al lateral del rascacielos, por lo que quedamos expuestos por completo al mundo, sin red de seguridad, a más de trescientos metros por encima de la ciudad.

—Hemos llegado, chicos —dice Roscoe cuando sale y se sube a una plataforma minúscula—. Primera parada en el camino hacia la cima.

Me sudan los dedos mientras me sujeto a la barandilla lo más fuerte que puedo. Se me hace un nudo en la garganta y me falta el aire; me cuesta dar un paso adelante, fuera de la seguridad de la escalera, pero pienso en Henry, detrás de mí, en lo asustado que debe de estar, y doy un pasito vacilante hacia la plataforma metálica.

El viento me azota el rostro cuando Henry se coloca a mi lado. Le agarro la mano, me aferro a sus dedos temblorosos mientras contemplamos el río Hudson. Me doy cuenta de que Henry apenas es capaz de admirar las vistas de la ciudad, por lo que me clava la mirada.

—Ya casi hemos llegado a la cima —lo animo. Exhala aire por los labios y asiente cuando Roscoe señala otra escalera empinada, esta vez en el exterior del edificio, que nos conducirá hasta la plataforma superior—. Podemos hacerlo —añado, apretándole la mano.

Los edificios a nuestros pies se van haciendo más y más pequeños a medida que subimos por las escaleras de metal. Me recuerdan a las gradas de un partido de fútbol americano de instituto, solo que a muchísima más altura. Los muslos y los pulmones me arden; intento no bajar la mirada y ver entre las rendijas de cada escalón, sino mantener la vista al frente. El sol se encuentra en lo bajo del cielo y refleja un brillo dorado en las ventanas de los edificios que nos rodean… y que se alzan a nuestros pies.

Me tiembla el cuerpo entero cuando llegamos a la última plataforma del edificio, suspendida tan alto que me da vértigo.

Me vuelvo con cautela hacia el horizonte y abro los ojos. Ser capaz de verlo todo desde tan arriba, sin ningún tipo de barrera que me separe del mundo, me deja sin ninguna molécula de aire en los pulmones. Echo un vistazo a Henry, que tiene los ojos cerrados y continúa respirando profundamente para relajarse.

Rozo la manga de su traje enterizo con los dedos.

—¿Quieres que te lo describa? —pregunto.

Asiente sin abrir los ojos.

Recorro con la mirada el horizonte, el sol resplandece sobre todos los edificios, cuyos nombres no podría mencionar ni en broma.

—Es gris —digo. Una de las comisuras de su boca se curva en una leve sonrisa que se desvanece tan pronto como aparece—. La ciudad es… Madre mía, parece que tiene dientes, estalagmitas o algo parecido. Los edificios parecen apretujados, como si fueran un único todo. Aunque supongo que, en cierto modo, sí que lo son: una pieza gigantesca formada por un puñado de piezas más pequeñitas. Da la impresión de que, si extendiera la mano, podría aplanar todos los edificios. Es como si, con solo estirar un dedo, pudiera tocar la cima del Empire State. —Me vuelvo para mirarlo, me escuece la

nariz por el viento y por la panorámica—. El sol brilla como el oro, Henry. Es una de las cosas más bonitas que he visto nunca; da tanto miedo y es tan impactante que me encantaría poder compartirlo contigo. Deberías echar un vistazo.

Abre los ojos lentamente, pero los mantiene fijos en mí, sin atreverse a contemplar las vistas. Respiro hondo y le digo la verdad.

—Estar aquí hace que me sienta pequeña, pero estar contigo me hace sentir importante.

Nos observamos fijamente el uno al otro, con atención; los ojos verdes le resplandecen. Algo se despierta entre nosotros con esa mirada. Algo eléctrico, algo que dice: «Estás a salvo conmigo». Inspira temblorosamente una vez más antes de volverse a admirar el *skyline*. Sé que siente lo mismo que yo, porque se le llenan los ojos de lágrimas.

—Madre mía… Guau —se maravilla.

—Lo sé —concuerdo, entrelazando mis dedos a los suyos.

Roscoe y Matthew explican que podemos asomarnos al borde si queremos y dejar que los arneses nos sostengan a más de trescientos metros de altura. Ahora Henry está sonriente y sé que también quiere hacerlo.

Nos acercamos al borde, colocamos los pies justo en el límite donde el edificio se une con el aire y, poco a poco, nos inclinamos sobre la ciudad, apoyando todo el peso en ese trocito de cuerda que nos sostiene. No sé si es que el aire está más enrarecido aquí arriba o si simplemente estoy perdiendo la cabeza, pero me siento como si estuviera borracha, aturdida y no pesara nada de nada.

Me empiezan a resbalar lágrimas por las mejillas y me echo a reír. Abro los brazos de par en par, como si fueran alas, y grito a todo pulmón; siento verdadera libertad por primera vez en mucho tiempo.

Estoy suspendida sobre la ciudad, con el corazón abierto ante ella, y, por una vez, no tengo miedo.

Me seco las lágrimas, sin ser capaz de dejar de reír ni de temblar. Me imagino que una lágrima se me cae de la nariz y se evapora antes de llegar a la calle allá abajo.

Henry da un grito de júbilo a mi lado y, cuando lo miro, irradia alegría por los cuatro costados: tiene el rostro radiante y es tan increíblemente guapo que duele. Ya no me apetece seguir mirando las vistas. Nos retiramos poco a poco y volvemos a la seguridad de la plataforma.

Henry me mira con los ojos como platos y las mejillas sonrosadas por el viento. Acorta la distancia que nos separa, me envuelve entre sus brazos y se aferra a mí como si yo fuera la tierra firme y la seguridad que tanto ansía.

—Dios mío. —Me clava los dedos en la espalda.

Lo agarro del cuello y lo atraigo más a mí.

—Estoy muy orgullosa de ti —digo.

Me rodea la cintura con más fuerza.

—Nunca lo habría hecho de no ser por ti. En la vida, nunca lo habría hecho. —Respiramos profundamente juntos, dejando que nuestros corazones se aceleren. Puede que sea la adrenalina, puede que sea el atardecer, pero no tengo miedo de esto. Ahora mismo no. Afloja un poco su presión y apoyo la cabeza sobre su corazón acelerado—. Gracias por obligarme a hacerlo —dice, sin dejar de sujetarme contra él.

En circunstancias normales, uno de los dos se alejaría. Uno de los dos le recordaría al otro que solo somos amigos. Uno de los dos diría que nos estamos pasando. Pero ninguno lo hace. Dejo que me sostenga, bañados los dos por el sol áureo y estival en la cima del mundo, y por una vez no pienso en las consecuencias de esa acción. Lo dejo estar.

CAPÍTULO 24

Las siguientes semanas pasan volando, como un sueño neoyorquino pestilente. Henry y yo hemos empezado a vernos varias veces a la semana para vivir nuevas aventuras. Un día lo ayudé en una sesión de fotos de un compromiso en el parque con esculturas que hay en el barrio de Astoria. La siguiente vez, fuimos a una clase de sumiller en el barrio Little Italy. Henry describió el sabor de un vino sangiovese en particular como «el interior de una chaqueta de cuero en la que se hubiera sentado un Papá Noel sudoroso de los que hay en los centros comerciales» y ahora no puedo evitar soltar una risita cada vez que me tomo una copa de vino tinto. Fuimos a la playa Rockaway y en la arena nos tomamos unas hamburguesas cutres y unos batidos. Paseamos por el jardín botánico del Bronx de noche, el cielo oscuro nos envolvió dentro de un cálido invernadero donde estaban las orquídeas más bonitas que he visto nunca. Fuimos a un bar clandestino oculto en la trastienda de una galería de arte después de pasar el día en el Museo de Historia Natural con la boca abierta viendo huesos de dinosaurio.

Cuando nos dimos cuenta de que todavía no habíamos ido a Staten Island, nos montamos en el ferri que cruza el río Hudson y nos apiñamos en la barandilla para ver la estatua de la Libertad. Bromeamos sobre que nos estábamos comportando como turistas, pero ¿qué hay de malo en eso? Lo gracioso es que cuanto más me comporto como una turista, menos me siento como una.

Vimos una obra de teatro interpretada por una sola actriz que fue tan espantosa que, después, en la tiendecita que había enfrente del teatro nos hicimos pis encima de la risa. Una semana paseamos por

el puente de Brooklyn y las sandalias me hicieron en el talón una ampolla del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. Henry me llevó a caballito el resto del camino hasta una zapatería con descuentos y me compró las zapatillas deportivas de Hello Kitty más absurdas de la historia.

Todos los días descubro un nuevo detalle de Henry que me gusta. Un lunar en el cuello, la curvatura del arco de Cupido, la forma en que las gafas le descansan un poco torcidas en el rostro, las pequeñas motas amarillas que le salpican los ojos verdes, la forma en que su cabello color nogal parece rojizo al sol o esa manera suya de reírse a carcajadas, sin miedo a llamar la atención. Admiro cómo se le quiebra la voz cuando habla de su padre, cómo se limpia las gafas con la parte inferior de la camiseta, lo que las deja más sucias que antes. Observo sus movimientos, cómo sus hombros anchos y sus largas extremidades parecen ocupar la cantidad exacta de espacio en cada sala. Me empiezo a dar cuenta de que le toco el brazo, de que me siento unos centímetros más cerca de lo que lo habría hecho hace un mes. Me doy cuenta de que quiero más contacto, más risas, más y más y más.

Sospecho que ambos sabemos que ya no ando en busca de mi pasión, aunque seguimos usando el título de *Passion Project* como excusa para proteger lo que sea que haya entre nosotros. Le dije que quería que fuéramos solo amigos. En aquel momento era verdad, pero ahora mi cuerpo me está pidiendo a gritos que lo intente. Que lo intente y punto.

«Tenerlo todo bajo control no es un requisito para el amor».

Le doy vueltas sin parar a esa frase cuando estoy en el ultramarinos, en el supermercado, en la biblioteca. Me cala hasta los huesos cuando quedo con Sonya y Jamie para tomar algo durante la hora feliz o cuando visito a Sonya en la tienda donde trabaja, Harper & Jane. Me nada en las venas cuando recibo noticias de Sal o Marjorie, cuando llamo a mi madre para contarle algo que hemos hecho esa semana o cuando Henry me enseña las fotos que ha

editado de su última sesión. Me niego a creer que no soy suficiente. No volveré a hacerlo.

Hoy paseamos tranquilamente por el museo The Cloisters y nos tomamos nuestro tiempo para admirar en silencio el arte del siglo XV, quedarnos boquiabiertos ante las vidrieras de colores y explorar las pasarelas abovedadas y la arquitectura impecable. Al igual que en la biblioteca, en este lugar me siento como suspendida entre el ayer y el hoy, ahí parada junto a objetos de valor histórico con un iPhone en el bolsillo, recorriendo pasillos construidos hace cientos de años con unas zapatillas deportivas y unos pantalones cortos vaqueros que harían escupir el té a los arquitectos si me vieran. Me imagino como un objeto de estudio más que como una obra de arte. «Mira, una mujer de veinticinco años. Observa cómo está de pie junto a un hombre de cabello castaño con una cámara colgada del cuello. ¿En qué crees que estará pensando?».

Cuando terminamos de darle una vuelta al museo, paseamos por el parque Fort Tryon. Es el escenario ideal para que Henry retrate a las personas en su día a día, disfrutando de los jardines y del buen tiempo. Me quedo atrás y lo observo sacar fotos, contenta de seguirlo con la mirada. Una de las formas que más me gusta de verlo es cuando está tranquilo, sereno y concentrado.

Encontramos un banco de piedra al que le da un poco de sombra y nos acomodamos, hombro con hombro. Henry le echa un vistazo a las fotos que ha sacado; de vez en cuando, con las que le gustan en particular, sonríe un poco para sí mismo.

—Oye. —Apaga la cámara y la guarda en la mochila.

—Dime.

—Yo, eh… He estado pensando. —Contempla el jardín, no me mira directamente.

—¿Sí?

—Sé que acordamos ser amigos, pero últimamente… —Me mira, pero enseguida desvía la vista. Está nervioso—. Me parece que algo ha cambiado, no sé.

Pienso que el pánico va a subirme por el vientre, pero no lo hace. Estoy tranquila y calmada. Continúa:

—Puede que lo esté interpretando mal, pero si algo ha cambiado… —Carraspea—. Si algo ha cambiado…, ¿te gustaría tener una cita conmigo?

Me aparto un poco, lo justo para poder mirarlo mejor. ¿Esto está pasando de verdad? Parece que va en serio, aunque fue él quien me rechazó. Recuerdo el baño de la fiesta de Sonya, la cama en la casa de Marjorie.

Nunca me aclaró a qué se refería con lo de que sabía lo que quería, pero igual Jamie tiene razón. Igual en el baño solo quería asegurarse de que estaba preparada, de que sabía lo que estaba haciendo. Igual ahora puede notar que me estoy acercando poquito a poco.

Traga saliva.

—No sé… Volvamos a tener una primera cita. Déjame invitarte a salir en serio.

Jugueteo con los bordes deshilachados de mis pantalones cortos vaqueros mientras considero su propuesta. Esta es una oportunidad de empezar de nuevo. De no tener miedo. De ir a por todas. Por supuesto, es también una oportunidad de hacer el ridículo de cien maneras nuevas y todavía más vergonzosas.

Es una oportunidad para que vuelvan a romperme el corazón.

¿Y si no estoy preparada?

Me toca la rodilla con delicadeza.

—No tienes que responder ahora. Solo digamos que estaré en el Rosencrantz & Guildenstern el viernes a las cinco y media.

Contemplo el jardín, las rosas rosa y las gladiolas, que se mecen con la brisa. Puede que lo que haya entre nosotros sea diferente y haya cambiado, a pesar de lo que me he esforzado por mantenerlo bajo control. Puede que el tren haya partido de la estación y, o me subo a él, o me quedo en el andén. Puede que, si reconociera que quiero algo más allá de una amistad, algo mejor… me lo mereciera.

No quiero quedarme en la estación. Trago saliva, cierro los ojos ante los cálidos rayos del sol y apoyo la cabeza en su hombro.

—Allí estaré.



Cada vez que miro el móvil, el reloj sigue sin haber avanzado. Ni un minuto. Doy golpecitos al suelo con el pie bajo el mostrador y me muerdo el labio. Ahora pone que son y cincuenta y seis. Cuatro minutos más para ser libre. Y luego…, tengo una cita con Henry.

Esta mañana me desperté a las seis, incapaz de volver a conciliar el sueño. Revolví todo el armario en busca de algo que ponerme, lo que es una tontería, porque me ha visto ya con toda la ropa que tengo. Pero necesitaba algo especial, a la altura de una primera cita. En un intento desesperado, llamé a la puerta de Sonya, que estuvo más que encantada de ayudar. En realidad, estaba eufórica. Puso ABBA a todo volumen, me pintó los ojos y me vistió de la cabeza a los pies. Acabé en un vestido azul intenso precioso que Sonya se había puesto en su primera cita con Jamie.

Ahora estoy temblando en un nuevo puesto de la empresa de trabajo temporal, esperando a que pase el tiempo y pueda salir para ir a mi cita. La empresa Carlyle necesitaba a alguien que cubriera este espacio para eventos corporativos y, aunque solo me habían destinado a la biblioteca desde que Sal se fue, insistieron en que me necesitaban para trabajar en la recepción.

¿Por qué estoy nerviosa? Vamos a hacer lo de siempre: pasar el rato juntos. No ha cambiado nada. Trato de no mirar el bolso para comprobar que el vestido azul de Sonya sigue ahí, donde lo dejé, y que no ha decidido echar a volar.

Ya he ordenado el escritorio tres veces, he comprobado dos veces que las salas de conferencias están vacías y he guardado las llaves en el compartimento seguro para que nadie pueda entrar por la

noche. Tengo que salir a las cinco en punto para llegar a tiempo al restaurante y mi móvil se ha quedado casi sin batería. ¿Le importará a alguien si me escapo antes?

Me cuelgo el bolso del hombro y pongo rumbo hacia la puerta.

—Bennet —me llama una voz desde las oficinas—, ¿va a alguna parte?

Me giro rápidamente y veo a Anna, que sostiene un portapapeles de Carlyle Staffing Solutions en la cadera. Me viene a la mente el recuerdo de cuando me despidió del NYAC.

—Hola, Anna —digo, y el estómago me da un vuelco. Seguramente esto tenga algo que ver con el motivo por el que de repente me han pedido que hoy cambiara de puesto—. Acabo de terminar el turno. ¿Necesita algo?

Hace un gesto de desaprobación.

—Toca la sesión de control del período de prueba.

«Mierda».

Compruebo el móvil. Las cuatro y cincuenta y nueve. Ahora el tiempo pasa rápido, cómo no.

—¿Podemos dejarlo para otro momento?

Anna chasquea la lengua.

—Siempre son sorpresa, Bennet. No podemos hacer una excepción con usted.

«Escríbele a Henry. Dile que vas a llegar tarde. Lo entenderá». Abro los mensajes y empiezo a escribir.

Retenida en el trabajo. Espéram…

Cuando voy a pulsar la última tecla, la pantalla se pone en negro. «No». Se me agria la saliva. «No, por Dios, no».

—¿Bennet? —Anna hace clic con el bolígrafo.

Presiono el botón para encender el teléfono con la esperanza de que reviva, pero está muerto.

—Ay, Dios, justo ahora no —murmuro entre dientes, con una súplica. La miro, desesperada—. ¿Me podría dejar su teléfono?

—Señorita Taylor —dice Anna con voz firme y cortante—, necesito realizar la sesión de control en este momento o no podrá trabajar en Carlyle.

«Corre, vete. ¿A quién le importa? Hazlo y ya está, Bennet. Vete».

Pero… no puedo. Si pierdo este trabajo, no me dará para comer. No tendré más remedio que irme de la ciudad.

—Por supuesto —digo—, discúlpeme.

La sigo a una oficina pequeña, donde me hace una serie de preguntas sobre los turnos y mis compañeros. ¿Algún incidente? No. ¿Algún cliente conflictivo? No. ¿Alguna cita que podría cambiarle la vida y que quizás se haya perdido por el trabajo? Sí. Luego me lee un informe extenso del encargado de la biblioteca que, gracias a Dios, es positivo.

No hay ningún reloj en la sala, de lo contrario, lo observaría y vería cada segundo pasar. Cada segundo que Henry pasa sentado solo en el bar es pura tortura. Una cruel repetición de nuestra primera cita. Ojalá pudiera decirle por telepatía: «Ya voy, voy para allá».

Al fin, Anna chasquea el bolígrafo y sonríe.

—Todo parece correcto. Buen trabajo.

—Gracias —suspiro y corro hacia la puerta. Me giro y pregunto—: ¿Qué hora es?

Comprueba el reloj que lleva en la muñeca.

—Las cinco y treinta y siete.



Salgo corriendo hacia la estación de metro y acerco el teléfono al lector de la puerta; me doy un golpe en el estómago con el torniquete, que no cede. Claro. No tengo batería en el móvil. No puedo pagar el trayecto así.

«Venga ya».

Salgo pitando al punto de venta e inserto la tarjeta de débito. La máquina la escupe.

En el cartel a mano puesto sobre la máquina se lee SOLO EFECTIVO.

La otra máquina acepta mi tarjeta de débito y, después de lo que se me antoja una hora, me entrega una nueva MetroCard. Paso la tarjeta por el lector y bajo las escaleras volando con el tiempo justo para ver cómo el metro se escapa a toda velocidad y se lleva con él el último rayo de esperanza que tenía de poder llegar al bar antes de que Henry tirase la toalla. «No, no te rindas». Subo las escaleras a toda prisa y salgo a la concurrida calle, pero no puedo pedir un Uber porque no tengo batería. Veo un taxi amarillo pasar a toda pastilla por la intersección, sin llegar a detenerse lo suficiente como para que pueda llamarlo. Madre mía, qué estupidez. Nunca he pedido un taxi y ni siquiera sé cómo hacerlo. El metro es mi única opción. Bajo de nuevo corriendo, vuelvo a pagar y salgo disparada al andén, rezando por que llegue un tren. Esperar es una tortura; la idea que tenía de cambiarme de ropa y ponerme el vestido bonito azul o tan siquiera de llegar a tiempo para cenar se va desvaneciendo poco a poco. Nunca he sentido el tiempo pasar tan lento. En la vida. Cuando llega un tren, son las seis y cuarto y ya voy cuarenta y cinco minutos tarde. Me catapulto al vagón y espero que Henry no haya tirado la toalla conmigo.

El vestido azul de Sonya está en la bolsa, arrugado. El maquillaje que me ha hecho se ha corrido. Me da igual.

«Tú céntrate en llegar».

El tren avanza a paso de tortuga hasta la calle Delancey. Salgo zumbando de la boca de metro, me falta poco para atropellar a la gente que se cruza en mi camino. Me duelen los pulmones y tengo la frente chorreando de sudor.

Abro la puerta de Rosencrantz & Guildenstern y avanzo directa a la barra.

Ni rastro de Henry.

Vago por el comedor y compruebo todas las mesas, por si estuviera en alguna. Aquí no está. No está por ninguna parte.

Cruzo la calle hacia el restaurante L'italiano. Seguro que está allí, como la última vez.

Agarro el tirador de la puerta y respiro hondo. Sin embargo, cuando veo quién hay sentado en el bar, me desconcierto. No es Henry. De hecho, es una de las personas que menos me esperaba.

—¿Jamie?

Cuando me ve, se pone de pie de un salto.

—¡Bennet! ¿Dónde estabas? Te he estado llamando.

—Me retuvieron en el trabajo y me quedé sin batería. ¿Está Henry por aquí?

Miro hacia el comedor, compruebo todas las mesas.

—No. Sarah dijo que se pasó por aquí cuando no te presentaste, pero se fue.

—¡Ah! ¡Sarah! —Me acerco a la barra y la veo sacando brillo a unas copas—. ¿Tienes el número de Henry en el teléfono?

Me lanza una mirada con cara de pocos amigos mientras frota el borde de una copa.

—¿Para qué? ¿Para que vuelvas a dejarlo plantado?

—No era mi intención —me excuso—. Me retuvieron en el trabajo y el tren iba más lento que el caballo del malo.

—¿Por qué no le preguntas a Jamie? Como fue ella quien le pidió que saliera contigo desde el principio… —dice.

Jamie apuñala a Sarah con la mirada.

Niego con la cabeza.

—Sonya se lo encontró en una *app* de citas. Jamie no tuvo nada que ver.

—¿De verdad te crees que es una coincidencia que Jamie trabajara en el mismo restaurante que el tío con el que te emparejó su novia? —Sarah ladea la cabeza.

—Sarah, basta ya —la interrumpe Jamie.

—No. —Sarah coloca el trapo de pulir en la barra—. Hace media hora, una persona a la que aprecio mucho se pasó por aquí después de que lo dejaras plantado por segunda vez y estaba destrozado. No

me gusta ver a mis amigos destrozados. Y menos aún a Henry, que siempre parece estar feliz.

Siento que el suelo se tambalea bajo mis pies. Henry estaba destrozado. Jamie nos organizó la cita. No entiendo nada.

—Jamie, ¿qué está pasando? —Cuando me vuelvo en su dirección, evita mirarme a los ojos.

Respira profundo y, finalmente, tras un largo momento, me devuelve la mirada.

—No te enfades —dice—, pero puede que mintiera sobre lo bien que conozco a Henry. Trabajamos juntos antes de que se fuera a Denver. Sonya quería encontrar una manera de que te quedaras en Nueva York. Cuando pensó en organizarte una cita, yo… me puse en contacto con él.

—Le contactaste… ¿y luego qué?

—Le pedí que tuviera una cita contigo —solloza— para animarte.

—¿Cómo?

—Ya ves —añade Sarah—. Le debía un favor por todos los turnos que le cubrió cuando estaba en Denver.

—Ay, Dios. —Retrocedo un paso para alejarme de Jamie—. ¿Fue una cita de consolación?

—No —insiste Jamie—, nunca fue una cita de consolación, aunque… sí que lo sabía.

—¿Qué le contaste? ¿Sabía lo de…? —Se me hace un nudo en la garganta—. ¿Sabía lo de Sam?

Jamie sacude la cabeza de inmediato.

—Lo único que le dije fue que estabas pasando por una situación complicada y que quería que te divirtieras.

—¿Cómo conseguiste que hiciéramos *match?* Vi su perfil. Le dio me gusta a mi foto.

Jamie traga saliva, incómoda.

—Hice que se creara un perfil y luego fui descartando por los perfiles hasta encontrar el tuyo. No tardamos mucho en cuanto redujimos la distancia y restringimos las preferencias.

Recuerdo el momento en que Sonya vio que Henry le había dado me gusta a mi foto. Habló a toda velocidad sobre lo guapo que era, lo bonitos que eran sus ojos verdes. Ser consciente de que era Jamie quien estaba al otro lado del teléfono es humillante.

—Estupendo. Esto es… Esto es increíble. Está bien saber que era una persona tan triste, patética y deprimente que tuviste que pedirle a alguien que saliera conmigo y fingiera que yo le gustaba y que me llevase de aventura para que no me pasara el día con la cara mustia en el apartamento. —De golpe siento más vergüenza de la que he pasado en toda mi vida—. ¿Le contaste eso? ¿Que estoy hecha un desastre, deprimida y que necesitaba que alguien me salvara?

—No. Fue todo muy… informal —se excusa Jamie, acercándose nerviosa a mí. Me aparto de golpe, por lo que se detiene y no me toca—. No estábamos conspirando, él solo quería echar una mano.

Esto lo cambia todo. Todo sobre los últimos meses. Cada vez que le pregunté por qué pasaba tiempo conmigo, me mintió. Cada vez que le pregunté qué ganaba él, me mintió. ¿En qué más me habrá mentido? Henry no me encontró en una *app* y eligió mi perfil. Se lo pidieron. Fue un favor. Para empezar, dudo que hubiera querido salir conmigo si Jamie no lo hubiera convencido. ¿Qué habrá pensado de mí, la primera noche en el baño? «¡Buah! Jamie no se equivocó en nada de lo que dijo. Esta tía es un desastre». ¿Cómo de mal se habrá sentido para insistir en hacer el *Passion Project*? ¿Tanto se me notaba que estaba desesperada?

Me percato de cómo me sube un poco de bilis por la garganta.

—Menuda mierda —digo mientras me alejo y me dirijo a la puerta.

—Si tienes que enfadarte con alguien, enfádate conmigo —dice Jamie—. Sonya te contó la verdad desde el principio, sobre por qué te estaba organizando una cita, y Henry estaba siendo un buenazo. Es un buenazo de verdad, Bennet. Y le gustas mucho. Parecéis felices juntos. Nunca te he visto tan feliz. Sonya dice lo mismo, que no te había visto sonreír de esa forma desde antes de que pasara lo de Sam.

—No puedo… —digo mientras retrocedo otro paso, las yemas de los dedos me hormiguean—. No puedo ni verte.

Salgo a trompicones a la calle. Ahora todo cuadra. Que Henry me apartara cuando intenté lanzarme a por él. Que no dejara de repetir que debíamos ser amigos, que insistiera en que *yo* era la que no estaba preparada. Que *yo* era la que estaba confundida. Le estaba haciendo un favor a Jamie.

¿Pero entonces por qué me pide salir una segunda vez? ¿Se trata solo de una cruel prolongación de este maldito favor? Me lo imagino contándole a Jamie que sigo deprimida y que quizá si tenemos otra cita pasaré página por fin. Sugiriéndole que, si vamos un paso más allá, por fin seré más feliz. O que… Ay, Dios. Que Jamie le haya contado la charla que tuvimos en la azotea. Me pidió salir porque sabe todo lo que he dicho de él. Sabe que he empezado a sentir algo por él.

Por primera vez en años, tenía esperanza. Por primera vez en años, me gustaba a mí misma. ¿Y ahora va y es todo mentira? No me querían. No me tenían en cuenta. No me deseaban. Era un favor.

Corro al metro lo más rápido que puedo, espero dejar atrás este sentimiento. Me parece que alguien me llama, pero no me detengo. No me detengo hasta que llego a casa.

CAPÍTULO 25

Sonya me acaricia el pelo mientras estoy tumbada en su regazo.

Después de lo que Jamie confesó anoche, debería estar enfadada con ella. Debería haberle cerrado la puerta de mi cuarto en las narices y no haberle vuelto a hablar nunca más. Sin embargo, cuando llegué a casa y la vi de pie en la puerta de su habitación, no pude seguir enfadada. No pude alejarme de ella.

Necesitaba a mi amiga.

Se disculpó una y otra vez por lo que había hecho, pero no estoy cabreada con ella. Solo estoy cabreada con Henry. Y un poquito con Jamie.

Sonya estaba intentando ayudar. Henry era un desconocido que había accedido a engañar a una chica desolada y destrozada por el duelo.

—Sé que no quieres oírlo —dice apretándome el hombro—, pero tienes que hablar con él.

—Me mintió —repongo.

—Puede que tuviera un buen motivo.

Me tapo los ojos con las manos.

—Me siento tan estúpida. —Estúpida por pensar que yo era algo más que una acción caritativa para él. Estúpida por todas las veces en que sentí algo por él y estúpida por lo culpable que eso me hacía sentir.

—No eres estúpida —rebate—, solo estás enfadada.

Me aprieto las cuencas de los ojos con las palmas para evitar ponerme a llorar. Enfadada es quedarse corto. Estoy mucho más que enfadada. Muchísimo muchísimo más.

—¿Te apetece hacer algo hoy? —Sonya vuelve a acariciarme el pelo—. ¿Y así te distraes un poco? Le pediré a Jamie que nos deje solas, que te dé un poco de espacio. Así me tienes toda para ti.

Hago un gesto de negación con la cabeza y me doy la vuelta, paso de estar de lado a quedar bocarriba.

—No.

—¿Te apetece quedarte sentada y no hacer nada?

—Tampoco.

—Pues esas eran mis únicas dos opciones —dice.

Me siento y la miro.

—Vete con Jamie. No estoy preparada para hablar con ella todavía, pero tampoco quiero que se sienta como una mala persona.

Se muerde el labio.

—¿Estás segura?

—Sí. —Asiento—. No pasa nada. Vete con tu chica, necesito estar sola.

—Vale —acepta cuando se levanta y se ajusta los pantalones cortos—, pero, para que lo sepas, las dos sois mis chicas.

—Vete con la chica con la que te das besos —digo—. ¿Ahora más claro?

Recoge las llaves de la mesita.

—Sí. Y, para que conste, voy a ver a Jamie solo porque se siente fatal por todo esto y sé cómo se pone. Estoy preocupada.

—No tienes que darme explicaciones. Vete, estoy bien.

Se agacha para darme un abrazo y me aprieta con fuerza.

—Llámame si me necesitas —se despide mientras sale por la puerta. Cuando se cierra tras ella, caigo en la cuenta de que es el primer sábado en meses que paso a solas. Sin Henry. Abro su contacto en el móvil, me trago el nudo de la garganta y lo bloqueo. Esta vez de verdad.

Estoy tan enfadada con él que podría ponerme a golpear cosas. La tristeza que sentí anoche se ha transformado en algo más hostil y agresivo. No estoy triste. No estoy deprimida. Estoy cabreada.

Recuerdo todas esas noches, cuando estudiaba en la universidad, en las que íbamos a la jaula de bateo. Cuando Andy me animaba a batear con más fuerza. Cuando Sam me ayudaba a adoptar la posición correcta, aunque eso no me importara. Lo que quería era sacarlo fuera.

Me levanto del sofá de un salto y desfilo hasta la boca de metro para dirigirme al segundo mejor lugar que se me ocurre después de la jaula de bateo.

La sala de la rabia El Diablo es tal y como suena: un local situado en el barrio de Hell's Kitchen donde puedes pagar por dar golpes a diestro y siniestro y liarla un poco.

El chico de la recepción pasa mi tarjeta, pago por una hora sola en la sala y me conduce a la trastienda. Me entrega un bate y unas gafas de protección, y me coloca un casco en la cabeza.

Cuando se cierra la puerta de la sala de la rabia y me quedo a solas, durante un segundo no sé qué hacer. Noto el peso del bate en las manos y lo sujeto con más fuerza.

Coloco con cautela una botella de cerveza vacía en la mesa que tengo delante, me pongo las gafas y pienso en cómo me enseñó Sam a batear. Me llevo el bate al hombro, respiro y ¡zas!

Golpeo la botella justo en el centro. Sale volando de la mesa, se estrella contra la pared y se hace añicos.

Me coloco delante de un viejo televisor y trazo una línea con el bate en el centro de la pantalla. La golpeo una y otra vez, hasta que me quedo sin aliento. Atizo un flamenco de esos de decoración y lo decapito. Machaco la mesa con el bate y salen disparados trozos de plástico y madera. Destrozo un jarrón de cristal, y otro, y otro más, antes de pasar a por una tostadora vieja. Con cada golpe, noto cómo la adrenalina se dispara por los nervios de todo mi cuerpo y dejo escapar un grito gutural a medida que me desato.

Cuando termino, me quedo plantada en el medio de la sala y estudio el rastro de destrucción que he dejado. En mi opinión, he hecho un buen trabajo: cada metro cuadrado está cubierto de escombros y me he quedado con un cuerpo al que parece que han

extraído toda la ira. Reventada, depongo el arma. Golpea el suelo con un tintineo metálico.

—Madre mía, qué bien me ha sentado —me susurro. Me tiembla todo el cuerpo. El corazón me late con fuerza contra las costillas mientras recupero el aliento.

Me siento mareada cuando pongo un pie en la calle. Caigo en la cuenta de que la mitad de mi enfado estaba dirigido a Henry y, la otra mitad, a mí misma por haber fallado. Por ser tan ingenua. En el fondo sé que no estoy hecha para volver a enamorarme, así que ¿por qué me lo creí de todos modos?

Otra lección que he aprendido de esta escapada es que ya no necesito a Henry para hacer el *Passion Project*. Lo puedo hacer yo solita.



Me coloco bien la bolsa de la compra en el hombro mientras subo las cinco plantas hasta el apartamento. Una gota de sudor se me escurre por el esternón. Hoy hace tanto calor que me siento como una olla de ramen. Esta mañana casi no pude ni vestirme y solo pude ponerme un vestido negro de tirantes finos y una pinza en el pelo. Aun así, es mucha ropa.

Me he tirado toda la semana en piloto automático: comer, dormir, ir a trabajar, intentar no pensar en Henry, repetir. Esa es mi nueva normalidad.

Giro la llave en la cerradura y, cuando abro la puerta, me encuentro a Sonya y a Jamie de pie en el salón. Llevo sin hablar con Jamie desde que nos peleamos la semana pasada.

—Hola —saluda con la cabeza agachada cuando me ve entrar.

Tiene los ojos rojos y las pestañas apelmazadas. Coloco la bolsa de la compra en el suelo y me quito las sandalias.

—Hola —digo.

—Lo siento mucho —se disculpa—, no debería haberte mentido.

Tiene una pinta horrible, como si se hubiera pasado toda la semana llorando.

—Tan solo tratabas de ayudar —le digo.

—Es que… —Se toma unos segundos para serenarse y le lanza una mirada a Sonya en busca de apoyo—. Es que sé cómo es, ¿vale? La tristeza. Y el querer a Sonya… me hizo sentirme menos desesperanzada. Deseaba que te pasara lo mismo. Fui una ingenua y una estúpida.

Niego con la cabeza.

—Ya no estoy enfadada contigo, Jamie —le aseguro—. Entiendo por qué lo hiciste.

—Aun así… —Jamie se mira los pies—. No estuvo nada bien.

Sonya nos da a ambas la mano.

—No debimos entrometernos en tu vida —dice—. Lo único que quería es que te quedaras en Nueva York. Nunca le diste una oportunidad de verdad. Y, no sé… pensé que si hubiera un chico igual intentarías encariñarte con la ciudad.

—No pasa nada. —Le aprieto la mano—. ¿Quién puede decir que tiene unas amigas que se esforzarían tantísimo por que se sintiera mejor? Tengo mucha suerte.

—Te queremos —dice Jamie—, tanto como para entrometernos de vez en cuando.

—Lo sé —admito, dándole la mano para formar un círculo—. Yo también os quiero.

Sonya nos rodea con los brazos y nos junta en un abrazo grupal. Me río cuando oigo a Jamie sorberse los mocos.

—Sigo enfadadísima con Henry —confieso en voz baja—, no puedo olvidarlo.

Ninguna responde, así que las dejo abrazarme hasta que tengo tanto calor que ya no puedo soportar más el contacto físico. Me retiro del abrazo y me abanico con la mano.

—Madre mía, qué calor hace aquí —me quejo—. Nada de abrazos grupales hasta que pongamos un aire acondicionado centralizado.

—Sigue soñando con abrazos y aire acondicionado centralizado —dice Sonya al recoger la bolsa de la compra.

Llaman al timbre para entrar al edificio. Sonya da un salto para presionar el botón y dejar pasar.

—He pedido ensaladas de Sweetgreen —informa—. ¿Os apetece almorzar en la azotea y disfrutar del tiempo que hace?

—¿Ahora? —pregunto.

—Sí —responde mientras saca una lechuga de la bolsa—. Jamie guardará la compra y subirá las ensaladas, ¿verdad?

—Claro. —Jamie se encoge de hombros y le quita la lechuga a Sonya para guardarla en la nevera.

—Vamos. —Sonya me empuja hacia la puerta, casi no me da tiempo ni de volverme a poner los zapatos antes de salir al pasillo.

Me conduce escaleras arriba tirando de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera y estamos delante de la puerta de la azotea, se detiene y me suelta la mano.

—Perdóname, pero tuve que entrometerme una vez más.

Abre la puerta y, de pie en mitad del jardín de nuestra azotea, aparece Henry.

Un rayo me atraviesa los huesos.

—No. —Me giro de golpe para volverme a la escalera, pero ya me ha cerrado la puerta en la cara.

Y ahora me quedo sola en la azotea con Henry.

Nos miramos fijamente, el sol cae a plomo sobre ambos. Tiene los labios ligeramente separados y la mirada triste. La brisa le agita el cabello despeinado y le pega la ropa al cuerpo. Detesto que me siga afectando.

—Bennet… —Da un paso hacia mí.

Me retiro hacia atrás.

—No.

Se detiene.

—Déjame que te lo explique —dice.

Niego con la cabeza y aprieto la mandíbula.

—No.

—Por favor —ruega.

—Me mentiste —digo—. Te pregunté mil veces por qué me estabas ayudando y me mentiste cada una de ellas.

—No. —Hace una mueca de disgusto—. Te mentí la primera vez. Todo lo que te he dicho desde la noche en que nos conocimos ha sido verdad. —Se detiene frente a mí. Me mira como si quisiera acercarse, pero no se atreve.

—Una verdad construida sobre una base de mentiras sigue siendo una mentira —declaro, pasando junto a él hacia el jardín—. No me puedo creer que para ti yo nunca haya sido más que una cita por lástima. Un compromiso.

—Eso no es verdad. No fue ningún tipo de «compromiso» retorcido —objeta con exasperación.

—A lo mejor se trataba de un experimento social, para comprobar si podías manipular a la chica triste y que hiciera lo que quisieras. No fui más que otra historia para tu colección.

—¡Te digo que no fue así! —Da un paso diminuto en mi dirección—. Te lo juro. No te lo conté porque sabía que te haría daño y no refleja lo que siento por ti. No fue así.

—Bueno, pues entonces dime cómo fue.

Aparta la mirada y entrecierra los ojos por la luz del sol.

—La verdad —reitero, acercándome a él. Traga saliva, sigue evitando dirigirme la mirada—. Si todo este tiempo me tuviste lástima, Henry, quiero saberlo.

—La verdad. —Aprieta la mandíbula y me devuelve la mirada, al fin—. Jamie me pidió que saliera contigo, sí. Esa parte es verdad. Y puede que al principio aceptara porque Jamie es estupenda y me gusta ayudar a mis amigos siempre que puedo. —Me retuerzo, inquieta, a la espera de que suceda lo inevitable—. Pero todas las razones que te di para empezar el *Passion Project* son verdad. Me sentía solo y trataba de mantenerme a flote intentando estar ocupado para no hundirme. —Junta las cejas y sacude la cabeza—. La noche que nos conocimos, la primera noche, cuando Jamie nos

organizó la cita, la verdad es que estaba bastante nervioso. Lo único que sabía de ti era que eras la compañera de piso de la novia de Jamie y que necesitabas animarte. Sé por qué me lo pidió a mí en específico: porque nunca dejo que los demás me vean disgustado y porque soy extrovertido y tal. Pero me preocupaba no poder cumplir con lo que me había pedido por todo lo que me estaba pasando. Sin embargo, cuando volviste a recoger la cartera… Cuando nos conocimos de verdad…, no me puse nervioso. Me hiciste reír. Me dejaste desconcertado. Y, sí, puede que viese la oportunidad de cumplir con la promesa que le hice a Jamie, pero, Bennet, tienes que creerme. De repente todo fue en serio.

Se aclara la garganta y deja escapar un suspiro profundo.

—¿Sabes qué? A la mierda. Voy a poner las cartas sobre la mesa. —Se acerca a mí y su rostro se tiñe con una nueva intensidad. Está tan cerca que puedo notar el calor de su cuerpo—. Haberte conocido ha sido absolutamente adictivo. Cuando estoy contigo, no me preocupo ni por mi familia ni por nada. Estoy presente. Eres divertida, rarita y tan hermosa que en ocasiones me gustaría darme una bofetada por haberme referido a ti alguna vez como mi amiga. Llevo queriendo estar contigo más tiempo del que te imaginas, pero no podía arriesgarme a perderte si te contaba el favor que Jamie me había pedido.

—En el baño me rechazaste —digo con voz temblorosa.

—Pensé que no estabas preparada para que pasara algo —contesta—. Seguías sin bajar la guardia. Seguías luchando contigo misma. No quería ser un error. No quería que te arrepintieras de nada. Si te besaba, Bennet, no iba a ser medio borracha y confusa en un baño con decoración náutica. Quería que estuvieras completamente segura de que lo deseabas.

Me siento el corazón en la garganta.

—¿Por qué debería creerte? —pregunto.

—Deberías creerme porque me ha costado muchísimo esfuerzo no besarte unas mil veces desde que te conozco. Deberías creerme porque cuando Jamie me contó que quizás sentías algo por mí, me

puse a bailar de alegría. Un baile de la felicidad de esos de verdad, de los que dan vergüenza. Y aun así, tardé semanas en armarme de valor para volver a preguntarte si querías salir conmigo. Deberías creerme porque podría haber dejado de quedar contigo en cualquier momento este verano. Si no me importaras, podría haberme largado y haber desaparecido tras ese primer fin de semana, pero encontré una excusa para pasar el verano entero contigo. Jamie no me pidió que hiciera eso. Nadie me lo pidió. Tomé esa decisión porque quería estar cerca de ti. Quería pasar todo el rato contigo. Y sigo queriendo.

Trago saliva. Sigue siendo muy complicado.

—¿Alguna vez has pensado que igual…? —Carraspeo—. ¿Que igual debería gustarte alguien un pelín más fácil? ¿Una persona menos desastrosa?

—No. —Niega con la cabeza—. En ningún momento.

Se me va a salir el corazón del pecho. Me temo que se ha dado cuenta, que toda la ciudad de Nueva York puede notarlo.

—Tienes que creerme —susurra—. No hay nada que quiera más que esto. —Me acaricia la mandíbula con el pulgar, que acerca a mi boca.

Titubea, se detiene antes de llegar a tocarme el labio inferior.

—Pero lo que importa es lo que *tú* quieres, Bennet. Si no estás preparada o si simplemente quieres cortar por lo sano, lo entenderé. Si decides que solo seamos amigos, no volveré a mencionar nada de esto. Pero no puedes ligar conmigo ni tocarme como si me desearas y luego alejarte como si no estuvieras segura. No podemos seguir con ese baile. Me resulta demasiado difícil. No quiero seguir manteniendo viva la esperanza si no hay nada. Tienes que decírmelo, Bennet. —Me toca la frente con la mano, me aparta un mechón de pelo del rostro y luego descansa la palma en mi mejilla—. ¿Qué quieres?

Le rozo la tela del pantalón con el dorso de las manos. Las piernas me tiemblan como un flan, no tengo control sobre mi cuerpo. «Dilo. Suéltalo: Te deseo. Te creo».

Desplaza la mano de mi cuello a mi hombro; su pulgar presiona sobre mi clavícula.

—Sea lo que sea, está bien.

Cada fibra de mi ser me dice que lo alcance, que lo agarre con ambas manos y no lo suelte, así que me acerco a él y le rodeo el torso con un brazo para atraerlo contra mi cuerpo. Volvemos a estar pegados nariz con nariz, como lo estuvimos en aquel espantoso baño.

—Quiero que seamos más que amigos —susurro.

Presiona su frente contra la mía y mi nariz le acaricia la mejilla. Si me muevo un milímetro en su dirección, nuestros labios se tocarán. Sé que no va a ser él quien dé el primer paso. Debo ser yo.

Lo único que tengo que hacer es moverme un milímetro y acortar la distancia que nos separa.

Alzo la barbilla y noto cómo sus labios se rozan con los míos, un movimiento tan ligero que se podría confundir con un cosquilleo. Desliza las manos por mi cuello y mis brazos y me agarra con fuerza. Sonríe contra mi boca.

—¿Sí?

Asiento, incapaz de impedir la sonrisa que se me ensancha de oreja a oreja.

—Sí.

Me besa. Me da un beso de verdad, de los que hacen que se me erice la piel; lento al principio, pero con el ímpetu de un tren a toda velocidad. Introduce la lengua entre mis labios y le rodeo el cuello con los brazos. Nos hemos aguantado tanto tiempo que, ahora que lo hemos puesto en marcha, no creo que se pueda detener.

Sabe a azúcar y huele a hierbabuena, una combinación picante y dulce que resulta dolorosa. Me abre la boca con los labios mientras me recorre el cuerpo con las manos, me roza el pecho y sube hasta mi cabello. Presiona su lengua contra la mía con delicadeza, ni mucho ni poco.

—¿Puedo besarte aquí? —susurra cuando su boca baja por mi cuello. Inclino la cabeza hacia un lado para darle acceso.

Me siento frenética, entre delirante y hambrienta. Bajo todas las defensas en un instante.

—Puedes besarme donde quieras —respondo a medio camino entre una risa y un quejido.

Y así lo hace. Me recorre las pestañas, el pómulo, la barbilla y la boca con los labios. Mi mantra se materializa delante de mis ojos conforme me toca.

«Mis mejillas son reales. Mi barbilla es real. Mis labios son reales. Yo soy real». Le toco el rostro, el cuello; noto su piel áspera bajo mis dedos. Dejo que mis manos tracen su cuerpo, bajen por su torso y se deleiten con cada músculo y cada contorno, hasta que paso los pulgares por las presillas de su pantalón. «Henry es real».

Me rodea la cintura con un brazo y me acerca todavía más. No me basta. ¿Cómo podría bastarme algo cuando lo estoy besando? Baja las manos por mi cuerpo y se toma su tiempo, como si disfrutara de cada centímetro. Desliza la mano hasta mi muslo, donde me ayuda a rodearle la cadera con la pierna. Lo abrazo del cuello y me aferro a él, con necesidad de sus labios. Nuestros cuerpos se mueven y respiran juntos, hasta que me tropiezo con una de las sillas de la playa que hay en el césped.

—Mierda. —Me empiezo a caer de espaldas. Henry se abraza a mi cuerpo y me sujeta la cabeza contra su pecho; nos caemos juntos. Amortigua la caída con un brazo para evitar que me golpee la cabeza contra la dura superficie.

Ahora se ha quedado encima de mí.

Le aparto el pelo de la frente mientras me observa desde arriba.

—¿Estás bien? —pregunta, comprobando si me han salido bultos o arañazos por el cuerpo.

—Henry —lo llamo mientras sostengo su rostro entre las manos—, estoy muy bien.

Hago que demos la vuelta para quedar yo arriba, con las piernas abiertas a la altura de sus caderas, sentada a horcajadas en su regazo e inmovilizándolo por los hombros.

—¿Seguro que estás bien? —Se ríe, sus manos descansan en mis muslos.

—Sí, ¿por qué?

—Estamos en público —apunta, estirando el cuello hacia la puerta que da a la azotea.

—Es una azotea privada —digo, presionando los labios en su cuello—. Y no me importa quién nos vea. —Porque quiero más.

Me sujeta la cara y me besa con fuerza y pasión.

—No me puedo creer que te esté besando —deja escapar con un gemido.

Todas aquellas veces que me contuve para no tocarlo ahora me invaden y las libero.

Contoneo las caderas, en un movimiento hacia delante y hacia atrás, contra las suyas.

—Joder, Bennet —gruñe.

Le agarro del pelo cuando me toma de la cadera y del trasero, y me clava los dedos en la piel. Se me baja un tirante del vestido y Henry presiona sus labios en mi hombro, donde estaba. Bajo la mano hasta el borde de su camiseta y se la quito, por fin puedo sentir la calidez de su piel contra la mía. Dejo que el vestido caiga por debajo de mi pecho.

Me acaricia el borde del pezón.

—Eres hermosa.

Deposita besos dulces y suaves entre mis pechos. Suelto un gemido y siento cómo se mueve y crece debajo de mí.

—Este es mi sábado preferido —dice.

—Solo lo dices porque estoy medio desnuda —le doy un beso en la mejilla.

—No. —Me abraza con fuerza contra su cuerpo y me tumba de espaldas—. De eso nada. —Se inclina sobre mí. Le rodeo la cintura con las piernas y, cuando las aprieto, deja escapar un gemido. Desliza los dedos hacia abajo y me acaricia el interior del muslo con delicadeza.

—¿Puedo? —pregunta cuando sus dedos se acercan a mi entrepierna.

—Por supuesto. —Me abro ante él, separo las rodillas.

Pasa un dedo bajo mi ropa interior y me acaricia de arriba abajo. Me da caricias con la yema de los dedos hasta que encuentra el punto que me tensa el cuerpo.

—¿Ahí?

Asiento, concentrada.

—Ahí.

Sonríe satisfecho y se aprieta contra mí, sin dejar de acariciar ese punto. Me concentro en la sensación y en el placer. Dejo escapar un gemido pequeñísimo a medida que me va cercando más y más.

Arqueo la espalda mientras prosigue con su bendito ritual entre mis piernas. No quiero llegar todavía. Es muy pronto.

—Henry —jadeo—, ¿tienes un condón?

Echa la mano a su bolsillo trasero y saca una cartera marrón de cuero. «Más rápido, más rápido, más rápido». Quiero que vuelva a dejar caer su peso sobre mí cuanto antes. Rebusca un segundo, saca el envoltorio plateado de un preservativo y me lo entrega. Lo inspecciono.

—Caducó el año pasado.

Se le esfuma el entusiasmo del rostro.

—¿Tienes uno?

—Sí, por supuesto que la tía deprimida y su compañera lesbiana tienen preservativos por doquier.

—Mierda. —Vuelve a colocarme bien el vestido a la altura de las caderas.

—Y que lo digas, mierda. —Me estiro bocarriba. Henry se da la vuelta y se acomoda a mi lado.

—De todas las formas en que me imaginé que esto podría pasar —dice— he de admitir que justo esa ha sido toda una sorpresa.

—¿Cómo te lo imaginabas?

Se ríe, se acerca a mí y roza su mano con la mía.

—En casi ninguna de mis fantasías estábamos en una azotea.

—¿En casi ninguna? —le doy un golpecito con el codo.

—Bueno, tengo una en la que te besaba en lo alto del rascacielos.

Mi corazón se derrite como un helado bañado en chocolate caliente. Me vuelvo para observarlo. Ya me estaba mirando.

—Siento haberme perdido nuestra cita. —Le acaricio el labio inferior con los dedos—. Ambas citas.

Coloca mi pierna sobre su cadera, nuestros pies y piernas quedan enredados. Me da un beso largo y lento antes de hablar:

—Te esperaría en ese bar un millón de veces si con ello pudiera acabar aquí contigo.

Coloco la palma de mi mano en su mejilla. «Conmigo estás a salvo». Eso es todo lo que veo en sus ojos cuando me mira. Eso es todo lo que siento en sus labios cuando me besa. «Conmigo estás a salvo».

Parpadea y puedo sentir cómo sus pestañas se rozan con las mías.

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

CAPÍTULO 26

Intentamos no pasarnos de la raya en el metro, pero no puedo dejar de tocarlo. Lo llevo a un asiento apartado y le recorro el cuello con los labios. Me aprieta la rodilla y se rinde ante mí, estrella su boca con la mía en un beso apasionado y acerca mi cintura a la suya. Este beso es embriagador, profundo, como un agujero negro que me absorbe. Me olvido de que estamos en el metro, me olvido de a dónde vamos, me olvido hasta de mi puñetero nombre. Un segundo después se aparta; tiene los labios sonrosados y el pelo alborotado. Hunde la nariz en mi cuello.

—Si no paramos ahora mismo —susurra, sus dientes me rozan detrás de la oreja—, puede que me corra antes de que lleguemos a casa.

El resto del trayecto hasta Inwood lo paso sentada sin apartar las manos de mi regazo.

Cuando entramos a su apartamento y cerramos la puerta a nuestro paso, la energía frenética que había entre nosotros parece apaciguarse. Nos miramos y el momento se transforma en un silencio electrificante y concentrado. Me empuja contra la puerta, me besa con cautela y me muerde el labio inferior con los dientes. Se mueve y presiona las caderas contra las mías. Le agarro de la camiseta para acercarlo más todavía.

—¿Así tratas a las otras?

Me mordisquea con cuidado el lateral del cuello y me roza el pecho con la otra mano.

—¿Pretendes que admita así que no hay otras? —De pronto me agarra en brazos y me hace sentir que me desea, que me necesita. Me enrosco en torno a él y dejo que me conduzca al escritorio. Me

deposita con cuidado, su cuerpo queda entre mis piernas—. Porque te aseguro que no hay otras chicas desde que mis ojos se posaron en ti.

Me muerdo el labio y alzo una ceja mientras me contempla.

—¿Qué? —Sonríe—. ¿A qué viene esa cara?

Bajo la mano y paso los dedos por su cadera, justo por encima de la cintura de sus pantalones. Con una atención minuciosa y concentrada, le subo la mano por el vientre, por la marca de nacimiento en las costillas, por el pecho…

Alza los brazos y me ayuda a desvestirlo.

Toco su tatuaje con los dedos y me deleito con la firmeza de la musculatura bajo la tinta. Le doy un beso en ese punto, recorro de arriba a abajo los picos escarpados y los valles, luego dejo que mis besos viajen de su brazo a su clavícula, a su cuello, a la parte trasera de su oreja. Le acaricio con avidez todos y cada uno de los relieves y hondonadas de su cuerpo. Reparto besos allá donde me deja. En su marca de nacimiento, en el tatuaje, en el antebrazo, en las manos, en todos lados.

—No te hagas más tatuajes —le digo cuando le beso el pecho— o estallaré.

—Nota para mí mismo —contesta mientras enreda sus dedos en mi pelo—: hacerme más tatuajes.

Vuelvo a concentrarme en su rostro, en cómo me siento brillar cuando me mira. En sus ojos soy segura de mí misma, valiente, más grande que la vida misma. Bajo mi mano a su bragueta y lo acaricio lentamente de principio a fin.

—Quiero hacerte sentir bien —le susurro en el cuello. Alcanzo el botón de sus pantalones y lo desabrocho con una mano. Bajo la bragueta con lentitud, tan despacio que se retuerce.

—Me siento estupendamente —dice con un quejido.

Deslizo la mano bajo la cintura de su bóxer y lo acaricio de arriba a abajo. Se tensa, guiado por mis movimientos. Me retira el tirante del hombro y me sujeta la mandíbula con la mano. Echa la cabeza hacia atrás con los ojos abiertos.

Me gustaba verlo dormir, pero verlo así es mucho mejor. Le rodeo las caderas con las piernas y lo acerco más aún.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja mientras rebusca en el cajón que tenemos al lado. Saca un preservativo y lo sostiene para inspeccionarlo.

—¿Tiene buena fecha?

Entrecierro los ojos para comprobar el envoltorio, rezo por que se pueda usar. «Por el amor de Dios, menos mal».

—Perfecta.

Me bajo del escritorio y me quito los zapatos. Henry se retira los pantalones, se quita las gafas y las deposita en la mesita de noche. El corazón me late cada vez más rápido. Vuelve a posar su atención sobre mí y me mira con intensidad. Paso los pulgares bajo los tirantes del vestido y dejo que se deslice hasta el suelo.

Me devora con la mirada, tiene el pelo de la frente más alborotado que de costumbre. Me recorre con los ojos de arriba abajo, al igual que hago yo con él.

No oigo nada salvo mi propio latido en los oídos, no siento nada salvo el aire en la piel.

Se acerca a mí y posa sus labios en mi cuello. Pasa los dedos por el elástico de mis braguitas y las desliza por mis caderas con un movimiento rápido y cuidado. Caen a mis pies en el suelo y las aparto a un lado, al fin expuesta totalmente ante él. Empieza a llevarme marcha atrás hasta la cama y me tumba. Todavía de pie, roza con los dedos la parte interna de mis tobillos, luego sube por mis pantorrillas, por mis rodillas y por el interior de los muslos hasta separarme las piernas. Se coloca encima de mí y planta ambas manos a los lados de mi cabeza; ahora su rostro queda suspendido sobre el mío.

—Hola. —Sonríe.

—Hola. —Paso un dedo por su pecho y a continuación le rodeo con las piernas, tirando de él para que se quede tumbado sobre mí.

—Despacio —dice mientras se estira para coger el condón de la mesita de noche—, recuerda por qué hemos venido hasta aquí.

Lo abre y me lo da. Alcanzo entre sus piernas y se lo pongo. Ya no hay nada que se interponga entre nosotros.

—¿Lista? —pregunta, dándome un beso en la mejilla. Asiento y me coloco bien debajo de él.

Lentamente, se va presionando sobre mí; respiro y dejo que todo el aire se escape de mis pulmones. Suelto un gemido cuando entra en mí.

Me besa la garganta y mi piel echa a arder cuando arqueo la espalda. Sus manos acunan mis senos a medida que se va hundiendo más y más en mí. Echo la cabeza hacia atrás y agarro las sábanas entre los puños para lidiar con la presión de tenerlo entre las piernas.

—Ay, Dios —gimo.

Le rodeo el cuello con los brazos e inclino las caderas para que pueda llegar más adentro.

—Ay, Dios, Henry —digo con un grito ahogado. Es como si me estuviera desgarrando el alma.

—¿Estás bien? —Se detiene. Está dentro de mí como una daga—. ¿Quieres parar?

Niego con la cabeza y se me escapa una risa del pecho.

—Por lo que más quieras, Henry, no pares.

Esboza una sonrisa que destila deseo y empieza a moverse de nuevo de manera gloriosa dentro de mí.

Las piernas, con las que lo tengo rodeado, me tiemblan y se debilitan con cada embestida. No puedo controlarme ni contenerme cuando estoy con él, aunque sienta bien no tener que hacerlo. Ahora estoy rota, pero de un modo hermoso, en el que todas mis piezas reflejan luz y color, no oscuridad. Se mueve dentro de mí; me inunda con cada movimiento y cada respiración.

—Eres preciosa —dice mientras me roza con los labios el lóbulo en un estado a medio camino entre el aturdimiento y la locura—. Eres preciosa —repite, esta vez a los ojos, como si la primera vez se le hubiese escapado y quisiera asegurarse de que sé que la segunda lo ha dicho en serio. Lo atraigo hacia mí y me adueño de su boca

para que sepa lo precioso que me parece él también. Se mueve dentro de mí como una tempestad de la que no quiero refugiarme.

Cuando acabamos, siento un cosquilleo por todo el cuerpo de haberlo tenido tan cerca. Nos tumbamos juntos, un amasijo exhausto de sudor y fuego. Recorre mis mejillas con los dedos, toca con suavidad cada una de mis pecas. Nos colocamos lo más cerca que podemos. Para alguien que valora su espacio personal y mantiene a todo el mundo a su alrededor a un brazo de distancia, si pudiera meterme dentro de su pecho y echarme una siesta ahí dentro, no me parecería cerca bastante.



Cierro los ojos, un segundo solo, y ya echo de menos su rostro. Cuando los vuelvo a abrir, me está sonriendo con la oreja pegada a la almohada. Me tiembla todo el cuerpo. Puede que nunca me deje de hormiguear.

Le toco la mejilla, justo bajo el ojo.

—No estoy acostumbrada a verte sin gafas.

Se ríe.

—Yo no estoy acostumbrado a verte sin ropa.

Descanso la mano sobre sus costillas para poder sentirlo al respirar.

—¿Qué te parece?

Me posa la mano en el culo y me acerca a él.

—Un festín.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué exagerado.

Se ríe y me hace cosquillas en las costillas. Lanzo un chillido y me acurruco todavía más bajo las sábanas, hasta que descanso la cabeza sobre su pecho y escucho el lento latido de su corazón. El mío está acelerado, late tan rápido que sé que no lo hace única y

exclusivamente por lo que siento por él. Es por la ansiedad, el miedo, el pánico y lo que a mi sistema nervioso se le haya ocurrido traer como regalo a la fiesta del revolcón.

—¿En qué piensas? —pregunta al notar mi reticencia.

Inspiro hondo y le soy sincera.

—Tengo la manía de pensar demasiado en todo constantemente, resulta un poco agotador. Estaba pensando en ti, en lo maravilloso que eres y en cómo me cuesta asimilar que mi vida esté cambiando tan rápido, para mejor, cuando llevo tanto tiempo estancada. Me angustiaba que me vieras como algo que no soy o no estar a la altura de tus expectativas. Y yo solo… —Cambio de postura para que mis hombros queden a su altura y mi pelo le caiga como una cortina sobre el rostro—. Solo quería que supieras que estoy feliz de que hayamos hecho esto, pero que también me estoy empezando a agobiar un poco.

Me coloca el pelo detrás de la oreja y ahueca su mano en mi mejilla.

—¿Hay algo que pueda hacer algo por ti? —pregunta.

—Que seas paciente —resuelvo, mientras coloco la palma en su pecho desnudo y noto en ella el calor de su piel— y sexo.

—Eso puedo hacerlo —dice, y me sujeta de la nuca para atraerme hacia su cuerpo y besarme. Me subo encima de él y coloco las piernas a cada lado de sus caderas. Me besa con pasión y lo tomo de la mandíbula.

—¿Qué quieres hacer hoy? —pregunta mientras me recorre la espalda con los dedos.

—¿Esto? —digo.

—Es sábado —comenta. Ahora sus manos bajan a mi cintura y se posan en mis caderas.

—¿Y qué?

—Es el día de nuestro *Passion Project* —dice, haciendo una pausa para mirarme con las cejas enarcadas.

—¿Y qué? —vuelvo a preguntar.

—Que, por muy divertido que haya sido encontrar… —vacila, avergonzándose antes de lo que va a decir—, eh…, un nuevo tipo de pasión…

—¡Buuuuuuu! —Me estremezco.

—Perdona, sé que ha sido malísimo. —Sonríe, sabe que sus chistes malos me derriten—. ¿No quieres probar una pasión nueva hoy?

—¿Esto no cuenta? —Le aparto el pelo de la frente—. ¿Puede contar?

Suspira y echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en la almohada. Aprieto los labios en su pecho y siento su calor en mi boca.

—Tenía una cosa planeada —dice—: una feria gastronómica en el centro para recorrer el mundo con el paladar.

—Podemos pedir comida —sugiero—. Pedimos comida y hacemos nuestra propia vuelta al mundo con los restaurantes de tu barrio y así no tenemos que salir de este apartamento ni un solo segundo. Venga. Eso tiene que contar.

Esboza una sonrisa, sus manos me recorren las caderas hasta llegar a los muslos y vuelven a subir.

—Habría contado igualmente, incluso sin pedir comida.

—Bien. —Me agacho para clavarle los dientes.

—Fantástico —dice, apartando la colcha de mi espalda y dejándome expuesta.

—Maravilloso —respondo—. Ahora ve a por otro condón.

Se ríe y me da un beso en la nariz.

—Me gustas mucho.

La piel me cosquillea.

—Tú también me gustas —le contesto.

«Me gustas». Es algo que a la mayoría de las personas no les cuesta admitir. Los niños que van al cole se lo gritan los unos a los otros en los pasamanos del parque infantil. La gente envía cartas de amor a asesinos en serie que están en prisión. Sin embargo, para mí es un paso que no creía que volvería a dar con nadie.

Saca otro preservativo de su mesita de noche y se ajusta debajo de mí. Me dejo caer lentamente sobre él y siento cómo me llena por completo. Es una exhalación, una liberación, un momento de mutuo alivio.

—Sí —afirma, tomando aire—, ya lo creo que cuenta.

Suelto una carcajada a la vez que empiezo a moverme encima. Sus dedos se aferran a mis muslos para guiarme.

—Sabía que entrarías en razón.

—Mmm… —murmura en señal de aprobación—. Eres muy convincente.

Me atrae hacia él, de modo que mi pecho queda pegado al suyo. Es la segunda vez que lo hacemos y pensar que puede haber o que sí que habrá más veces hace que me ruborice por completo. Me observa con esas pestañas largas suyas, me rodea la cintura con una mano y nos da la vuelta, de manera que quedo inmovilizada contra la almohada en un movimiento rápido y juguetón. Me deja sin aliento. Me devora la boca con suaves y delicados bocados de alegría. Besarlo hace que pierda de vista todo lo demás, como si de repente sus labios fueran lo único que hay en el mundo y yo haría lo que fuera por entregarme más a él.

No puedo dejar de pensar en lo divertido que es esto, en cómo no quiero marcharme de su minúsculo apartamento nunca, en cómo la pasión puede parecerse mucho a la felicidad, si lo permites.

Sudamos juntos, nos reímos juntos, respiramos juntos hasta que el sol se oculta por completo bajo el horizonte y la luna cuelga con orgullo del cielo. Cuando hacemos una pausa, nos sentamos en el suelo envueltos en las sábanas y probamos *lumpia* del restaurante filipino de la esquina, tacos de birria de una taquería pequeñita, patatas fritas del McDonald's (sí, cuenta como comida internacional porque las patatas fritas son de Bélgica), además de un *pretzel* esponjoso y un *schnitzel* de una terraza típica alemana a un par de manzanas. De postre, pedimos un pudin de plátano de Magnolia Bakery y bebemos vino que Henry robó de L'italiano.

Le cuento sobre aquella vez que nos pillaron a Sonya y a mí enviándonos mensajes en pleno examen de matemáticas y el director nos confiscó los móviles, y Henry me cuenta la historia de cómo se conocieron sus padres y cómo siempre habían querido tener hijos pero no estuvieron seguros de que fuera posible hasta que lo tuvieron a él. Derramo un poco de consomé en la camisa que Henry me ha prestado y cuando proclamo en voz alta que soy un desastre, me regaña: «Deja de hablar así de una persona que me gusta mucho».

Me comprometo a no volver a decirlo.

Siento como si hubiera regresado a su lado tras un largo viaje, como si lo hubiera conocido en una vida pasada, en vez de hace tan solo unos meses. Es un tipo de familiaridad que habita bajo la piel y me calienta desde el interior. Me pregunto si Henry también siente lo mismo.

Nueva York emite sonidos sordos a nuestros pies. Unas sirenas atraviesan el aire. Un coche se detiene en una intersección y puedo sentir las vibraciones del rumor de la música a través de las paredes del piso de Henry. Inhalo su aroma, dejo que me llene los pulmones y me invada el cuerpo… y la vida. Por primera vez en mucho tiempo, en este preciso lugar con esta precisa persona, siento que estoy justo donde tengo que estar.

CAPÍTULO 27

Dejo que la puerta se cierre de un portazo cuando entro al piso. Quiero que Sonya sepa que he llegado a casa. Quiero que salga corriendo de su habitación, la verdad, como si fuera un reloj de cuco.

Como esperaba, se oye el clic del pomo de su puerta, y Sonya se dirige sin hacer ruido al salón.

—Perdona, ¿dónde llevas metida estos dos últimos días? —pregunta alzando una ceja—. ¿Llevas el mismo vestido con el que te vi la última vez?

Dejo el bolso en el sofá y saco una compresa de hielo del congelador.

—¿Está Jamie? —Me dejo caer en el sofá, con la compresa de hielo sobre el pecho.

—No esquives la pregunta. Llevo sin verte desde que subí a Henry a hurtadillas a la azotea. Eso fue hace dos días. ¿Estás enfadada?

—No. —Me cubro las manos y me echo a reír de forma histérica—. No estoy enfadada, de eso no cabe duda.

—Bennet, ¿al final lo hiciste? —Lanza un grito. Me río más fuerte todavía. Es una risa nerviosa y no puedo parar—. ¡Bennet! ¡Qué dices!

—Es tan ridículo todo. —Me seco una lágrima.

—¿Os habéis acostado?

La miro escondida por entre los dedos, incapaz de ocultar la sonrisa de oreja a oreja que se me dibuja en la cara.

—Puede ser.

—Estoy tan orgullosa que podría echarme a llorar. —Se acurruca a mi lado en el sofá—. Nunca te he visto así, al menos, no desde Sam.

—¿Así cómo?

—No sé. —Se recoge el pelo en un moño y se abanica el cuello—. Atolondrada.

Tiene razón. Llevo en una relación estable con la miseria desde que me vine a vivir aquí, pero Henry me ha convertido en un montoncito blandengue de esperanza.

—Ya. —Sonrío—. Puede ser.

—Lo digo en serio. Desde que apareció en tu vida te has estado riendo más y has salido de tu caparazón.

Me coloco la compresa de hielo en el otro lado del pecho.

—¿Es antifeminista? —pregunto con sinceridad.

—¿El qué?

—Que un hombre me haga así de feliz.

Resopla y pone los ojos en blanco.

—Jamie me hace así de feliz y desde luego que un hombre no es.

Me muerdo el labio.

—Me parece que está mal…

Me pone los pies sobre el regazo.

—Creo que solo es amor.

—Yo no he dicho nada de que sea amor.

—No has tenido que hacerlo. —Sonríe como una diabla.

Me estremezco.

—Qué asco.

—Lo sé, es lo peor.

—Henry no puede ser mi única fuente de felicidad. No puedo depender de él para ser feliz.

—Míralo así. —Cruza los tobillos en mi regazo—. Imagina que tu alma está compuesta por un puñado de cerillas. No están encendidas ni nada, están ahí quietas. ¿Hasta aquí todo bien?

—De momento sí.

—Cada una representa un aspecto de tu vida. Una cerilla para el amor, una para la familia, otra para el trabajo y así con todo aquello que nos llena. ¿Me sigues?

—Ajá.

—Has estado echándoles agua a las cerillas para mantenerlas en perfecto estado porque que prendan fuego da miedo y podrías acabar quemándote, pero las cerillas no están hechas para estar mojadas, sino para arder. Basta con que pase algo para que una cerillita se encienda, haga efecto dominó y se enciendan todas las demás. Solo tienes que encender la primera.

Hago una mueca de confusión y acto seguido tengo que reprimir una sonrisa porque recuerdo a Henry cuando se burló de las muecas que hago.

—Henry podría ser aquello que te encienda —continúa Sonya—, como también podrían serlo miles de cosas más. Pero tienes que dejar de echarles agua a las cerillas o nunca pasará nada y te quedarás atrapada en un ciclo de tristeza hasta que te mueras sola entre tus propios desechos.

Me retuerzo del asco.

—Espeluznante. ¿Cuándo se te ocurrió esa analogía?

—La acabo de improvisar. ¿Te ha impresionado?

—La verdad que un poco, sí.

Retira las piernas de mi regazo y se levanta.

—Voy a hacerle una visita a Jamie en la cafetería. —Coge su bolso del perchero junto a la puerta—. Dale una vuelta, ¿vale? Enciende una cerilla.

—Saluda a Jamie de mi parte.

—¿Puedo contarle que por fin te has tirado al buenorro con el que llevas ligando desde mayo? —me contesta a gritos desde el pasillo.

—¡Sonya, baja el volumen! —La puerta se cierra de un portazo antes de que pueda responder.

Abro la puerta del congelador y meto la cabeza dentro. Las cerillas arden con intensidad, eso está claro, pero también se consumen rápido, ¿no? ¿Qué pasa entonces?

El pasado sigue presente en mi vida, es una sombra de la que no me puedo desprender, incluso con la luz de Henry. Podría perderlo en cualquier momento. Al fin y al cabo, ¿no es lo que hago, alejar a

la gente y andar buscando que algo salga mal? ¿No es eso lo que hice con Sam, con Andy, con Sonya y con Jamie?

Sé que quiero ser feliz. Sé que, en el fondo, cada fibra de mi ser quiere volver a sentir cosas buenas, quiere volver a amar. Y aun así… Aun así hay algo que no me permite entregarlo todo. Algo alteró mi química cerebral para que ahora se centre en el dolor y el sufrimiento, como si no me mereciera vivir de otro modo.

Me meto en la cama —la ropa huele al detergente de Henry— e intento no pensar en las mil y una formas en las que podría fastidiarlo todo.

CAPÍTULO 28

Veo a Henry todos los días.

Ahora que ya está todo claro con Jamie, Sonya y Henry, es como haber suspirado de alivio. Henry encaja perfectamente con nosotras. Se tragó tanto *Mamma Mia!* como *Mamma Mia! Here We Go Again*. Pero aquí viene lo bueno: le acabaron encantando.

Siento que me estoy metiendo cada vez más de lleno, que lo deseo más y más. Nos pasamos por el bar con música en vivo Arlene's Grocery para ver a Terrance tocar con su banda, los Curtanas. No pude sacar a Henry de la pista de baile; me hacía girar y me apretaba contra su cuerpo mientras nos movíamos al son de la guitarra de *heavy metal*. Volvimos al refugio de perros para presenciar cómo el nuevo dueño adoptaba oficialmente a Fred y a ambos se nos saltaron las lágrimas cuando los vimos avanzar al trote por la calle y perderse entre la multitud. Henry silbó *The Way You Look Tonight* todo el trayecto hasta que llegamos a su piso, una oda a nuestro viejo amigo Fred en su viaje a casa. Caminamos del brazo por el mercadillo nocturno de Queens, que olía a palomitas dulces, *dumplings*, kebabs y al humo de las parrillas carbonizadas de los vendedores ambulantes.

Nuestro *Passion Project* se ha convertido en noches que pasamos juntos, besos entre paradas de metro, almuerzos en L'italiano. Se ha transformado en sexo mañanero y café vespertino. Días relajados en los que nos aprendemos el cuerpo del otro, qué nos gusta y qué no. Cómo puedo hacer que Henry se deshaga en mis manos y cómo él puede hacer lo mismo conmigo. Me cuenta historias sobre Denver,

sobre hacer senderismo con su padre, y yo le enseño fotos de mi familia, de Andy, de los Chase.

También he estado yéndome de aventuras yo sola. La semana pasada fui a una clase de cerámica en Queens. La anterior, a una para aprender a hacer pasta en la cadena Eataly. Entré sin más a un espectáculo de Broadway, me senté en la última fila y acabé llorando en silencio con el final. Leí en voz alta un poema en una cafetería delante de todos los presentes. Me pasé medio día perdida entre las estanterías de la librería Strand y luego una mujer me leyó el aura en Chinatown. También acabé probando un *pretzel* de un vendedor ambulante… y la verdad que no estaba tan mal.

Sonya me está enseñando a tejer y yo he vuelto a hacerle listas de música.

Después de cada escapada, llamo al timbre de Henry. Normalmente me lo encuentro en chándal y sin afeitar, revisando las fotografías de las sesiones. Me atrae hacia él y me besa como si me hubiera echado de menos, mucho de menos. Me pregunta si he encontrado ya mi pasión y le digo que no con la cabeza. Todavía no.

Esta mañana estamos en mi casa.

—¿Me pasas una cuchara? —Henry se sirve una taza de café de mi cafetera de émbolo.

—Ajá —bostezo. Tengo que estar en la biblioteca dentro de una hora y Henry tiene el último turno en el restaurante, lo que significa que no podremos pasar la noche juntos.

Mi dedo se topa con un trozo de papel en el cajón de los cubiertos. Saco la cartulina gruesa y la sujeto entre los dedos índice y el pulgar, sosteniéndola con cuidado, como si fuera una bomba que pudiera explotar de un momento a otro. Es la invitación a la boda de Andy. Me había olvidado por completo. En realidad, no la había olvidado, la había estado ignorando.

¿Cómo puedo mirar a la cara a los Chase, la familia tan cariñosa a la que alejé de mi vida? Siento que se me abre un agujero en el estómago.

He estado dando saltitos por Nueva York, el hogar que debería haber compartido con su hijo, con otra persona. Y he sido feliz. Es como si les diera una bofetada en la cara.

Henry se acerca por detrás, me da un beso en el cuello y mi mente se acalla.

—Sonya no está en casa, ¿verdad? —susurra.

—No. —Hago que me rodee los hombros con los brazos y que me estreche contra él.

Desliza sus manos por mi cuerpo y las coloca sobre mi vientre.

—Esta noche te voy a echar de menos —me susurra mientras me da mordisquitos en la oreja.

—Echa el freno, Madaleno; tengo que prepararme para ir a trabajar —le digo, aunque no me aparto.

—Que le den al trabajo —responde. Sube una de sus manos por mi cuerpo y la posa en mi pecho, me acaricia lentamente el pezón con los dedos por encima de la camiseta—. ¿Qué es eso? —pregunta cuando ve la invitación.

Es ahora o nunca. No puedo seguir posponiéndolo.

—La invitación para la boda.

Me giro para quedar cara a cara, sostengo la invitación entre los dos.

—Soy lo más en las bodas —dice con una amplia sonrisa. Sus ojos brillantes me taladran el corazón— y se me dan genial los padres.

—¿No crees que… a lo mejor… es un poco raro que te lleve…, mmm…, a la boda de la hermana de mi exnovio fallecido? —Sé que ya le pedí que me acompañara, pero ahora que nuestra relación ha cambiado, se me hace raro.

Se aparta un tanto, rascándose la mandíbula.

—¿No quieres que vaya?

—No, no es eso. —Tomo aire—. ¿No te parece inapropiado?

—Depende. —Se encoge de hombros—. Depende de en calidad de qué quieras llevarme.

Me cruzo de brazos.

—No lo sé.

—No suelo enredarme con cuestiones semánticas, pero si te refieres a «llevarte al tío que es solo un amigo con el que te acuestas», entonces diría que no debería ir. Pero si te refieres a «tu novio»… —Sonríe con timidez—. La verdad que sí que me gustaría ir. —Se detiene al notar que vacilo—. A menos que no quieras… ya sabes, hacerlo oficial.

—No lo sé —admito, y es la verdad—. Me da miedo.

—No pasa nada. —Su rostro se anima—. Todo lo que vale la pena da al menos un poquito de miedo.

—¿Y si rompemos?

—¿Y si va todo bien y somos felices? —replica, sosteniéndome el rostro con las dos manos.

Cierro los ojos e imagino cómo sería; no distaría mucho de cómo estamos ahora. Todo lo que hemos hecho este verano me ha asustado un poco, pero también ha valido la pena. Me he enfrentado a muchos de mis miedos, incluido el colgarme del lateral de un rascacielos, y he salido victoriosa.

Cuando abro los ojos, veo que me mira con esperanza y siento el mismo subidón de adrenalina que me invadió en el rascacielos.

—Vale —acepto, con la voz un poco quebrada.

—¿Vale? —Sus ojos se iluminan y sus labios empiezan a esbozar una enorme sonrisa.

Le tomo del rostro y lo beso. Me rodea la cintura con los brazos y me estrecha contra él. ¿Cómo puede saber así de bien por la mañana? Sabe a cosquillas, a calidez, a pan caliente con mantequilla.

—Sí —le digo.

—Eres mi novia —me susurra entre besos.

Novia es algo que solo he sido con Sam. Siento vértigo al volver a oírlo, al volver a serlo.

Me levanta en brazos y me lleva al salón, donde me tumba en el sofá. Le quito la camiseta. «Soy su novia».

Desliza las manos por mi espalda y las posa en mis caderas. Le pongo la mano entre las piernas y me complazco al notar que ya está listo y que no tendré que esperar mucho para volver a tenerlo dentro.

Saco un preservativo del bolso, que está en el suelo, y le ayudo a ponérselo.

Me quita el pijama y lo aparta a un lado. Vuelvo a acercar sus caderas a mi cuerpo, lo rodeo y aprieto con las piernas. El sofá cruje bajo nuestro peso. Que se desarme, no me importa.

—Mi novia —suspira cuando se adentra en mí. Me aferro a sus hombros con el deseo de que ser su novia ahuyente el miedo.



En la biblioteca, abro la página web de la boda con la barbilla apoyada en una mano. Les echo un ojo a las fotos de la pedida de mano, con unos colores brillantes preciosos que parecen que van a salirse de la pantalla. Andy y Theo se ven tan felices que podría ponerme a llorar.

Cuando leo sobre el séquito nupcial me avergüenza no conocer a nadie. ¿Cómo ha podido cambiar tanto la vida de Andy en tan solo un par de años? El hermano de Theo, Alonzo, es el padrino, y una mujer que se llama Vanessa es la dama de honor. Tiempo atrás, Andy quería que yo fuera su dama de honor y que Sam fuese el padrino. Ninguno de los dos lo somos.

Continúo bajando por la página hasta que llego al final y lo veo. Una foto pequeña de Sam con un pie de foto: «Padrino de boda honorífico: Samuel Chase». Tenso la mandíbula. Llevo años sin ver una foto suya. No me he permitido hacerlo. Lleva traje y corbata y sale sonriendo delante de un arbusto de hortensias. Es de la graduación. Ese día le até la corbata.

Recuerdo verlo cruzar el escenario con un nudo en la garganta por el miedo a qué nos deparaba el futuro tras la graduación. Recuerdo sentirme orgullosa, aunque también triste de puro egoísmo porque sabía que todo iba a cambiar. Andy y yo estábamos sentadas juntas entre el público con el señor y la señora Chase; los cuatro ocultábamos las lágrimas para que los demás no las vieran, reprimiendo las emociones que conlleva el crecer y pasar página. Después de la ceremonia, los Chase me invitaron a cenar y tuve la sensación de que era un momento suspendido en el tiempo. Deseé poder quedarme para siempre en esa mesa, apretujada en un restaurante entre Sam y Andy, dando sorbos a tés helados y picando patatas fritas.

Bajo para leer el texto.

Hermano de la novia. Samuel Chase falleció en un trágico accidente, pero la familia siente su presencia todos los días. La novia llevará un pequeño parche de uno de sus jerséis de béisbol cosido en el corpiño del vestido en su honor y para que la acompañe en cada paso del camino.

Me falta el aire y respiro de forma entrecortada. Se me hace un nudo en la garganta. Cierro la página y hago como que no he visto nada. Me tiemblan los dedos mientras bajo hasta la sección para confirmar la asistencia y encuentro mi nombre en la lista. Hago clic para confirmar la cena de ensayo antes de la boda y elijo tanto el pollo como el filete de ternera para que Henry y yo podamos compartir.

Dios santo, ¿qué van a pensar de mí?

La familia Chase me acogió en cuanto Sam me presentó. Me colmaron de regalos en cumpleaños y fiestas, me invitaron a las vacaciones familiares, me quisieron porque Sam me quería. Se solían referir a mí como su tercera hija.

¿Cómo va a estar bien que traiga a alguien nuevo a la boda? ¿Que lleve sin hablarles tantísimo tiempo y me presente con un

novio nuevo que no es su hijo?

Invitar a Henry me surgió de forma espontánea. Pensé que sería la persona ideal para que me acompañara, ya que casi todo aquel que lo conoce lo acaba adorando. Cuando se lo pregunté, me imaginé presentándolo como el nuevo amigo que había hecho en Nueva York, no como mi novio. Son dos cosas completamente diferentes. La primera les hace ver que estoy bien, que estoy intentando poner mi vida en orden. La segunda les hace ver que he pasado página y me he olvidado de su hijo. Que soy feliz, cuando debería estar de luto.

Saco el teléfono del bolsillo y abro los mensajes con Andy.

> ¿Tu dirección sigue siendo la misma? Vamos a enviar las invitaciones enseguida.

Nunca le respondí. Madre mía, qué petarda puedo llegar a ser. Me paso muchísimo tiempo dándole vueltas a si debería disculparme por no responder o actuar como si nunca hubiera pasado y decirle que voy a ir a su boda. Me paso tanto tiempo rumiándolo que Andy se me adelanta y me suena el teléfono.

> Acabo de recibir una notificación de que has confirmado asistencia. ¿Vas a venir? ¿Con un acompañante?

Se me encoge el pecho y aprieto con más fuerza el móvil.

Andy vuelve a escribir.

> ¿A quién vas a traer?

¿Cómo diantres puedo explicárselo? No lo pensé. Para nada. Tecleo una respuesta:

Voy a traer a mi nuevo novio, lo que me parece una auténtica traición a ti y a tu familia porque estaba con tu hermano y ahora está muerto por mi culpa.

Borrar.

No veo la hora de restregarte a mi nuevo novio por la cara después de haber abandonado

Borrar, borrar, borrar.

Sujeto el móvil entre las manos y cierro los ojos con fuerza. Se me llena el pecho de pánico hasta que parece que va a sofocarme, impidiendo que la sangre me llegue a la cabeza.

Me acompaña un amigo.

Enviar.

Acto seguido, se me revuelve el estómago. Estoy bastante segura de que mentir era la peor opción, y eso es justo lo que he hecho. Henry no es mi amigo y ya está, para nada, y eso salta a la vista con tan solo vernos interactuar. Abro los mensajes para comprobar si por algún milagro no lo envié, pero Andy ya está escribiendo una respuesta.

Si quieres una habitación
para tu amigo, uno de mis primos
ha cancelado a última hora,
así que tenemos una libre en el hotel.
Es tuya, si quieres.

No se comparte habitación de hotel con personas que solo son tus amigos, ¿verdad? Y menos aún cuando es la propia novia la que

te ofrece una. Esta mentira ya se me ha ido de las manos y la he contado hace solo dos segundos.

Yo me ocupo, pero te lo agradezco.

Sé lo mucho que te importa
el espacio personal. Envíame
el nombre de tu amigo y ya está.

No puedo discutírselo. Es la novia. La novia siempre lleva la razón.

Henry Adams.

Aparecen los puntitos azules en la parte inferior de la pantalla y llega el mensaje de Andy.

Te envío la confirmación.

El corazón me late como un puto martillo hidráulico. Vuelve a escribir:

El finde voy a estar muy liada,
pero me gustaría que nos pongamos al día.
¿Te parece el domingo por la mañana?

Me muerdo el labio y espero que no sangre.

Me encantaría.

Unos segundos después, recibo la confirmación del hotel de Los Ángeles con una habitación a mi nombre y otra a nombre de Henry. Dejo caer la cabeza en el escritorio que tengo delante y me autocompadezco un par de segundos, luego guardo el móvil. No puedo ni verlo ahora mismo.

¿Cómo voy a explicarle lo de las dos habitaciones? Si le cuento que le he mentido a Andy y que le he dicho que solo somos amigos, le va a molestar. Si le cuento a Andy que le he mentido y que Henry en realidad es mi novio, le va a molestar. Estoy intentando salvar esta relación, no prenderle fuego.

«Espabila, Bennet».

Puede que todo vaya bien y que Henry no se enfade porque haya reservado dos habitaciones de hotel separadas, y que Andy no se entere de que Henry es mi novio, y que me salgan arcoíris y cerdos volando por el culo y que empiecen a bailar la *Macarena.*

Me inclino sobre el escritorio, tapándome la cara con las manos. No entiendo por qué no puedo dejar de liarla.

CAPÍTULO 29

Nos compré el vuelo más barato que pude encontrar. Henry está mirando por la ventana, tamborileando en el reposabrazos que nos separa.

—¿Todo bien? —pregunto cuando me doy cuenta de su nerviosismo al sobrevolar el cielo. Insistió en que, a pesar de su miedo a las alturas, prefería el asiento de la ventanilla al del pasillo para que yo no tuviera que pasar por encima de él si necesitaba ir al baño.

—Sí —asiente—. Las alturas no me suponen un problema tan grande cuando estoy dentro de algo. A diferencia de, qué sé yo, si estuviéramos en lo alto de un rascacielos sin una red de seguridad.

Me río.

—Pero sobrevivimos, ¿o no?

—Sobrevivimos. —Se inclina sobre el asiento y me aprieta la rodilla. Descanso la cabeza en su hombro y noto la serenidad que me invade en cuanto entro en contacto con él. Un bebé llora dos filas por detrás de nosotros y un hombre se está comiendo un sándwich rancio al otro lado del pasillo, pero, al descansar la cabeza sobre su hombro, el mundo se calma un poquito. Puede que este fin de semana no sea un desastre total. Por la ventanilla de su lado, veo de refilón la tierra a nuestros pies, luego consulto el rastreador de vuelos en la pantalla que tengo delante. Le doy un toque a Henry en las costillas.

—Eso es Colorado —anuncio, apuntando con el dedo por la ventanilla.

Sonríe mientras mira de reojo.

—Sí que lo es.

—¿Lo echas de menos?

—Sí. —Mantiene la vista fijada en la ventanilla, contemplando el suelo que hay debajo—. Un día de estos te llevaré a Denver y nos iremos de senderismo.

—Vas a cortar conmigo en cuanto veas lo poco en forma que estoy.

—Merecerá la pena, te lo prometo. —Una idea le cruza por la mente—. Como dijo Jane Austen: «¿Qué son los hombres al lado de las rocas y las montañas?».

—Espera un segundo. —Siento un cosquilleo en el corazón—. No te creo.

Asiente con la cabeza, satisfecho.

—Ajá.

—*¿Orgullo y prejuicio?* ¿Has visto la peli?

—Me he leído el libro y he visto la peli. Tenía que saber de dónde venía tu nombre. Aunque te habrás dado cuenta de que no te pareces en nada a Lizzy, ¿verdad? Es difícil saber lo que piensas, eres sombría y taciturna, un poco fría, aunque de forma atractiva…, e increíblemente amable y dulce cuando te conocen. Eres el señor Darcy.

—¿Y eso te convierte precisamente a ti en Lizzy, o qué?

Sacude la cabeza.

—Yo me parezco más a Bingley.

—O sea, en tu versión ¿Bingley y Darcy están juntos?

Se encoge de hombros.

—Creo que eso haría muy feliz a un montón de personas que escriben *fanfiction* —dice.

Lo observo boquiabierta, con la mandíbula desencajada.

—¿Qué pasa? —pregunta—. Puede que le haya echado un vistacillo a algún que otro texto de los fans cuando estuve investigando.

—Flipante. No me puedo creer que te los hayas leído.

—Lo que sea por mi chica. —Me da un beso tierno y cariñoso que llega incluso a convertir la pequeña cabina de este avión en

Pemberley, la morada del señor Darcy. Cuando estoy con Henry, me siento arropada, tranquila y como si me derritiera… Mierda. Va a ser imposible mantener esto en secreto.

Coloco la mejilla en su hombro y siento el ritmo de su respiración con la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo que lleva un tiempo rondándome por la cabeza? —pregunta.

Asiento.

—¿Por qué a Alexandra la llaman Andy? No parece un apodo muy intuitivo.

Noto cómo las mejillas se me estiran con una sonrisa al inundarme una oleada de recuerdos.

—Porque cuando Sam y Andy eran pequeños, vieron *Toy Story* juntos y Andy se obsesionó. Escribió «Andy» en la suela de todos los zapatos de Sam y… se quedó.

Se hace el silencio cuando me empiezan a arder los ojos. Henry me acerca más a él y me da un beso en la frente.

Solo quedan un par de horas hasta que mis mundos colisionen. Me imagino a Henry dándole la enhorabuena a Andy y la mano al señor Chase. Me lo imagino bromeando con Theo y rellenando la copa de champán de la señora Chase. Todo lo que haga les dejará claro que no es Sam, que es Henry. Compararán su manera de hablar, de reírse o de vestirse con cómo lo hacía Sam. ¿No está mal? ¿No es una invasión? ¿No debería sentirme más abatida?

De repente me entra calor, empiezo a sudar y a necesitar espacio con urgencia. Me desabrocho la sudadera con capucha y me la quito a tirones tan rápido como puedo. Aunque no es un gran alivio, me siento más libre.

Henry descansa las manos sobre sus rodillas.

—Sé que no va a ser fácil, pero creo que este fin de semana es un gran paso para ambos.

«Cuéntale lo de las habitaciones del hotel ya», me grita el cerebro, pero mi corazón solo quiere que esta situación se acabe.

—Yo también lo creo —digo, notando cómo el miedo se apodera de mí.

—Para mí es muy importante que quieras que esté ahí contigo. Siempre lo es, pero en especial ahora que estamos juntos. —Su pecho sube y baja—. Gracias por dejarme ser parte de esto, Bennet. No me tomo a la ligera el conocerlos.

Cierro los ojos, vuelvo a acurrucarme sobre su hombro y me hago la dormida mientras me acaricia el pelo.

Lo único en lo que puedo pensar es en lo sincero que es Henry, en que no me pide mucho, y, aun así, no consigo dárselo. En lo mucho que *me gustaría* dárselo, y, aun así, sigo tomando las peores decisiones.

El bebé que hay dos filas por detrás profiere un grito desgarrador.

Te entiendo, cariño. Yo también.



El hotel Amaya es un destino de ensueño para las redes sociales. Cada rincón es digno de subirse a Instagram. Las paredes están pintadas de un blanco cremoso y el suelo está cubierto de baldosas pulidas a juego. Hay suculentas en todas las mesas, macetas con palmeras en cada esquina y helechos frondosos que parecen confeti colgados del techo. Las paredes están salpicadas de flores coloridas que transmiten el encanto ideal de un día soleado en Los Ángeles. Es precioso, aunque un poco falso.

Trato de no parecer alarmada mientras ojeo el vestíbulo en busca de alguno de los Chase. La ceremonia se celebrará en la playa mañana al atardecer, pero esta noche será la cena de ensayo en el restaurante al aire libre del hotel, con vistas al mar.

—Hola, bienvenidos al hotel Amaya —nos saluda la recepcionista cuando nos acercamos—. ¿Cómo os puedo ayudar?

Me aclaro la garganta y contesto en voz baja.

—Para hacer el *check in*, a nombre de Bennet Taylor.

—Estamos en el ala de habitaciones de la familia Chase —añade Henry.

Teclea en el ordenador y busca nuestra reserva.

—Ah, sí, aquí la tengo.

—Oye. —Se vuelve hacia mí, radiante—. ¿Crees que tendremos vistas al mar?

Ay, Dios. Se lo tengo que decir. Se lo tengo que decir ya.

—Una cosa, sobre la habitación…

—Dos habitaciones con cama matrimonial. Habitación 307 para la señorita Taylor y habitación 407 para el señor Adams. Parece que están una justo encima de la otra.

—Vaya, debe de haber un error —dice Henry—, solo necesitamos una habitación.

La mujer frunce el ceño ante la pantalla del ordenador.

—Aquí dice que la reserva se hizo en un primer momento para una habitación, pero que se cambió hace un par de días a dos habitaciones.

Henry la mira con expresión de no comprender.

—Me parece que la reserva era para dos personas, una habitación.

—Henry —Me vuelvo hacia él—. Tiene razón, son dos habitaciones.

—¿Cómo? —Me mira estupefacto—. ¿Por qué?

—Ahora te lo explico —murmuro entre dientes.

—A la piscina de la azotea se accede desde la planta quince con la llave de la habitación. Hay toallas a vuestra disposición en la piscina o en la playa. —Señala la puerta corredera de cristal en la parte posterior—. A la playa se accede por esas puertas. Espero que disfruten de su estancia.

Henry aprieta la mandíbula al coger la llave. Empuja la maleta hacia el ascensor. Lo sigo arrastrando los pies.

—¿Por qué has reservado dos habitaciones? —pregunta—. ¿Cuándo me lo ibas a decir? —Se detiene para llamar al ascensor.

—No lo sé, ¿ahora?

—Estoy confundido —dice cuando las puertas del ascensor se abren con un sonido metálico y nos arrollan unos huéspedes, como si fuésemos pedruscos en mitad de un arroyo caudaloso.

Metemos las maletas en el ascensor. Pulso el botón de la tercera planta. Henry rechina los dientes y pulsa el de la cuarta.

—Andy tenía una habitación libre y… me sentí incapaz de decirle que no.

Se pasa una mano por el pelo a la vez que una expresión indescifrable le cruza el rostro.

—La verdad es que me apetecía pasar tiempo con mi novia.

Tengo que contarle lo otro, que no saben que estamos juntos. De un tirón, como si fuera una tirita.

—Hay algo más —vacilo cuando el ascensor empieza a subir—. No saben que eres mi novio y… —Respiro por la boca, me noto los latidos del corazón en el cuello—. Y me gustaría que se mantuviera así.

Me mira con el ceño fruncido.

—Vaya —musita. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero se lo piensa mejor.

Vamos por la segunda planta. Solo me quedan treinta segundos para arreglarlo.

—Me parece irrespetuoso que nos toquemos y nos besemos delante de ellos —me explico—, por lo de Sam.

Se pasa la mano por la cara.

—Lo entiendo —dice—, pero creía que al menos querías que los conociera.

—Sí que quiero —le respondo—, ¡y lo harás! —Las puertas se abren en mi planta. Salgo del ascensor y me vuelvo hacia él—. A lo mejor en un par de meses te presento como mi novio. Piensa que es una ronda de calentamiento.

Me aparta la mirada.

—¿Una… prueba?

—Una prueba no. —Tuerzo el gesto—. Es que no quiero soltarlo todo de golpe cuando llevan años sin verme.

—No, si lo entiendo —dice con expresión disgustada—. Tiene sentido.

—Esto no tiene que cambiar nada. Los conocerás igualmente y seguirás siendo tan encantador como siempre; solo será un poquito diferente. Podemos seguir pasándonoslo bien, ¿no?

—Tan encantador como siempre —murmura. Traga saliva, tiene el cuerpo tenso—. ¿Por qué no me lo contaste antes, en vez de soltármelo de repente en el último segundo?

Me muerdo el carrillo por dentro y me pregunto cómo podría explicárselo todo.

—Porque no quería que me miraras como lo estás haciendo ahora mismo —digo— y también porque me pone muy nerviosa verlos. Necesito de verdad que todo vaya bien.

—¿Sabes qué? —Tuerce la boca y desvía la vista al suelo—. Tienes razón, no quiero enfadarme por esto —prosigue—. Este fin de semana es importante para ti y confío en tu juicio. Si es lo que quieres, me parece bien.

«Menos mal», pienso.

—No sabes cuánto me tranquiliza oírte decir eso —digo—. Me daba mucho miedo que pensaras que no te quería aquí. Sí que quiero tenerte aquí. Te necesito aquí.

Niega con la cabeza y sujeta la puerta del ascensor para que podamos terminar de hablar.

—Voy a echar de menos dormir a tu lado, eso es todo.

—Yo también —admito—. ¿Podemos seguir hablando de esto luego? Vamos a deshacer las maletas, ¿me recoges luego para que nos tomemos algo antes de la cena de ensayo?

—Me parece un buen plan. —Esboza una sonrisa, una de verdad, que le recuerda a mi corazón por qué es una buena idea tenerlo aquí. Por qué *él* es una buena idea. Su empatía y entendimiento sin fin, su amabilidad y sinceridad incluso cuando me equivoco… Es casi

demasiado bueno para ser cierto. Demasiado bueno para mí, al menos. Demasiado bueno para merecérmelo.

Las puertas del ascensor se cierran y empujo la maleta por el pasillo exterior. Me detengo en la habitación 307 y abro la puerta con la llave. A mis pies, la alfombra de la habitación es mullida. La decoración de las paredes está compuesta por fotos de palmeras y cactus sobre un fondo de cielo algodón de azúcar. Sobre la cama hay una reproducción gigantesca en blanco y negro del letrero de Hollywood.

Frente a la entrada hay una puerta de vidrio que da a un balcón. Cierro los dedos en torno al tirador y la deslizo para abrirla y revelar una vista asombrosa a un océano azul cristal. El aire, cálido y salado, me llena los pulmones mientras el sol me calienta la piel. Desde aquí, las olas no parecen más que pequeñas ondas. Los niños chapotean y hacen *bodysurf* mientras sus padres están tumbados y fingen leer a la sombra de grandes sombreros de paja. Los barcos pasan a toda velocidad, tirando de personas a bordo de lanchas neumáticas o haciendo paravelismo.

Me siento en una de las sillas del balcón y me llevo las piernas al pecho para descansar la barbilla en las rodillas. Intento inventarme historietas sobre las personas que hay en el agua, como hicimos Henry y yo aquella tarde en el parque, pero no es lo mismo. Me parece ridículo hacerlo sola, artificial.

¿Por qué me hago esto? ¿Y a él? No quiero estar lejos de él, aunque solo sea un par de noches.

Claro que echo de menos a Sam. Por supuesto. Sin embargo, puede que me sienta un poco culpable porque ya no lo echo de menos de la misma forma. Puede que me sienta culpable porque, en este momento, extraño más a Henry, y eso que tan solo está a una planta de distancia.

¿En qué clase de persona me convierte eso?

Echo la cabeza hacia atrás y observo el balcón que tengo encima, del mismo tamaño y forma que el mío, y me pregunto si Henry estará ahí fuera, contemplando el mar, igual que yo.

CAPÍTULO 30

Me paso un vestido de segunda mano naranja por la cabeza y me ato los tirantes para crear unos lacitos perfectos. Me abrocho un par de sandalias beis de tiras y me peino el pelo. Me extiendo un poco de colorete rosa en las mejillas y me pongo el perfume de Sonya en las muñecas.

Quizá no lo tengo todo bajo control, pero puedo dar el pego, desde luego. Al menos lo suficiente como para afrontar a la familia Chase.

«Tú puedes».

Me dejo caer en la cama, con cuidado de no manchar de maquillaje las almohadas blancas, y le envío un mensaje a Henry.

¿Listo para tomar algo?

En la pantalla aparecen unos puntitos azules mientras me contesta.

Acabo de llegar de la playa. Tengo que darme una ducha rápida. Tardo cinco minutos.

Cierro los ojos con la cabeza apoyada en la almohada e intento tranquilizarme, pero tengo en el estómago un nudo tan apretado que me cuesta respirar. No he sido capaz de ingerir un solo bocado en todo el día solo de pensar en esta noche, y me siento aturdida y grogui.

Cuando llaman a la puerta vuelvo a la realidad y me levanto de la cama para abrir. Henry tiene el cabello húmedo y desaliñado, y las

mejillas sonrosadas por el sol. Lleva una camisa verde claro remangada hasta los codos y unos pantalones entallados azul oscuro. Huele a gloria, como a coco y sal.

—Hola —lo saludo, de repente vergonzosa al estar ante él.

—Hola —dice, clavado en la puerta, sin acercarse a mí.

—Estás, cómo decirlo, tremendamente bueno, ¿eres consciente?

—Mira quién fue a hablar —me dedica una sonrisa y el corazón me da un vuelco.

Me toma la cara entre las manos y me da un beso lento. Los brazos se me quedan sin fuerza; quiero acercarlo más a mí, pero tengo la cabeza llena de abejas que zumban. Paso los brazos por su cintura y siento cómo la calidez de su cuerpo repone mi energía.

Coloca el mentón sobre mi cabeza.

—Va a ser complicado fingir que no estoy loco por ti esta noche —me susurra cuando me aprieta más fuerte con sus brazos.

«Para mí también», pienso.

Sin previo aviso, se me vienen a la mente los ojos de Sam. Sus ojos grandes y fervorosos. De golpe tengo la sensación de que me estoy ahogando, asfixiando, como si las paredes del hotel se me estuvieran derrumbando encima y yo fuese incapaz de moverme.

Me retiro de Henry rápido y me paso las manos por la parte delantera del vestido; espero que no se me haya arrugado mientras nos apretujábamos.

—¿Vamos? —digo mientras cojo la tarjeta de la habitación y mi bolso.

Henry me guía con la mano en la cintura hasta el ascensor. Miro a mi alrededor para cerciorarme de que no hay nadie en el pasillo. Cuando me doy por satisfecha y confirmo que estamos solos, le tomo la mano y no nos soltamos en todo el camino.

Las puertas del ascensor se abren para revelar la recepción y nos encaminamos al bar del hotel. Me siento en un taburete alto y balanceo las piernas sin llegar a tocar el suelo. Pide una cerveza para él y un vino rosado para mí, que nos bebemos en silencio mientras una agradable melodía ocupa la terraza.

—Bueno… —El estómago me hierve de los nervios. Respiro profundo—. ¿Cuál es nuestra historia?

—¿A qué te refieres? —pregunta mientras examina la flor de un cactus en una maceta con suculentas que hay en la barra. Este sitio está repleto de ellas.

—Pues me refiero a… ¿Cómo nos conocimos? ¿De qué nos conocemos? De cara a los Chase.

Cruza las manos en el regazo y aprieta los labios.

—¿Qué tiene de malo la verdad?

—No podemos contarles exactamente cómo nos conocimos de verdad —respondo. Las mejillas se me encienden al recordar aquella fatídica noche, cómo Henry me pidió salir con él, cómo eché hasta el alma y derramé vino por todos lados—. Nos conocimos en el trabajo. Estabas trabajando de forma temporal en el mismo sitio que yo e hicimos buenas migas en un santiamén tras un par de turnos. ¿Qué te parece?

Frunce el ceño.

—¿Ahora no puedo tampoco ser sincero sobre quién soy? ¿Ni a lo que me dedico?

—No lo veas de ese modo —digo—. Sigues siendo tú, solo que un poco diferente. Tampoco tenemos que hablarles sobre el *Passion Project* y tal, da un poco de vergüenza.

—¿Desde cuándo da vergüenza? —Se le pone un aire angustiado en la cara—. Es un aspecto bastante importante del año —dice—, ¿no te parece?

Doy golpecitos con la uña en el pie de mi copa.

—Solo quiero que estemos en sintonía, nada más.

—Si hubieras querido estar en sintonía, me habrías contado desde el principio que querías ocultar nuestra relación —protesta mientras desgarra la esquina de una servilleta.

—Creía que no te habías enfadado —contesto, volviéndome hacia él.

—No estoy enfadado —insiste—. Es que me siento un poco como si me hubieras tomado el pelo.

Abro la boca para replicar, pero no me salen las palabras. El agujero que tengo en el estómago se agranda y amenaza con arrastrarme dentro. Devuelvo la mirada a la copa de vino y vuelvo a toquetear el pie.

—Lo siento —se disculpa, tocándose la barbilla—. Lo siento. Sé que este fin de semana es complicado para ti y no quiero hacértelo más difícil. Te seguiré el rollo, ¿vale? Nos conocimos en el trabajo. Nada de hablar del *Passion Project*. Me parece bien.

Cierro los ojos e intento desterrar los pensamientos oscuros que se me cuelan en la cabeza. Pensamientos como que Henry se merece a alguien mejor, alguien que no le haría pasar por todo esto.

Me toca el tobillo bajo la mesa, un toque sutil que nadie salvo él o yo notaríamos.

—Todo va a salir bien —asegura—. Te lo prometo.

Su optimismo nunca flaquea, me parece un poco ingenuo.

—Ya —digo y trato de parecer convencida—. Todo va a salir bien.

—Bien —contesta, dándome un empujoncito en el hombro—, eso es lo que me gusta oír.

—¡Bennet! —retumba una voz a mi espalda. Me bajo del taburete tan rápido como puedo mientras un hombre corpulento se acerca a nosotros.

—¡Theo!

—¿Dónde te habías metido? —Me rodea con sus brazos musculados y me da un abrazo de oso antes de dirigir su atención a Henry—. Este debe de ser Henry.

—Sí, soy el…

—Mi amigo —espeto.

—Gracias por dejar que me cuele en vuestra boda. —Henry fija su mirada en mí a la vez que le da un apretón de manos a Theo, aunque solo un segundo. Luego su atención vuelve a dirigirse a él—. Este lugar es espectacular.

—Lo eligió Alexandra. Esta mujer tiene un gusto exquisito. Se le va a ir la pinza cuando te vea, Bennet.

¿Que se le vaya la pinza es algo bueno o malo?

—¡Me alegro tanto por ella! —Trato de sonar lo más animada posible, ocultando la sensación de pánico—. Y por ti. ¡Me alegro por los dos! ¡Os vais a casar! ¡Que vivan los novios!

A Henry se le escapa una risita a mi lado, sin duda burlándose con cariño de mi falta de habilidades sociales, aunque en esta ocasión eso no me tranquiliza como normalmente lo hacen sus bromas. Me retiro un paso.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunta al notar que me alejo de él—. ¿Tú y…, mmm…, Alexandra?

Theo esboza una sonrisa radiante, solo falta que le salgan corazones por los ojos.

—Alexandra estaba adquiriendo obras de arte para uno de mis clientes. Normalmente suelo tratar con músicos, y esta mujer en particular no terminaba de encontrar la pieza perfecta para su salón. En aquel entonces Alexandra solo era una becaria, pero se abalanzó sobre un cuadro que tenía una mariposa estampada en una tela morada, por puro capricho. Mi cliente se enamoró de la obra. Tanto que llegó incluso a convertirla en la portada de su nuevo álbum.

Reconozco la portada del disco de inmediato: la estampa de una mariposa negra sobre unas ondas aterciopeladas moradas con salpicaduras de pintura roja por encima a lo Jackson Pollock. Sabía que los clientes de Theo movían pasta, pero esta princesa del pop en particular es de las grandes. La portada de ese disco está por todas partes. Se me hincha el pecho de orgullo por Andy.

—En fin, mi cliente nos invitó a una fiesta de bienvenida en la ciudad de Calabasas. En cuanto la vi…, lo supe. —Theo vuelve a soltar una risa, que suena como una pandereta—. Sabes el efecto que tiene Alexandra sobre las personas, ¿verdad, Bennet?

Sonríe.

—Resplandece.

—Qué ganas de conocerla —dice Henry con una sonrisa de oreja a oreja.

—La fiesta debería empezar ya mismo. —Theo comprueba su reloj—. Ah, la barra libre del bar abre dentro de cinco minutos. Nos vemos luego allí dentro, ¿verdad?

—Claro. —Le doy un buen sorbo al vino y siento cómo el pánico se me instala en el vientre—. ¡Enhorabuena de nuevo! —le digo en voz alta mientras se dirige a paso acelerado hacia el patio.

El corazón me va a mil por hora y puedo sentirlo con la yema de los dedos cuando me coloco bien los tirantes del vestido.

—Respira, podemos hacerlo —me asegura Henry.

El camarero le devuelve la tarjeta y un empleado del hotel nos acomoda en el patio para la recepción.

Llegó la hora de asumir las consecuencias.



El patio se encuentra en la parte trasera del hotel, con vistas al mar. El tenue batir de las olas contra la arena impregna el aire de una bruma salada. Las luces cuelgan como sauces llorones de las vigas de madera sobre nuestras cabezas. La brisa, dulce y cálida, le aparta suavemente el cabello del rostro a Henry. Nos quedamos de pie junto a una mesa en una esquina del patio para poder observar el océano.

Un camarero nos ofrece una bandeja con camarones al coco y tomo dos. No se me escapa la ironía de que yo solía ser quien normalmente repartía los camarones.

No con una, sino con dos colas de camarón colgándome de la boca, la veo al fin. Lleva un mono palabra de honor de un blanco impoluto decorado con unas plumas delicadas que se despliegan por el escote. Su cabello escarlata se mece mientras se desplaza por el patio para saludar a los invitados.

Escupo los camarones en una servilleta.

Henry se apoya en los talones.

—¿Es ella?

—Sí. —Trago saliva. En su momento, era una de las personas más importantes de mi vida. Ahora… es prácticamente una desconocida.

Me llevo los dedos al cuello para comprobarme el pulso. Está acelerado.

—¿Deberíamos ir a saludar? ¿O esperamos aquí hasta que llegue? ¿O vamos al baño a escondernos?

—Vamos a esperarla —dice Henry, apretándome la muñeca—. Es la novia, todo el mundo querrá abrirse paso entre la multitud para hablar con ella.

Le retiro la mano de un tirón, aunque trato de ser discreta. Parece que a Henry ya se le ha olvidado que *no estamos juntos*.

No le quito los ojos de encima, el corazón me late con fuerza, la garganta se me estrecha. Cuando alcanza a Theo, este pone fin a la conversación con su hermano para darle un beso. Se besan como si lo máximo que hubieran estado separados en su vida fuera el tiempo que Theo había pasado hablando con nosotros antes. Él le susurra algo al oído y luego me señala con una sonrisa.

Cuando ella me mira, su expresión es pétrea. Me saluda con la mano desde el otro lado del patio, con un gesto diminuto y delicado.

—Está saludando —dice Henry.

—No me puedo mover.

—Ve a decirle hola —me susurra.

De repente, Andy se gira hacia Theo y se ríe, supongo que de algo que acaba de decir. Apenas me prestó atención de forma fugaz, como si fuera una mosca a la que espantar. Las mariposas no se toman molestias con las mosquitas, ¿no es cierto? Sobre todo, cuando la mosquita salió volando al fallecer el hermano de la mariposa. No quiere que esté aquí, si no, se habría acercado a saludar, ¿verdad? ¿No habría hecho algo más que un gesto con la mano?

—Tengo que irme —mascullo—. No puedo seguir aquí.

Hago una bola con la servilleta y me abro paso a empujones entre la multitud de vuelta a la recepción del hotel. No vuelvo la

vista para comprobar si Henry me sigue.

Una vez en el baño, me humedezco las muñecas con agua fría. Inspiro hondo y le devuelvo la mirada a mi reflejo. No hace mucho, me encontraba en esta misma situación en L'italiano, aunque desde entonces han cambiado muchas cosas. Yo misma he cambiado. Pero al estar aquí en esta boda… me siento exactamente igual que aquella chica en el suelo del baño del restaurante donde vomité hasta las tripas.

—¿Bennet? —llama una voz chispeante cuando se abre la puerta del baño.

Andy entra, sus tacones blancos repiquetean sobre las baldosas.

Me doy la vuelta para mirarla, las mejillas y el pecho me arden del estrés.

—Andy. —Verla es como contemplar un recuerdo. De golpe, me transporto a su habitación, donde se había llevado un lápiz a los labios mientras estudiaba para un examen final de Historia del Arte. Yo estaba leyendo un libro cuyo nombre no recuerdo mientras bebía una manzanilla en una taza del comedor.

«¿Sabes qué? —me preguntó, volviéndose hacia mí—. Deberías conocer a mi hermano, Sam».

Parpadeo, me quedo mirándola fijamente con el grifo abierto. Está un poco mayor, pero completamente diferente. Todo lo que se rompió entre ambas, todo lo que perdimos, queda suspendido en el aire como la colada tendida en un cordel.

—¿Por qué te has ido corriendo? —pregunta, jugueteando con su anillo de compromiso.

Cierro el grifo.

—Perdona. —Señalo los cubículos del baño—. Tenía que hacer pis.

—Ah —responde.

—Enseguida salgo. —Tomo papel del dispensador para secarme las manos—. Deberías estar ahí fuera con tus invitados.

—Tú también eres mi invitada —objeta. Tiene los ojos, del azul del mar, cristalinos.

—Yo, eh… —Tiro el papel a la papelera y me vuelvo hacia ella—. No sé qué decir.

Pone una expresión de incomodidad, le sigue dando vueltas al anillo.

—Esto es raro.

—Muy raro. —Pellizco la tela del vestido y noto el algodón fresco contra la piel.

—No tenías que hacer pis, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, me pica la nariz.

—No.

Se ríe ante mi respuesta, a pesar de lo incómodo de la situación.

—¿Cómo has estado?

—Como el culo. ¿Y tú?

Se limpia la nariz.

—Como el culo. Pero bien.

Asiento y me trago el nudo de la garganta.

—Me alegro.

Agacha los ojos y se mira los zapatos impolutos.

—Sé que me dijiste que tu acompañante era solo un amigo, pero… cuando te vi ahí parada con él…, por un segundo, habría jurado que se trataba de Sam. —Me sorprendo al ver cómo le resbala una lágrima por la mejilla cuando vuelve a mirarme—. Estoy tan acostumbrada a verte con él. Sé que no tiene sentido.

Me escuece la garganta e intento respirar a pesar del dolor.

—No debería haber traído a un chico, aunque solo sea un amigo.

Sacude la cabeza, mira al suelo.

—Es difícil no tenerlo aquí. No paro de buscarlo.

—Espero que el que yo esté aquí… no te lo ponga más difícil —digo.

—Claro que no —me asegura, secándose el rabillo del ojo—. Me alegro de que hayas venido. A mi familia siempre le recordarás a Sam.

No me han invitado por pena, me han invitado porque les recuerdo a Sam, porque soy su conexión más cercana con él. Si me

quedaba alguna duda sobre si debería ocultar o no mi relación con Henry, ahora lo veo con claridad. No necesitan que sea Bennet con un novio nuevo, necesitan que sea la Bennet de Sam. Al menos durante este fin de semana.

Puedo hacerlo.

—Siempre pensé que asistiría con él a tu boda —admito.

—Yo también. —Se acerca un paso y me da la mano—. Yo también.

Me trago las lágrimas y me recompongo.

—Siento haberme echado a llorar antes de que ocurra nada —me disculpo—. Si ni siquiera te has puesto aún el vestido de novia.

—Las bodas ponen sentimental a la gente —dice—. No pasa nada. Podemos hablar de todo después.

Me seco la mejilla con un papel y respiro hondo.

—¿Volvemos a la fiesta?

Asiente y la veo transformarse ante mis ojos en la Andy chispeante. Tiene las mejillas secas y perfectas, ni siquiera se le ha corrido el rímel. Me da la mano.

—Vamos, antes de que hagan el brindis sin nosotras.

Entramos al patio de la mano, como las hermanas que podríamos haber sido. Ubico a Henry en nuestra mesa, sigue ahí de pie, abandonado.

—Ese es tu amigo, ¿verdad? —pregunta Andy, dirigiéndose hacia él—. Quiero conocerlo.

Trago saliva cuando nos acercamos.

—Alexandra Chase, este es mi amigo Henry —digo cuando llegamos a la mesa—. Henry, esta es Andy.

Se le crispa el ceño cuando le extiende la mano.

—Encantado de conocerte, Andy. Estás preciosa. —Le da un apretón de manos—. Este lugar es increíble. Se nota que has pensado hasta el más mínimo detalle.

Andy se ríe.

—Ya me cae bien.

Henry se reclina sobre la barandilla, tan amigable y encantador como siempre.

—Es un placer estar aquí. Gracias por haberme invitado.

—Si tienes el sello de aprobación de Bennet, tienes el mío. —Andy le da una palmada en el brazo—. Es difícil de descifrar.

—¿Cómo dices? —Le suelto la mano y me cruzo de brazos.

—Los Chase tuvimos que sudar la gota gorda contigo —bromea.

—Os quise a todos desde prácticamente el primer momento —rebato.

Andy alza una ceja.

—Yo pensé que al principio me odiabas. Sam igual.

—Y yo. —Coincide Henry—. No es a la que mejor se le dan las primeras impresiones… aunque en el buen sentido, creo.

—No estoy de acuerdo —me quejo, lanzándole una mirada asesina—. No estaba intentando impresionarte.

—Ya —resopla—. Créeme, lo sé. —Se vuelve hacia Andy—. Cuando nos conocimos, Bennett prefirió emborracharse hasta vomitar a tener una cita conmigo. —Se ríe para sus adentros al recordarlo—. Como para no pensar que me odiaba después de eso.

—Henry. —Giro la cabeza con brusquedad en su dirección, con el corazón a mil.

—¿Qué? —pregunta, mirándome con los ojos entrecerrados, y luego vuelve la mirada a Andy—. Me costó todo el verano conquistarla.

—Ah —exclama ella—. ¿Estáis… saliendo?

Henry abre los ojos como platos cuando registra su error. No solo se le ha escapado que tuvimos una cita, sino que le ha contado a mi ex mejor amiga, ante la que estoy intentando actuar con normalidad, lo que pasó una de las noches más bochornosas de mi vida cuando le pedí expresamente que no lo hiciera.

Se vuelve hacia mí, con la boca desencajada, pero no le salen las palabras.

—No —intervengo—. No. No estamos saliendo. A ver, puede que tuviésemos una cita, pero… No nos conocimos así, sino que… —Me

giro hacia Henry, al que se le están subiendo los colores—. Solo somos amigos —consigo decir a trompicones.

Henry niega con la cabeza, con los ojos cerrados. Se le empiezan a encender las orejas.

—No estamos juntos… —reitera, tragándose la vergüenza—. Esa noche fue un error. Para ella no significó nada. No tenemos ese tipo de relación.

—En resumidas cuentas —me jacto—, tuvimos una cita, pero me di cuenta de que no estaba lista para dejar a Sam atrás. —Es la verdad. Eso fue lo que pasó.

—Puedes decirme la verdad —dice Andy—, lo sabes, ¿verdad? —No es fácil leer su expresión, aunque sé que está pensando en Sam.

Asiento.

—Sí, por supuesto.

Me agarra de la muñeca.

—Solo quiero que seas feliz —dice, y se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—Lo sé —respondo. No puedo hacer llorar a esta mujer en su boda. Sobre todo, cuando ya he sido la causa de tantas de sus lágrimas—. Si estuviera con alguien, te lo diría —afirmo—. Pero no lo estoy. Esa es la verdad.

A mi lado, Henry se queda de piedra. No puedo mirarlo.

—Está bien. —Andy me aprieta la muñeca y sonríe antes de soltarme la mano—. ¿Has visto ya a mis padres? —pregunta.

Se me cae un ladrillo de cemento en el estómago. Digo que no con la cabeza.

—¡Mamá! ¡Papá! —Hace señas al señor y la señora Chase para que se acerquen y se abran paso entre la multitud—. ¡Está Bennet!

La señora Chase se dirige a nuestra mesa con un chillido. Su melena canosa tiene un corte estilo bob y lleva unos enormes pendientes verdes con forma de concha que se mecen con cada paso. Sobre su sencillo vestido negro lleva un chal estampado de cachemira con largas borlas negras. El señor Chase no anda lejos,

lleva un traje de color cámel que probablemente tenga desde los años setenta.

—Nuestra tercera hija —me canturrea la señora Chase al oído cuando me abraza—. ¿Cómo estás, cariño?

—Estoy bien. Todo bien. —Me quedo sin aliento.

Me suelta, pero mantiene las manos sobre mis hombros.

—Ay, mi amor. —Me atrae para arroparme en otro abrazo, tierno y cálido—. Nos alegramos mucho de que estés aquí.

—Yo también —le digo pegada a su mejilla.

Me suelta y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, antes de ver a Henry.

—¿Este es tu novio?

Se me llenan los oídos con un ruido como de interferencia y el pulso me late con fuerza.

—No, Henry es solo un amigo.

«Sé la Bennet de Sam».

—Encantado de conocerla, señora Chase. —Henry le da la mano, todavía con el rostro sonrojado de la vergüenza que pasó antes.

—Llámame Laura. —Su voz resuena con más fuerza que el alboroto de la multitud—. Y el calladito que está ahí detrás es Jon, mi marido.

—Un placer. —Henry inspira hondo cuando termina de saludar a los padres—. Yo, eh… —Aprieta la mandíbula—. Voy a por algo de beber.

—Buena idea —digo, cortante. Henry me lanza una mirada cansada y decepcionada. Se dirige hacia el bar, tenso.

La señora Chase me recorre con la vista de arriba abajo. Esboza una sonrisa temblorosa.

—Te hemos echado mucho de menos.

—Yo a vosotros también. —Tengo las manos empapadas; cierro los puños—. Más de lo que os podéis imaginar.

Se le empañan los ojos. Los ojos de Sam. Ladea la cabeza, me estudia y me coloca una mano en la mejilla.

—Lo noto cerca cuando te veo.

«Sé la Bennet de Sam».

Tengo a la señora Chase, a la madre de Sam, aquí delante de mí. ¿Cómo puedo expresar lo que significa ella para mí? ¿Cómo puedo expresar la culpa que siento?

—Yo también lo noto. En todas partes.

Me envuelve en un fuerte abrazo que es como volver a casa, su fragancia familiar me rodea. Es la fragancia que solía traer Sam cuando volvía de las vacaciones de Navidad.

Me tiembla el cuerpo cuando la estrecho. Esta es quien necesito ser delante de ellos y quien debería seguir siendo. Quien sería si Henry nunca hubiera aparecido.

Me suelta y me seca una lágrima.

—Lo sé —dice—. Llevará mucho tiempo sanar.

Una parte de mí sabe que he estado sanando todo este tiempo. Sin embargo, a la otra parte de mí le gustaría acercar un cuchillo a los puntos y abrirlos. La señora Chase me mira con los ojos de Sam y me atrae como si fuera una fuerza gravitatoria. Me toca la fibra sensible.

—Espero que sepáis todo lo que Sam sigue significando para mí —les digo—. Es el amor de mi vida y no creo que deje de quererlo nunca. Con él fui mi mejor versión. Es la única persona que me ha visto como quien soy. A veces siento que… que nunca volveré a tener un amor como el suyo. Aunque esté con otra persona, no volveré a sentirme igual. Jamás.

En cuanto termino de pronunciar esas palabras, vislumbro a Henry por el rabillo del ojo, con una copa de vino recién servida para mí. Se queda parado, con la cara pálida.

Se me hunde el estómago y se me hiela toda la sangre del cuerpo. Siento que se me enciende la cara mientras una lágrima se derrama por la mejilla de la señora Chase.

—Cariño —dice, apartándome el pelo de la frente—, todos te queremos, espero que lo sepas. Siempre lo haremos.

Respiro con dificultad mientras ella se serena.

—Pero esto es una fiesta. —Se sorbe la nariz y coge una servilleta de uno de los camareros—. Aún no hay que ponerse a llorar, ¿verdad?

—Tienes razón. —Me aclaro la garganta y veo cómo Henry se retira a otra esquina de la fiesta—. Cuéntame qué tal el viaje por Alaska.

Sigo conversando todo el tiempo que puedo. Por suerte, con la señora Chase no es difícil. Es una mujer muy dinámica que cuenta historias y bromas sobre sus viajes. Siempre ha sido así, aventurera. Ella y el señor Chase empezaron a viajar cuando Sam y Andy estaban en la universidad y ya han visitado casi todos los continentes. Mientras me cuenta una excursión en la que pescaron sobre hielo, busco a Henry con la mirada.

Tras unos minutos, pido disculpas y me retiro de la conversación para ir a buscar a Henry al bar. El sol se ha puesto por completo, por lo que el patio resplandece con unos farolillos que se iluminan ante el cielo nocturno. Todos los invitados de la fiesta tienen la piel salpicada de pequeñas manchitas que parecen luciérnagas. Es precioso, pero me dificulta la tarea de encontrar a Henry.

Compruebo el interior de la recepción del hotel. Asomo la cabeza por el baño de los hombres. Vuelvo al patio y me abro paso a codazos entre la multitud con la esperanza de cruzármelo. Lo busco en la playa. La orilla refrescante está desierta, salvo por una persona solitaria con los pies metidos en el agua. Una persona solitaria que reconozco.

Me quito las sandalias y las sujeto por las tiras mientras camino por la arena. No se vuelve para mirarme cuando llego a su lado en la orilla, se limita a contemplar el agua. Nos quedamos de pie, hombro con hombro, observando el negro horizonte.

Inspira hondo y suelta el aire por la boca.

—Hola.

Siento cómo el agua fría me sube por los pies y me llega a los tobillos.

—Hola.

—¿Lo has dicho en serio? —pregunta con un tono uniforme y grave—. ¿Lo que le has dicho a la madre de Sam?

—No debiste haberlo escuchado —digo, mientras mis talones se hunden cada vez más en la arena mojada.

Niega con la cabeza y se mira los pies.

—Eso no responde a mi pregunta.

La brisa salada del océano me moja las espinillas y me pongo a temblar.

—Sí y no. Es confuso. A ver, siempre lo querré, pero contigo… —Dejo que mi voz se apague.

Se guarda las manos en los bolsillos y cambia el peso de pie.

—Estoy empezando a pensar que estaba en lo cierto en el baño de esa fiesta.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se me quiebra un poco la voz al final.

—Que no estás preparada. No sé si lo estarás en un tiempo. A ver, pensaba que lo estabas, pero luego hemos llegado aquí y me has escondido de las personas que te importan. Solo me invitaste para que me mostrase encantador, tú misma lo dijiste. Y luego voy y te oigo decir que nunca volverás a querer a nadie…

—¿Qué querías que hiciera? —Me vuelvo hacia él—. Nos delataste en cuestión de segundos. Tenía que minimizar los daños.

Casi se ríe con esto último, luego niega con la cabeza.

—Siento mucho haberla cagado, ¿vale? No fue a propósito. La verdad es que no me diste mucho tiempo para prepararme para mentir sobre toda nuestra relación.

—No es tan difícil —digo con los dientes apretados—. Sí que te pasaste meses mintiéndome, ¿recuerdas?

Su expresión se torna severa. Seria.

—No me puedo creer que sigas enfadada por eso, Bennet —me reprocha y se vuelve hacia el mar—. Creo que lo único que quieres es enfadarte por algo. Creo que quieres ser una infeliz porque te da miedo ser feliz.

—Eso no es justo —digo, con la garganta encogida—. *No quiero* ser una infeliz.

Respira con frustración.

—Piensa en este fin de semana —continúa—. Has construido toda una mentira sobre nuestra relación sin ningún motivo. Son personas encantadoras que quieren que seas feliz, pero tú prefieres complicar las cosas.

—No los conoces —replico—, no conoces su historia.

—Sé lo que veo. Y lo que veo es un grupo de personas que te quieren y que desean lo mejor para ti. Eres tú la única que quiere que el pasado te limite, no ellos.

Empiezo a tener palpitaciones y siento un cosquilleo en la yema de los dedos.

—He pasado unos años de mierda, Henry —digo, y siento cómo me sube un calor por el pecho—. Si quiero ser una infeliz, ese es mi problema.

—Bueno, también es mi problema porque estás en una relación conmigo —responde.

—¡No estaba preparada para tener una relación! —le suelto con un pitido en los oídos.

—Entonces, ¿por qué decidiste estar conmigo? —pregunta—. ¿Por qué hacer todo esto?

—Porque me presionaste —le espeto; el enfado me nubla la capacidad de decisión.

—¿Cómo? Yo no te presioné —se defiende con los ojos llenos de confusión.

—¿No te dije varias veces que necesitaba que fueras paciente?

Se cruza de brazos.

—Sí, pero…

—De pero, nada —lo interrumpo.

Se lleva los dedos a la frente.

—Bennet, si te he presionado, lo siento. No era mi intención. Y no me gustaría seguir presionándote para que estés conmigo si no es lo que quieres, eso está claro. Quiero hacerte feliz, y creo que lo hago,

aunque hay ocasiones en las que parece que no me dejas acercarme del todo.

Se detiene. Lo único que oigo es el sonido del mar, que se rompe una y otra vez contra nosotros. Desvía la mirada hacia el resplandor de la fiesta que hay en el patio. Luego agacha la cabeza, casi derrotado.

—¿Sabes? —Frunce el ceño—. No me había dado cuenta hasta que llegué aquí. He tenido que presenciar todo esto para entenderte de verdad. Y creo que lo dijiste en serio —prosigue, con la voz temblorosa—. Creo que lo que le dijiste a la madre de Sam iba en serio, lo de que no quieres pasar página. —La brisa me hiela los huesos cuando se aleja un poco de mí—. Y si ese es el caso, no sé en qué situación nos deja.

Quiero gritar. Quiero correr al mar y meter la cabeza bajo el agua y aparecer en una orilla donde nadie me conozca. Quiero llorar. Quiero golpear algo con un bate de béisbol. Quiero a Sam. Quiero a Henry. Quiero que todo esto pare.

En lugar de hacer nada de eso, inspiro hondo e intento encerrar mis sentimientos en una caja hermética.

—Esta soy yo —respondo—. Esto es con lo que tengo que lidiar. He sido bastante clara sobre todo ello desde el principio. Igual es que no me estabas escuchando.

Me observa de una forma que nunca le había visto y me doy cuenta de que es porque está llorando. Le brillan los ojos a la luz de la noche y le tiembla el labio.

—Seguiré con el paripé hasta que termine la boda —dice con voz temblorosa— para que no hagan preguntas. Pero después… —Traga saliva, su mirada salta de mí a la fiesta. Cuando vuelve a posarla sobre mí, parece más decidido. Más seguro—. Cuando volvamos a casa, creo que…

Las olas rompen ante nosotros y la espuma blanca se va disipando poco a poco en el mar. Henry y yo, como estatuas, dejamos que el agua nos salpique y nos humedezca la ropa. Guarda silencio, un silencio tan alto que te perfora los tímpanos.

—No quiero estar con alguien que nunca se permitirá amarme por completo. Este verano nos lo hemos pasado bien y he disfrutado de cada momento. Pero no siempre estás ahí conmigo. Lo he notado y creo que en el fondo tú también sabes que es verdad. Mereces ser feliz, Bennet, pero yo también —dice.

No puedo ni mirarlo, no puedo presenciar el dolor de sus ojos. Siento cómo el peso del duelo se me extiende por todo el cuerpo hasta que me alcanza la vista. Es un peso que me lleva acompañando desde que Sam falleció. Un peso que siempre estará ahí, ahogándome, provocando que le haga daño a la gente que me rodea. Puede que tenga razón. Puede que nunca sea feliz. Puede que así es como debo ser.

—Lo sé —admito, rodeándome el abdomen con los brazos.

—¿Me quieres? —pregunta sin mirarme.

Permanezco de pie, en silencio, sin estar segura de nada. Más allá de lo que siento, sé que Henry se merece un amor pleno y sin límites. Merece a alguien a quien no le persigan los fantasmas ni su propia cabeza. Merece a una persona que en cualquier momento esté dispuesta a lanzarse sin pensárselo dos veces. Quiero que tenga eso. Quiero que encuentre a esa chica.

Cuando por fin lo miro, me sorprende que no parezca cansado ni tan siquiera triste. Me observa con algo que nunca me había mostrado: lástima.

—Creo que ya tengo mi respuesta —susurra.

Una ráfaga de viento me agita la falda a la altura de las caderas.

—Deberías volver a la fiesta —digo, mientras me seco los ojos—. Se estarán preguntando dónde nos hemos metido. Necesito un momento, pero volveré pronto.

Asiente.

—Vale.

—Vale. Nos vemos por ahí.

Se rasca la nuca.

—Nos vemos por ahí.

Cierro los ojos cuando se aleja. La música flota en el aire y el aroma de los aperitivos se mezcla con la sal del mar. Distingo el tono alegre de la risa de la señora Chase y la cadencia del discurso de Andy entre la multitud. Oigo la voz de Henry y el tintineo de la risa de Theo.

Inspiro profundamente, me trago la sensación de estar perdiendo lo mejor que me ha pasado en la vida y vuelvo a la fiesta.

CAPÍTULO 31

Tanto la ceremonia como el banquete tendrán lugar en la playa. Me siento en el lado de la novia y guardo el sitio junto a mí para Henry. No estoy segura de si se presentará después de lo de anoche.

El resto de la cena de ensayo transcurrió de lo más tranquilo. Henry estuvo encantador. No me puse en evidencia, nadie se enfadó ni se tiraron puré de patata los unos a los otros. No hubo más lágrimas.

Pero el recuerdo del rostro de Henry y la mirada de lástima cuando nos separamos invadieron mis sueños toda la noche.

¿Se piensa que me siento así de infeliz porque quiero? ¿Por qué iba a querer alguien eso? ¿Por qué iba a querer alguien sentirse como si todo lo que hiciera o dijera causara dolor? ¿Por qué iba alguien querer ser la causa de tanto sufrimiento?

Si pudiera perdonarme, ya lo habría hecho. Pero Sam nunca volverá para perdonarme.

Pues claro que no quiero estar así.

Mi vestido, de un tono amarillo piña, destaca en un mar de rosas y azules. Me gustaría haber traído algo menos chillón, pero cuando hice la maleta estaría hasta las cejas de hormonas de Henry y habría querido resaltar. Ahora me gustaría desaparecer.

Sacudo la rodilla con tanto ímpetu que escarbo un agujero en la arena que tengo a mis pies. Quedan cinco minutos para que empiece la ceremonia y Henry no ha llegado todavía. Quizá sea mejor que no aparezca. Ya la hemos liado bastante, él al delatarnos, yo al perder los estribos.

Uso el programa de boda a modo de abanico porque hace calor y porque necesito quitarme el nerviosismo de encima.

La brisa trae consigo una oleada de hierbabuena y azúcar cuando finalmente se sienta a mi lado.

—Siento llegar tarde —dice mientras se acomoda; lleva pantalones color caqui y una camisa azul clarito.

—No pasa nada —respondo al entregarle un programa.

Por primera vez desde la noche en que nos conocimos, no sé qué decirle. Es como si estuviéramos en lados opuestos de un andén del metro y solo nos pudiésemos intercambiar miradas fugaces cuando se abre un hueco entre los trenes que pasan a toda velocidad.

—Henry… —digo.

—¿Sí? —Me mira como si fuera una desconocida, no alguien a quien quiere. A quien quiso.

—Yo…

El sonido de un ukelele y la voz añeja de Israel Kamakawiwo al cantar *Somewhere Over the Rainbow* me interrumpen. De todas formas, lo cierto es que no sabía qué iba a decir.

Theo ocupa su puesto en el altar, con el mar de fondo. A continuación llegan sus padres, que se reúnen con él en la parte delantera y lo besan en las mejillas antes de ocupar sus asientos en la primera fila. Todas las damas de honor van vestidas de un tono marrón grisáceo cálido, con destellos de un naranja intenso en los ramos de flores.

Cuando llega Andy, nos ponemos todos de pie. Va del brazo de su padre y de su madre.

Una tela ligera le envuelve el cuerpo y ondea al viento como una medusa. Lleva el pelo recogido a un lado y sujeto con una flor de lazo atigrada de un naranja intenso. Lleva cosido por detrás del vestido un parchecito azul. El jersey de Sam.

Cuando llega el momento de intercambiar votos, Theo empieza primero. Dice que quiso a Andy desde el instante en que la vio. Promete apoyar sus sueños y llenarle la vida de tantas aventuras

como sea posible. Desea acompañarla en la salud y la enfermedad, y, aunque no es un hombre perfecto, quiere ser perfecto para ella.

Andy se aclara la garganta. Es su turno.

—Theodore, mi amor, mi persona favorita del mundo entero. —Le tiemblan las manos. Él se las sostiene—. Cuando te conocí, estaba lamentando la pérdida de mi hermano, Sam.

La respiración se me entrecorta todavía más. Se me cierra la garganta. Henry coloca una mano sobre mi rodilla. Esto es lo más difícil de todo, que sepa que lo necesito a pesar de la distancia.

—Mi mundo entero se hizo añicos. No sabía cómo recoger los pedazos. —Andy se toma un momento para contener las lágrimas. Theo la espera paciente—. Y luego… te conocí. No me presionaste para sanar, no me dijiste que lo superara, no intentaste arreglarme. Te sentaste conmigo y con mi dolor y me diste espacio para que me recompusiera.

Me escuecen los ojos. Henry me aprieta la rodilla.

—Recuerdo que hubo un día, cuando acabábamos de conocernos, en el que lo estaba pasando mal. ¿Me bebí, cuánto, media botella de vino de Burdeos mientras estabas en el trabajo?

Theo se ríe.

—Más de media botella.

Los invitados rompen a reír entre murmullos.

—Llegaste a casa y me dijiste: «Cariño, si vas a beber, yo también». Y te llevaste la botella directa a la boca y le diste un buen trago. Se te derramó el vino por toda la cara y yo rompí a reírme a carcajadas. Y luego empezaste a reírte tú. Estuvimos riéndonos hasta que nos empezó a doler el vientre, yo cubierta de lágrimas y tú, de vino. Desde entonces, cada día te he querido más y más. Eres mi norte, mi brújula, mi luz en la oscuridad, y me hace muy feliz casarme hoy contigo. Sé que Sam nos está viendo, y, aunque me rompe el corazón que nunca lo llegaras a conocer, sé que lo aprueba.

Tenso todo el cuerpo para no ponerme a llorar. Un sollozo de la señora Chase hace que me revuelva en la silla. La mano de Henry se

cae de mi rodilla.

Andy y Theo se miran con los ojos brillantes mientras se colocan mutuamente una alianza de oro en el dedo. Cuando llega el momento, se dan el «sí, quiero» con entusiasmo.

Todos los presentes nos ponemos de pie y aplaudimos a los novios, quienes vuelven a recorrer el pasillo al son de una versión de cuerda de *Another One Bites the Dust*. El señor y la señora Chase, así como los padres de Theo, caminan del brazo en un frente unido.

Henry y yo seguimos a los demás invitados de la boca hacia el banquete en la playa. Cuando comprobamos el número de nuestra mesa, nos entregan un Aperol Spritz de un naranja intenso. Naturalmente, Andy eligió un cóctel para la boda que combine a la perfección con su paleta de colores. La puesta de sol sobre el océano crea un atardecer de un naranja vivo que se extiende por el horizonte. Eso es algo que Andy no ha podido planear, ha tenido que ser Sam.

Nos sentamos en la mesa con algunos de los amigos de la escuela de Andy, seguimos sin dirigirnos la palabra.

—Probando, probando. Uno, dos, tres… —Alonzo le da unos golpecitos al micrófono en la mesa presidencial—. Con todos ustedes, la pareja del siglo: ¡Theodore Brightwood y Alexandra Chase!

Los novios acuden a toda prisa a la pista de baile y las damas de honor los cubren con pétalos de flores naranja. Cuando el aplauso de la multitud se apaga, empiezan a mecerse suavemente mientras da comienzo su primer baile al son de *The Way You Look Tonight*. Se me hace difícil no mirar a Henry ni recordar cómo silbó esa misma canción cuando volvíamos a casa después de que adoptaran a Fred.

Un camarero me sirve un plato con pollo y a Henry un filete de ternera. Jugueteo con las patatas y hago como que tengo apetito mientras Alonzo da un discurso. Henry sigue sin dirigirme la mirada.

Cuando el DJ acelera el ritmo con *September*, de Earth, Wind & Fire, Henry y yo somos los únicos que no estamos bailando.

El cielo parece negro como la tinta y la pista de baile está iluminada con farolillos de papel y velas. Empieza a soplar una brisa que me eriza la piel de los brazos.

El DJ pone la primera canción lenta de la noche: *First Day of My Life*, de Bright Eyes.

Henry se levanta y me ofrece la mano.

—Bailemos.

—¿Quieres bailar?

Asiente.

—Sí.

—¿Conmigo?

—Sí. —Me acerca la mano—. No se van a hacer ninguna idea equivocada. Los amigos bailan juntos.

Me conduce a la pista de baile; al contacto con las baldosas, noto los pies, descalzos, fríos. Nos abrimos paso entre parejas que se balancean al compás, adelante y atrás, adelante y atrás. Henry se detiene en el centro y echa un vistazo por encima del hombro al señor y la señora Chase, envueltos en un abrazo, sin prestarnos atención. Cuando vuelve la mirada, me coge de la mano, se la lleva al pecho y con su otro brazo me rodea los hombros.

—Bueno… —dice mientras nos balanceamos.

—Bueno… —Echo un vistazo por encima de su espalda y veo a Andy abrazada a Theo, con la cabeza descansando en su hombro mientras bailan.

—Yo… eh… —Traga saliva. Sigue sin mirarme—. Me voy esta noche.

Le aprieto la mano e interrumpo nuestro baile.

—Me lo imaginaba —digo.

—Ya. —Tuerce la boca—. Quería quedarme toda la boda, pero…

—Ya casi ha acabado —concluyo.

Toma aire y lo expulsa por la boca.

—Sé que siempre va a haber una parte de ti que sea de Sam—dice—. Y no pasa nada. Él forma parte de ti…, pero lo único que

quería saber era si también había alguna posibilidad de que tuviéramos un futuro juntos. Que al menos lo ibas a intentar.

—Lo estaba intentando —digo, con la nariz irritada.

Asiente con los ojos cerrados.

—Lo sé —responde—. Sé que piensas eso.

Qué injusticia. Ojalá pudiera hacerlo. Ojalá no estuviera rota. Ojalá fuese ese tipo de persona que nunca ha sabido lo que es el duelo, que solo sepa lo que es el amor. Pero no lo soy. No lo soy, y punto.

No es justo que Henry se quede atrapado aquí conmigo, en una relación complicada con una persona complicada, aunque me guste tanto como es humanamente posible.

Me trago el nudo de la garganta.

—¿Cuándo tienes que irte? —pregunto.

—El avión sale a las once y media, así que… —Me atrae hacia él y coloca su barbilla sobre mi cabeza—. Cuando termine esta canción.

Esta es la última vez que abrazaré a Henry, lo presiento.

Cuando me retiro para mirarlo, tiene el rostro abatido; el cielo nocturno disimula su tristeza.

—¿Así que se acabó?

Me aparta un mechón de pelo del rostro sin pronunciar palabra alguna.

Asiento, balanceándome al son de la canción.

—Está bien —susurro. Parece definitivo.

Me aprieta con fuerza contra su pecho y nos quedamos así el siguiente minuto y medio, hasta que la guitarra deja de sonar y la melodía da paso a otra canción.

Me da un beso en la sien y se despide con un susurro rápido antes de dirigirse a nuestra mesa para recoger sus cosas. Lo veo caminar por la orilla de vuelta al hotel. Sigo su rastro hasta que se vuelve del tamaño de una hormiga.

Me quedo sola, descalza en la pista de baile, rodeada de personas que cantan una canción de Whitney Houston, mientras observo cómo mi persona favorita se marcha.

El resto de la noche pasa a cámara lenta a mi alrededor. Las luces parecen más tenues, los cócteles me saben más amargos, el mar no me parece tan bonito. Oigo los sonidos de la boda de forma amortiguada mientras entablo conversaciones triviales por inercia. Me vuelvo descalza a la habitación del hotel. En cuanto la puerta se cierra con un portazo detrás de mí, me derrumbo en la cama y hundo el rostro en la almohada, en un intento por contener mis sentimientos.

«Es lo mejor —pienso—. Es lo mejor. Es lo mejor. Es lo mejor».

Como si repetírmelo una y otra vez fuera a hacerlo realidad.

CAPÍTULO 32

Me despierto con la cara pegada a la almohada. El vestido se me ha arrugado. No me puse el pijama ni me lavé los dientes. Me duele la cabeza y me siento como si estuviera borracha, aunque estoy completamente sobria.

Alguien llama a la puerta. «Es Henry».

Me levanto de golpe y voy al baño para asearme. Se me ha corrido el rímel y tengo los ojos hinchados y con legañas. Tengo las mejillas rojas de llorar.

—Un segundo —respondo, y me echo agua en la cara.

—¿Bennet? ¿Estás despierta? —Es una voz femenina. No es Henry.

Se me había olvidado que había quedado con Andy para tomar un café.

Pongo un poco de pasta de dientes en el cepillo y me limpio los dientes con vigor.

—Me estoy cambiando —digo en voz alta—, un momento.

Escupo la pasta en el lavabo y me enjuago la boca, luego rebusco en la maleta hasta dar con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes.

Cuando estoy presentable, tiro del pomo y le abro la puerta a Andy. Tiene la cara lavada, lleva un vestido veraniego blanco y sujeta en las manos dos cafés y una bolsa de papel marrón manchada de grasa.

—¿Desayunamos en el porche? —Me sonríe alzando los presentes.

—Me parece perfecto. —La dejo entrar a mi habitación, por la que parece que acaba de pasar un tornado.

—No has cambiado. Nunca conseguías mantener la habitación ordenada.

Retiro con el pie una pila de ropa amontonada para abrirnos paso hacia el balcón.

—En realidad, últimamente estoy haciendo un buen trabajo a la hora de mantener la habitación ordenada —digo. Sin embargo, no ha durado mucho, está claro.

—Te he pedido un capuchino —dice cuando me entrega uno de los vasos. Tomo un sorbo del café espumoso mientras nos acomodamos en las sillas del hotel que hay en el balcón. Sabe a gloria.

—Gracias. —Me limpio la espuma del labio superior—. Sigo sin creerme que te hayas casado.

—Es una locura, ¿verdad? —Extiende la mano para poder examinar el anillo—. ¿Te lo pasaste bien anoche? —Mete la mano en la bolsa de papel y saca un *croissant*.

—Creo que la pregunta más importante es: ¿te lo pasaste tú bien?

Parte el *croissant* por la mitad y me entrega una de las partes en una servilleta.

—Me casé con Theo. No me importó nada más.

Doy pellizquitos al *croissant* que tengo en la mano; trocitos de hojaldre salen volando con el viento.

—Andy, te debo una disculpa.

—¿Por qué? —Le da un buen mordisco a su mitad.

—Por no estar ahí en todo momento.

Se quita una migaja de la barbilla y niega con la cabeza.

—No estoy enfadada contigo, Bennet.

—Podrías estarlo. Me siento muy culpable por haberos dejado tirados a ti y a tus padres después de todo lo que pasó.

—Jamás querría que te sintieras así.

—Me daba mucha vergüenza que mi vida fuese un desastre cuando a ti parecía irte tan bien. Creía que mi presencia os haría sentir mal.

Cuando se ríe, se le arrugan las cejas bien arregladas.

—Bennet, nunca te has dado cuenta de que se me da muchísimo mejor que a ti ocultar lo desastre que soy. Siempre ha sido así.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero —dice, cruzando las piernas— a que me enfadé muchísimo contigo el día que te fuiste de Los Ángeles porque estaba enojada conmigo misma por no abrirme a ti, por no compartir mi dolor contigo. Creías que estaba bien, pero no lo estaba. Quería que te dieras cuenta de que estaba fingiendo.

Sacudo la cabeza.

—No me di cuenta.

—Esa es la cosa —prosigue—. Se me daba tan bien poner buena cara y ser lo que el mundo esperaba de mí que, cuando murió Sam…, no pude dejar de fingir. Si podía seguir con la farsa, a lo mejor podía dejar de sentirme así de mal. Por supuesto, cuanto más fingía que no me dolía, peor lo pasaba.

Me acuerdo de Henry cuando dijo casi lo mismo sobre que el mundo esperaba que fuera extrovertido y despreocupado. Y, aun así, lo presioné para que este fin de semana fuera «tan encantador como siempre», sabiendo encima que por dentro no se siente así. Me quedo con la vista clavada en la espuma del capuchino, sintiéndome cada vez más y más avergonzada por cómo he gestionado este fin de semana.

—Por suerte, llevo yendo a terapia un par de años —añade, cambiándose de posición en la silla—. Estoy trabajando en ello, entre otras muchas cosas.

—¿Vas a terapia?

Asiente.

—Todas las semanas —responde—. Pero eso, nunca tuve oportunidad de disculparme por haberme comportado como si todo estuviera yendo bien cuando me visitaste. Nada iba bien.

—Nunca debí decirte lo que te dije ese día, en cualquier caso. Y no debería haber desaparecido.

—Cariño —dice mientras deja el *croissant* en la mesa que nos separa—, todos perdimos a Sam. Todos lidiamos con ello de distinta manera. Sabía que tú necesitabas espacio. No me puedo enfadar contigo por cómo te lo hayas tomado.

Pongo cara de desconcierto.

—Me había montado una película en la cabeza de que, cuando llegase aquí, todos me ibais a odiar. Pero la única que me odia soy yo.

—¿Me habría gustado que me llamaras alguna que otra vez? Claro. Pero perder a Sam… es mucho más grande que ninguna de nosotras. No tienes por qué odiarte por haber lidiado con la pérdida de la forma en que lo hiciste.

—Andy —repongo mientras agarro el vaso de cartón del café con tanta fuerza que doblo uno de los laterales—, si Sam nunca me hubiera conocido… nunca se habría montado en el coche esa noche.

Sus labios se tensan y forman una línea fina.

—Bennet, no vayas por ese camino.

—Estaba conduciendo para venir a verme porque estábamos rompiendo. Todo es culpa mía. Todo. —La verdad. Por fin. Me tiemblan los dedos. Se inclina, me quita el vaso, lo coloca en la mesa y lo reemplaza con su mano.

—Todos nos hemos sentido culpables. Mi padre lo animó a ir a hablar contigo en persona aquella noche. Ha tardado años en sentir que no fue culpa suya.

El estómago me da un vuelco.

—¿Todos sabíais que estábamos rompiendo?

—Sam no podía ocultar sus emociones, y menos aún cuando se trataba de ti. No cambió lo mucho que te quería, y supongo que tampoco cambió lo mucho que tú lo querías.

Niego con la cabeza.

—No. Nunca dejé de hacerlo. No creo que lo haga jamás.

Acerca las manos a mi rostro y me toma las mejillas.

—De eso trata la vida, de no dejar de amar, pase lo que pase. —Se le dibuja una leve sonrisa en el rostro—. Te queremos, siempre

lo haremos. No es culpa tuya.

Suelto un gran suspiro.

—Gracias, Andy. —Le rodeo el cuello con los brazos, por encima de la mesa—. No sabía cuánto necesitaba escuchar eso. —Se acurruca en mi hombro. Andy Chase me sostiene. Si ahora mismo me hiciera pedazos, ella me mantendría entera.

Cuando nos separamos, le seco una lágrima de la mejilla. Inspira hondo.

—Bueno, háblame de Henry. No es solo tu amigo, ¿a que no?

Ya sabía yo que lo sabía.

—No. —Me reclino en la silla—. Bueno, no lo sé. —Dejo escapar un suspiro—. Ya no lo sé.

—¿Por qué?

Le doy un bocado al *croissant.*

—Me escuchó decirle a tu madre que nunca volveré a querer a nadie como quise a Sam —contesto.

—La hostia —exclama, con los ojos como platos.

—Y cuando se molestó… No pude mentirle. No pude decirle que no era verdad, cuando no he pasado página realmente.

Inspira hondo. La brisa agita su melena rojiza.

—Pasar página no significa que no queramos a Sam o que no lo echemos de menos todos los días porque, créeme, yo lo hago. Significa que nos abrimos al amor y a todo lo que la vida tenga que ofrecernos. Sam habría querido que vivieras la vida. Yo quiero que la vivas.

—Decirlo es muy fácil.

—Lo sé —me rebate—, pero no te estás haciendo ningún favor al sabotearte así. Tienes que intentarlo. Y no me refiero a hacerlo a medias, Bennet. Quiero que te esfuerces a tope.

—¿Y si no puedo?

—Sí que puedes —dice—. No te define ninguna de las elecciones que hiciste con Sam, ni tampoco los errores que cometas con alguien más. Si de verdad no estás lista para estar con alguien nuevo, no pasa absolutamente nada. Pero si lo estás, Bennet,

tampoco. No necesitas mi permiso, pero si pensabas que sí, aquí lo tienes: permiso concedido.

Se me escapa una risita nerviosa cuando voy a coger el café, y a darle un sorbo.

—Vale —acepto.

—Vale —repite.

Contemplo el agua, a los grupos de personas tumbadas en toallas de playa, a los niños buscando conchas. Ahora mismo, lo puedo sentir: echo muchísimo de menos a Henry. Echo de menos su cabello, sus ojos, su voz. Echo de menos su risa, echo de menos su actitud de ver el vaso medio lleno, echo de menos la forma en la que habla con la gente y presta verdadera atención. Echo de menos cómo soy cuando estoy cerca de él. Lo echo de menos todo.

Bajo la mirada hacia mi regazo, donde sostengo el vaso de café.

—Lo quiero —admito, sobre todo para mí. Pasado un momento, miro a Andy, que tiene una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Lo sabía —dice.

—¿Cómo?

Se encoge de hombros y me mira con sus párpados brillantes.

—Sé qué pinta tienes cuando estás enamorada.

Me hundo en la silla y me rodeo el cuerpo con los brazos.

—No creo que quiera saber nada de mí.

—Me parece que te vas a llevar una sorpresa. No creías que yo quisiera saber nada de ti y te quiero con locura, Bennet Taylor.

—Te quiero con locura, Alexandra Brightwood.

Me da un manotazo.

—Chase. Voy a seguir apellidándome Chase.

—Menos mal. —Sonrío. Prometo en silencio, aquí y ahora, que nunca más volveré a alejarme de ella.



A mi lado, el asiento del avión donde debería estar Henry permanece vacío. Dejo caer el bolso encima para que no me recuerde que estoy volviendo a una ciudad que no me hace sentir como en casa si no es con él.

Se desbordan algunos objetos del bolso: los auriculares, las gafas de sol y un paquete de chicles se deslizan por el asiento. Lo vuelvo a meter todo dentro. Hay algo en el bolso que me llama la atención, algo que no reconozco de inmediato. Pero, cuando lo hago, me quedo sin respiración.

La aprieto entre los dedos y siento el peso familiar de la pelota, el cuero suave y las costuras irregulares que recorren su superficie redondeada.

Andy ha debido de colarla en el bolso al salir de la habitación esta mañana.

Saco la pelota de béisbol y le doy vueltas entre las manos. Con la vista borrosa, veo su letra, descolorida, escrita con un rotulador permanente rojo: «Lo siento. Te quiero».

Me tiemblan los labios cuando me llevo la pelota al pecho y respiro para calmar la oleada de emoción que se me acumula en el cuerpo.

La ha guardado. Durante todo este tiempo, la ha guardado.

Estoy sosteniendo algo entre las manos que no solo ha tenido Andy, sino Sam también; es el regalo más preciado que me podría haber hecho. Una reliquia del pasado, un tótem al perdón.

Todas aquellas noches que pasamos en la jaula de bateo, todas aquellas mañanas en la cama de Sam, todos aquellos desayunos y cenas y lágrimas y sonrisas; todo me arrolla, cada recuerdo es como un pájaro que me aletea bajo la piel.

Las lágrimas se secan y la garganta se me afloja cuando sonrío al pensar en ellos. Sonrío al recordar la primera vez que me besó, en el jardín botánico. Sonrío al recordar el sonido de su risa. Sonrío al recordar lo celosa que se ponía Andy cuando no la invitábamos a los planes que hacíamos.

Me parte el corazón caer en la cuenta de que he estado evitando a Sam tanto como al resto de personas de mi vida. Siento que forma parte de mí, pero ¿cuándo fue la última vez que acogí con alegría su memoria?

Todo es cuestión de perdón. Se lo he pedido a muchas personas este verano: a Andy, a Sonya, a los Chase, a Henry…, pero no me lo he pedido a mí ni se lo he pedido a Sam.

Y necesito hacerlo. Quiero sanar. Quiero crecer y florecer y ver mi futuro como algo que podría ser feliz. Quiero volver a estudiar. Quiero ir a terapia. Quiero aprender más sobre las personas, sobre el duelo.

Y quiero que Henry me acompañe mientras lo hago. Quiero que mi amor por él se centre solo en él. En nosotros. Lo quiero más que cualquier otra cosa que haya deseado en mucho mucho tiempo. Es sencillo, sencillísimo. Porque él es un amor de mi vida. Uno de los dos.

Aprieto la pelota con las manos todo el vuelo de vuelta a casa. La sujeto mientras cruzo el aeropuerto y me subo en el tren que conecta el aeropuerto con Manhattan. Apenas pienso, solo me muevo; la pelota de béisbol parece guiarme hacia mi destino. Me aferro a ella durante todo el trayecto en metro hasta el estadio de los Yankees.

CAPÍTULO 33

El último sol de la tarde me ciega los ojos cuando salgo de la boca del metro. Hoy no hay partido de los Yankees, por lo que no hay mucho movimiento, solo alguna que otra persona haciendo fotos o que va a lo suyo.

Me detengo junto al estadio e inspiro hondo tres veces, con el asa de la maleta en una mano y la bola de béisbol en la otra. Cierro los ojos y me preparo para lo que he venido a hacer.

Una sombra me cubre el rostro y, cuando abro los ojos, hay un hombre a mi lado.

—Disculpa. —Se encoge—. No quería interrumpir.

Parece joven, pero el sol le ha marcado el rostro. Lleva una gorra de los Yankees y una camisa azul sudada.

—No te preocupes. Soy Bennet.

—Mike. —Se seca el sudor de la frente y entrecierra los ojos para mirar al estadio—. Nunca se cansa uno, ¿eh? A ver, yo es que trabajo aquí y todavía no me he acostumbrado.

Por lo general, ante una interacción fortuita como esta, habría salido corriendo en la dirección opuesta. No obstante, manifiesto al Henry que llevo dentro y me abro a la conversación.

—¿Trabajas aquí?

Me da la espalda para enseñarme la parte trasera de la camisa, que está empapada de sudor. La palabra Mantenimiento está escrita a la altura de los omóplatos.

—Qué guay —comento. Recuerdo cuando estuve aquí mismo hace poco, deseando poder percibir a Sam en alguna parte de la infraestructura del estadio y poder sentirlo cerca—. Los Yankees eran el equipo favorito de mi novio —le cuento.

—¿Cómo que eran? No me digas que ahora se ha pasado a los Mets.

—Falleció cuando yo iba a la universidad. —Parece que he pillado por sorpresa a Mike, quien se ha quedado con la boca entreabierta, como si estuviera intentando improvisar alguna respuesta—. Perdona, sé que es demasiada información, pero es que estoy intentando abrirme más a las personas.

—Te acompaño en el sentimiento.

—No pasa nada, de verdad. —Lo miro y me reto a mí misma a ser atrevida. A ser valiente—. Mike, ¿alguna vez has dejado pasar a una persona dentro del estadio para que vea el campo?

Mira su reloj y se muerde el labio.

—No me está permitido…

—Será un segundo solo —ruego—. No tocaré nada de nada.

Echa un vistazo por encima del hombro, como si buscara a su jefe o a su supervisor. Me siento mal por haberlo puesto en este aprieto, pero tengo que ver el estadio por dentro. Me urge.

—Me gustaría verlo —digo—. Nunca tuve la oportunidad de ir a un partido con él.

Mike suspira y se lleva las manos a la hebilla del cinturón.

—Haré una excepción en honor a tu novio.

—¿No te vas a meter en un lío?

Se encoge de hombros.

—Pillé al jefe de mantenimiento siendo infiel en uno de los vestuarios. Me debe una. —Echa a andar con paso enérgico hacia el estadio y me hace una señal para que lo acompañe.

Sigo a Mike y cruzo una puertecita lateral, con la maleta a rastras. Avanza por una serie de pasillos y escaleras; me preocupa que seguir a un desconocido a un callejón oscuro haya sido un error garrafal. No obstante, cuando la luz me da de lleno en los ojos y salimos, sé que estoy donde debería.

El estadio es gigantesco y está cubierto por un césped tan verde como los caramelos de manzana Jolly Ranchers. Huele a hierba recién cortada y a tierra. Se me corta la respiración ante la magnitud

del lugar. Me siento como si estuviera en medio de la huella del pulgar de un gigante.

—Es una locura, ¿a que sí? —Mike se quita la gorra de béisbol y se abanica con ella.

—Me siento diminuta.

—Lo pone todo en perspectiva.

—Muchas gracias, Mike. No te haces una idea de cuánto significa para mí.

No le da importancia.

—Faltaría más. —Señala una puertecita al otro lado del campo—. Me llevo tu maleta por esas puertas de allí para cuando acabes. Tómate tu tiempo. —Lo observo arrastrar mi maleta por el campo.

Me vuelvo hacia el montículo del lanzador y avanzo con cuidado hacia él. Alineo los pies con la placa del pícher y me quedo mirando hacia la primera base. El corazón me late veloz.

Coloco la pelota en el centro de la placa y me siento con las piernas cruzadas delante de ella. Permanezco así un buen momento, dejo que el cuerpo se empape de la atmósfera del estadio, de la inmensidad de todo aquello. Me obligo a no sentirme cohibida por lo que viene ahora.

—Hola, Sam. —Una brisa me acaricia el rostro—. Hola, mi amor. —Paso los dedos por la tierra sedosa alrededor de la placa.

»Bueno… Fui a la boda de Andy. Estoy segura de que ya lo sabes. A ver, no estoy segura de que lo sepas… No sé qué es lo que creo que sabes. Aunque, si estás por aquí en alguna parte, estoy segura de que estuviste en la playa con nosotros. Andy estaba guapísima. Creo que te caería bien Theo. —Cojo aire, temblorosa; desplazo los dedos por un costado de la pelota y le doy la vuelta para tener de frente las palabras «Lo siento».

»He visto a tus padres. Están estupendamente. Te echan mucho de menos, todo el mundo lo hace. —Miro hacia el cielo para reprimir el escozor que siento en la garganta.

»Oye, Sam, nunca te pedí perdón. Lo siento muchísimo. He deseado poder decírtelo todos los días, pero no me parecía

suficiente. Unas palabras tan triviales frente a algo tan colosal. Le he dado un millón de vueltas a lo que me gustaría decirte, pero nada me parece correcto. No me parece que ninguna palabra pueda rellenar la magnitud de tu pérdida. —Una nube me tapa los ojos al proyectar su sombra y alivia el intenso calor.

»Te quiero. Lo más seguro es que te quiera hasta el día en que me muera. No concibo un mundo en el que deje de quererte. Necesito que lo sepas. Nunca he dejado de quererte y nunca lo haré. —El viento arrecia y me azota el pelo contra la cara.

»Quiero que sepas que, aunque quiera a otras personas, eso solo es posible porque también te quiero a ti. Soy una mejor persona gracias a que formaste parte de mi vida. —Paso el pulgar sobre las palabras "Te quiero" de la pelota.

»Pensé que vivir en Nueva York sería la mejor manera de rendirte homenaje, aunque ahora sé que la mejor forma es no dejar de amar. Así que no lo haré, nunca.

De repente, el cielo se abre y la lluvia me cae a cántaros encima. Es el tipo de chaparrón veraniego alegre, con una lluvia cálida y agradable. Me empapa la ropa. Me levanto en medio del campo de béisbol y estiro los brazos hacia el cielo. La lluvia me resbala por la cara y me empapa el pelo. Me inunda los ojos. Me llena los oídos. Corro hacia la primera base, con una opresión en el pecho y resollando. Pero sigo corriendo. Paso por la segunda base con la respiración entrecortada y pesada. Alcanzo la tercera base y las piernas me suplican que pare. Pero no lo hago. Cuando llego al plato de *home*, me llevo los dedos a los labios, luego a la placa y articulo sin emitir sonido las palabras «Te quiero».

Dejo la pelota en el plato de *home* y echo a correr hacia la salida del estadio. La lluvia me salpica la cara, me encharca los zapatos y me quita las telarañas que llevan tanto tiempo acumulándose. De repente, se oye un trueno en el cielo estival. Es Sam.

Cuando salgo del estadio de los Yankees, me giro una vez más y sonrío bajo la lluvia. Susurro un «gracias» a todo lo que me rodea y, a continuación, lo dejo todo atrás.



En cuanto llego a casa, me quito la ropa empapada, me pongo algo seco y deambulo de un lado para otro en el salón, sudando bajo el calor sofocante de septiembre. Pienso en lo que he aprendido hoy sobre mi yo de los últimos meses, en Sam, en Henry, en Andy, en Sonya y en Jamie. Pienso en la felicidad, en la pasión. En el duelo. Pienso en el *Passion Project* y todo lo que representaba, en la esperanza que me ha dado para el futuro, y caigo en la cuenta de que hay una última cosa que debo hacer por mí misma para acabar con el proyecto de una vez por todas.

Requiere tres llamadas: una, a un psicólogo; la segunda, al orientador académico de la universidad; y la tercera, a Sarah.

CAPÍTULO 34

Estoy detrás de la barra. Escurro un trapo de cocina entre las manos y lo retuerzo hasta que queda tan tenso como una cuerda. Sarah asoma la cabeza desde la cocina.

—Está de camino —anuncia—. ¿Todo bien?

Al principio se mostró escéptica. Supongo que nunca se fio de mí, al igual que yo tenía mis dudas con respecto a ella. No obstante, después de pedirnos disculpas, aceptó ayudarme. Además, Jamie también le estuvo mandando mensajes defendiendo a muerte mi caso. Accedió a abrir el restaurante una hora antes para que pudiera darle una sorpresa a Henry.

—Gracias, Sarah —le digo, deshaciendo el nudo del trapo—, por todo.

Se muerde el labio inferior y suspira.

—No fue justo lo que te dije hace unas semanas, lo de que lo hacías infeliz —se disculpa—. No estuvo bien y no era la verdad. Antes de conocerte, solía salir con el resto del equipo después del trabajo. Ahora sale pitando de todos los turnos tan rápido como puede para ir a verte. Llega tarde, anda distraído cuando está aquí y siempre le sonríe al teléfono como un bobo. Se va a alegrar de verte.

Trago saliva, el corazón me late más deprisa.

—Espero que tengas razón.

Le suena el teléfono y lo saca para comprobar el mensaje.

—Ya casi está —informa—. ¿Tienes el sobre?

Asiento y me saco un sobre blanco del bolsillo trasero.

—Genial —dice—. Me voy a la parte de atrás.

Las puertas de la cocina se cierran y Sarah desaparece detrás de ellas. Ahora solo quedo yo en el restaurante, sola tras la barra del bar. La luz es tenue, el melodioso tono de voz de Ella Fitzgerald danza en el aire y tengo delante de mí una pizza de peperoni. Justo como la noche en que nos conocimos. Henry vendrá a recoger su paga, como vine yo a recoger la cartera, solo que esta vez me encontrará a mí esperándolo, al igual que él me esperó a mí.

Se me encoge el corazón en el pecho y el estómago me da un vuelco. Mantengo la mirada clavada en la puerta. Llegará en cualquier momento.

Han pasado dos semanas desde que lo vi por última vez. Dos semanas lamentando no haberlo gestionado todo mejor. Dos semanas sabiendo que lo quería, sin tener ya más miedo, ideando el plan que ahora estoy ejecutando. Dejo que el recuerdo de ver a Henry alejarse por la playa me cruce la mente, pero esta vez no me pregunto si podré volver a lidiar con un corazón roto. A lo largo de la vida he tenido que afrontar muchas cosas para las que nunca pensé que estaría preparada. Estoy tan preparada para el desamor como lo estoy para el amor.

Pero, por Dios, espero que esto no acabe en desamor.

Saco dos copas vacías, las coloco en la barra y sitúo una botella de *chianti* al lado. Me agacho a la nevera que hay bajo la barra para sacar una botella del vino de pomelo que me tomé aquella primera noche para que todo sea igual. Cuando me inclino, la campanilla que hay sobre la puerta del restaurante tintinea.

Me quedo paralizada, agazapada bajo la barra para que no me vea.

—¿Sarah? —llama.

El corazón me da un vuelco solo con oír su voz. Está justo ahí, a poco más de medio metro.

Henry.

Me duele.

Me levanto para dejarme ver, aferrando la botella fría de vino entre las manos. Me mira con los ojos como platos y da un paso

atrás.

—¿Bennet? —Se le quiebra la voz, le tiembla como nunca la había oído.

Descorcho el vino.

—¿Tinto o blanco?

—¿Qué…? —empieza a decir, frotándose la barbilla—. ¿Qué es todo esto?

Inspiro profundo y trato de recordar todo lo que había planeado decirle. Todo lo que siento, que espero que sea correspondido.

Sirvo el vino blanco en mi copa y el tinto en la suya. Me observa con atención, pero no se mueve.

—Hace unos meses, me topé con este restaurante después de haber pasado un día horrible —digo, viendo cómo se va acumulando el líquido rojo en su copa—. Había un chico detrás de la barra que, contra todo pronóstico, me hizo creer que igual valía la pena vivir la vida. —Coloco la botella sobre la barra y deslizo la copa en su dirección—. Le bastó una copa de vino para convencerme de que me embarcase en una aventura sin pies ni cabeza en busca de mi pasión. Resultó muy persuasivo y, a decir verdad, un poco insistente. —Henry suelta una carcajada. Me basta para proseguir.

»En fin —continúo—, esa noche estaba hecha un desastre. Estaba avergonzada, pasando por un duelo y apartaba a todas las personas que tenía a mi lado con tal de estar sola. Sin embargo, algo dentro de mí me dijo que le debería decir que sí. Que él era importante, que iba a ser importante para mí. Y lo acabó siendo. —Desvía la mirada hacia una lámpara.

»Se pasó todo el verano ayudándome a buscar mi pasión —digo—. En realidad, era una causa perdida. Hicimos un montón de cosas raras intentando encontrarla. Pero ahora ya sé cuál es. ¿Quieres saberlo? —Se vuelve hacia mí, con los ojos vidriosos, y asiente.

»No es un trabajo, ni una afición, ni tan siquiera una persona. Es tan solo… amar. Amar e intentarlo. Darles a las personas una oportunidad. Subir al borde de un rascacielos para apreciar las

vistas. Compartir historias mientras se comparte una pizza. Hacer amigos nuevos y hacer el esfuerzo de ir a visitarlos a Nueva Jersey. Asistir a una clase de economía porque alguien que te importa quiere ir. Aporrear un jarrón con un bate de béisbol cuando no has dejado que tus emociones salgan a la luz en mucho mucho tiempo. Darle la mano a alguien. Hacer algo que te da miedo con alguien que te da miedo. Darte cuenta de que puedes estar rota, pero eso no significa que no puedas sanar ni significa que no te puedan querer. Ir a terapia y terminar los estudios universitarios. Empezar de nuevo. Levantarse cada día y decidir que vale la pena. Es muy sencillo y me siento tonta por haber tenido que recorrer todo ese camino para darme cuenta. Es así de sencillo, y creo que todo lo demás encaja por sí solo. —Cierra los ojos y coge aire. Parece que va a decir algo, pero sacude la cabeza y traga saliva. Se me antoja que está muy lejos. Me muero de ganas de tocarlo.

»He gastado muchísima energía preocupándome por no quedarme atrás, porque el mundo siguiera adelante sin mí o por si tener una pasión me arreglaría. Pero me he dado cuenta de que yo, y solo yo, soy la única que puede arreglarme. Nadie más. Ni un trabajo de ensueño, ni una pasión, ni tú, ni siquiera un psicólogo. Solo yo. Así que ya no me voy a quedar esperando a que una llave mágica me abra las puertas de la vida; lo voy a hacer yo. Voy a empezar de nuevo. Me comprometo a levantarme todas las mañanas y poner todo mi empeño. Puede que nunca encuentre una pasión ni una vocación y tal, pero que le den a eso, Henry. Ni siquiera me parece que tenga importancia.

»El *Passion Project* es la mejor decisión que he podido tomar; no porque haya encontrado una pasión, sino porque me ha hecho feliz. Tú me has hecho feliz. Me has enseñado que el amor no entiende de si tienes o no la vida resuelta ni de si estás destrozado por el duelo. Al amor no le importa si tienes ansiedad o depresión o si el día a día te tiene con el agua al cuello. El amor ama, simple y llanamente. Cada día me siento agradecida por haber devuelto hasta el alma en este baño, lo cual es una locura, porque esa fue una de las peores

noches que he pasado en la vida, pero me condujo hasta una de las mejores cosas que hay en mi vida: tú. —Saco todo a relucir, todo lo que siento por él, del tirón. Prosigo; espero no estar pasándome de la raya.

»Quiero estar contigo, de verdad. Quiero besarte, dormir contigo, reír contigo. Y contarte historias y ver películas y llorar contigo. Quiero verte hacer fotos y quiero conocer a tu padre y quiero ir a la montaña de senderismo y sostenerte cuando te derrumbes. Quiero pelearme contigo y hacer las paces y poner los ojos en blanco cuando te pares a hablar con alguien por millonésima vez en el parque. Quiero adoptar un perro viejo y gruñón contigo y que lo llamemos Fújur Tercero. Quiero beber vino contigo y reírme de las personas, admirarlas y hablar de ellas contigo. Quiero que nos cuidemos y que nos apoyemos por turnos. —Una lágrima se resbala por mi mejilla. La seco—. Estoy preparada. Estoy más que preparada. Me he cansado de estar triste. Me he cansado de estar enfadada con el mundo y conmigo misma. Me he cansado de aferrarme al pasado porque me da miedo el futuro.

Los ojos de Henry no sueltan prenda. No sé si me odia o si me ama porque no dice nada.

Levanto el sobre.

—La noche que nos conocimos, te apostaste con Sarah que me volverías a ver y ganaste la apuesta. —Abro el sobre, saco un billete de veinte dólares y lo dejo en la barra—. Me gustaría hacer otra apuesta.

Se acerca a la barra y recorre el billete con los dedos.

—Vale —dice—, ¿a qué apostamos?

Aquí va la última confesión.

—Te apuesto a que no sabes que estoy enamorada de ti. Estoy loca, profunda y perdidamente enamorada de ti. Me equivoqué al decirle aquello a la madre de Sam. Pensaba que era lo que necesitaba escuchar, pero me equivoqué. Te quiero tanto que duele. Te quiero tanto que pensé que no me lo merecía. Te quiero tanto que he empezado a ir a terapia para poder quererte bien. Para poder

querer al mundo bien. Te apuesto a que he sentido más pasión este verano que la que he sentido en años. Te apuesto a que no sabes que eres mi persona favorita. Te apuesto a que no tenías ni idea de nada de esto porque me daba mucho miedo decírtelo. Pero te lo digo ahora, sin tapujos: te quiero. Y no tiene nada que ver con lo mucho que quise a Sam porque eres una persona diferente y es un amor diferente. —Noto cómo las manos me empiezan a temblar a medida que avanzo—. Y espero de corazón acertar con esta última apuesta porque si no voy a quedar como una tonta de remate, pero… —Inspiro profundamente y me permito decir la parte que más miedo da—. Te apuesto a que tú también me quieres.

Lo que sigue es el silencio. Un silencio largo, una eternidad que parece pasar mientras Henry y yo nos miramos sin movernos. Toma el billete de veinte dólares entre las manos, le da la vuelta una vez, pero no dice nada.

—¿Qué dices, Henry? —susurro—. ¿He ganado la apuesta?

«Por favor, di que sí. Por favor, por el amor de Dios, di que sí».

Tiene sus ojos verdes clavados en mí, bañados por una capa de lágrimas.

—Ganas la apuesta —responde—. Por supuesto que ganas la apuesta.

Una bocanada de aire sale de mis pulmones y falta poco para que se me escape un sollozo de alivio. Corro hacia el otro lado de la barra, me abre los brazos y lo envuelvo en un fuerte abrazo. Inhalo su aroma a hierbabuena azucarada, lo agarro con fuerza de la camisa y noto cómo su caja torácica se estremece de risa o de llanto, no estoy segura. Me levanta del suelo y me sujeta más fuerte de lo que nunca ha hecho.

—Lo siento tanto —se lamenta contra mi cuello—. Siento tantísimo haberte dejado allí.

Me vuelve a poner en pie y me aparto para poder mirarlo. Le retiro el pelo de la frente y me sujeta por la cintura para acercarme a él.

—Fui yo quien te apartó —digo—, ¿qué ibas a hacer?

Hace una mueca.

—Dije barbaridades.

—Necesitaba oírlas —digo—, de verdad que sí. Le conté a Andy que estamos juntos. Bueno… que estábamos juntos. Tenías toda la razón, se alegró por mí.

—Aun así, me siento fatal. Para ti era muy importante.

—Claro que para mí era importante, como también lo eres tú, y no te traté como si lo fueras —rebato—. Debería haberte presentado ante la familia Chase como mi pareja con orgullo, no ocultarles lo importante que eres para mí. Ninguno se merecía eso. Ambos podríamos haberlo gestionado mejor, pero lo único que importa es cómo lo gestionemos ahora. Basta ya de alejarnos el uno del otro, ¿vale?

—Vale —dice—. Basta ya de alejarnos el uno del otro —repite.

Me abraza con fuerza contra su pecho y nos balanceamos.

—Te sienta bien estar detrás de la barra —comenta—. Me gusta cómo se han invertido los papeles.

—No has vomitado en el baño —apunto—, así que los papeles no se han invertido del todo.

—Ya. —Se ríe—. Va a ser que no.

Me aparto para mirarlo.

—Dios, te he echado muchísimo de menos —digo.

—Yo también te he echado de menos —contesta, y se le dibuja una sonrisa dulce en los labios. Levanta el billete de veinte dólares y me lo enseña—. Me parece que un poco sí que me merezco la mitad del premio.

Sonrío con aire burlón, sabía que iba a decir eso. Me saco un billete de diez dólares del bolsillo y lo sostengo en alto para que lo vea.

—Todo tuyo —digo.

Me toma la cara entre las manos y me besa; deja que el dinero se caiga al suelo. Una sensación de calor me recorre el cuerpo cuando mis manos le rozan la cintura. Agarro el tejido de su camisa y compruebo que es real. Compruebo que él es real.

—Lo deseo con todas mis fuerzas —admito—. ¿Podemos volver a estar juntos? ¿Por favor?

—Me encantaría —dice, sonriéndome desde arriba—, durante todo el tiempo que sea humanamente posible.

Nuestros labios se unen, su boca es tan suave y tierna como siempre. Le rodeo las costillas con los brazos y me junto a él.

—Te quiero —susurro.

Me da un beso en la sien.

—Yo también te quiero, desde hace tiempo.

Pego la mejilla a su pecho y oigo el latido de su corazón bajo la camisa. Enreda sus dedos en mi pelo, me sostiene como si fuera algo valioso, algo preciado.

—¿Henry? —lo llamo, con la voz amortiguada por su pecho.

—¿Sí?

—¿A dónde te gustaría ir para nuestra próxima cita del *Passion Project*? —pregunto.

Me acaricia la nuca y me alza la barbilla para que lo mire.

—¿Ahora mismo? Solo quiero irme a casa contigo —dice—. ¿Podemos hacer eso?

—Por supuesto —respondo—, siempre.

Pasa un brazo por encima de mis hombros para tenerme cerca. Le rodeo la cintura con un brazo, para impedir que se aleje, y empujo la puerta del restaurante con la otra mano.

Una vez fuera, contemplo su rostro, su rostro dulce, abierto, amable y encantador. Sus ojos, su pelo alborotado por el viento… No me lo podría imaginar mejor si lo intentara. No sé a dónde vamos o qué pasará a continuación. No sé si llegaré a encontrar una pasión o si siempre ha sido una meta arbitraria que no importaba en realidad. Lo único que sé es que esto es lo que importa. Él es lo que importa. Yo soy lo que importa. Dejo que me invada esa sensación, como una ola del mar, mientras beso a este chico arrebatador que enciende todas las cerillas de mi cuerpo. La primera brisa otoñal nos envuelve a la par que el calor opresivo del verano se derrite.

Voy a estar bien.

OCTUBRE,
UN AÑO DESPUÉS

¡Empuja! —La voz de Henry hace eco mientras empujo con todo mi cuerpo.

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo? —La espalda me da un latigazo—. Ay, mierda.

—¿Hacemos un descansito? —Se limpia una gota de sudor de la frente.

—Sí, por favor. —Dejo en los escalones la parte de la cómoda de madera con la que estaba cargando. Hemos conseguido subir la mitad del único tramo de escaleras de nuestro nuevo apartamento en Brooklyn.

—La leche, ¿por qué pesa tantísimo? —resuella.

—Cállate, que encima tienes una colección de rocas que también vamos a tener que subir por estas escaleras.

—Son unas piedrecitas diminutas, no pedruscos.

—Vamos a descansar aquí un segundo. —Me apoyo en la cómoda, que reposa torcida en medio de la escalera. Henry la mantiene firme unos escalones por encima. Es el primer mueble que sacamos del camión y me encojo solo de pensar en la cantidad de peso que vamos a tener que levantar hoy.

Si me hubieran preguntado hace año y medio si consideraría mudarme a Brooklyn, habría soltado una risotada. Ya me estaba costando vivir en Manhattan, imagínate echar raíces en otro distrito. Pero aquí estoy, subiendo una cómoda que pesa un quintal a un apartamento en el barrio de Bushwick en cuyo contrato de alquiler aparecen el nombre de Henry y el mío. Nuestro apartamento de un

dormitorio tiene acceso a la azotea y espacio suficiente para que Henry pueda montar un verdadero estudio de fotografía.

Le sacó las fotos de compromiso a Terrance, nuestro amigo del centro de adopción de animales, y de esa misma sesión le contrataron después tres parejas más. Martin lo ayudó a montar una sociedad limitada y, desde entonces, ha estado trabajando sin parar. No se ha ido todavía de L'italiano, pero sé que es porque le preocupa dedicarse a la fotografía a tiempo completo. Le repito todos los días lo mucho que creo en él y en su negocio. Sé que hará la transición cuando esté preparado. Tener un estudio en nuestra casa es el primer paso.

Terminé mis estudios universitarios el invierno pasado y me he aficionado bastante a la psicología gracias a un libro que vi en la librería independiente McNally Jackson. Lo elegí porque pensé que me sonaba la cara de la portada y lo compré cuando me di cuenta de que lo había escrito el psicólogo que había dado la charla en la biblioteca a principios del verano pasado, el doctor Barrera. Ya me he leído todo lo que ha escrito, todos los libros de psicología que encuentro. Tengo pensado solicitar plaza para estudiar Psicología Clínica cuando todo se haya calmado y me gustaría dedicarme profesionalmente a la terapia del duelo en el futuro. Pasito a pasito, pero parece que, al final, sí que tengo una pasión.

Henry va y viene de Denver bastante a menudo y yo lo acompaño cuando puedo. Su padre es el hombre más dulce que he conocido y sé que a Henry lo destroza que nunca recuerde quién soy a pesar de habernos visto varias veces. A veces pillo a Henry mirando fotos antiguas de los dos juntos y lo dejo llorar en mi hombro. Ya no nos alejamos el uno del otro. Siempre nos apoyamos. Nos cuidamos mutuamente.

Mis propios padres también se han enamorado de Henry. Lo llevé a casa por Navidad y lo hizo genial. Tenía razón, sí que se le dan bien los padres.

Sal y Mary se mudaron definitivamente a Maplewood para estar cerca de su nieto. Él nos envía fotos de Michael, que tiene ya un año

y medio, todo el tiempo. Intentamos visitarlos cada pocos meses.

Sonya y Jamie decidieron irse a vivir juntas cuando terminó nuestro contrato y Sonya ha empezado su propio negocio diseñando y vendiendo joyas. Sus diseños se venden en varias *boutiques* de Nueva York, incluida Harper & Jane, y está creando una página web para vender sus piezas por todo el país. Jamie le ha encargado diseñar un anillo para la renovación de los votos de sus padres, aunque es una tapadera. No lo sabe todavía, pero está diseñando su propio anillo de compromiso.

Después de vivir dos meses en el estudio diminuto de Henry, decidimos que ya estaba bien. Necesitábamos más espacio.

—¿Te molesta el brazo al levantar la cómoda?

Se sube la manga de la camisa hasta el codo y examina el tatuaje nuevo del antebrazo cubierto por un vendaje de plástico.

—No, parece que está bien.

Me tomo un momento para admirar el tatuaje, es un billete de diez dólares. Nuestro billete de diez dólares. Un recordatorio de apostar siempre el uno por el otro. Apostar por nosotros mismos. Madre mía, lo tengo que querer.

—Tiene buen aspecto —digo, y se me encienden las mejillas al pensar que quisiera tener algo, un pedacito de nosotros, permanentemente en su cuerpo.

—Conque esto era solo una excusa para que te lo enseñara, ¿eh? —Estira el brazo para que pueda admirarlo en toda su gloria.

—Sabes lo mucho que me gusta.

—Ya mismo estaré cubierto de tatuajes por ti, cariño. —Sonríe con aire burlón. Esos ojos pertenecen a su mirada lasciva. He desatado la mirada lasciva.

Me vibra el teléfono contra la pierna.

—Está llamando Andy.

—Maldita sea —suspira.

—Todavía no tenemos cama —le recuerdo. Me saco el teléfono del bolsillo trasero—. Voy a responder.

—Dile que he reservado el sitio para diciembre.

Deslizo el pulgar por la pantalla para aceptar la llamada.

—¡Andy Chase!

—¡Bennet! —Su voz suena animada al otro lado de la línea.

—Henry ha reservado el Airbnb.

—Bendito sea. Theo te ha enviado los detalles de nuestro vuelo por correo.

Después de nuestro viaje a Los Ángeles y mi promesa de que nunca volvería a alejarme de nuevo, me esforcé por mantener el contacto con Andy. Vamos a ir todos a Nueva Orleans para celebrar de forma anticipada la Navidad con el señor y la señora Chase, que se mudaron allí no hace mucho.

—¿Cómo va la mudanza? ¿Os queréis matar ya?

—Esta mujer ha elegido los muebles más pesados del mundo —eleva la voz Henry desde la otra punta de la cómoda, unos escalones por encima de mí.

Se me encienden las mejillas.

—Es solo un tramo de escaleras, sobrevivirá.

—No voy a sobrevivir. —Se abanica con la mano.

—Andy, tenemos que terminar de subir esta cómoda. ¿Te llamo mañana?

—Me parece bien. Te quiero.

Sonrío de oreja a oreja mientras bloqueo la pantalla.

—¿Listo para mover a esta puñetera?

—Vamos allá.

—Tres, dos, uno… ¡Arriba! —Utilizo toda la fuerza que tengo para subir la cómoda, despacio, escalón a escalón. Henry resopla cuando llega al rellano de delante de nuestra puerta y soltamos la cómoda en el suelo con un golpe seco.

—Bienvenida a casa —dice mientras me enseña la llave y la balancea delante de mí—. ¿Quieres hacer los honores?

El pulso se me acelera con adrenalina cuando la tomo. Introduzco la fría llave de metal en la cerradura y la giro.

Recorro las paredes con los dedos cuando doy los primeros pasos dentro. Ya habíamos visto el piso antes, pero nunca los dos a solas.

Me parece algo sagrado, mágico, el que dos personas estén en una habitación vacía llena de posibilidades. Coloco las manos en la fría encimera junto al fregadero de la cocina y me recuerdo que es real.

Hay un pequeño asiento junto al ventanal donde me imagino bebiendo café mientras contemplo nuestro nuevo vecindario. Lo llenaré de plantas y libros, por Sam.

Esta ciudad, de la que quería marcharme el año pasado, se ha convertido en mi lugar seguro. Sé que no es exactamente la vida que Sam se imaginó para nosotros, pero me condujo hasta aquí. Sin él nunca hubiera encontrado mi hogar.

Una luz resplandeciente inunda nuestro dormitorio; las sombras de los árboles que hay en el exterior danzan ante nuestros ojos. Me cuesta asimilar que en un año haya cambiado todo tanto. Me paso el tiempo riéndome hasta que me duele el abdomen, besando hasta que se me cierran los ojos y me quedo dormida en los brazos del hombre que me quiere, intentando preparar la cena antes de quemarla y pedir comida a domicilio. Soy fuerte. Soy resiliente. Soy amable. Siempre lo he sido. Me enorgullece poder decirlo y, más aún, creérmelo.

Me encantaría decir que encontrar algo que me apasiona es lo que ha hecho que por fin esté más feliz, pero mi psicóloga me recuerda en cada sesión que es porque me he abierto al amor de Henry, Sonya, Jamie, Sal, Marjorie, Andy, el señor y la señora Chase, mis padres e incluso el de mi propio corazoncito que me late en el pecho.

Pensaba que no me merecía esta vida, pero ahora sé que sí. Claro que no es demasiado bueno para ser cierto. Es cierto, y ya está.

—¿Henry?

Me pasa un brazo por los hombros y me da un apretón.

—¿Sí?

—Te quiero.

Roza sus labios con los míos con tanta delicadeza que casi me parece habérmelo imaginado.

—Yo te quiero más.

Estar entre sus brazos me recuerda que la felicidad no tiene que estar velada de culpa. El amor no tiene que estar velado de incredulidad. A veces simplemente es, sin nada más.

Y eso es suficiente.

Lo tomo de la mano y nos acercamos a la puerta a por la cómoda, el primer mueble de nuestro nuevo apartamento. Aunque este lugar sea completamente nuevo para mí, sé que estoy en casa.

Estoy deseando llenarla con los muebles más pesados que pueda encontrar.

AGRADECIMIENTOS

Este libro nació en el porche delantero de la casa de mis padres en el norte del estado de Nueva York tras unos meses de verano frenéticos, y, desde entonces, ha tenido la suerte de que las personas más expertas cuidaran de él a cada paso que daba. Se necesita toda una comunidad para criar a un libro recién nacido, una idea estereotípica, pero siempre me han gustado los clichés.

Passion Project no habría llegado a donde está de no ser por mi agente de ensueño, Lily Dolin. Gracias por apostar por mí y por ser la defensora acérrima de este libro. Tu buen ojo, tenacidad y brillantez compiten constantemente por ser lo que más admiro de ti. Gracias por no parar de leerme la mente, por responder a cada mensaje neurótico y por abordarlo todo con seguridad y sabiduría. Gracias también a todo el equipo de UTA Publishing; es todo un sueño hecho realidad ser una autora de UTA.

Gracias a mi inigualable editora, Marie Michels, que hizo que este libro echara a volar. Es un auténtico regalo trabajar con alguien que *lo pilla*, cuya visión está tan en sintonía con la mía que reconoce el verdadero corazón y alma del libro y que entiende cómo fortalecerlo mediante revisiones tanto de estructura como de estilo. Gracias por mejorar cada página de este libro. Gracias también a todo el equipo de Pamela Dorman Books y Penguin (Brian Tart, Andrea Schulz, Patrick Nolan, Kate Stark, Pamela Dorman, Nick Michal, Norina Frabotta, Nicole Celli, Sabrina Bowers, Mary Stone, Rebecca Marsh y Andy Dudley). Gracias a Jason Ramirez, Nayon Cho y Katie Smith por la cubierta más bonita que he visto nunca.

Gracias a mi familia, que no pensó que estuviera loca de remate cuando les anuncié que estaba escribiendo un libro. Me habéis

animado a perseguir los sueños más excelsos y menos realistas, y nunca me habéis hecho sentir que estuviese tomando una mala decisión o que debiese volver a poner los pies en el suelo. Siempre me habéis permitido ser yo misma; vuestro amor y apoyo son el regalo más importante, estoy segura de que no siempre me los merezco.

Gracias a Amber y Danielle Brown, que son dos de las escritoras con más talento que he tenido el privilegio de conocer: me habéis ayudado a darles forma a este libro y a mi trayectoria de maneras que ni siquiera me puedo imaginar y siempre voy a estaros agradecida por vuestros consejos, visión editorial y apoyo.

Gracias a mis primeros lectores, compañeros de crítica y guías turísticos del mundo editorial, sin los cuales deambularía a tientas en la oscuridad. Meredith Schorr, CL Montblanc, Bridey Morris, Shoshana Grauer, Samantha Bansil y Famke Kim-Thy Halma: gracias por vuestros consejos, paciencia y, lo más importante, por vuestra amistad.

Gracias a mis mejores amigos, compañeros de copichuelas, terapeutas no remunerados y almas gemelas: Richard Spitaletta, Rachel Fairbanks Adaran, Isabelle Germano, mi manada de leones y demás. No habría podido hacerlo sin vosotros. Gracias a Eric Price y Will Reynolds, que no fueron los primeros en decirme que era una escritora, pero sí los primeros que lo creyeron. Gracias a Kyrie Ellison-Keller, quien me lo contó todo sobre cómo son los baños en el restaurante Frying Pan.

Y, por último, pero de todo corazón, gracias a mis lectores. Siempre estaré agradecida a los amantes de los libros, en especial a quienes les apasionan los finales felices tanto como a mí.

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© Del texto: London Sperry, 2025
Esta edición se publica por acuerdo con Sterling Lord Literistic
y MB Agencia Literaria
© De la traducción: Eva Beltrán García
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Ilustración de cubierta: Katie Smith, 2026
Detalle interior: Svetlana Ivanova/iStock/Getty Images

ISBN ebook: 978-84-19831-86-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Octubre,un año después
Agradecimientos
Créditos